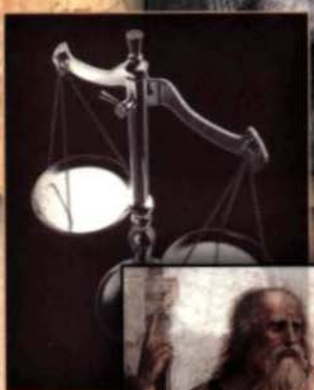
GUÍA HOLMAN DE APOLOGÉTICA CRISTIANA

DOUG POWELL



PRUEBAS Y FUNDAMENTOS DE LA FE CRISTIANA

APOLOGÉTICA: Ciencia que expone las pruebas y fundamentos de la verdad de nuestra fe en Cristo

LA MANERA MÁS RÁPIDA DE ALCANZAR UNA VISIÓN INTEGRAL

A través de la *Guía Holman de Apologética Cristiana*, el lector podrá conocer las diversas maneras que idearon los cristianos para comunicar a otras personas el valor de su fe y su esperanza, apoyándose en la razón y las evidencias. Este es un libro de apologética (ciencia que expone las pruebas y fundamentos de la verdad de nuestra fe en Cristo) en una clave diferente. Doug Powell recoge una larga tradición de enfoques apologéticos y los presenta para nuestros días.

El autor parte de una perspectiva filosófica, analizando los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios, y luego, avanza en el campo de la apologética bíblica hasta llegar a uno de los desafíos más complejos para los apologistas y todos los cristianos: responder a las voces críticas que sostienen que el mal y el sufrimiento son incompatibles con un Dios omnipotente y misericordioso. El índice de temas incluye:

1. ¿Qué es la apologética?
2. ¿Existe Dios? El argumento cosmológico
3. ¿Existe Dios? El argumento del diseño
4. ¿Existe Dios? El argumento moral
5. ¿Cuál Dios existe?
6. ¿Cuál fue el origen del Nuevo Testamento?
7. ¿El Nuevo Testamento es confiable?
8. ¿El Antiguo Testamento es confiable?
9. ¿Existen los milagros?
10. ¿Qué lugar ocupa la profecía?
11. ¿Fue real la resurrección?
12. ¿Jesús dijo que él era Dios? ¿Es Jesús el único camino?
13. ¿Por qué Dios permitió que existiera el mal?
14. Metodología

Doug Powell es un profesional dinámico, que combina su pasión por la apologética cristiana con su talento como músico y diseñador gráfico. Actualmente cursa una maestría en Apologética Cristiana en la Universidad Biola, en California. Como diseñador gráfico, ha trabajado en los más diversos medios, como cursos de medicina en línea, sitios web de empresas, animaciones flash, entre otros. En el campo de la música, Doug grabó con diversos sellos discográficos, incluidos Mercury, RCA, y Yep Roc. «Powell es un músico de extraordinaria dimensión», afirmó la revista Rolling Stone.

B&H Español

Theology/Theology & Doctrine/Apologetics
$14.99
ISBN 978-080549522-5
51499
9 780805 495225
Printed in China

GUÍA HOLMAN DE APOLOGÉTICA CRISTIANA

Guía Holman de Apologética Cristiana

Doug Powell

Pruebas y Fundamentos de la Cristiana

B&H Español

Nashville, Tennessee

Guía Holman de Apologética Cristiana
© 2009 por Doug Powell
Todos los derechos reservados
Derechos internacionales registrados

B&H Publishing Group
Nashville, Tennessee 37234

Publicado originalmente en inglés por B&H Publishing Group con el título
Holman QuickSource Guide to Christian Apologetics
© 2006 por Doug Powell

Las citas bíblicas, salvo indicación contraria, corresponden a la Versión Reina-Valera Revisión de 1995, © 1995 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NVI corresponden a la Nueva Versión Internacional, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usadas con permiso.

Traducción al español: Nora Redaelli
Tipografía: Grupo Nivel Uno, Inc

Clasificación Decimal Dewey: 239
Tema: APOLOGÉTICA \ CRISTIANISMO—OBRAS DE APOLOGÉTICA

ISBN: 978-0-8054-9522-5

Impreso en China
1 2 3 4 5 ≈ 12 11 10 09
FC

ÍNDICE

Capítulo 1:
¿Qué es la apologética? 1

¿Supermercado o antídoto? ***1***

La apologética está dirigida también a los creyentes ***6***

La encargada de la caja es la muerte misma. Después de haber escogido el producto de su elección, cada uno debe pagar con su vida. El gran interrogante es si existe algo al atravesar la salida y qué sucede allí.

Si solamente para esta vida esperamos en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres.

— 1 Corintios 15:19

La apologética en la Biblia ... 11

El uso y el abuso 20

Tollers y Jack..... 22

Conclusión..... 24

A la luz del mandamiento que nos insta a estar siempre preparados para dar razón de la verdad que hay en nosotros y, a amar a Dios con toda nuestra mente, debemos contar con todos los elementos que nos permitan conocer los hechos, las evidencias y los argumentos del cristianismo.

Capítulo 2: ¿Existe Dios? El argumento cosmológico 27

Dios puede existir sin el universo, pero el universo no podría existir sin Dios.

Definiciones 27

El argumento cosmológico de kalam 29

El argumento cosmológico tomista 35

El argumento cosmológico leibniziano .. 37

Todo lo que existe debe su existencia a otra cosa

Los argumentos científicos ***38***

Conclusión ***46***

Así también el universo necesita un conductor, un agente inteligente que tenga la capacidad de decidir si crear o no el universo.

Capítulo 3: ¿Existe Dios? El argumento del diseño 49

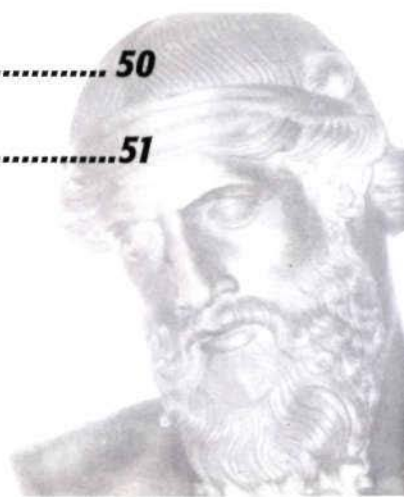
El relojero ***49***

El argumento ***50***

Antecedentes históricos ***51***

[...] Sin duda, lo que la ciencia hace es «observar a Dios en acción».

—Merritt Stanley Congdon



Diferentes matices del argumento 52

El «ajuste fino» como diseño: el principio antrópico 52

La información como diseño: Teoría de la información y el ADN 57

Toda información supone una comunicación entre seres inteligentes.

La complejidad como diseño: Complejidad irreductible 63

Un comentario de carácter táctico 67

Conclusión 68

Capítulo 4: ¿Existe Dios? El argumento moral 71

Definiciones 71

El relativismo 72

El relativismo cultural 73

El convencionalismo 75

El subjetivismo ético 79

«Tu verdad es la verdad para ti, y mi verdad es la verdad para mí», es un conocido estribillo del subjetivismo ético.

La moral objetiva 82

¿De dónde surge la moral? 87

¿De dónde surge la moral de Dios? 90

¿Qué ocurre cuando dos sistemas morales están en conflicto?..... 91

Conclusión 92

Por tanto, la moral procede de una persona trascendente que tiene poder y autoridad para imponer una ley moral sobre todos nosotros.

Capítulo 5: ¿Cuál Dios existe? 95

El elefante y los seis sabios ciegos..... 95

El zapatito de cristal..... 97

Si encontramos a quien le calza el zapatito de cristal, habremos encontrado la religión que responde a una visión acertada de Dios.

Ateísmo 98

Agnosticismo 101

Panteísmo 102

Panenteísmo 105

Teísmo limitado 108

Politeísmo 110

Deísmo 112

Monoteísmo 114

Conclusión 116

La persona que afirma que todas las religiones son iguales, no solo pone al descubierto su ignorancia de todas las religiones sino que presenta una visión caricaturesca aún de aquellas más conocidas.

—Ravi Zacharias

Capítulo 6: ¿Cuál fue el origen del Nuevo Testamento? 119

El desafío 119

¿Quién seleccionó los libros y cómo fue el proceso de selección? 120

¿Quién escribió los libros? 129

Datación de los Evangelios 134

Datación de los escritos paulinos 138

¿Qué ocurrió con los libros que no fueron aceptados? 143

Conclusión 146

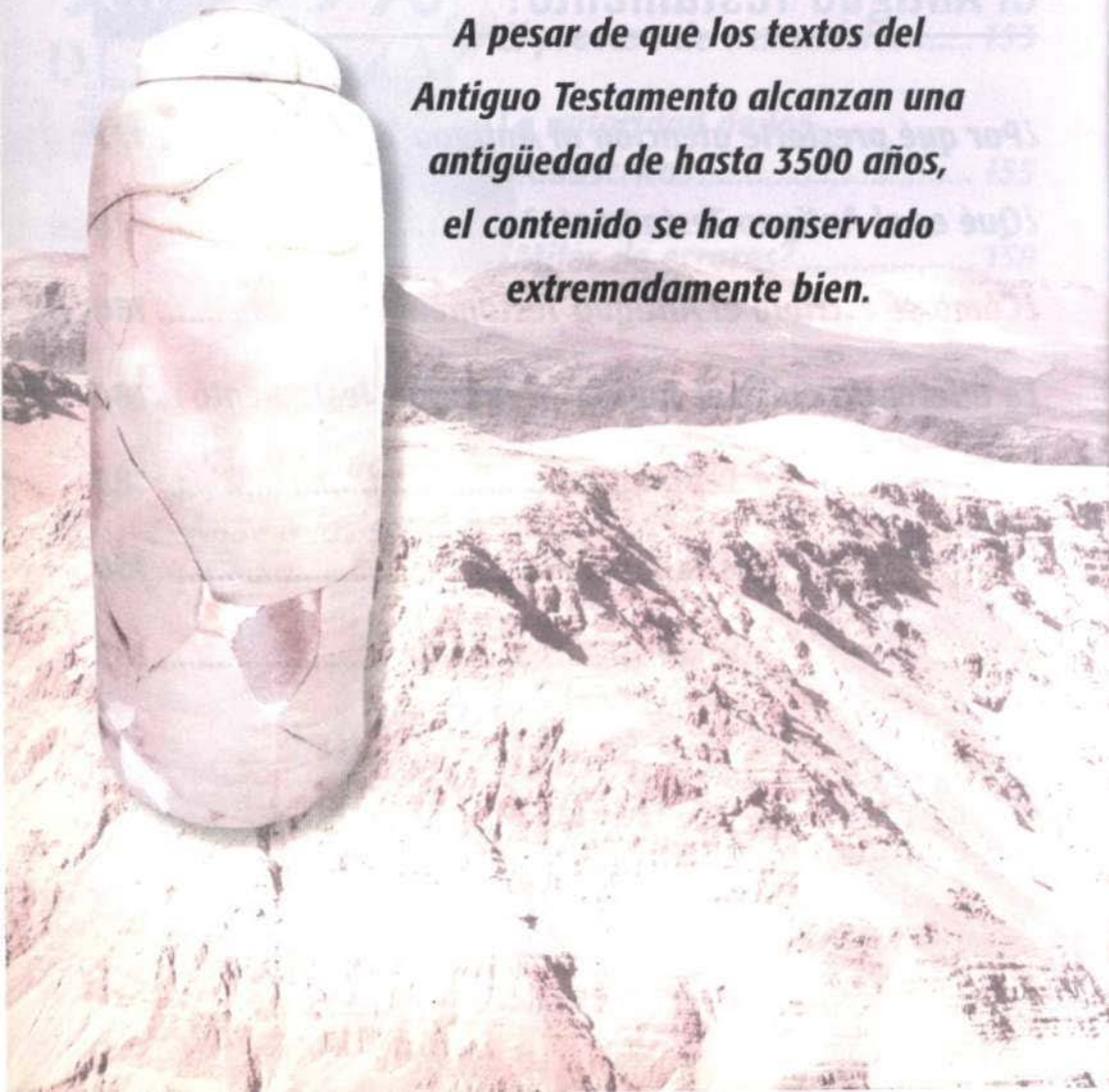
Los escritos de los padres de la iglesia son importantes porque abundan en citas de textos que ellos consideraban absolutamente fidedignos en virtud de su origen apostólico.

Los rollos del Mar Muerto 190

Los libros apócrifos 193

La confirmación arqueológica 194

Conclusión 199



A pesar de que los textos del Antiguo Testamento alcanzan una antigüedad de hasta 3500 años, el contenido se ha conservado extremadamente bien.

Capítulo 9: ¿Existen los milagros? 203

¿Qué es un milagro? 203

Contexto y posibilidad de los milagros 204

¿Las ciencias naturales pueden probar que los milagros no existen? 206

¿Se puede probar a través de la experiencia que los milagros no existen? 209

El milagro es «un tipo de intervención de Dios menos frecuente, a través de la cual despierta sentimientos de asombro y sobrecogimiento en las personas y da testimonio de sí mismo».

—Wayne Grudem

¿Cuál es el propósito de los milagros? 211

¿Qué ocurre con los milagros que nos parecen crueles? 219

¿Qué ocurre con los milagros que no son obra de Dios? 220

Los milagros de otras religiones 222

El budismo 223

El hinduismo 226

El islamismo 229

Conclusión 232

En el budismo, el poder para hacer milagros no se le atribuye a un Dios trascendente y poderoso sino al individuo que realiza el milagro.

Capítulo 10: ¿Qué lugar ocupa la profecía? 235

¿Quiénes fueron los profetas y qué es la profecía?..... 235

Ejemplos de profecías cumplidas en el Antiguo Testamento 240

En muchas ocasiones, las profecías bíblicas son el anuncio anticipado de hechos futuros.

La ciudad de Tiro 240

El reino de Edom.....244

Alejandro Magno.....246

Las profecías sobre la venida de Cristo.....249

Las setenta semanas de Daniel ***256***

Conclusión ***260***

La profecía tiene enorme importancia, porque es un milagro verificable.

Capítulo 11: ¿Fue real la resurrección? 265

Lo que está en juego ***265***

¿Qué es la resurrección? ***268***

Solo los hechos ***268***

La teoría del desvanecimiento ***270***

La teoría del hermano mellizo ***274***

El cuerpo robado ***276***

La teoría de la alucinación ***278***

Si Jesús no resucitó de los muertos, la fe cristiana no tiene ningún valor; es una pérdida de tiempo.

La tumba equivocada..... 280

La teoría del extrarrestre 281

La leyenda..... 282

El relato de la resurrección en el Corán..... 292

El relato bíblico de la resurrección..... 294

Conclusión 300

Capítulo 12: ¿Jesús dijo que era Dios? ¿Él es el único camino? 307

¿Dios o fraude? 307

El Mesías..... 308

Jesús nunca dijo: «Yo soy Dios»..... 310

Blasfemia (?) 312

Jesús les dijo:

—De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuera, yo soy.

El perdón de los pecados ***316***

Jesús acepta que lo adoren ***319***

¿Jesús es el único camino que conduce a Dios? ***323***

Conclusión ***329***

Jesús no solo aceptó que las personas lo adoraran, sino que les enseñó a orar en su nombre, algo absolutamente descabellado si, en verdad, no era Dios.

Capítulo 13: ¿Por qué Dios permitió que existiera el mal? 333

¿Qué es el mal? ***333***

Teodicea y defensa ***336***

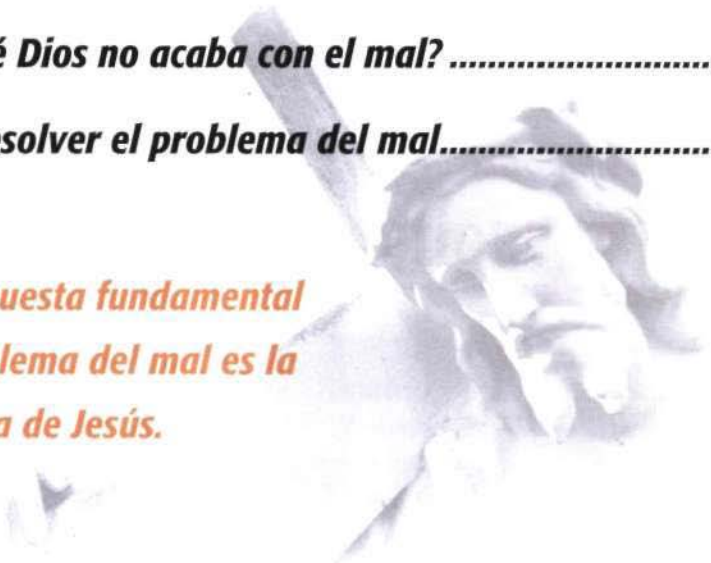
El argumento lógico a partir de la existencia del mal ***336***

El argumento evidencial a partir de la existencia del mal ***341***

La necesidad de redefinir el problema del mal.....346

¿Por qué Dios no acaba con el mal?.....348

Cómo resolver el problema del mal.....349



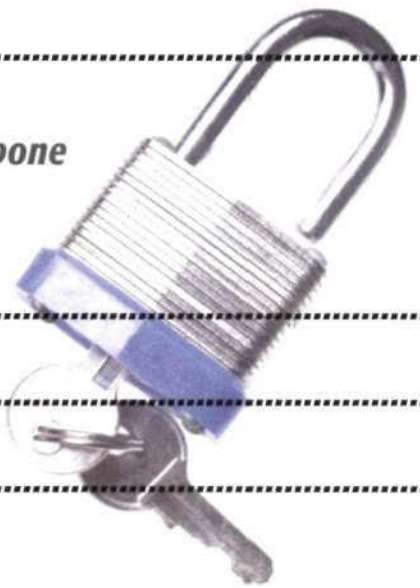
La respuesta fundamental al problema del mal es la persona de Jesús.

Capítulo 14: Metodología 355

La caja de herramientas.....355

Apologética clásica.....356

La apologética clásica pone el énfasis en la razón.

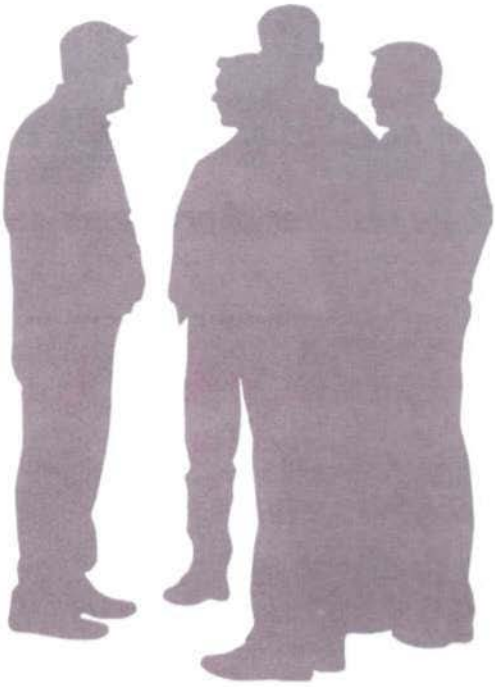


Evidencialismo.....358

Presuposicionalismo.....360

Fideísmo.....363

Así como cada uno de los métodos enfatiza diferentes aspectos, cada uno de ellos también critica, en alguna medida, los énfasis de los demás.



Interacción y crítica **365**

Apologética integral **370**

Conclusión **371**

Si esta gente comprendiera quién es Dios, en verdad, su ira y su amor, lo que exige y lo que ofrece, derribarían (o deberían derribar) las puertas para entrar a adorarlo.[1]

—John M. Frame

1 John M. Frame, *Contemporary Worship Music: A Biblical Defense*, Presbyterian and Reformed, Phillispsburg, NJ, 1997, p.95.

Capítulo 1
¿Qué es la apologética?

¿Supermercado o antídoto?

Imagínese que recorre un enorme supermercado muy bien abastecido, aunque con una particularidad: en lugar de vender comestibles, este supermercado vende religiones. Los nombres de las secciones no cambiaron pero adquirieron un significado simbólico. Por ejemplo, en la sección carnicería se vende judaísmo, como símbolo del sacrificio de animales necesario para la expiación de pecados. El pasillo de los cereales está dedicado al hinduismo, dado que las cajas de cereales suelen presentar diferentes personajes: «¡Un dios diferente en cada caja! ¡Completa tu colección de 330.000.000 dioses!». El islamismo se vende en la sección panadería y pasteles puesto que otros alimentos, como el judaísmo y el cristianismo, se originaron a partir de esta sustancia pero se corrompió durante la cocción. La religión Nueva Era está en la sección dulces y golosinas porque, igual que estos, su fuerza radica en su enorme poder de atracción. Las religiones muertas, creencias que ya nadie sostiene, como la mitología griega, el culto a Moloch, y los becerros de oro, se encuentran en la sección de alimentos congelados. El cristianismo, con su característico escenario de huertos y parábolas sobre la vida rural, se encuentra en la sección de frutas y verduras. Las ciencias síquicas se deben buscar en las estanterías de revistas. Una persona, sentada en un carrito vacío, recorre toda la tienda; es un budista, por supuesto.

La encargada de la caja es la muerte misma. Después de haber escogido el producto de su elección, cada uno debe pagar con su vida. El gran interrogante es si existe algo al atravesar la salida y qué sucede allí.

Hay otra persona que no encuentra absolutamente nada que le interese; es un ateo. Algunos clientes son estrictamente vegetarianos mientras que otros solo comen carne, pero todas las dietas tienen igual valor. Esencialmente, todas cumplen el mismo fin: alimentar. La encargada de la caja es la muerte misma. Después de haber escogido el producto de su elección, cada uno debe pagar con su vida. El gran interrogante es si existe algo al atravesar la salida y qué sucede allí.

¿Acaso es así la religión, una cuestión de elección según nuestras preferencias, que nos permite mezclar y combinar elementos a gusto? ¿O es algo completamente diferente, una suerte de antídoto?

En lugar de un supermercado, imagine que se encuentra en el servicio de emergencia y que está gravemente enfermo. El médico le explica que la enfermedad es mortal en el ciento por ciento de los casos si no se administra un antídoto específico, y agrega que el tratamiento con el antídoto es ciento por ciento efectivo y asegura una inmediata recuperación. Al presentar los hechos de este modo, el médico deja en claro que sus preferencias no cuentan en absoluto ni están en discusión. No importa cuánto le agraden o le desagraden las inyecciones o las píldoras indicadas; esta enfermedad requiere una cura específica que debe administrase de una manera específica. Si no sigue el tratamiento, morirá.

Dado el tipo de enfermedad y el tratamiento requerido, un error en el diagnóstico puede ser fatal. A ningún paciente que está sufriendo un infarto le gustaría ser atendido por un médico convencido de que necesita un yeso en la pierna. Es necesario aplicar el tratamiento correcto sin importar cuán desagradable, incómodo, doloroso, o incluso ofensivo pueda resultar. No existe la posibilidad de ir de compras y elegir el tratamiento que más le gusta. Hay una sola cura, y punto. El paciente debe tomar conciencia de que la opción es aceptar el tratamiento o enfrentar las consecuencias.

Hay una sola cura, y punto. El paciente debe tomar conciencia de que la opción es aceptar el tratamiento o enfrentar las consecuencias.

El cristianismo bien entendido es un antídoto; no es un estilo de vida alternativo ni un componente más de una visión religiosa bien equilibrada. Igual que un antídoto, puede ser doloroso e incómodo, puede resultar inaceptable para la sociedad, pero por sobre todas las cosas, puede resultar ofensivo. La mayoría de nosotros preferiríamos la propuesta del supermercado que nos permite conseguir una religión a la medida de nuestro estilo de vida y preferencias, que pueda ir cambiando conforme nosotros cambiamos.

Sin embargo, no podemos creer seriamente algo así. Como seres humanos racionales, debemos adaptar nuestro sistema de creencias a la realidad, y no, viceversa. Si no nos relacionamos con el mundo de este modo, generaremos situaciones muy peligrosas. Antes de cruzar la calle debemos asegurarnos de que nuestra idea sobre el estado del tránsito concuerda con lo que ocurre a nuestro alrededor. Si decidimos avanzar simplemente porque nos gustaría que la calle estuviera libre de tránsito y nos resulta conveniente hacerlo en ese momento, corremos el riesgo de ser atropellados por un ómnibus. Al ómnibus le tienen sin cuidado nuestras preferencias o nuestra conveniencia. Somos nosotros los que debemos actuar en consonancia con la realidad, y ajustar nuestra conducta a los hechos.

La verdad es la verdad, sea que creamos o no en ella. La verdad no necesita que alguien crea en ella para seguir siendo verdad, pero sin duda merece que creamos en ella.

Para lograrlo, para configurar un sistema de creencias, debemos investigar el mundo y sus problemas para descubrir los hechos y las verdades que encierran nuestras creencias. Este método, que todos usamos, es útil por una sencilla razón: la verdad es la verdad, sea que creamos o no en ella. La verdad no necesita que alguien crea en ella para seguir siendo verdad, pero sin duda merece que creamos en ella.

En términos espirituales, debemos llegar a comprender cuál es nuestra situación para entender por qué necesitamos un antídoto. El propósito de la ley de Dios es darnos ese entendimiento, ese diagnóstico, y el propósito del evangelio de Jesucristo es ofrecernos el antídoto. Jesús no es como un jarabe para la tos con sabor a cereza que cumple la misma función que el jarabe con sabor a limón que ofrece Buda. La fe en Jesús es comparable a un tratamiento extremo, como un procedimiento cardíaco invasivo que le devuelve la vida a las personas. Y es el único procedimiento eficaz.

Pero como seres humanos preferimos la propuesta del supermercado, y es preciso convencernos de que debemos ir al servicio de emergencia. Planteamos objeciones de todo tipo y anteponemos nuestras barreras, prejuicios, patrones culturales, ideas erróneas y distorsión de los hechos, además de innumerables condiciones y excusas. El propósito de la apologética cristiana es eliminar los obstáculos que se interponen entre una persona y la cruz de Cristo.

Sea cual fuere su relación con el evangelio, la apologética es un quehacer de enorme importancia que puede influir significativamente en los no creyentes y ser usada como una herramienta para allanar el camino hacia la fe en Jesucristo.

Esto ha llevado a muchos cristianos a considerar la apologética como una suerte de preevangelización; no es el evangelio, pero prepara el terreno para recibir el evangelio.[1] Otros, en cambio, no hacen tal distinción y consideran que la apologética, la teología, la filosofía y la evangelización son todas facetas del evangelio, fuertemente entrelazadas entre sí.[2] Sea cual fuere su relación con el evangelio, la apologética es un quehacer de enorme importancia que puede influir significativamente en los creyentes y ser usada como una herramienta para allanar el camino hacia la fe en Jesucristo.

La apologética está dirigida también a los creyentes

Algunas personas creen, sin embargo, que la apologética no se descubre hasta después de haber hecho profesión de fe. Un gran número de cristianos no llegaron a la fe como consecuencia de haber investigado la autoridad de la Biblia ni las evidencias de la resurrección, ni como respuesta a los argumentos filosóficos a favor de la existencia de Dios. Simplemente creyeron en respuesta a la proclamación del evangelio. Si bien estas personas tienen razones para creer, se trata de razones profundamente personales que no suelen tener mucho sentido para el no creyente. Conocen la verdad, pero no están

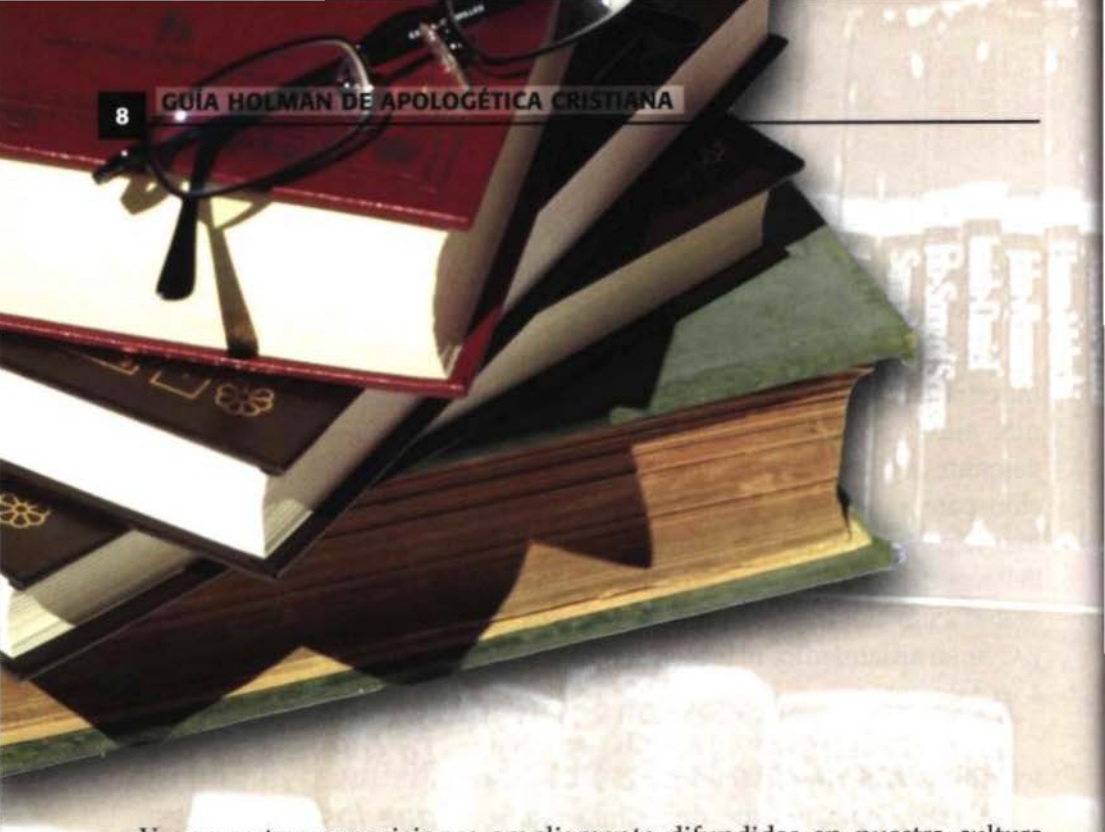
preparados para contar o expresar esa verdad de un modo comprensible para aquellos que tienen interrogantes respecto de la fe. Es perfectamente posible creer que algo es verdad sin tener una comprensión cabal de esa verdad ni la capacidad de expresarla de modo claro y eficaz.

Los cristianos que tienen fe pero no saben dar razón de ella a menudo se muestran inseguros y solo se sienten cómodos en compañía de otros cristianos. Ante cualquier cuestionamiento sobre la fe, la moral o la verdad, rápidamente adoptan una postura defensiva debido a que carecen de información para argumentar racionalmente sobre el cristianismo. En el extremo más negativo, esto puede originar posturas fuertemente defensivas o una fe beligerante, exactamente lo opuesto de la Gran Comisión que Jesús dio en Mateo 28:19-20. Los cristianos no estamos llamados a apartarnos del mundo y vivir en aislamiento, más bien somos enviados a formar parte de la cultura, a ser sal y luz.

La solución es que los creyentes se interesen por aprender sobre doctrina, historia de la fe, filosofía, lógica y otras disciplinas relacionadas con el cristianismo. Deben conocer los hechos, los argumentos y la teología y deben entender cómo relacionarlos de manera efectiva con la cultura. En síntesis: deben recurrir a la apologética cristiana.

La solución es que los creyentes se interesen por aprender sobre doctrina, historia de la fe, filosofía, lógica y otras disciplinas relacionadas con el cristianismo.

Uno de los primeros cometidos de la apologética cristiana es informar. Muchas de las ideas o presupuestos más difundidos sobre el cristianismo pueden ser rebatidos con un mínimo de información. Esto se aplica incluso en el caso de personas con muy buen nivel de educación. C.S. Lewis siempre había creído que los Evangelios eran una colección de mitos similares a los de Balder, Adonis o Baco. Sostuvo esta opinión hasta los 31 años de edad cuando leyó los Evangelios por primera vez. Por ser un gran conocedor de los mitos y las leyendas de la literatura, Lewis supo reconocer que los textos de los Evangelios no correspondían a ese género literario. Los Evangelios eran sencillamente una crónica de hechos históricos relatados por testigos directos, y carecían de la elaboración artística de los mitos de la antigüedad.



Veamos otras suposiciones ampliamente difundidas en nuestra cultura que pueden ser rebatidas mediante la información y la argumentación:

- ***Jesús no existió.***
- ***No es posible probar la existencia de Dios.***
- ***Los milagros no existen.***
- ***No hay evidencias que prueben la resurrección de Jesús.***
- ***La Biblia fue escrita cientos de años después de Jesús.***
- ***¿Qué ocurrió con los libros que no fueron incluidos en la Biblia?***

- ***Todas las religiones enseñan básicamente lo mismo.***
- ***Si el Dios de la Biblia es real, ¿cómo puede permitir la existencia del mal?***
- ***Lo que tú crees es tu verdad; lo que yo creo es mi verdad.***
- ***El cristianismo no es racional.***

Esta es solo una pequeña muestra de los cuestionamientos y preguntas que el creyente sabrá responder si tiene conocimientos de apologética, y esta lo ayudará en tres sentidos: primero, permite mostrar que aunque la fe cristiana no se puede probar por medio de la razón, no es una fe irracional, es decir, contraria a la razón. Esto es sumamente importante porque demuestra que el cristianismo no es una cuestión de preferencia personal en virtud de la educación recibida, ni una visión del mundo sustentada en respuestas de corte emocional. Segundo, responde a las objeciones en contra de la fe y se ocupa de eliminar ideas falsas o erróneas. Tercero, la apologética cristiana no solo ofrece evidencias y argumentos a favor del cristianismo sino que además muestra las debilidades del ateísmo y de otros sistemas de creencias incompatibles con el carácter histórico de la fe cristiana. La apologética ofrece una propuesta mucho mejor para sustituir estas cosmovisiones existentes.

La persona que sabe sobre apologética es más segura y resuelta, y no está a la defensiva. La apologética le permite al creyente participar de la vida en el mundo sin transigir ni condescender. Tal como ocurre con el antídoto que mencionamos anteriormente, en cuyo caso se debe conocer el virus o el veneno para saber cómo atacarlo, del mismo modo los cristianos deben comprender y reconocer los nefastos errores del pensamiento no creyente, estar en condiciones de ponerlos en evidencia, y ofrecer una visión más acertada del mundo. Esta es la tarea de la apologética.

La persona que sabe sobre apologética es más segura y resuelta, y no está a la defensiva.

La apologética en la Biblia

Hay creyentes que desconfían de la apologética y se oponen a ella por considerarla contraria a la fe. Temen que al presentar un cristianismo racional ya no habrá lugar para la fe. Este enfoque «antiintelectual» del cristianismo nace de una comprensión equivocada del significado de la palabra «fe».

La palabra que se traduce «fe» y «creencia» en el Nuevo Testamento es *pistis*. Este término comprende una serie de ideas, todas asociadas a la acción de confiar de manera decidida y comprometida.

Entre las definiciones, encontramos «firme convicción... confianza absoluta».[3] Lawrence O. Richards, autor de un diccionario de términos bíblicos, señala: «*Pistis* y sus derivados hacen referencia a relaciones establecidas a partir de la confianza y preservadas por la fiabilidad».[4] Confiamos en algo cuando tenemos razones para confiar y evidencias que justifican y respaldan nuestra confianza.

Una afirmación no es verdadera por el simple hecho de que creamos en ella ni deja de serlo porque no creamos. Primero, evaluamos qué evidencias y razones respaldan esa verdad; luego, analizamos esas evidencias a fin de decidir si las afirmaciones tienen fundamento sólido; y finalmente, llegamos a confiar; llegamos a la experiencia de fe basándonos en el peso de la evidencia. La fe no es tener esperanzas o deseos «de corte cristiano»; esperanzas y deseos también tiene la gente que sostiene creencias absolutamente incompatibles con el cristianismo. La diferencia radica en cómo evaluamos tanto la evidencia que sustenta nuestra posición como la que sostiene la de los demás. La fe es fruto de la investigación y de la voluntad, y la razón es su fundamento y su columna vertebral, no su enemigo.[5]

Por otra parte, creer en algo sin haber reflexionado sobre ello y sin analizarlo seriamente no es un acto de fe; es una necedad. Creer algo sin el respaldo de la evidencia o la razón no es una virtud, como sostienen algunos. La persona que dice: «Solo debes tener fe» demuestra a las claras que no tiene idea de qué es la fe. El punto central del cristianismo no es que tengamos fe, ya que eso no lo diferencia en nada de las otras religiones o cosmovisiones. Si el único objetivo fuera tener fe, todos seríamos salvos pues toda persona cree en algo. Ese no es el punto; la fe no es el objetivo. Lo que verdaderamente distingue una religión de otra es el objeto de la fe. Lo que realmente importa es el contenido de la fe. Y es el contenido de la fe lo que debemos investigar para luego decidir si lo aceptamos o lo rechazamos.

La apologética cristiana no es una práctica novedosa ni es antibíblica. Por el contrario, no solo responde a un modelo dado en el Nuevo Testamento sino que fue, además, un mandato. El término griego *apologia*, del cual deriva *apologética*, significa «defensa», en el sentido de hacer una defensa legal o exponer los argumentos a favor de algo.[6] En el Nuevo Testamento se la traduce *defensa* o *vindicación* como se ve en los siguientes versículos:

«Hermanos y padres, oíd ahora mi defensa ante vosotros» —Pablo ante una multitud de judíos cuando fue arrestado en el templo, Hechos 22:1

«Y es justo que yo sienta esto de todos vosotros, porque os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia.» —Pablo, Filipenses 1:7

«Sabiendo que he sido designado para la defensa del evangelio.» —Pablo, Filipenses 1:16b (LBLA)

«Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto, manteniendo la conciencia limpia, para que los que hablan mal de la buena conducta de ustedes en Cristo, se avergüencen de sus calumnias.»

—En tiempo de tribulación, Pedro le escribe a los cristianos en la actual Turquía, 1 Pedro 3:15-16

El concepto de la apologética se encuentra en la exhortación en Judas 3 que insta a los creyentes a «contender ardientemente por la fe» (LBLA).

En Hechos 17:22-34 vemos cómo Pablo pone en práctica la apologética en su discurso ante el Areópago, en la colina de Ares, en la ciudad de Atenas.

Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo:

«Atenienses, en todo observo que sois muy religiosos, porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: "Al dios no conocido". Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerlo, es a quien yo os anuncio.

»El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas ni es honrado por manos de hombres, como si necesitara de algo, pues él es quien da a todos vida, aliento y todas las cosas.

»De una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación, para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarlo, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos, nos movemos y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: "Porque linaje suyo somos".

Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberlo levantado de los muertos».

Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban y otros decían: «Ya te oiremos acerca de esto otra vez».

Entonces Pablo salió de en medio de ellos.

Pero algunos de los que se le habían juntado, creyeron; entre ellos, Dionisio el areopagita y una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

Pablo argumentó a favor de la fe de dos maneras. En primer lugar, se dio cuenta de que tenía algo en común con la audiencia puesto que ellos contaban con un sistema de creencias religiosas. El problema, según Pablo, no era que no creían en nada sino que creían en algo falso. Tenían una cosmovisión religiosa pero con muchos huecos. Como Pablo conocía los errores mayúsculos de su sistema religioso, argumentó a favor del cristianismo presentándolo como un sistema de creencias en el cual el poder creador y sustentador del universo es coherente con la idea de justicia que predominaba en la sociedad griega.

En segundo lugar, Pablo basó su argumentación en hechos que podían ser investigados por cualquier persona que estuviera interesada. Sabía que si el cristianismo era verdad, debía sustentarse en hechos. Pablo encontró el punto de contacto entre los aspectos: histórico, físico y temporal de la vida de Jesús. Jesús fue una persona real que hizo y dijo determinadas cosas en un tiempo y un lugar determinados. Era posible encontrar a los que fueron testigos de la vida y las enseñanzas de Jesús para interrogarlos al respecto.

La realidad de Jesús —su historicidad— es el fundamento del cristianismo. Sin ella, no hay cristianismo. Pablo estaba tan convencido de este fundamento que llegó al extremo de señalar la afirmación más vulnerable de la fe cristiana:

Pero si se predica que Cristo resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?, porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios, porque hemos testificado que Dios resucitó a Cristo, al cual no resucitó si en verdad los muertos no resucitan. Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: aún estáis

en vuestros pecados. Entonces también los que murieron en Cristo perecieron. Si solamente para esta vida esperamos en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres. [7]

Si Jesús no vivió, no hizo ni dijo todo lo que los apóstoles afirman, entonces el cristianismo es una falsedad. Si existe una mejor explicación para la resurrección, los cristianos pierden el tiempo.

Inscripción en la Piedra de Pilato.

Al señalar este punto vulnerable del cristianismo, en realidad, Pablo señaló su punto fuerte. Tan convencido estaba de la historicidad y de lo verificable de la resurrección —el acontecimiento que confirmó lo afirmado por Jesús—, que explicó cómo probar que era una falsedad, casi como si se tratara de un desafío. Las afirmaciones del cristianismo se pueden investigar y se pueden poner a prueba. Este desafío no tiene paralelo en otras religiones; ningún otro texto sagrado explica cómo destruir sus propias afirmaciones.

Los padres de la iglesia dieron muestras de comprender la importancia del carácter histórico de Jesús al redactar el Credo Niceno, el credo universalmente aceptado por la iglesia. Este dice: «Fue crucificado por nuestra causa bajo Poncio Pilato, y padeció, y fue sepultado». ¿Por qué mencionar a Poncio Pilato? ¿Qué doctrina se basa en él? La respuesta es fácil: ninguna; no hay ninguna doctrina basada en Pilato. Se lo nombra con el único propósito de recordarnos que se trató de hechos reales vividos por una persona real en un tiempo histórico determinado.

Muchos críticos del Nuevo Testamento comprendieron esto y lo convirtieron en objeto de ataque diciendo que Pilato nunca había existido, y que fuera del Nuevo Testamento, no había evidencias que probaran tal cosa. La situación cambió en 1961 a raíz de un descubrimiento arqueológico en Cesarea del mar. Un equipo de arqueólogos italianos que realizaba una excavación en el teatro de la ciudad encontró una piedra, procedente de otro lugar, que había sido colocada allí durante una remodelación. La piedra tenía una inscripción parcialmente legible con los nombres de Tiberio y Poncio Pilato, además del título de Prefecto de Judea.[8] A partir de allí, la historicidad de Poncio Pilato dejó de ser cuestionada.

Detrás de la osadía del planteo de Pablo se advierte una lógica y una coherencia que le conferían poder ya que comprendía la importancia del intelecto en relación con la fe. Jesús mismo hizo clara referencia a la importancia de desarrollar nuestra capacidad intelectual al citar el gran mandamiento del libro de Deuteronomio. En Mateo 22:37, Jesús expresó: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». La vida cristiana es un equilibrio entre el intelecto, las emociones y la experiencia. En Dios se concentran los tres; en Dios se fundamenta la razón y es Él quien da coherencia y sentido al mundo.

Jesús mismo hizo clara referencia a la importancia de desarrollar nuestra capacidad intelectual al citar el gran mandamiento del libro de Deuteronomio. En Mateo 22:37, Jesús expresó:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente».

El uso y el abuso

Llegados a este punto, es preciso hacer dos aclaraciones con relación al uso de la apologética. Primero, el objetivo de la apologética cristiana no es ganar una discusión a toda costa. Es posible salir victorioso en la argumentación, pero hacerlo de tal modo que acabemos dando una imagen negativa del amor y la gracia de Jesucristo. Los cristianos deben proclamar la verdad en el mundo, y la apologética es una de las maneras en que los creyentes pueden hacerlo. Dios podría haber escogido darse a conocer derribando a las personas y dejándolas tendidas en el piso durante un par de días como lo hizo con Pablo, pero decidió usar a su pueblo como agente. Y en su calidad de agentes de Dios, los cristianos deben proclamar la verdad en amor. A veces esto requiere saber presentar buenos argumentos.

Segundo, la salvación de las personas es obra del Espíritu Santo; la tarea del cristiano es dar testimonio de la verdad. El Espíritu Santo recoge ese testimonio y lo usa para abrir la mente y el corazón de aquellos que lo escuchan. Ningún apologista logrará que las personas entren al Reino gracias a sus argumentos. Los cristianos deben reunir dos condiciones para el desempeño de su tarea: estar bien informados y ser gentiles, esforzándose por no añadirle obstáculos ni elementos ofensivos al evangelio.

La mayor parte de la actividad apologética cristiana se lleva a cabo en conversaciones informales de todos los días, no en aulas ni en mesas de debate que pueden parecer distanciadas de las cuestiones personales relevantes. Es en este tipo de conversación que intercambiamos ideas y tratamos de comprender los problemas que la vida nos plantea. Y es precisamente para este tipo de conversación espontánea que los cristianos deben estar preparados.

«No basta con un par de trazos para demostrar la cosmovisión cristiana, su verificación depende, más bien, de una amplia gama de argumentos convincentes y convergentes.

El cristianismo se presenta como la mejor explicación sobre el origen y la naturaleza del universo, y también de la condición humana y el acontecer histórico.

Además, los cristianos deben considerar la apologética desde una perspectiva pastoral.

Debemos interesarnos profundamente por las personas perdidas, en lugar de preocuparnos únicamente por rebatir sus argumentos.

Es mucho lo que está en juego para encarar la apologética como una competencia «a ver quién es mejor». [9]

—Douglas Groothius

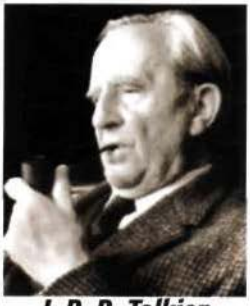
Tollers y Jack

Un buena demostración de cómo un cristiano puede participar de manera informada y a la vez, respetuosa y gentil, en la salvación de otra persona tuvo lugar en Magdalen College, en la universidad de Oxford, el 19 de septiembre de 1931. Aquel atardecer, tres amigos daban un paseo por el sendero conocido como el paseo de Addison. Uno de ellos, Jack, después de haber sido ateo durante mucho tiempo, recientemente se había volcado al teísmo, pero tenía muchos reparos con relación al cristianismo. Los otros dos, en cambio, eran cristianos. Todos compartían un interés común por la mitología, y el tema de conversación de esa noche era de dónde procede la verdad del mito. Tollers, uno de los cristianos, sostuvo que la verdad de un mito está dada por el grado en que este refleja la historia de Jesús. Luego, pasó a explicar y a presentar argumentos sobre la veracidad del cristianismo. De regreso en la habitación de Jack, la conversación se prolongó hasta la madrugada.

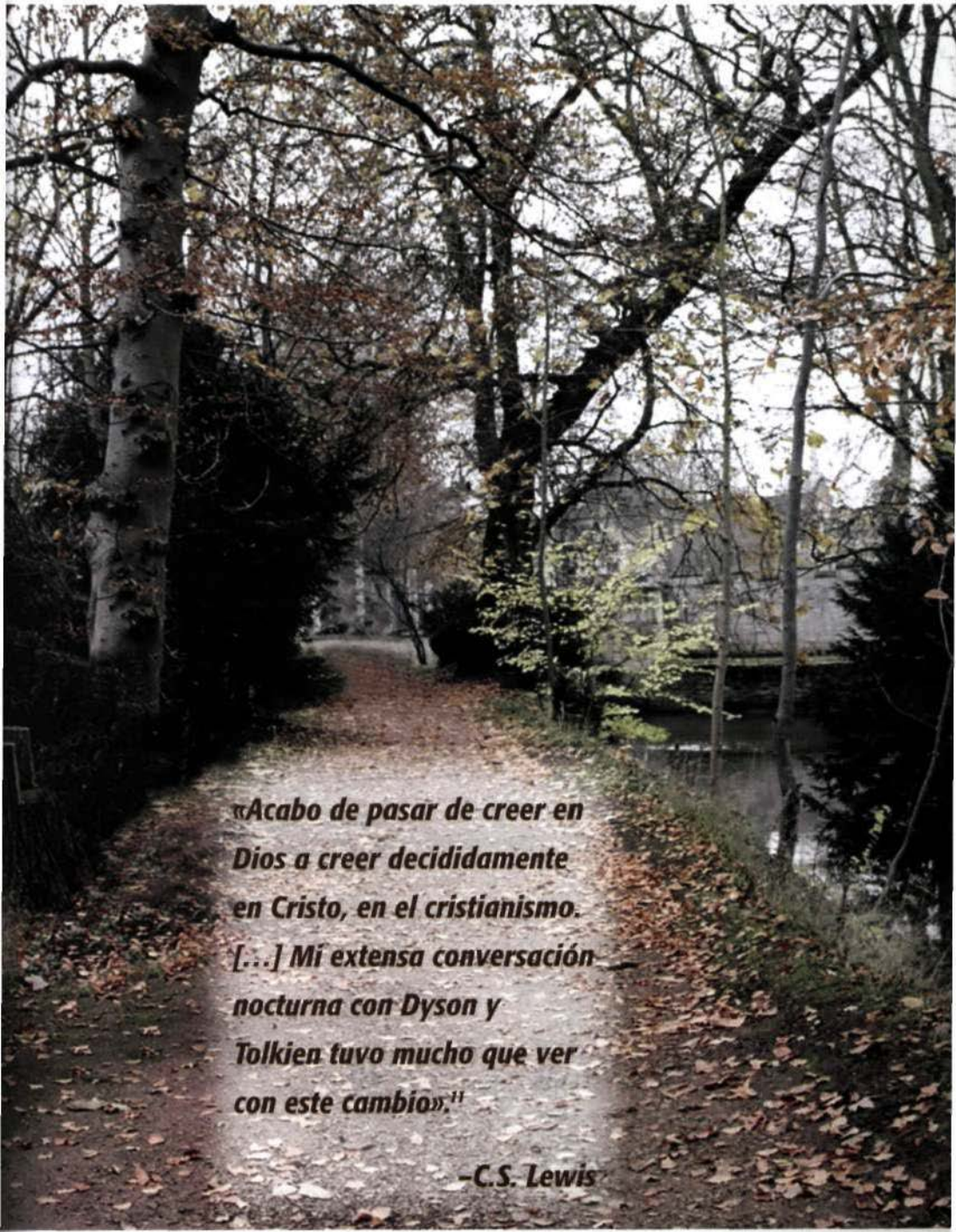
C. S. Lewis

Los argumentos y la actitud de Tollers y de Hugo Dyson, el tercer amigo, causaron un profundo impacto en Jack. Doce días más tarde Jack escribió en una carta: «Acabo de pasar de creer en Dios a creer decididamente en Cristo, en el cristianismo. [...] Mi extensa conversación nocturna con Dyson y Tollers tuvo mucho que ver con este cambio».[10] Se había comprometido intelectual y espiritualmente con Jesús, y en los siguientes 30 años se convirtió en el apologista cristiano más afamado del siglo XX. «Jack» era el apodo del escritor C.S. Lewis, autor no solo de obras de apologética sino también de novelas para niños y adultos, además de trabajos sobre literatura medieval y renacentista, que era su área de especialización académica.

Tollers trabajó en la creación de una compleja mitología, en la que incorporó sus ideas sobre los mitos. Sus obras de literatura fantástica ocupan hoy un lugar muy destacado entre las obras de ese género. «Tollers» era el apodo del escritor J.R.R. Tolkien, autor de la trilogía *El Señor de los Anillos* y *El Hobbit*.


J. R. R. Tolkien

Por supuesto, Tolkien y Dyson no podían imaginar de modo alguno, la repercusión que tendría aquella conversación, ni tampoco podían anticipar que acabarían hablando sobre ese tema. Pero cuando se presentó la oportunidad, estaban preparados. Y quién sabe a cuántos más habrán ayudado de la misma manera.



El paseo de Addison, en Oxford, una de las caminatas preferidas de C.S. Lewis.

A la luz del mandamiento que nos insta a estar siempre preparados para dar razón de la verdad que hay en nosotros y a amar a Dios con toda nuestra mente, debemos asegurarnos de conocer los hechos, las evidencias y los argumentos del cristianismo.

Conclusión

A la luz del mandamiento que nos insta a estar siempre preparados para dar razón de la verdad que hay en nosotros y a amar a Dios con toda nuestra mente, debemos asegurarnos de conocer los hechos, las evidencias y los argumentos del cristianismo. Debemos conocer la cultura en la que vivimos y proponernos despertar su interés en la fe cristiana. Es preciso, además, que nos capacitemos de tal manera que podamos administrar un antídoto eficazmente. No estamos llamados a ser metal que resuena sino a ejecutar una música maravillosa, que convoque, que sea contagiosa e irresistible.

El primer paso en nuestra capacitación es no hacer presuposiciones. Antes de poder hablar sobre el cristianismo, debemos ser capaces de mostrar que Dios existe, y punto. Sin embargo, ¿podemos creer que Dios existe apoyados en la razón? Y si Dios en verdad existe, ¿qué religión lo describe más fielmente? En el siguiente capítulo analizaremos varios argumentos a favor de la existencia de Dios y sus atributos. Luego compararemos los resultados obtenidos con la visión que tienen sobre Dios diferentes religiones.

Cita célebre

Cuando la gente vea esto —el amor que sentimos unos por otros y nuestra unidad a través del amor— entonces se sentirán atraídos hacia Cristo por este amor, y responderán a la salvación que les ofrece el Evangelio. En la mayoría de los casos, será lo que somos, más que lo que decimos, lo que acercará al no creyente a Cristo.

Este es, pues, el contenido fundamental de la apologética. No hay mayor apologética que tu propia vida.[12]

—William Lane Craig

Notas

1. Norman Geisler and Ron Brooks, *When Skeptics Ask*, Baker Books, Grand Rapids, 1996, p.11.
2. Greg Bahnsen, *Van Til's Apologetic*, Presbyterian and Reformed, Phillisburg, NJ, 1998, p.43.
3. Ethelbert W. Bullinger, *A Critical Lexicon and Concordance to the English and Greek New Testament*, Zondervan, Grand Rapids, 1975, 1978, p.271.
4. Lawrence O. Richards, *Expository Dictionary of Bible Words*, Zondervan, Grand Rapids, 1985, p.116
5. La discusión sobre el origen de la razón y el porqué de su poder se retoma en el capítulo 14.
6. Ver Bullinger, p.212.
7. 1 Corintios 15:12-19
8. Josh McDowell, *A Ready Defense*, Thomas Nelson, Nashville, 1993, pp.111-112.
9. Douglas Groothius, *The Denver Journal*, vol.2, 1999.
10. Roger Lancelyn Green y Walter Hooper, *C.S. Lewis: A Biography*, Harcourt Brace, New York, 1974, 1994, pp. 116-118.
11. Ibíd., p.116.
12. William Lane Craig, *Resonable Faith*, Crossway, Wheaton, IL, 1984, 1994, pp. 301-302

Capítulo 2
¿Existe Dios?
El argumento cosmológico

Definiciones

«Cosmos» es un término griego que significa «todo lo que existe»; el universo y todos sus componentes.

El argumento cosmológico a favor de la existencia de Dios busca probar que si algo existe se debe a que hay un Dios que lo creó. O dicho de otro modo, sin un Dios creador nada podría ni llegaría a existir. Dios puede existir sin el universo, pero el universo no puede existir sin Dios. De este modo, el argumento cosmológico intenta demostrar que el universo no es una entidad necesaria y no puede, por tanto, explicarse a sí mismo. La esencia del argumento es probar que el universo fue causado por un agente que no es parte del mismo universo ni fue causado por nadie.

Existen básicamente tres clases de argumentos cosmológicos: el argumento kalam, el tomista y el leibniziano.

Analizaremos cada uno de estos argumentos filosóficos y también un ejemplo científico del argumento cosmológico en el mundo real.

Galaxia espiral distante, Prof. Jeffrey Newman, Univ. de California, en Berkeley, y NASA.

El argumento cosmológico de kalam

El argumento cosmológico de kalam busca demostrar que el universo no es eterno, que necesariamente debió tener un comienzo.

Este argumento fue formulado por primera vez por filósofos cristianos, pero no cobró verdadera fuerza hasta la Edad Media cuando pensadores del islamismo pusieron atención en él.[1] «*Kalam*» es una palabra árabe que significa «conversación» o «discurso», pero tiene connotaciones mucho más amplias que la acercan a la filosofía y la teología.[2]

El eje central de este argumento es la idea de que existen dos clases de infinito: los infinitos potenciales (o abstractos) y los infinitos reales (o concretos). El argumento *kalam* toma lo que podemos conocer sobre esta serie infinita de números y usa ese conocimiento para demostrar que el universo debe haber tenido un comienzo.

Los infinitos potenciales se componen de un conjunto de números que puede crecer incesantemente al agregar otro número a la serie. Por ejemplo, los segundos en un cronómetro son potencialmente infinitos. Una vez presionado el botón se genera una serie de números o instantes (1, 2, 3, etc.) que cesa cuando el reloj se detiene. Si el cronómetro no se detiene, los segundos podrían seguir acumulándose, al menos potencialmente, por siempre.

Sin embargo, los infinitos potenciales nunca son infinitos reales. Un infinito potencial siempre es un conjunto finito de números al que se le puede agregar un elemento más. No importa cuántos elementos agreguemos a la serie; jamás llegará a convertirse en infinito.

Los infinitos reales son conjuntos de números que no pueden incrementarse puesto que, debido a su propia infinitud, el conjunto incluye a todos los números; no existen elementos que se puedan agregar. Si esto resulta difícil de comprender, se debe a una muy buena razón: los infinitos reales no existen ni pueden existir en el mundo físico. Si lo hicieran, nos veríamos expuestos a absurdos y a efectos con los que nos resultaría imposible convivir.

Por ejemplo, imaginemos que usted tiene una colección infinita de discos compactos y cada CD tiene un número infinito de melodías. Si escuchara un solo CD, escucharía tantas melodías como si escuchara todos los CD de la colección —una cantidad infinita— y, sin embargo, son infinitos de diferente tamaño; un concepto absurdo. Imaginemos, además, que hubiera solo dos artistas en su colección de compactos, un CD de Bach y que todos los demás compactos fueran de los Beatles. Esto querría decir que tendría tantos compactos de los Beatles como de los Beatles y de Bach en conjunto, en ambos casos tendríamos un número infinito, aunque serían, a la vez, infinitos de diferente tamaño. Y podríamos preguntarnos si el número de compactos de los Beatles sería par o impar; debería ser uno u otro, pero hablar del infinito en estos términos es irracional.

O piense en el piloto de un automóvil de carrera y su hijo. El piloto recorre un circuito de 1,5km (1 milla), vuelta tras vuelta. Mientras tanto, en el interior del circuito, su hijo de tres años da vueltas en círculo montado en un triciclo. El pequeño completa unas doce vueltas por cada vuelta de su padre, pero si cada uno hubiera circulado una infinita cantidad de tiempo, ¡ambos hubieran completado igual cantidad de vueltas!

Si siente que esto le exprime el cerebro o que es confuso, entonces está comenzando a comprender por qué el infinito real no puede existir en el mundo físico. Los ejemplos presentados no son simplemente problemas de ingenio o enigmas ocurrentes. La afirmación de que si X = Y, luego X no puede ser a la vez doce veces mayor que Y es extremadamente importante. Nadie querría cruzar un puente, conducir un automóvil, o vivir en una casa diseñados por un ingeniero incapaz de reconocer o tener en cuenta lo absurdo de los infinitos reales.

Esta demostración de la no existencia de los infinitos reales puede aplicarse a dos aspectos del mundo real: tiempo y causalidad. La mejor manera de probar que el tiempo no es infinito, que tuvo un comienzo, es señalar que existe un «ahora». Si el ahora existe, el tiempo no puede ser infinito. Para demostrarlo, piense en el «ahora» como un lugar de destino, como una estación de ferrocarril. Luego imagine el tiempo como vías del ferrocarril que se extienden hasta el infinito. Si usted fuese un pasajero que espera la llegada del tren, ¿cuánto tiempo debería esperar? Eternamente. No es posible llegar al final de algo infinito, por ende, no es posible recorrer vías de ferrocarril cuya longitud es infinita; no hay punto final al cual llegar, no hay estación. Si fuera posible cruzar vías de ferrocarril de longitud infinita, estas serían el equivalente de una vara con un solo extremo, es decir, un absurdo. De hecho, esto es la limitación opuesta del infinito potencial. Así como el infinito potencial se define como un conjunto finito de números que nunca pueden llegar al infinito, el infinito real nunca podría llegar al límite de su infinitud y volverse finito. Sin embargo, existe un final, un «ahora»; el tren llega, con certeza, a la estación. Esto implica que las vías del tiempo no pueden extenderse hasta el infinito. No puede haber un número infinito de momentos previos anteriores al momento presente. El pasado no es un infinito real. Por lo tanto, el tiempo debió tener un comienzo.

No obstante, el tiempo mismo no fue causa y origen de su existencia. Si tuvo un comienzo, hubo algo que lo inició. Aquí es donde la causalidad entra en escena. No existe efecto que no haya sido causado. Todo ser humano es efecto de un proceso biológico causado por sus padres. Este párrafo que ahora está leyendo fue causado por mi acción al escribir sobre el teclado. El estado actual del universo es efecto causado por diversas condiciones físicas y astronómicas. Nótese, sin embargo, que cada una de las causas mencionadas son también efecto. Por ejemplo, nuestros padres no solo son causa de nuestra existencia, sino también efecto de sus padres, que antes fueron efecto de sus padres, y así sucesivamente; pero, como lo prueba la inexistencia de un infinito real, la cadena de causas no puede extenderse en una regresión infinita. En este caso, la estación de ferrocarril consiste en causas presentes; si ahora tenemos causas, es porque hubo un inicio de la secuencia. Por lo tanto, debe haber una causa que no sea efecto, una causa no causada o causa primera. Dado que el universo es un efecto, debe haber tenido una causa que lo originara.

El argumento *kalam* explica que el universo tuvo un comienzo y que ese comienzo fue causado por una causa no causada. Ante este planteo, solo hay dos posibilidades: que la causa haya sido personal o impersonal. Al

reflexionar sobre las características de esta causa no causada, no tardamos en llegar a una conclusión: la causa primera, necesariamente, debe tener la capacidad de crear; sin esta capacidad nada podría ser creado. Además, debe tener intención de crear, la voluntad de dar comienzo al universo; sin esta voluntad creadora nada podría ser creado. Se necesita un ser no contingente, uno cuya existencia no dependa de otra cosa más que de sí mismo. Si fuese un ser contingente, sería simplemente un efecto más en la cadena de causas y efectos. Además, debe ser trascendente; la causa del universo debe estar fuera y no debe formar parte de él. Ahora, si sumamos todas estas características, ¿qué clase de ser cumpliría con los siguientes requisitos?:

- ***existir sin que su existencia dependa de nada ni nadie,***
- ***tener el poder de crear de la nada,***
- ***tener voluntad para hacerlo o no,***
- ***tener la característica de existir fuera de la creación.***

¿La imagen que evocan estas cualidades en nosotros son las de un ser personal o impersonal? Personal, por supuesto. Así pues, el argumento *kalam* llega a la conclusión de que el universo tuvo un comienzo causado por un ser personal, poderoso y trascendente.

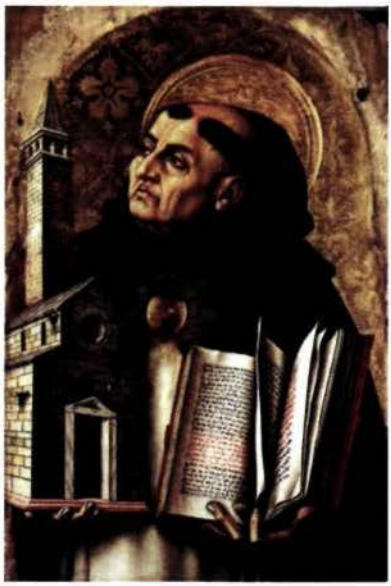
Al llegar a este punto, con frecuencia surge la pregunta sobre los atributos infinitos de Dios.

«Si no existe tal cosa como el infinito real, ¿cómo es posible afirmar que Dios es infinitamente bueno o amoroso?»

Cuando hablamos de los atributos infinitos de Dios, lo hacemos en un sentido más bien metafórico. No queremos decir que Dios tiene una cantidad de bondad y de amor infinitamente grande en la que se sustenta su gracia y su misericordia. Lo que queremos decir es que Él es la encarnación absoluta del amor y la bondad. Estos atributos no son mensurables y no hacen referencia a sus características en términos cuantitativos sino que definen su naturaleza en términos cualitativos.

El argumento cosmológico tomista

En su obra *Suma Teológica* (siglo XIII), Tomás de Aquino expuso tres aspectos del argumento cosmológico como parte de sus «cinco vías» para demostrar la existencia de Dios. El pensamiento de Aquino era el siguiente:



Tomás de Aquino (1225/27-1274), detalle del *Altar Demidoff*, de Carlo Crivelli.

«Como la naturaleza obra por un determinado fin a partir de la dirección de alguien superior, es necesario que las obras de la naturaleza también se reduzcan a Dios como a su primera causa. De la misma manera también, lo hecho a propósito es necesario reducirlo a alguna causa superior que no sea la razón ni la voluntad humanas; puesto que éstas son mudables y perfectibles. Es preciso que todo lo sometido a cambio y posibilidad sea reducido a algún primer principio inmutable y absolutamente necesario».[3]

Primero, Tomás de Aquino trató de probar la existencia de Dios a partir del movimiento. El movimiento es un efecto, y como tal, responde a una causa. Según Tomás de Aquino, «todo lo que se mueve es movido por otro».[4] Esta cadena en la que una cosa mueve a otra que a la vez mueve a otra no puede extenderse indefinidamente.

Todo lo que se mueve es movido por otro.

Ya demostramos anteriormente que esto es imposible indefinidamente. Por lo tanto, debe haber una causa primera que pone a todos en movimiento; un primer motor que no es movido por otro. Aunque todo pueda tener la capacidad plena de funcionar, si no existe una causa primera que inicie la acción, todo quedaría inerte y sería inútil. Sin ese primer motor que abre la tapa, el universo sería como una caja musical a la que se le dio cuerda pero que permanece siempre cerrada, silenciosa y sin movimiento. Además, sugerir que la caja musical no necesita un primer motor que levante la tapa implica suponer también que las piezas de madera y metal se combinaron solas para formar la caja musical sin la intervención de un artesano. Esta causa primera o primer motor es lo que llamamos Dios.

Tomás de Aquino recurrió a una variante de este argumento para llegar a la segunda demostración. Este argumento no se basa en el movimiento sino en la existencia de lo que él llamó «causa eficiente».[5] Todo lo que existe debe su existencia a otra cosa.

Nada hay que pueda ser origen o causa de sí mismo. Por tanto, la existencia es el efecto de una causa que es, a la vez, el efecto de otra causa, y así sucesivamente. Sin embargo, reitero, no es posible rastrear esta sucesión de causas indefinidamente. Debe haber una causa primera que explique la existencia de las otras causas. Esta causa primera debe estar representada por un ser que existe por sí mismo y cuya existencia no depende de ningún otro. A este ser que existe por sí mismo, no contingente, se lo llama Dios.

Todo lo que existe debe su existencia a otra cosa.

El tercer argumento de Tomás de Aquino se basa en la posibilidad de la existencia. Nada de lo que vemos en el universo tiene existencia necesaria; todo lo que vemos bien podría no haber existido. Es decir, todo lo que existe es únicamente posible, pero no necesario. Sin embargo, hay cosas que existen. «Luego», dice Tomás, «no todos los seres son sólo posibilidad; sino que es preciso algún ser necesario».[6] Así, sabemos que tiene que haber un ser necesario que explique la existencia de lo posible, que haga posible la existencia de los seres posibles. Un ser necesario para que existan todas las cosas se llama Dios.

No todos los seres son sólo posibilidad sino que es preciso algún ser necesario.

El argumento cosmológico leibniziano

¿Por qué existe algo en lugar de nada?[7]

Esta es la famosa pregunta del filósofo G.W.F. von Leibniz, cuyo argumento cosmológico presenta un enfoque algo diferente del de Tomás de Aquino. En lugar de argumentar a partir de la causa, Leibniz argumentó que debe haber razón suficiente para la existencia del universo.

Leibniz aceptaba los argumentos de la causa presentados por Tomás de Aquino, pero se dio cuenta de que no se ocupaban del por qué de la causa. El estado de cosas y las cosas causadas no ocurren porque sí, sin que medie razón alguna. Así como todo lo causado proviene de una causa anterior, Leibniz señaló que todo lo que existe tiene una razón que está fuera de sí mismo y que es previa a su existencia. Del mismo modo que no puede haber una sucesión infinita de causas, tampoco puede haber una sucesión infinita de razones. Por tanto, el universo no puede ofrecer explicación suficiente para el estado de cosas ni para su existencia. La única razón suficiente debe encontrarse fuera del universo en un ser cuya existencia se «explique por sí misma [...] y sea necesaria».[8] Y a este ser lo llamamos Dios.

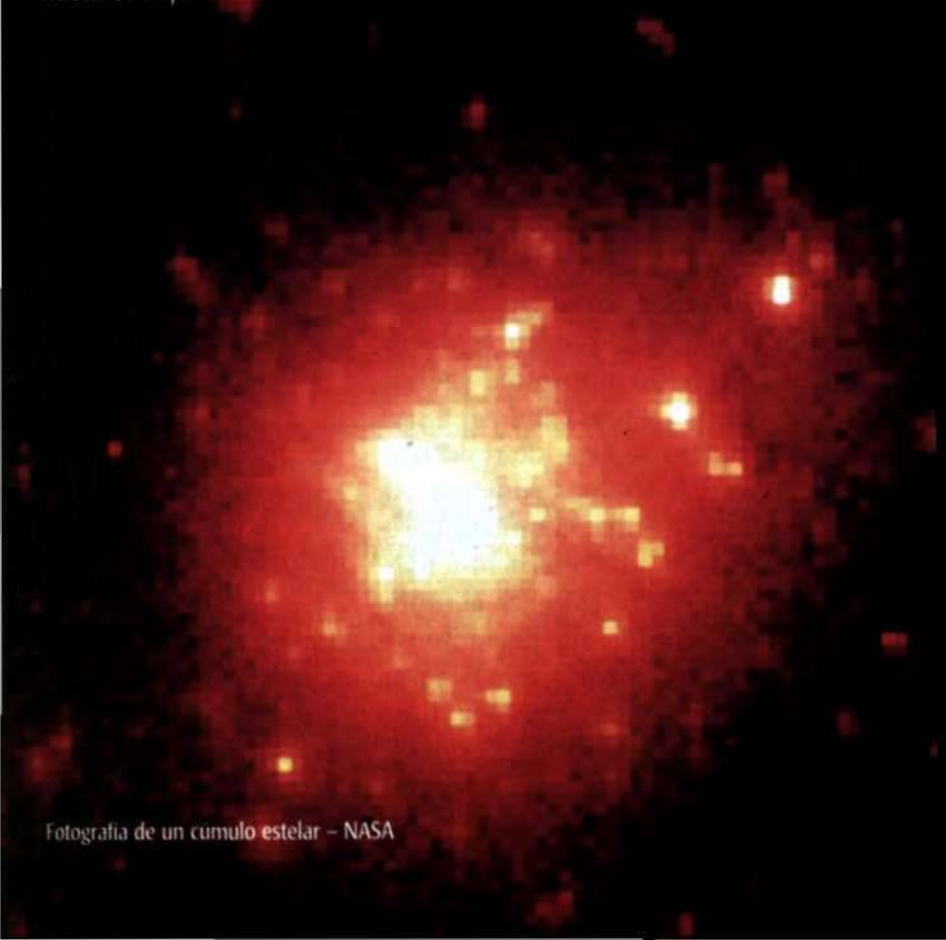
Los argumentos científicos

Hay numerosos ejemplos de cómo funcionan los diferentes enfoques del argumento cosmológico en el mundo real. La segunda ley de la termodinámica, por ejemplo, suele presentarse como ilustración.[9] Sin embargo, la teoría del Big Bang quizá sea el mejor ejemplo y el más fácil de comprender.

La teoría del Big Bang

En los años veinte, el astrónomo Edwin Hubble descubrió que el universo era más grande de lo que se creía; en realidad, muchísimo más grande. Antes de que Hubble lograra ver más allá de nuestra galaxia, se creía que esta galaxia representaba la totalidad del universo. Hubble fue el primero en reconocer que nuestra galaxia es una entre miles de millones de otras galaxias.

Hacia el fin de la década estaba abocado al estudio de la luz de galaxias distantes y percibió que esta luz se veía diferente de lo esperado. La luz que vio no correspondía a ningún elemento o combinación de elementos conocidos. Luego, observó que la luz se desplazaba, de manera uniforme, hacia el extremo rojo del espectro. Aunque tenía todas las características que el científico esperaba encontrar, mostraba un desplazamiento hacia el extremo rojo del espectro. Este fenómeno se conoce como «corrimiento hacia el rojo».



Fotografía de un cúmulo estelar – NASA

Edwin Hubble, 1949

Hubble pudo explicar el corrimiento hacia el rojo a través del efecto Doppler. El efecto Doppler indica que cuando un objeto que se aproxima a nosotros emite ondas de sonido, esas ondas se comprimen o su longitud disminuye. Al disminuir la longitud de onda, el tono del sonido se hace más agudo; se eleva hacia un lugar relativamente más alto en el registro. Cuanto más lejos se encuentre el objeto que se mueve en dirección a nosotros, menor será la longitud de onda y más agudo el tono. A la inversa, si el objeto se aleja de nosotros, la longitud de las ondas sonoras aumenta. Al aumentar la longitud de onda, el tono se hace más grave; desciende a una ubicación más baja en el registro. El efecto Doppler permite describir el cambio de sonido que percibimos cuando escuchamos la sirena de una ambulancia. A medida que la ambulancia se acerca, el sonido comienza a perder altura y se acerca a su tono real. Cuando está junto a nosotros, escuchamos el tono real de la sirena, y cuando la ambulancia se aleja, poco a poco el sonido de la sirena cambia a un tono más grave, por debajo del tono real.

El efecto Doppler indica que cuando un objeto que se aproxima a nosotros emite ondas de sonido, esas ondas se comprimen o su longitud disminuye.

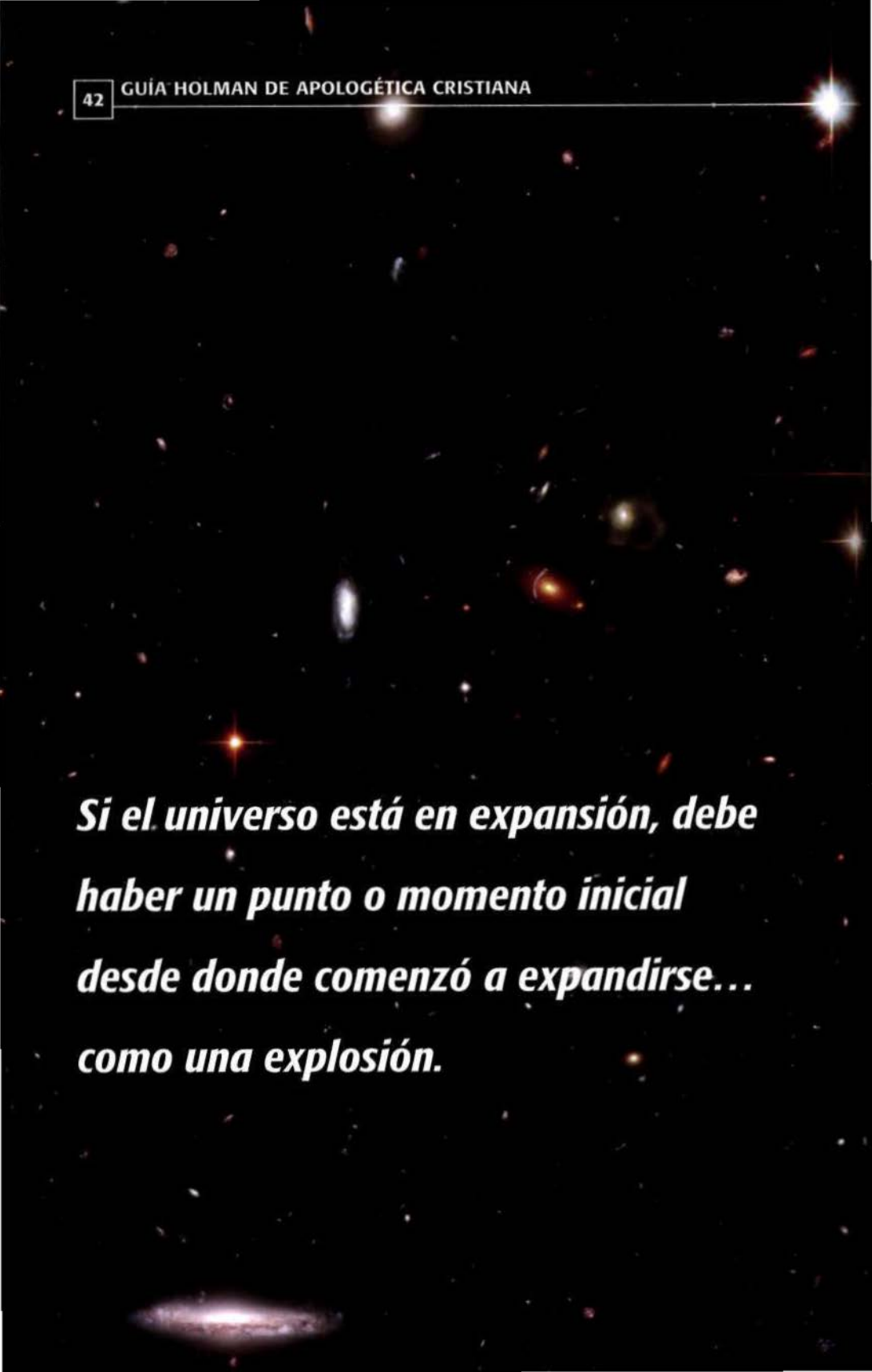
El efecto Doppler también se observa en las ondas luminosas, y esto es precisamente lo que le permitió a Hubble resolver el misterio. El extremo azul del espectro luminoso está compuesto por las ondas de menor longitud, mientras que el extremo rojo está compuesto por las ondas de mayor longitud. En cualquier dirección del universo que mirara, Hubble observaba un desplazamiento hacia el rojo en la luz. Esto significa que los objetos emisores de luz, las estrellas, se alejan las unas de las otras. Por consiguiente, el universo está en expansión.

El efecto Doppler también se observa en las ondas luminosas, y esto es precisamente lo que le permitió a Hubble resolver el misterio.

Otros científicos continuaron avanzando a partir de este descubrimiento. Si el universo está en expansión, debe haber un punto o momento inicial desde donde comenzó a expandirse. Se hicieron otros descubrimientos que mostraron que ahora la expansión es más lenta que cuando comenzó, que fue como una explosión. Esta explosión se conoce como el Big Bang, el comienzo del universo.

Las dos teorías principales que desafían a la del Big Bang son la del estado incambiado y la de la oscilación. La teoría del estado incambiado postula que el universo siempre existió y siempre existirá. Sin embargo, esta visión, además de ser refutada por las observaciones que sustentan la teoría del Big Bang, requiere la existencia de infinitos reales. El hecho de que exista un «ahora» convierte en un imposible a la teoría sobre un número infinito de momentos precedentes.

La teoría de la oscilación afirma que en un momento dado el universo detendrá su expansión, se contraerá y volverá a ser una singularidad que luego explotará, y así continuará un ciclo que se repetirá eternamente. Esta teoría también implica la existencia de infinitos reales, una sucesión sin principio ni fin; pero dado que existimos en medio de la presente oscilación, el ciclo debe tener un comienzo. El otro factor limitante es el segundo principio de la termodinámica: la energía en el universo no es infinita. Así como una pelota de goma alcanza menos altura y menor velocidad después de cada rebote, hasta que se detiene por completo, un universo oscilante finalmente se agotaría. Con lo cual se repite que un universo oscilante debe tener un comienzo.



Si el universo está en expansión, debe haber un punto o momento inicial desde donde comenzó a expandirse... como una explosión.

Esta explosión se conoce como el Big Bang, el comienzo del universo.

NASA, ESA, y Equipo de la Fundación Hubble (STScI/AURA)

La teoría del Big Bang sigue siendo la mejor explicación del estado actual del universo; pero si el Big Bang fue una explosión, ¿por qué se produjo? ¿Qué fue lo que explotó y de dónde provino? La explosión es un efecto y los efectos necesitan causas; no son causa de sí mismos. La causa del Big Bang no ha de buscarse en el universo físico, porque eso es precisamente lo que estalló. Además, la materia que explotó no se creó a sí misma. La no existencia de infinitos reales prueba que la materia no puede ser eterna.

Por tanto, dado que el universo tuvo un comienzo, algo debió darle inicio; no comenzó por sí mismo. La causa del universo debe buscarse fuera del universo mismo; debe ser una causa trascendente. Debe ser, además, una causa poderosa para poder crear todo el universo *ex nihilo*, de la nada. Esa causa no puede ser un efecto sino una causa no causada; de lo contrario, caeríamos en una sucesión absurda, remontándonos indefinidamente de causa en causa. Y esta causa no puede depender de ninguna otra para existir; debe ser no contingente, es decir, necesaria.

Por tanto, dado que el universo tuvo un comienzo, algo debió darle inicio; no comenzó por sí mismo. La causa del universo debe buscarse fuera del universo; debe ser una causa trascendente.

Nótese que esta explicación se limita a describir qué se necesita para que la teoría del Big Bang sea operativa; pero si verdaderamente existe un ser como el que acabamos de describir, aun así no sería suficiente para la creación del universo. La mera existencia de este ser no explica la existencia del universo; es preciso agregar un componente más: la intencionalidad, la voluntad de hacer que algo ocurra.

Un automóvil equipado con un motor que funciona, una batería en buen estado, un sistema eléctrico debidamente conectado para encender el motor y el tanque lleno de gasolina reúne todas las condiciones necesarias para andar. Sin embargo, los aparcamientos o estacionamientos están llenos de automóviles que reúnen todas las condiciones necesarias para andar, pero permanecen detenidos. Aunque tienen estas condiciones necesarias, carecen de las condiciones suficientes. Los automóviles que circulan por la calle reúnen las condiciones necesarias y suficientes para marchar, por eso se mueven.

¿Qué tienen los automóviles en circulación que no tienen los que están aparcados? Un conductor. ¿Y qué es un conductor? Es un ser que no forma parte del automóvil, que tiene poder para ponerlo en movimiento, un ser cuya existencia no depende del automóvil, no depende de ninguna otra cosa para hacerlo funcionar, y está dotado de voluntad para ponerlo en marcha y conducirlo. Además, si es particularmente habilidoso, es posible incluso que lo haya fabricado.

Así también, el universo necesita un conductor, un agente inteligente que tenga la capacidad de decidir si crear el universo o no. Esta causa necesaria y suficiente para la existencia del universo es lo que llamamos Dios.

Así también el universo necesita un conductor, un agente inteligente que tenga la capacidad de decidir si crear o no el universo.

Conclusión

El argumento cosmológico tiene una larga historia y numerosas religiones lo utilizan de manera efectiva. Su propósito no es demostrar todos los atributos y las características de Dios, sino únicamente su existencia. Y aunque el argumento cosmológico no muestra cuál de todas las religiones es la verdadera, sí permite identificar varias religiones y cosmovisiones que son incompatibles con las características del universo puestas de manifiesto por el argumento cosmológico. Más adelante, en el capítulo cinco, analizaremos cada una de las religiones. Por otra parte, la religión musulmana, el judaísmo y el cristianismo tienen una visión de Dios compatible con las características del universo en las que se basa el argumento cosmológico.

1.
2.

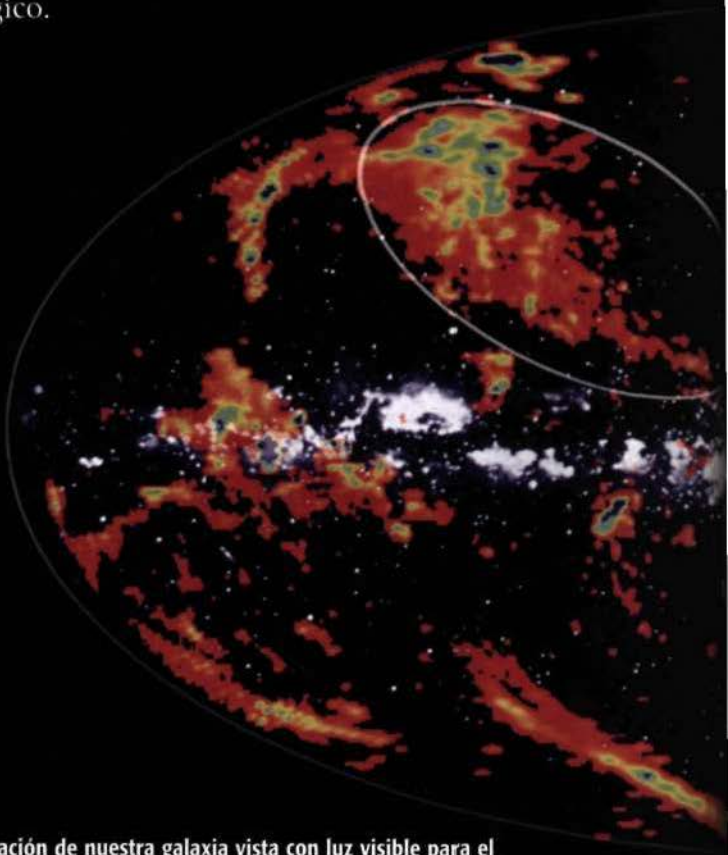
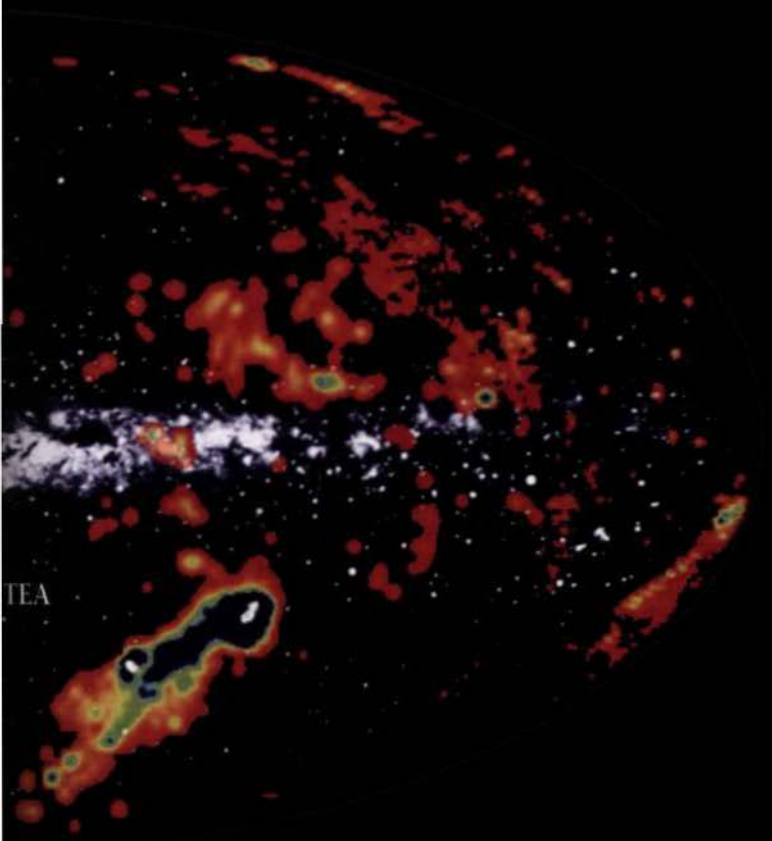


Imagen de radio y representación de nuestra galaxia vista con luz visible para el ojo humano. Composición de la imagen por Ingrid Kallick, de *Possible Designs*, Madison, Wisconsin. La imagen de fondo de la Vía Láctea es un dibujo realizado en el Observatorio Lund. Las imágenes de las nubes de alta velocidad fueron obtenidas en el Observatorio Dwingeloo (Hulsbosch & Wakker, 1988).

Cita célebre

No tengáis miedo de ser librepensadores. Si pensáis en profundidad, la ciencia os empujará a creer en Dios, que es el fundamento de toda religión. Descubriréis que la ciencia no es contraria a la religión sino que le resulta útil.[10]

—Sir William Thompson, también conocido como Lord Kelvin



Notas

1. William Lane Craig, *Reasonable Belief*, Crossway, Wheaton, IL., 1984, 1994, p.80
2. J.P. Moreland, *Scaling the Secular City*, Baker, Grand Rapids, 1987, p.18.
3. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* - Primera Parte (*Prima*), q.2 –Cuestión 2 «Sobre la existencia de Dios», Artículo 2 y Artículo 3, *Suma Teológica* en hipertexto: http://hjg.com.ar/sumat/a/c2.html, 21 abril 2008
4. Ibíd.
5. Ibíd.
6. Ibíd.
7. Leibniz, *Monadología*, Edición Trilingüe, Introd. de Gustavo Bueno, Trad. de Julián Velarde, Clásicos El Basilisco, Pentalfa Edic., Oviedo, España, 1981, p.31. Versión en línea http://www.helicon.es/dig/8542205.pdf
8. J.P.Moreland, *Scaling the Secular City*, Baker, Grand Rapids, 1987, p.17.
9. Ver William Lane Craig, *Reasonable Belief*, Crossway, Wheaton, IL., 1984, 1994, pp. 113-116, y J.P. Moreland, *Scaling the Secular City*, Baker, Grand Rapids, 1987, pp. 34-38.
10. Lord Kelvin Quotation, http://www.zapatopi.net./kelvin/quotes/#theo.

Capítulo 3

¿Existe Dios?

El argumento del diseño

El relojero

Imagine que va caminando por un bosque y encuentra un reloj en el suelo. ¿Qué es lo primero que le vendría a la mente? ¿Pensaría que una combinación de factores aleatorios a lo largo del tiempo dieron como resultado la formación de un reloj que luego brotó de la tierra? ¿Se le ocurriría que por obra del azar pequeños trozos de metal desperdigados llegaron a unirse entre sí de tal manera que produjeron un objeto de gran utilidad? ¿Que se formó un resorte sin propósito aparente y, por casualidad, se encontró con un engranaje que también se había formado sin ningún propósito, y que luego se unieron, accidentalmente, con otros resortes y engranajes, hasta que finalmente formaron un instrumento preciso y funcional que sirve para medir el tiempo? No, claro que no. Lo primero que pensaría es que ese reloj se le cayó a alguien. Esto se debe a que sus características hablan, a las claras, de un mecanismo que fue diseñado.

La precisión y la finalidad del mecanismo denotan un propósito, un plan. Debió existir una inteligencia superior que concibió la idea del reloj y de sus mecanismos, y luego lo creó.

El argumento

Esta analogía, que suele usarse para ilustrar el argumento del diseño, intenta demostrar que al observar la naturaleza, sea en sus expresiones más pequeñas (como una célula o una proteína) o en gran escala (un organismo complejo o incluso, el universo), vemos en ella precisión y finalidad, un propósito, un plan. A partir de esa observación, inferimos que debe haber una inteligencia superior detrás de todo lo que existe. Así como toda huella digital es el resultado del contacto entre un dedo de una persona y una superficie, el propósito y la finalidad son producto de una mente que actúa, y no fruto del azar. Un investigador en el campo de las ciencias naturales lo expresó de la siguiente manera:

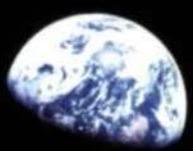
Ninguno de los datos obtenidos a partir de los fascinantes misterios de este extraño cosmos en expansión puede refutar en medida alguna la existencia y acción inteligente de un Dios personal que no está sujeto a condicionamientos. Por el contrario, cuando con todo esmero científico nos abocamos al análisis y síntesis de los datos del mundo natural, aun cuando se trate de inferencias analógicas, no observamos otra cosa más que fenómenos fruto de la acción de ese Ser invisible que no puede ser conocido a través de una búsqueda puramente científica, pero que puede manifestarse, y así lo hizo, con forma humana. Sin duda, lo que la ciencia hace es «observar a Dios en acción».[1]

Antecedentes históricos

William Paley

El nombre formal del argumento del diseño es «argumento teleológico». *Telos* es una palabra griega que significa «propósito» o «fin».

Por lo tanto, la teleología estudia el propósito o diseño (plan o proyecto) de las cosas. En realidad, el argumento del diseño es anterior al cristianismo. Los antiguos griegos como Platón y Aristóteles argumentaban a favor de la existencia de Dios a partir de su observación de las estrellas. En el siglo XIII, Tomás de Aquino utilizó el argumento del diseño como una de las cinco vías para probar la existencia de Dios.[2] Sin embargo, la articulación probablemente más conocida de este argumento se encuentra en la *Teología Natural* publicada por William Paley en 1802. Por cierto, el ejemplo del relojero pertenece a su libro.[3] En los últimos años, el argumento del diseño fue rebautizado con el nombre de «diseño inteligente» o «ID»*. Figuras destacadas como Michael Behe, Philip Jonson, William Dembski y Hugh Ross recurrieron a los más recientes descubrimientos y avances de la ciencia para presentar el argumento del diseño en términos absolutamente contemporáneos.



El día de Navidad de 1968, la tripulación de la misión Apolo 8 tomó esta fotografía de «la salida de la Tierra», mostrando por primera vez cómo se ve nuestro planeta desde el espacio. La noche anterior, los astronautas Frank Borman, Jim Lovell y William Anders, los primeros seres humanos en salir de la órbita terrestre, se turnaron para leer textos del libro de Génesis durante una transmisión televisada en vivo.

* N. de la T.: Por su sigla en inglés.

Diferentes matices del argumento

El argumento del diseño fue usado de diversas maneras para una explicación a favor de la existencia de Dios. Sus partidarios han señalado el orden, la información, el propósito, la complejidad, la sencillez, el sentido y hasta a la belleza como evidencias del diseño del universo. En este capítulo, analizaremos tres ejemplos de estos argumentos: el ajuste fino del universo (el orden como diseño), el ADN (el orden como información), y la complejidad irreductible (el orden como complejidad).

El «ajuste fino» como diseño: el principio antrópico

Los científicos han comprobado que el universo se caracteriza por un enorme grado de precisión. De hecho, el grado de precisión es tan alto que una mínima modificación de algunos parámetros destruiría la vida tal como la conocemos. Esta precisión ha llevado a algunos científicos a proponer un argumento basado en el orden, según el cual, el universo fue diseñado para albergar la vida. El principio antrópico, también llamado «ajuste fino», posee dos tipos de parámetros: uno para las características del universo, y el otro para las características del sistema sol-planeta-luna.

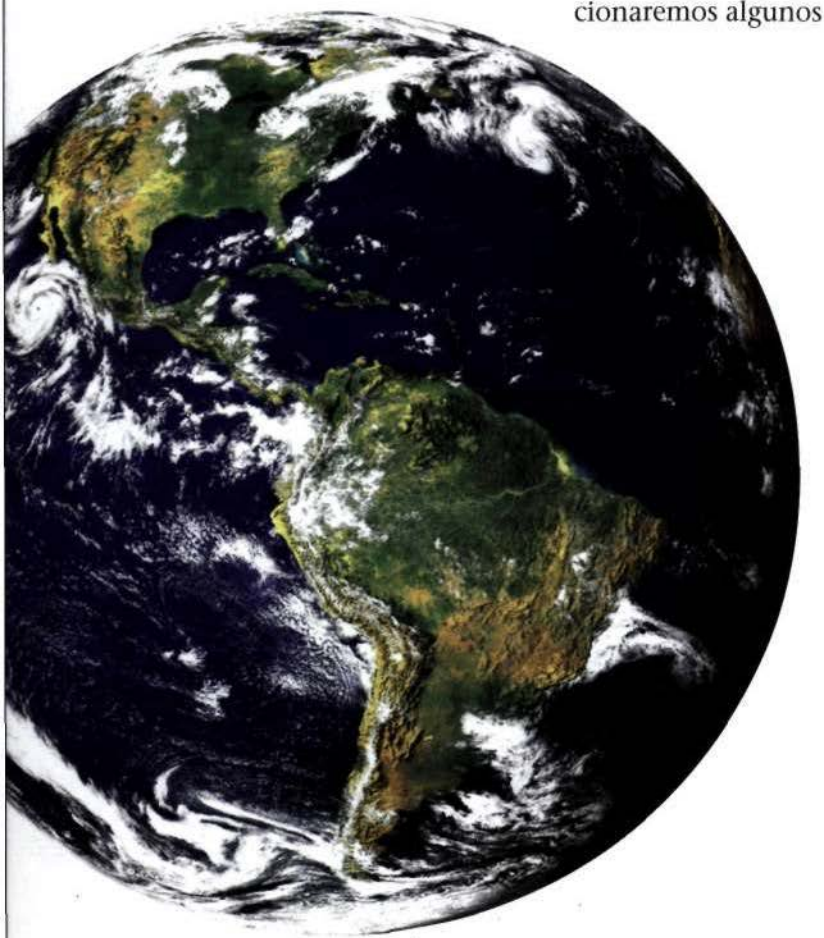
En su libro *The Creator and the Cosmos* [El Creador y el cosmos], el físico y astrónomo Hugh Ross enumera 25 parámetros, cada uno de los cuales debe cuadrar dentro de un campo muy estrecho a fin de que la vida sea posible. A continuación, encontrarán una lista parcial de dichos parámetros:[4]

Recreación artística de un cinturón de asteroides. NASA/JPL –Caltech/T. Pyle (SSC)

- *Constante de la fuerza nuclear fuerte*
- *Constante de la fuerza nuclear débil*
- *Constante de la fuerza gravitatoria*
- *Constante de la fuerza electromagnética*
- *Relación entre la constante de la fuerza electromagnética y la constante de la fuerza gravitatoria*
- *Relación entre la masa del electrón y la masa del protón*
- *Relación entre la cantidad de protones y la cantidad de electrones*
- *Velocidad de expansión del universo*
- *Nivel de entropía del universo*
- *Densidad de masa del universo*
- *Velocidad de la luz*
- *Edad del universo*
- *Uniformidad inicial de la radiación*
- *Constante de estructura fina*
- *Distancia media entre estrellas*

¿Qué ocurriría si alguno de estos parámetros se saliera del estrecho rango que es propicio para la vida? Consideremos la velocidad de expansión del universo, por ejemplo. Si la velocidad de expansión fuera superior a uno en 10^{55}, no habrían podido formarse las galaxias; si la velocidad de expansión fuera inferior a uno en 10^{55}, el universo habría colapsado antes de que las galaxias hubieran llegado a formarse. Sin galaxias, no se habrían formado las estrellas, sin estrellas, no se habrían formado los planetas, y sin planetas, no habría vida.[5] El asombroso equilibrio y la precisión puestos de manifiesto en cada uno de los parámetros arriba mencionados revela un orden que apunta hacia alguien que lo estableció, un ser que diseñó el universo con un propósito determinado.

El segundo conjunto de 32 parámetros está relacionado con nuestro sistema sol-planeta-luna.[6] A continuación, mencionaremos algunos de ellos:



- Si el eje de la Tierra tuviera una inclinación mayor o menor, las temperaturas extremas en la superficie del planeta harían imposible la vida tal como la conocemos.
- Si la distancia que separa la Tierra del Sol fuera mayor, el frío extremo impediría el equilibrio en el ciclo del agua; pero si la distancia fuera menor, el planeta sería demasiado caliente y tampoco habría equilibrio en el ciclo del agua.
- Si la corteza terrestre fuera más gruesa, la transferencia de oxígeno desde la atmósfera a la corteza sería excesiva; pero si la corteza fuera más delgada, habría exceso de actividad volcánica y tectónica.
- Si la atracción gravitatoria de la Luna fuera mayor, las mareas oceánicas, la atmósfera y el período de rotación resultarían gravemente afectados; pero si fuera menor, la oblicuidad de la órbita de la Tierra se modificaría demasiado provocando alteraciones climáticas.
- Si la fuerza de gravedad fuera mayor en la superficie de la Tierra, la atmósfera retendría un exceso de gases tóxicos como el amoníaco y el metano; pero si fuera menor, la atmósfera perdería demasiada agua.
- Si la duración del día fuera mayor, las diferencias de temperatura serían demasiado grandes para permitir el desarrollo de la vida; pero si la duración del día fuera menor, la velocidad de los vientos sería tan alta que no sería posible sobrevivir.

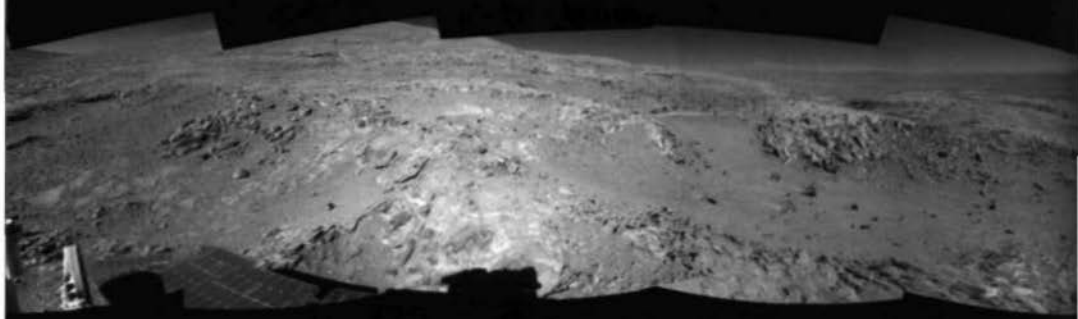
Cito nuevamente al Dr. Ross: «Si alguno de estos 32 parámetros excede ciertos límites determinados, el planeta ve alterada su capacidad de sustentar la vida».[7]

¿Se trata acaso de una visión egocéntrica del universo? Tan solo porque la vida humana necesite que el universo se rija por estos parámetros para ser viable, no significa que este haya sido creado pensando en nosotros, ¿verdad? Sin duda, esta es una posibilidad. Sin embargo, debemos tener en cuenta algunos datos: primero, no poseemos ninguna clase de evidencia de que exista vida en alguna otra parte del universo; y segundo, aunque halláramos vida en otro lugar del universo, no tendríamos por qué cambiar nuestra idea sobre la naturaleza del ser humano ni la veracidad del cristianismo.

Supongamos que encontramos alguna forma de vida primitiva en Marte, y que esta se asemeja a alguna forma de vida en la Tierra. ¿Qué implicación tendría? ¿Que la vida en la Tierra por alguna razón provino de Marte? Es posible. ¿Pero de dónde provino la vida en Marte? En última instancia, ese descubrimiento no resolvería nada con relación al origen del hombre; simplemente nos permitiría retroceder un paso más en la secuencia regresiva, la cual debe necesariamente tener un comienzo, como vimos al presentar el argumento cosmológico. Además, ¿no sería más probable que la vida en Marte procediera de la Tierra (donde sabemos que la vida ha existido durante bastante tiempo)? El choque de un meteorito con la Tierra pudo haber lanzado desechos al espacio, que contaminaron a Marte, o tal vez, el proceso pudo ocurrir en sentido inverso.

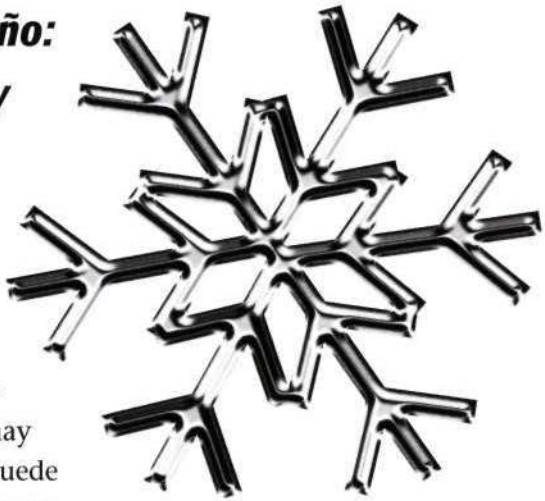
Además, el descubrimiento de que existe vida en otros lugares no eliminaría nuestra necesidad de salvación. La condición humana seguiría siendo la de seres caídos, sea que estemos solos en el universo o no; la existencia de ancestros o seres contemporáneos en un planeta remoto es irrelevante.

Fotografía panorámica de Marte tomada por el robot explorador Spirit, 11 de noviembre de 2004.



Debo aclarar que esto no implica poner fin a la exploración del espacio ni a otros emprendimientos científicos, pues todos estos proyectos aportan conocimientos extremadamente valiosos. Más aun, la tecnología desarrollada para facilitar estas misiones contribuye significativamente a mejorar nuestra calidad de vida y a impulsar la economía. Por ejemplo, la tecnología derivada del transbordador espacial contribuyó al desarrollo del corazón artificial, del termómetro infrarrojo de oído, de materiales para prótesis, y de sistemas de seguimiento de vehículos, entre otros. La tecnología del programa Apolo contribuyó al desarrollo de la tomografía computarizada (TAC) y la resonancia magnética (RMN), y se utilizó en la hemodiálisis, en los aparatos inalámbricos y en los materiales aislantes en automóviles y camiones; también, el moldeado por inyección de aire que se usó en la fabricación de trajes espaciales fue adaptado para la fabricación de calzado deportivo.[8]

La información como diseño: Teoría de la información y el ADN



Para comprender este enfoque del argumento primeramente debemos conocer las diferentes clases de orden.

Existe un orden que es producto del azar o de factores aleatorios, pero hay otra clase de orden que únicamente puede explicarse a partir de un diseño inteligente.

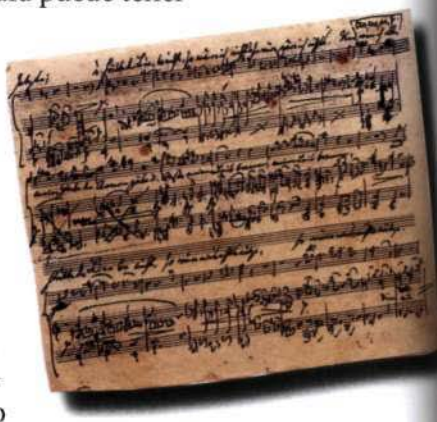
Orden específico es simplemente una secuencia de información que se repite, por ejemplo, CAT CAT CAT. Esta clase de orden se presenta en forma natural y está presente en los cristales, el nailon, o los copos de nieve, por citar algunos ejemplos.

Complejidad no específica es aquella que no se repite y es aleatoria. También se presenta en forma natural; el ulular del viento o la forma de una roca son buenos ejemplos.

Complejidad específica es aquella que no se repite y no es aleatoria. No se presenta en forma natural. En contraste con el ulular del viento o la forma de la roca, los ejemplos de complejidad específica serían la música o una estatua. Incluso la oración que está leyendo en este momento es un ejemplo de orden de complejidad específica. La manera de reconocer la complejidad específica es comprobar si es contingente. «La contingencia», afirma William Dembski, «es la característica primordial de la información».[9]

La contingencia es la característica primordial de la información

La forma de una roca está determinada por las leyes de la naturaleza que influyen sobre ella según su circunstancia. No existe otra posibilidad de determinar su forma. Sin embargo, una escultura puede tener cualquier forma que el escultor imagine. No está determinada; es contingente.



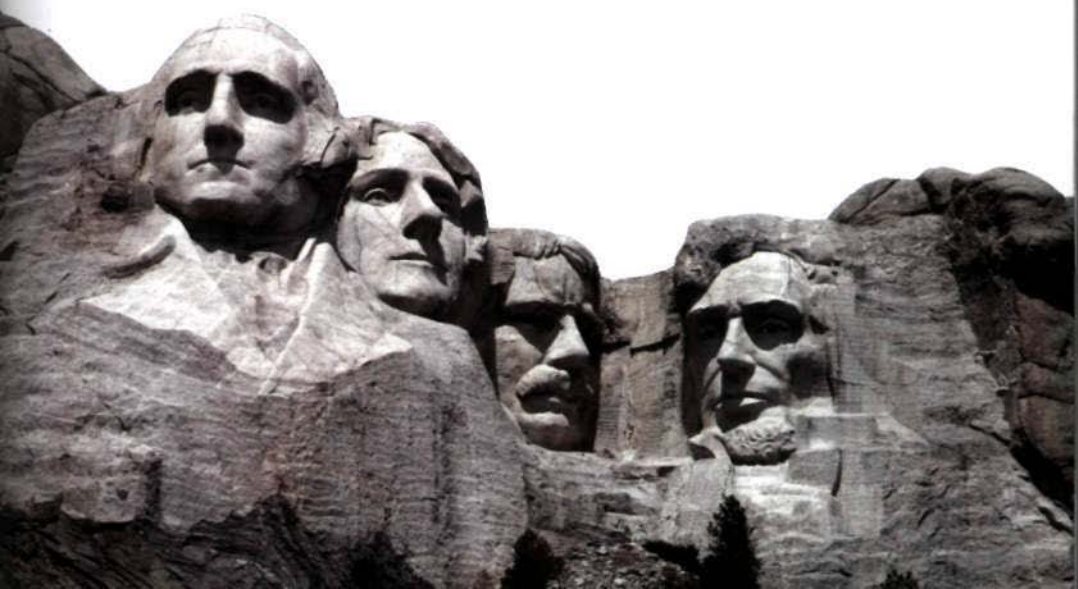
Si alguien le preguntara si esta página contiene información, ¿qué le respondería? Si diera una respuesta negativa, acertaría, pues no hay información en esta ni en ninguna otra página en el mundo. Lo único que hay en esta página son garabatos escritos con tinta (aunque siguen un orden determinado). En realidad, usted podría tener amplios conocimientos sobre el proceso de impresión y saber todo lo necesario sobre el papel y la composición química de la tinta y, sin embargo, desconocer por completo qué dice el texto impreso. Si la información fuera una propiedad de la página, no sería necesario aprender a leer; bastaría mirar la página para que la información llegara directamente hasta nuestro cerebro.

Toda información supone una comunicación entre seres inteligentes.

Entonces, ¿qué es la información? Es comunicación entre seres inteligentes; pero para que dos seres puedan comunicarse deben tener un lenguaje común, y ese lenguaje debe existir y ser comprendido antes de cualquier intento de comunicación. Por ejemplo, debe existir el lenguaje de la escritura musical (pentagramas, notas, valores) antes de cualquier intento de ejecutar o escribir música. La música puede estar en la mente del compositor, pero no podrá comunicarla si desconoce la notación convencional.

Un lenguaje es un conjunto de signos y un conjunto de convenciones que regulan el uso de esos signos. Un signo representa un objeto intangible. Por ejemplo, el número «1» no es realmente el «número 1» sino un signo o símbolo que representa el «número 1», que no es un ente físico. No hay letras reales en esta página, sino signos que representan letras. En español, los signos son A, B, C, ... X, Y, Z. Como los números y letras no son entes físicos, no tienen apariencia ni ocupan un lugar en el espacio, por lo tanto, necesitamos signos para representarlos. Para cada signo se ha establecido una convención o una manera de usarlo. La letra «A» tiene determinados usos que permiten combinarla con otros signos para formar palabras. Luego, esas palabras se combinan para formar oraciones, y así sucesivamente. Lo fundamental es comprender que las reglas del lenguaje se establecieron antes de que pudiéramos usarlas para comunicarnos, aun cuando se tratara de una comunicación muy rudimentaria.

Por consiguiente, si estuviera tomando sopa de letras y las letras formaran la frase «TE AMO» en el tazón, usted sabría de inmediato que no es un mensaje proveniente de otro ser, y que la sopa no le está declarando su amor. Otro tanto ocurriría si fuera al Gran Cañón del Colorado, viera la palabra «JUAN» grabada en la pared del cañón y supiera que la inscripción fue obra de la acción del viento y el agua; también sabría que esa inscripción no contiene información. En realidad, ni siquiera diríamos que es español, sino garabatos grabados en la roca que se asemejan al sistema de signos y convenciones del español; pero sería una semejanza sin ninguna intencionalidad y, por lo tanto, no habría mensaje ni comunicación.



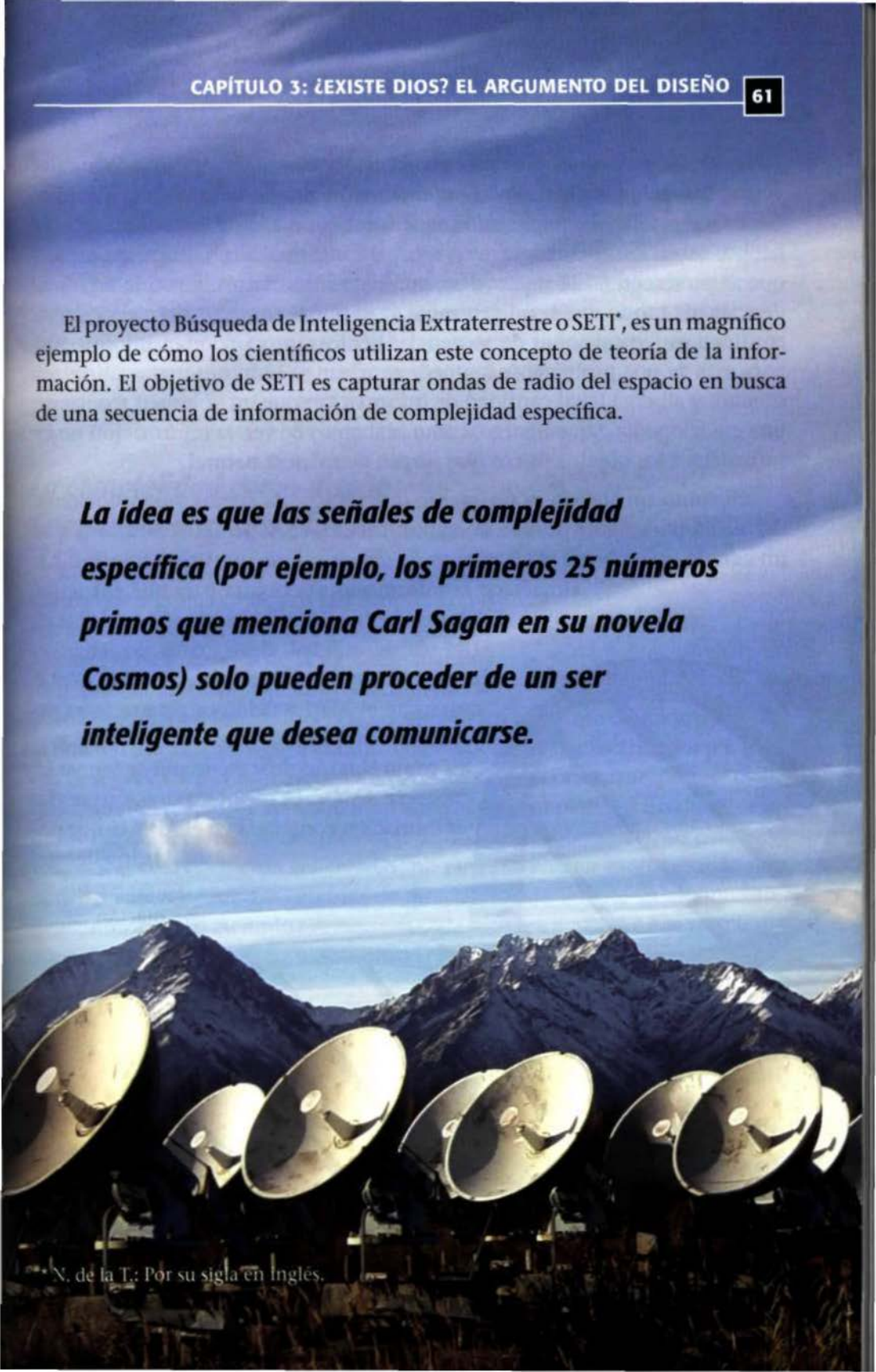
Esto explica por qué nadie debería hacer una oferta en eBay por un sándwich tostado en el que puede verse el rostro de la Virgen María. No intervino un ser inteligente en la creación de la supuesta imagen.

Este sándwich tostado en el que, según se alega, puede verse la imagen de la Virgen María, se puso a la venta en eBay y se vendió al casino en línea GoldenPalace.com por 28,000 dólares en 2004.

¿Y qué sucedería si reuniéramos un grupo ilimitado de monos provistos de máquinas de escribir? Si no les impusiéramos límite de tiempo, ¿podrían llegar a escribir Hamlet? No. Aun en el caso de que llegaran a acertar con una secuencia de letras exactamente igual a la de Hamlet, no sería Hamlet; sería una secuencia de letras semejante a la de Hamlet, pero desprovista de información. La explicación es que las acciones de los monos no responden a una intención; no existe un uso real del lenguaje sino solo de sus signos, y esos signos están vacíos de significado.

El proyecto Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre o SETI*, es un magnífico ejemplo de cómo los científicos utilizan este concepto de teoría de la información. El objetivo de SETI es capturar ondas de radio del espacio en busca de una secuencia de información de complejidad específica.

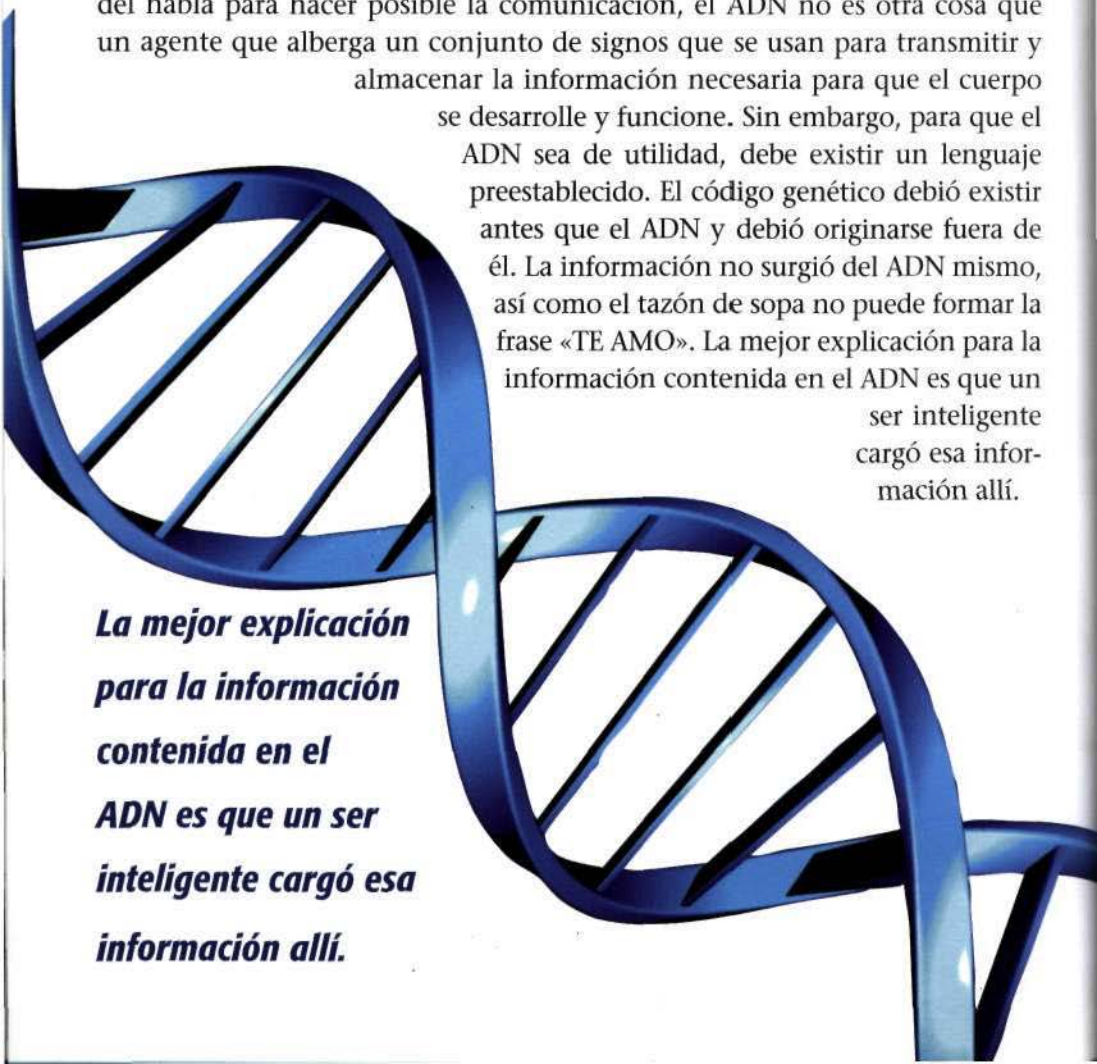
La idea es que las señales de complejidad específica (por ejemplo, los primeros 25 números primos que menciona Carl Sagan en su novela Cosmos) solo pueden proceder de un ser inteligente que desea comunicarse.



* N. de la T.: Por su sigla en inglés.

En los últimos años, el avance en el conocimiento del ADN ha dado nuevo impulso a los partidarios del argumento del diseño basado en la información. Que el ADN contiene información está más allá de toda discusión; de hecho, sabemos que almacena y recupera información, corrige los errores que se producen en la replicación, contiene información repetida o redundancias, de modo que si un gen muta se lo puede suprimir sin causar daño, contiene superposiciones de secuencias génicas, proporcionan información para más de una proteína, se lo puede expresar en términos matemáticos (es digital), y alberga igual cantidad de información que un volumen regular de una enciclopedia. Sin embargo, como acabamos de ver, la información no es intrínseca a los objetos físicos que surgen de manera natural.

Así como un sonido es un agente que transporta signos y convenciones del habla para hacer posible la comunicación, el ADN no es otra cosa que un agente que alberga un conjunto de signos que se usan para transmitir y almacenar la información necesaria para que el cuerpo se desarrolle y funcione. Sin embargo, para que el ADN sea de utilidad, debe existir un lenguaje preestablecido. El código genético debió existir antes que el ADN y debió originarse fuera de él. La información no surgió del ADN mismo, así como el tazón de sopa no puede formar la frase «TE AMO». La mejor explicación para la información contenida en el ADN es que un ser inteligente cargó esa información allí.



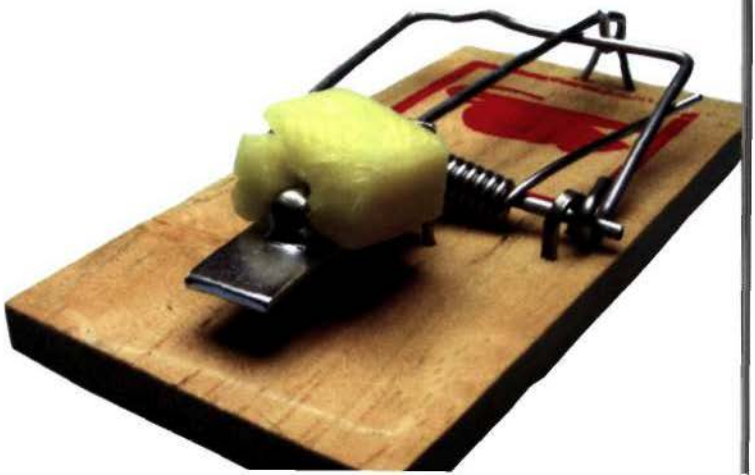
La mejor explicación para la información contenida en el ADN es que un ser inteligente cargó esa información allí.

La principal objeción a esta conclusión es el supuesto de que todas las cosas son fruto de fuerzas aleatorias, no direccionales. Esta manera de ver e interpretar el mundo se conoce como naturalismo; pero como hemos visto, esta interpretación es deficiente a la hora de explicar cómo el ADN llegó a ser portador de toda esa información y cómo se originó el lenguaje genético. Según Dembski, «Ningún algoritmo ni ley natural posee la capacidad de producir información».[10] La información requiere un informante, alguien que organice las cosas de determinada manera a fin de comunicar contenidos específicos.

La complejidad como diseño: Complejidad irreductible

Algunas cosas son tan simples como sea posible y aun así, funcionan.

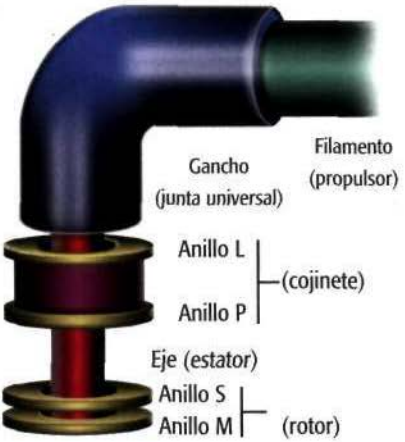
El argumento de complejidad irreductible afirma que algunas cosas son tan simples como sea posible y aun así, funcionan. El bioquímico Michael Behe lo explica de la siguiente manera: «Un sistema de complejidad irreductible no se puede producir en forma directa (es decir, por un continuo mejoramiento de la función inicial, que siga operando a través del mismo mecanismo) por medio de leves y sucesivas modificaciones de un sistema precursor, porque cualquier sistema precursor aplicado a un sistema de complejidad irreductible al que le falta una parte, por definición, sería no funcional».[11] En otras palabras, todas estas cosas debieron ser creadas, no pudieron haber evolucionado por obra del azar o de fuerzas carentes de dirección. Para ilustrar su argumento, Behe utiliza como ejemplo las trampas para ratones.[12] ¿Es posible quitar alguna de las piezas y seguir teniendo una trampa funcional?



La respuesta es que no se puede prescindir de ninguna pieza sin inutilizar el mecanismo. El origen no fue un trozo de madera que atrapó a algunos ratones, que luego sufrió una mutación e incorporó un resorte que le permitió atrapar otros cuantos ratones, y que más tarde, mediante una adaptación, incorporó el martillo con el cual atrapó un número mayor de ratones. La ratonera está formada por componentes individuales que separados del conjunto pierden toda utilidad. A la vez, si se quita uno solo de esos componentes, el mecanismo resulta inservible. La trampa para ratones no es el producto de sucesivas etapas de desarrollo; no pudo haber evolucionado. En primer lugar, la concibió una mente y luego, la creó un agente inteligente con poder y voluntad para actuar.

Las implicaciones de todo esto son enormes. Si existen ejemplos de complejidad irreductible en biología, entonces, la macroevolución, la idea que la evolución explica el origen de la vida y que las especies evolucionan de una clase a otra debe ser falsa. Esto es precisamente lo que plantea Behe en su libro *La caja negra de Darwin* y lo hace mediante ejemplos tales como el cilio, el flagelo bacteriano, la coagulación de la sangre, las células animales y los anticuerpos, entre otros. A pesar de que todos ellos se encuentran entre los mecanismos biológicos más básicos conocidos, Behe argumenta que cada una de estas máquinas biológicas es irreductiblemente compleja, y que cada uno de los componentes de estos mecanismos también es irreductiblemente complejo e inútil separado del todo.[13]

Cultivo de células madre embrionarias.



Por ejemplo, el flagelo bacteriano es un componente de la bacteria, con forma de latiguillo, que le permite a esta moverse como si se tratara de un motor fuera de borda, salvo que este motor tiene refrigeración por agua, una junta universal, marcha adelante y marcha atrás, alcanza velocidades de 100.000 rpm, y puede ensamblarse y repararse a sí mismo. Da muestras de una economía de construcción y una precisión tales que no se pueden explicar a través de la evolución. La explicación mucho más acertada es que fue diseñado y creado por un diseñador inteligente.[14]

Otra máquina biológica que se usa para ilustrar el concepto de complejidad irreductible es el ojo humano. El ojo tiene más de 40 componentes, cada uno de los cuales contiene una cantidad de subcomponentes. Si hay una falla en cualquiera de los componentes, la visión resulta afectada. Una vez más, la precisión y la economía del sistema necesarios para asegurar la visión delata la presencia de un diseñador.[15]

Una objeción que suele plantearse en contra del ejemplo del ojo como mecanismo de complejidad irreductible, es que existen en la naturaleza diferentes clases de ojos, cada una con muy diverso grado de complejidad. Esta observación se usa para argumentar a favor de la teoría de la evolución. Sin embargo, no vemos en la naturaleza una serie de eslabones en la cadena evolutiva sino, más bien, una variedad de máquinas biológicas de complejidad irreductible.

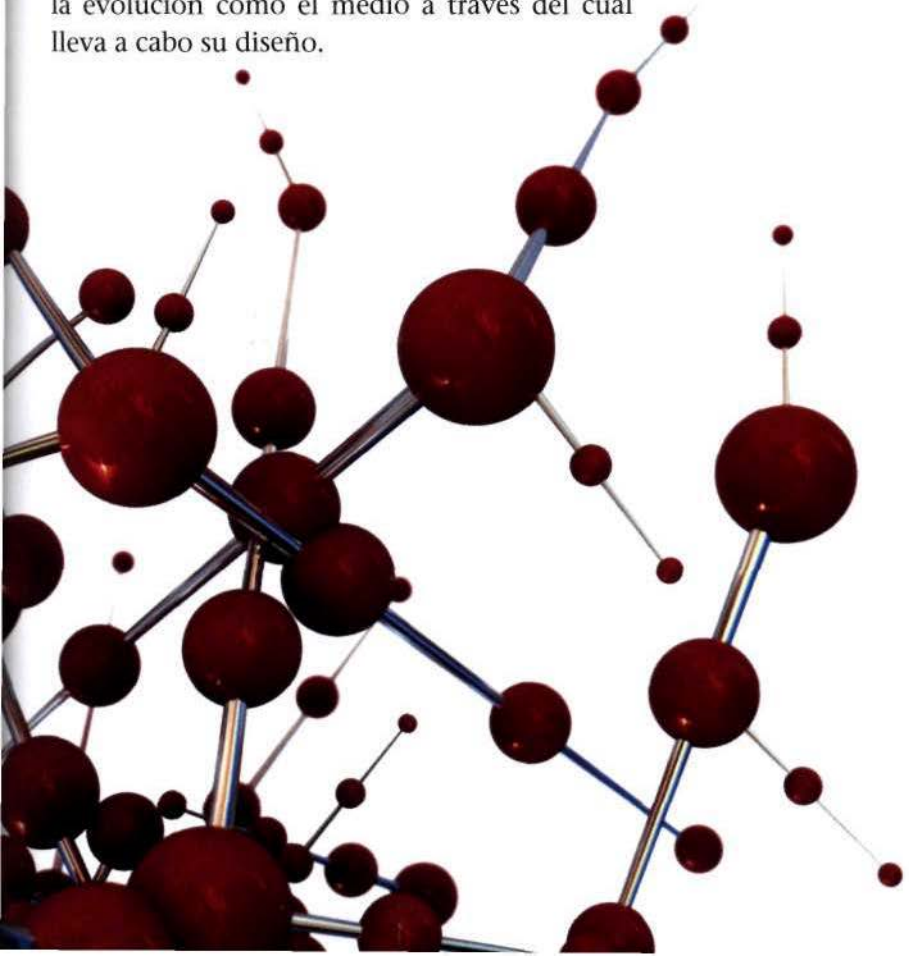
Aceptemos, como hipótesis, que el ojo efectivamente evolucionó como resultado de procesos aleatorios. ¿Qué obtendríamos? Una interfaz sin receptor, similar a un teclado que no está conectado a una computadora. Después de todo, así como no es posible ingresar información a una computadora si no está conectada a un teclado, de manera similar, la visión no es visión si no hay un cerebro que reciba la señal. El ojo debe estar conectado al cerebro. ¿Pero cómo sabe el ojo dónde está el cerebro, qué es un cerebro o siquiera que tal cosa existe? ¿Cómo sabe que se necesita un cerebro para que el ojo resulte útil? ¿Y cómo logró conectarse correctamente al cerebro? ¿Por qué no se conectó a la nariz o a la rodilla? Y aun cuando se hubiera conectado correctamente al cerebro (todo un logro dadas las múltiples partes y funciones de este), ¿cómo llegó a usar un lenguaje que el cerebro pudiera comprender, y viceversa? Comprobamos, una vez más, que necesariamente la creación del lenguaje precedió y fue independiente de la existencia de los objetos que utilizarían ese lenguaje. Y nuevamente, concluimos que la mejor explicación es la intervención de un diseñador inteligente. El ojo no pudo dirigir ni organizar su propio desarrollo.

Así como no es posible ingresar información a una computadora si no está conectada a un teclado, de manera similar, la visión no es visión si no hay un cerebro que reciba la señal.

Un comentario de carácter táctico

El lector debe comprender que el argumento del diseño no prueba que el cristianismo sea la única religión verdadera, pero no hay duda de que el Dios que presenta la Biblia es coherente con el diseñador inteligente que describe esta teoría. Tanto el cristianismo, como el judaísmo y el islamismo describen un diseñador inteligente. En las religiones orientales, en cambio, no hay lugar para un ser con esas características, como veremos más adelante.

Sin embargo, el punto fundamental que no debemos olvidar es que, en última instancia, la verdad del cristianismo no se sustenta ni se derrumba por la verificación de la macroevolución. Si mañana se presentaran pruebas irrefutables a favor de la macroevolución (en el sentido de que todas las especies tienen un ancestro en común y evolucionaron desde una a nuevas especies), esta comprobación no implicaría excluir ni descartar la posibilidad de que Dios se valiera de la evolución como el medio a través del cual lleva a cabo su diseño.



Incluso en ese caso se necesitaría un agente inteligente que iniciara y dirigiera el proceso, creara los lenguajes y códigos necesarios para el intercambio de información, y determinara el propósito y diseño de los mecanismos biológicos. En suma, nuestra naturaleza humana no experimentaría ningún cambio; seguiríamos siendo pecadores que necesitan un redentor, independientemente de cómo Dios hubiera decidido crearnos.

Conclusión

Los diferentes enfoques del argumento del diseño tratan de probar una misma cosa: que el naturalismo solo puede explicar una parte de los hechos y al llegar a cierto punto, su capacidad de dar respuestas se agota. Sin embargo, no es esta limitación lo que hace pensar en un diseñador inteligente (la teoría del «Dios de los huecos», como suele llamársela). La precisión del universo, la naturaleza de la información, y la observación que nos lleva a ver que la complejidad de los seres vivos no puede explicarse a partir de fuerzas aleatorias, no direccionales, son todos elementos que apuntan a un diseñador inteligente, trascendente y personal.

Cita célebre

El mundo es demasiado complejo en cada una de sus partes e interconexiones como para considerarlo resultado del puro azar. Estoy convencido de que la vida, el orden perfecto que vemos en cada organismo, es sencillamente un sistema demasiado bien concebido. Cada una de las partes de un ser vivo depende de todas las demás para poder funcionar. ¿Cómo saben qué deben hacer? ¿Cómo se diferencian unas de otras en el momento de la concepción? Cuanto más uno aprende sobre bioquímica, más increíble resulta la complejidad de la vida, salvo que exista alguna clase de principio organizador: para los creyentes, un arquitecto.[16]

—Allan Sandage

Notas

1. Merrit Stanley Congdon, «The Lesson of the Rosebush», en The Evidence of God in an Expanding Universe, ed. John Clover Monsma, Putnam, New York, 1958, pp.35-36.
2. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* - Primera Parte (*Prima*), q.2 –Cuestión 2 «Sobre la existencia de Dios», Artículo 3, *Suma Teológica* en hipertexto: http://hjg.com.ar/sumat/a/c2.html, 21 abril 2008
3. William Paley, *Natural Theology*, J.Faulder, London, 1809, 12th edition; (Ann Arbor, University of Michigan Humanities Text Initiative, MI, 1998, pp.1-8. Disponible en línea: http://www.hti.umich.edu/cgi/p/pd-modeng/pd-modeng-idx?type=header&rid=PaleyNatur.
4. Hugh Ross, *The Creator and the Cosmos*, NavPress, Colorado Springs, 1994, pp.111-114.
5. Ibíd., pp. 109-110.
6. Ibíd., pp. 129-132.
7. Ibíd., p. 114.
8. NASA – Scientific and Technical Information, http://www.sti.nasa.gov/tto/spinoff.html.
9. William Dembski, *Intelligent Design*, InterVarsity Press, Downer's Grove, IL, 1999, p.160.
10. Ibíd., 153.
11. Michael Behe, *Darwin's Black Box*, Simon & Schuster, New York, 1996, p.39.
12. Ibíd., pp. 42-43.
13. Ibíd., pp. 51-161.
14. Ibíd., pp. 70-72
15. Ibíd., pp. 16-21.
16. Allan Sandage, «A Scientist Reflects on Religious Belief», versión en línea en Leadership U., http://www.leaderu.com/truth/1truth15.html.

Capítulo 4
¿Existe Dios?
El argumento moral

Definiciones

El bien y el mal, ¿son realidades objetivas válidas para todas las personas en todos los tiempos, o son solo realidades subjetivas, es decir, cuestión de opiniones? ¿Adolfo Hitler fue una mala persona o simplemente tenía una visión diferente de las cosas? La disciplina que estudia la moral y los valores se llama axiología, y deriva del término griego axios que significa valor. El argumento moral, o axiológico, se propone probar que los valores morales deben ser objetivos y universales si han de tener algún sentido.

La disciplina que estudia la moral y los valores se llama axiología.

Si los valores morales son objetivos, su origen debe remontarse a un ser personal y trascendente, a quien las acciones y las motivaciones humanas no le son indiferentes.

El relativismo

En nuestra cultura, la postura moral predominante es el relativismo. Este sostiene que las sociedades o los individuos deciden qué está bien y qué está mal, y que esos valores varían de una cultura a otra y de una persona a otra. No hay verdades morales objetivas y universales, sino una serie de pautas de conducta creadas por la gente para la gente y, por lo tanto, sujetas a cambios. Se conocen tres formas o expresiones diferentes del relativismo: el relativismo cultural, el convencionalismo, y el subjetivismo ético.

El relativismo sostiene que las sociedades o los individuos deciden qué está bien y qué está mal, y que esos valores varían de una cultura a otra y de una persona a otra.

El relativismo cultural

Esta corriente de pensamiento se basa en la observación según la cual diferentes culturas parecen tener principios y valores diferentes, y puesto que todas tienen diferentes sistemas de valores, no puede haber moral objetiva ni un único sistema que sea correcto. Por ejemplo, en algunas culturas como México, el aborto se considera repudiable y se han promulgado leyes que lo prohíben. Otras culturas, como los Estados Unidos, autorizan el aborto como una opción válida para cualquier mujer embarazada por el motivo que sea. También existen casos como el de China, donde se llega a exigir el aborto en determinadas circunstancias. El relativismo cultural afirma que debido a que cada cultura se rige por una visión moral particular, y dado que las visiones difieren entre sí, no puede haber moral objetiva.

El relativismo cultural afirma que debido a que cada cultura se rige por una visión moral particular, y dado que las visiones difieren entre sí, no puede haber moral objetiva.

Al analizar esta línea de pensamiento surgen varios problemas. Una primera dificultad es que la observación de conductas en las diferentes culturas no es más que eso: una observación. En el mejor de los casos, estas observaciones ofrecen una descripción de los hechos. Sin embargo, la moral no es la descripción de las cosas tal como están, sino un conjunto de preceptos que indican cómo deben ser. El solo hecho de que las cosas sean de determinada manera no implica que así deban ser. Cuando Popeye dice: «Soy como soy» está haciendo una declaración de hecho y no, una afirmación moral. Si dijera «Debería ser como soy», entonces sí, estaría haciendo una afirmación moral.

Otro problema que se le plantea al relativismo cultural es la premisa que sostiene que si una pregunta tiene varias respuestas posibles significa que no hay una respuesta correcta. El mero hecho de que México, los Estados Unidos y China tengan visiones divergentes con relación al aborto no quiere decir

que no exista una manera correcta y otra incorrecta de encarar el problema. Que dos golfistas discrepen con respecto a cuántos golpes dio uno de ellos hasta llegar al hoyo, no implica necesariamente que uno de ellos está en lo cierto. Puede ser que ambos estén equivocados, o que uno de ellos esté en lo cierto, pero es imposible que ambos estén en lo cierto. Los autores Francis Beckwith y Gregory Koukl lo expresaron así: «La discrepancia sobre cuestiones morales no nos permite concluir que no hay verdad moral».[1]

Del mismo modo que cada cultura tiene una lengua, expresiones idiomáticas y hasta una jerga que la distinguen del resto, los partidarios del relativismo cultural entienden la moral como un conjunto de pautas de conducta creadas según un modelo propio de cada cultura. Y así como no puede haber una lengua incorrecta, tampoco puede haber una moral incorrecta. Sin embargo, para sostener este argumento, el relativismo cultural debe presuponer el relativismo, descartando toda posibilidad de moral objetiva.

Por último, supongamos que alguien discrepa con el relativismo cultural. Si los partidarios de este han de ser coherentes, deben aceptar que si existe discrepancia significa que no hay concepción errónea de teoría moral; pero, a la vez, sostienen que hay una concepción correcta: el relativismo moral, y que el resto de las posturas están equivocadas. Como resultado, los seguidores del relativismo cultural no pueden vivir según su filosofía sin caer en la contradicción. Por otra parte, si declaran que la visión contraria a la suya es errónea, eso probaría que no son verdaderamente relativistas.

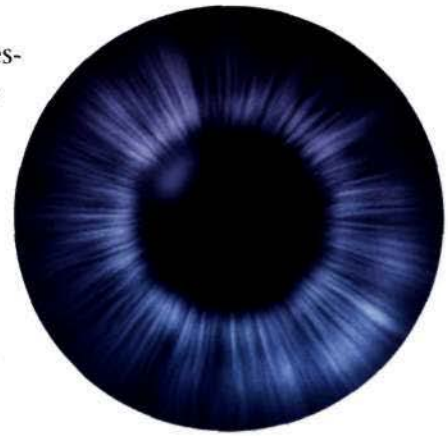
Por lo tanto, el relativismo cultural no logra ofrecer una explicación válida de moral. Las diferencias en el sistema moral entre una cultura y otra interesan como fenómeno antropológico, pero no alcanzan para explicar el fundamento de la moral.

Se denomina convencionalismo a la corriente de pensamiento que sostiene que cada sociedad decide qué está bien y qué está mal.

El convencionalismo

Se aplica este nombre a la corriente de pensamiento que sostiene que cada sociedad decide qué está bien y qué está mal. Al contrario del relativismo cultural, según el cual no hay respuestas correctas e incorrectas, el convencionalismo afirma la existencia de lo correcto y lo incorrecto, pero su definición varía de una sociedad a otra. El criterio de la mayoría determina las normas, y lo moral se iguala con lo legal.

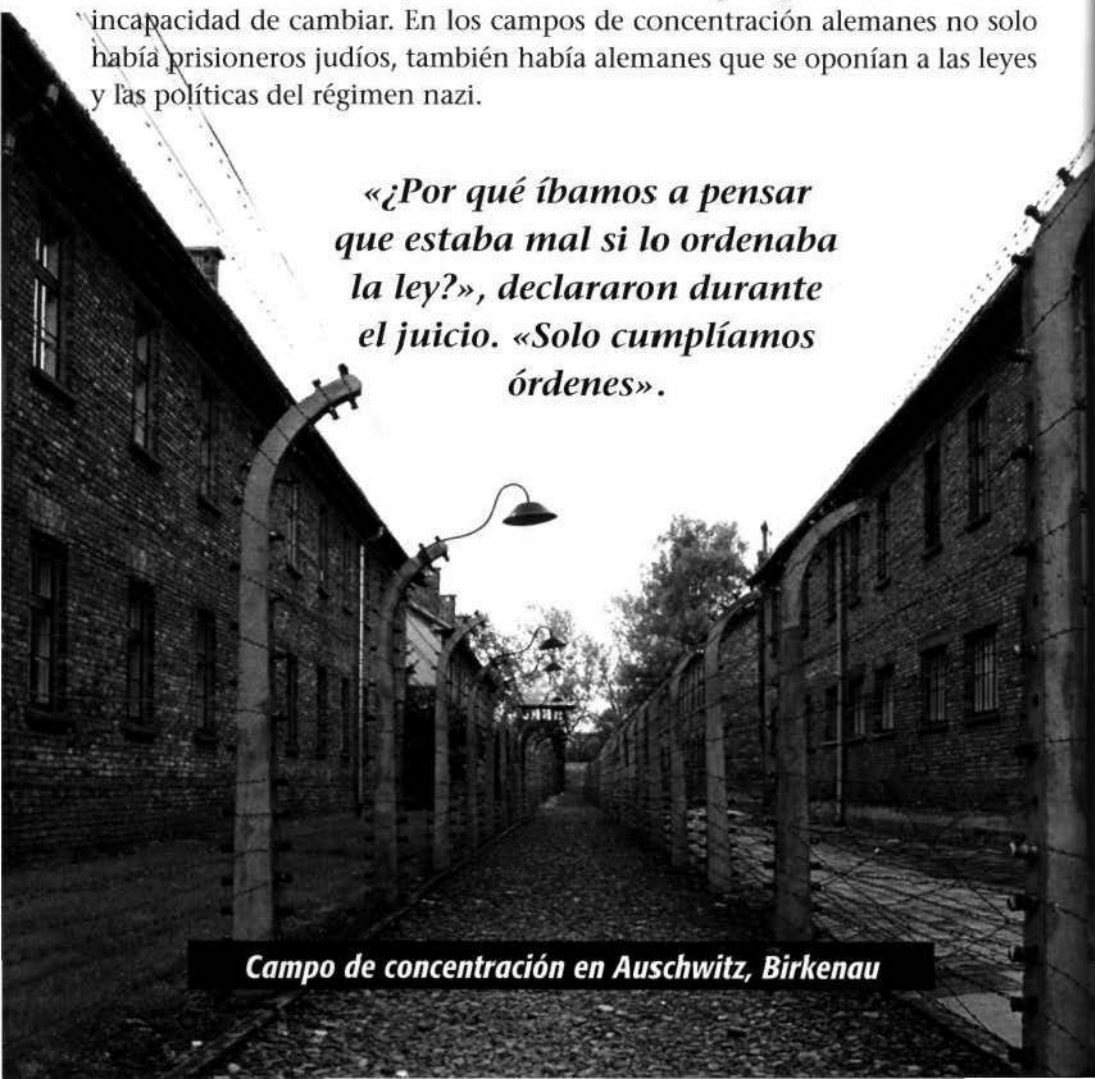
Si la concepción convencionalista estuviese en lo cierto, las consecuencias resultarían ilógicas y muy difíciles de poner en práctica. Por ejemplo, imaginemos que se sanciona una ley según la cual es ilegal tener ojos azules y el castigo por tenerlos es la pena de muerte. Deberíamos aceptar que no hay nada inmoral en la ley, ¡pero sí sería inmoral tener ojos azules!



De todos modos, no necesitamos recurrir a suposiciones absurdas para ver qué ocurriría en una sociedad regida por el convencionalismo. Alemania adoptó esta filosofía en las décadas del treinta y del cuarenta. Así, cuando los nazis declararon que los judíos eran infrahumanos y merecían morir, estos no tuvieron a quién apelar. La ley era la ley; era «moral» por definición. Las voces de protesta de gran parte de la comunidad internacional fueron ignoradas. Después de todo, ¿qué fundamento tenían para criticar a la sociedad alemana? El resultado fue la matanza sistemática de seis millones de judíos. La defensa presentada por los nazis en Nuremberg se basó en el convencionalismo. «¿Por qué íbamos a pensar que estaba mal si lo ordenaba la ley?», declararon durante el juicio. «Solo cumplíamos órdenes».

El convencionalismo posee otra característica que agrava la situación: su incapacidad de cambiar. En los campos de concentración alemanes no solo había prisioneros judíos, también había alemanes que se oponían a las leyes y las políticas del régimen nazi.

«¿Por qué íbamos a pensar que estaba mal si lo ordenaba la ley?», declararon durante el juicio. «Solo cumplíamos órdenes».



Campo de concentración en Auschwitz, Birkenau

Si la sociedad define lo moral y lo inmoral, entonces, una persona que se rebela contra las leyes de esa sociedad es, por definición, un inmoral y un delincuente. Si la sociedad introdujera cambios en la ley, no sería un cambio de inmoral a moral o de injusto a justo; el único cambio posible sería de una norma a otra. No sería mejor ni peor; simplemente diferente.

Además, si el convencionalismo estuviese en lo cierto, los profetas hebreos, Gandhi, Jesús, Gautama Buddha, William Wilberforce, la Madre Teresa, Abraham Lincoln, y Martin Luther King Jr. ¡se contarían entre los delincuentes más ilustres de la historia! ¿De qué delito los acusarían? De denunciar lo que estaba mal en la sociedad y proclamar que era necesario cambiar, que las cosas no podían seguir de esa manera. Catalogar de delincuentes a reformadores morales de la talla de los que hemos mencionado es, por supuesto, ilógico y descabellado, y es un indicador más de la insolvente concepción convencionalista.

Esta concepción, igual que la anterior, presupone el relativismo, y descarta sumariamente la moral objetiva. Los defensores de la moral objetiva consideran la moral como el Polo Norte: fijo, inamovible, un punto que sirve como referencia a los navegantes. Los convencionalistas establecen el Polo Norte allí donde la mayoría dice que debe estar, y su ubicación puede variar si la mayoría decide que debe trasladarse a otro lugar. Además, se considera conducta inmoral aquella que no está orientada hacia ese polo.

En última instancia, el convencionalismo no es cuestión de moral sino de poder. Según de dónde sople el viento, la voluntad de la mayoría decide qué es lo moral. Semejante a un grupo de matones que buscan someter a quienes se oponen, el convencionalismo impone sus opiniones sobre el resto desde el ejercicio del poder. Esta corriente de pensamiento, igual que el relativismo cultural, tampoco logra articular una explicación satisfactoria sobre qué se entiende por moral.

BUSCADO

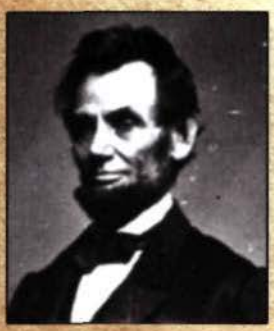
POR SU PARTICIPACIÓN EN HECHOS DELICTIVOS E INMORALES

AGNES GONXHA BOJAXHIU
ALIAS MADRE TERESA

SIDDHARTHA GAUTAMA
ALIAS BUDA

MICHAEL LUTHER KING JR.
ALIAS MARTIN LUTHER KING JR.

MOHANDAS KARAMCHAND GANDHI
ALIAS MAHATMA GANDHI



ABRAHAM LINCOLN
ALIAS "HONEST ABE"

IESHUA BAR IOSEPH
ALIAS JESUCRISTO

El subjetivismo ético

Sin duda alguna, la expresión más difundida del relativismo es el subjetivismo ético. Según esta concepción, la decisión de lo que está bien y lo que está mal pertenece al individuo y sólo al individuo. El concepto de moral se personaliza y se diluye, y va cambiando para acomodarse a las circunstancias y ajustarse a la conveniencia. La moral no va más allá de una cuestión de opinión y preferencias personales. «Tu verdad es la verdad para ti, y mi verdad es la verdad para mí», es un conocido estribillo del subjetivismo ético. «¿Quién eres tú para juzgar?» es otro ejemplo. Alister E.McGrath señala esta clase de relativismo que se constata cuando «el significante ha sustituido al significado colocándose como el centro de atención y valor».[2]

La primera víctima del subjetivismo ético es el lenguaje. Una conversación sobre cuestiones morales y valores carecería totalmente de sentido. Ya nadie podría decir que algo está bien o mal. Lo máximo que podría aventurar sería: «No lo haré porque a mí me parece que está mal» o, «No es lo que quiero ni lo que me gusta». Un partidario del subjetivismo ético no podría calificar el atentado del 11 de septiembre de 2001 como malo ni bueno. Ninguna cosa podría catalogarse como mala o buena, dado que no hay lugar para la condena ni para el elogio. Un subjetivista ético podría decir que aquellos que arriesgaron sus vidas y sufrieron heridas de consideración mientras rescataban personas del World Trade Center hicieron algo bueno; pero el significado que le atribuiría a «bueno» es muy diferente del que le atribuyen la mayoría de las personas cuando describen esa clase de conductas como «buenas». Si alguien los contradijera y afirmara: «Yo creo que hicieron mal al rescatar a la gente», su única respuesta sería: «Bueno, ese es su punto de vista; un punto de vista tan válido como el mío». La verdad es que muy pocas personas se sentirían a gusto con esta postura.

«Tu verdad es la verdad para ti, y mi verdad es la verdad para mí», es un conocido estribillo del subjetivismo ético.

Quizá la falla fundamental de esta concepción está en su inocultable contradicción interna. ¿Toda verdad es relativa? Si se responde afirmativamente, la propia respuesta plantea un dilema, puesto que esa afirmación debería tener validez universal. Y si la concepción relativista no puede aplicarse a todo el mundo, entonces surge otra pregunta ¿por qué el relativista busca imponer su idea de moral en los demás? Como vemos, de un modo u otro, el subjetivismo cae en su propia trampa. Paul Copan señala que la concepción relativista queda atrapada en una «falacia de auto exclusión» al sostener que una afirmación se cumple para todos excepto para ella misma.[3]

«Lo que es verdadero para una persona puede ser falso para otra», es una afirmación que no cumple con su propio criterio de verdad. Pensemos por un momento: aunque una visión del mundo pueda poseer coherencia o lógica interna y aún así, pueda ser falsa, ninguna visión del mundo puede ser verdadera si se contradice a sí misma.[4]

Una manera muy efectiva de poner al descubierto la falta de solvencia del subjetivismo ético es presentar ejemplos de evidente claridad moral que pueden aplicarse a todas las personas en todo tiempo y lugar. «Es inmoral torturar bebés por diversión», es uno de los ejemplos usados. Si un partidario de la ética subjetivista es confrontado con esta afirmación se vería colocado en la incómoda situación de tener que oponerse a ella. A título personal, puede estar convencido de que no es correcto, pero si afirmara que es incorrecto, dejaría de ser coherente con su postura. Imagine qué clase de personas surgen de este sistema moral. De la misma forma, un subjetivista debería seguir de largo si viera una violación dado que no tiene derecho de condenarla. Después de todo, lo que para él es incorrecto podría ser correcto para el violador. Un subjetivista debería permitir el ingreso de intrusos a su propiedad, debería dejar que los ladrones roben y los pirómanos quemen su casa con la condición de que los intrusos, los ladrones y los pirómanos estén convencidos de que sus acciones son correctas; pero nadie vive de este modo; ¿o acaso ellos sí?

Charles Manson

Una medida para evaluar un sistema moral es ver qué clase de héroes produce. Tomemos la postura de la moral objetiva característica de la visión judeocristiana. Encontraremos numerosos héroes, personajes de enorme fuerza; de inmediato acuden a nuestra mente los nombres de Jesús, la Madre Teresa, y Martin Luther King.

Ted Bundy

¿Pero qué ocurre con el subjetivismo ético? ¿Qué clase de héroe encarna mejor el modelo según el cual cada ser humano debe definir, por su cuenta, qué está bien y qué está mal? Los héroes del subjetivismo ético no se limitan a la holgazanería, el egocentrismo o el individualismo; el subjetivismo ético vivido de manera coherente produce monstruos sin moral, personas que no sienten necesidad de preocuparse por los demás y que solo se someten a su propio arbitrio sin reconocer otros límites ni aceptar responsabilidad por sus actos. Según la descripción de Beckwith y Koukl: «El relativista por excelencia es un sociópata, un individuo sin conciencia».[5] Jack el destripador, Charles Manson, Ted Bundy, Albert Fish (que sirvió como modelo para el personaje Hannibal Lector), Ed Gein (en quien está inspirado el personaje Norman Bates de *Psicosis*, la película *La masacre de Texas*, y el personaje Buffalo Bill de *El Silencio de los inocentes*), son los héroes del relativismo ético.

Albert Fish

Ed Gein

La moral objetiva

Un principio moral no es una opinión. Los principios morales no son decisiones personales y privadas, ni tienen como cometido describir conductas, sino que prescriben conductas y motivaciones con carácter de mandato. Comprenden un sentido de la obligación y del deber que es universal, tienen autoridad, y están por encima de cualquier consideración cultural, temporal o de lugar.

No es preciso recurrir a la ciencia para entender cuáles son nuestras obligaciones morales. La ciencia investiga el mundo físico, recoge datos y extrae conclusiones a partir de los datos recogidos. Las leyes de la ciencia no explican qué debe suceder, sino que se limitan a decir lo que probablemente ocurrirá si se cumplen determinadas condiciones. Las leyes de la ciencia son meramente descriptivas.

La moral comprende un sentido de la obligación y del deber que es universal, tiene autoridad, y está por encima de cualquier consideración cultural, temporal o de lugar.

La moral no puede estar basada en la descripción del mundo ni puede ser un producto derivado de la razón. Esta nos ayuda a reconocer las contradicciones, no el carácter moral de una proposición. Por ejemplo, si alguien dice «Siempre miento», nuestro uso de la razón nos indica que es una afirmación paradójica: si es verdadera, entonces es falsa, y si es falsa, entonces es verdadera; pero la razón no nos dice nada sobre si mentir es bueno o malo, o si decir la verdad es una virtud o no.

Una manera de llegar al conocimiento moral es por la vía directa, a través del conocimiento intuitivo. Este conocimiento inmediato es importante, porque hay cosas que solo se explican por sí mismas; no es necesario investigar los hechos ni aplicar un razonamiento especial. Esto queda demostrado en ejemplos tan claros como: «Es inmoral torturar bebés por diversión». Nuestra respuesta ante este enunciado no se guía por la razón, y nadie necesita investigar qué es la tortura, qué es un bebé ni qué es la diversión, para adoptar una determinada postura moral sobre el tema. Es obvio; nuestros conocimientos y nuestra intuición nos capacitan para reconocer la veracidad del enunciado.

(Nótese que la intuición moral no equivale a una vaga sospecha, una premonición, o sensación de incomodidad. La intuición moral es una forma válida de conocimiento.)

Es posible demostrar por diferentes caminos que todas las personas, hasta aquellas que se declaran relativistas, creen en una moral objetiva en lo profundo de su ser. Como hemos visto, uno de los caminos es a través de ejemplos claros y contundentes, y sin necesidad de recurrir a ejemplos grotescos como la afirmación sobre la tortura. Nuestras conversaciones con otras personas suelen ser una buena oportunidad para plantear el tema de un modo más personal:

> ***En cierta ocasión, el pensador cristiano Francis Schaeffer estaba conversando con varios estudiantes, y uno de ellos no compartía el concepto de moral objetiva de Schaeffer. El estudiante sostenía que no había, en última instancia, diferencia entre crueldad y no crueldad. Otro estudiante que estaba atento decidió poner a prueba esa afirmación. Tomó la tetera llena de agua hirviente y, sosteniéndola sobre la cabeza del primer estudiante como si estuviera a punto de volcarla, dijo: «No hay ninguna diferencia entre crueldad o no crueldad». El primer estudiante se levantó y abandonó el salón.***[6]

El filósofo J.P. Moreland cuenta lo sucedido durante una conversación con un estudiante, en su habitación en la residencia estudiantil. Estaban hablando sobre relativismo y el estudiante, básicamente, sostenía que lo que él consideraba verdadero era verdadero para él, y lo que era verdadero para Moreland también era legítimo, aun cuando no hubiera acuerdo entre ellos. Moreland le agradeció el tiempo compartido, tomó el equipo de música del estudiante y se encaminó hacia la puerta. Como era previsible, el estudiante protestó. Entonces, Moreland le dijo que coincidía con él en cuanto a que la moral es una cuestión individual, y agregó que creía que robar no era malo. El estudiante tenía el derecho de pensar que robar era algo malo, pero no debía imponer su criterio moral en aquellos que pensaban lo contrario.[7]

John Silber, que fue presidente y luego rector de Boston University en los períodos 1971-1996 y 1996-2003 respectivamente, es uno de los educadores más creativos e innovadores en los Estados Unidos. Antes de ir a Boston, el profesor Silber coordinaba el departamento de filosofía en la Universidad de Texas, y luego fue decano de la Facultad de Arte y Ciencia. Mientras estaba en Texas, fue profesor de un curso avanzado que se dictaba anualmente a los mejores alumnos de primer año. Silber cuenta el siguiente relato sobre cómo un alumno llegó a ver las limitaciones del relativismo.

«Les asigné como tarea leer "Protágoras", uno de los diálogos de Platón en el que Protágoras plantea que el hombre es la medida de todas las cosas. Un excelente alumno presentó un trabajo en el que llegaba a una conclusión que coincidía con lo que dice Protágoras, y que cualquiera sea la opinión de una persona sobre un tema dado, esa opinión es tan válida y verdadera como la opinión de cualquier otro. Al corregir su escrito le di una calificación equivalente a "reprobado".

»Cuando el alumno supo qué puntaje había obtenido, quedó desconcertado y vino a hablar conmigo. Le respondí: "No entiendo por qué te quejas. Tu argumento me pareció convincente y la calificación es consecuencia directa de tu argumentación. Puesto que toda opinión es válida, mi opinión es que tu trabajo no merece ser aprobado." El estudiante comprendió las implicaciones de su conclusión. Se dio cuenta de que aseverar que todo juicio de valor "es relativo" es por cierto una contradicción».[8]

Lo que impacta en los ejemplos de Schaeffer, Moreland, y Silber es la manera en que aprovecharon la oportunidad para salir de las abstracciones y llevar la discusión al plano de lo cotidiano. Desde esta perspectiva, la postura objetivista es de una solidez indiscutible, por más que algunos se esfuercen con esmero por oponer resistencia.

Para el relativismo, el individuo es la medida de todas las cosas; cualquiera sea su opinión sobre un cierto tema, se considera que es tan válida y verdadera como la opinión de cualquier otro individuo.

Podríamos hallar otra demostración en cuanto a que el relativista espera recibir un trato digno y respetuoso. El objetivista podría preguntar cuál sería el impedimento para insultarlo, menospreciarlo y ridiculizarlo. El relativista debería aceptar el maltrato o no reaccionar si es coherente con su postura. Sin embargo, con toda seguridad, esta persona se opondrá a que lo traten de este modo, porque no puede acallar a su intuición moral que le dice que es incorrecto maltratar a las personas.

Una tercera vía para poner al descubierto el objetivismo de un relativista es identificar una de sus pasiones y relativizarla. Imaginemos que se trata de un ardiente defensor de los derechos de los animales que participa activamente en una organización internacional como PETA (Personas por la Ética en el Trato de los Animales). El partidario de la moral objetiva podría contarle que está pensando cambiar de champú y que ha probado varias marcas frotando el producto en los ojos del perro del relativista, para comprobar si provocan algún tipo de reacción adversa. El relativista deberá traicionar su postura y se opondrá a tales prácticas. Por supuesto, será una reacción justa, pero al oponerse, pone en evidencia el acierto del objetivismo moral: la ley moral no es cuestión de opinión.

Así pues, llegamos a la conclusión de que el subjetivismo ético, igual que el relativismo cultural y el convencionalismo, resultan insuficientes para construir una teoría moral. Más aún, el objetivismo aparece como la única concepción de moral coherente y la única que puede llevarse a la práctica de modo consistente.

¿De dónde surge la moral?

A esta altura de la argumentación, toda la evidencia presentada indica que hay muy buenas razones para creer que la moral objetiva existe. Surgen ahora dos interrogantes: «¿Cuál es el origen de la moral?» y «¿Por qué debemos sujetarnos a ella?» Para descubrir el origen debemos analizar las características de la moral:

- ***La moral es un conjunto de normas de conducta y motivaciones; no es una descripción del mundo.***
- ***La moral es un conjunto de preceptos, no de sugerencias. La moral dice «haz esto» y «no hagas aquello», no dice «sería bueno que hicieras esto y que te abstuvieras de hacer aquello».***
- ***La moral tiene carácter universal; se aplica a todas las personas en todo tiempo y lugar.***
- ***La moral es objetiva. El bien y el mal existen independientemente de cuáles sean nuestras creencias y están por encima de ellas.***
- ***La moral tiene autoridad. Estamos obligados a obedecer sus preceptos.***

¿Qué clase de ser posee estas características? Las normas y los preceptos son formas de comunicación, y la comunicación solo se da entre seres inteligentes. Como escribieron Beckwith y Koukl: «Si nadie habla, no puede haber mandato».[9]

Además, dado que la moral guarda estrecha relación con los propósitos y la voluntad, su fuente también debe poseer propósito y voluntad. Una vez más, nos encontramos con elementos que solo pueden provenir de un ser inteligente. Como la moral es universal y trasciende a los individuos, las sociedades y el tiempo, su origen debe ser universal y trascendente. Dado que se caracteriza por tener autoridad, debe provenir de una autoridad, y únicamente una persona puede tener autoridad. Por último, esta persona debe tener poder para imponer su voluntad moral sobre nosotros. También debe tener el poder de dotarnos de la capacidad de reconocer esa voluntad moral por medio de la intuición. Por tanto, la moral procede de una persona trascendente que tiene poder y autoridad para imponer una ley moral sobre todos nosotros. A esta persona la llamamos Dios. (Una variante de este argumento se encuentra en la «Cuarta Vía» de Tomás de Aquino para probar la existencia de Dios.)[10]

Por tanto, la moral procede de una persona trascendente que tiene poder y autoridad para imponer una ley moral sobre todos nosotros.

Otro indicador de la procedencia u origen de la moral se pone de manifiesto cuando vemos qué ocurre al violar la ley moral. Como seres humanos no solo tenemos la posibilidad de ignorar la intuición y hacer aquello que sabemos que está mal, sino que de hecho lo hacemos en incontables ocasiones. La consecuencia es el sentimiento de culpa.

A veces, sabemos perfectamente quién nos hace sentir culpables. Si le hemos mentido a alguien, nos sentimos culpables frente a la persona engañada. Otras veces, el objeto de nuestra culpa no es tan evidente; por ejemplo, cuando la culpa nace de nuestros pensamientos o motivaciones. En ese caso, ¿quién nos hace sentir culpables? La respuesta está en el «quién» no en el «qué». Nos sentimos culpables frente a las personas, no frente a objetos. Es difícil imaginar que sintamos culpa ante una ventana rota o un automóvil chocado, pero es fácil imaginar que la sintamos frente al dueño de la ventana o del automóvil. Además, no solo nos sentimos culpables frente a la persona a quien engañamos o perjudicamos, sino que comprendemos que violamos una ley establecida por alguien —no por algo— y nos sentimos culpables frente a ese «alguien».

Es lógico sugerir que las leyes morales proceden de un legislador moral, y es precisamente de este legislador de quien deriva la fuerza de la culpa. Si la ley moral es trascendente, universal y reviste autoridad, iguales atributos debe poseer el legislador. Si la moral implica obligaciones, nuestra obligación es para con el legislador. Si la moral es prescriptiva, es el legislador quien instituyó los preceptos. Ahora bien, una persona trascendente, inmutable, moral, revestida de autoridad, que dicta preceptos, y ante quien nos sentimos obligados es lo que llamamos Dios. Sin Él, la culpa es un estado de ánimo pasajero, sin consistencia, y en última instancia, ilusorio.

Sin Dios, la culpa es un estado de ánimo pasajero, sin consistencia, y en última instancia, ilusorio.

¿De dónde surge la moral de Dios?

Algunos filósofos como Platón[11] se preguntaron si Dios es el fundamento de toda moral. Una primera posibilidad es que la moral no sea otra cosa más que la opinión de Dios, o su propio arbitrio. Esto significaría que las cosas son buenas o malas simplemente porque Dios dice que lo son, y que lo que es bueno bien podría haber sido declarado malo. Por consiguiente, los preceptos morales son arbitrarios y no tienen fuerza ni pueden imponer obligación real. Otra posibilidad es suponer que Dios conoce el bien, porque la bondad tiene existencia fuera de Él. Esto implicaría que Dios da cuenta de sus actos ante una ley fuera de Él. Según esta visión, Dios no sería soberano y sería muy diferente del Dios que se reveló a través de la Escritura. La moral tendría una procedencia impersonal, lo cual equivaldría a perder el atributo de la autoridad. En cualquier caso, la postura objetivista se encuentra en una situación difícil. ¿Será así? ¿Serán estos los dos únicos escenarios posibles?[12]

Existe una tercera posibilidad que da respuesta a ambas objeciones y demuestra que el objetivismo moral es absolutamente coherente. Esta explicación dice que la bondad es reflejo de la naturaleza de Dios. La bondad no está fuera de Dios ni tiene autoridad sobre Él; más bien, todo aquello a lo que llamamos bueno pertenece a la naturaleza de Dios. Sus preferencias son una extensión de su naturaleza, no una decisión arbitraria. Como su naturaleza no cambia, el fundamento de la moral es la propia naturaleza de Dios.

¿Qué ocurre cuando dos sistemas morales están en conflicto?

En realidad, la mayoría de los conflictos morales tienen muy poco que ver con la moral. De hecho, cuando se investigan los sistemas morales de diferentes culturas y religiones se ve que existe amplio acuerdo con respecto a cuestiones de moralidad.[13] En esencia, los conflictos suelen ser controversias fácticas. Volvamos al tema del aborto. La posición pro vida sostiene que está mal quitarle la vida a un ser humano inocente. Los que defienden el derecho a elegir, en realidad, coinciden con los grupos pro vida en este punto fundamental. La diferencia radica en que los que sostienen el derecho a elegir, no consideran que el feto, blastocisto o embrión sea un ser humano. Esencialmente, la controversia es fáctica. Una vez resuelta esa cuestión, se puede comenzar a debatir sobre preceptos morales y decidir si se considera que el aborto es un procedimiento neutral y perfectamente aceptable en términos de moral, o si es homicidio.

Cuando surge un conflicto genuino entre obligaciones morales contrapuestas, las situaciones deben resolverse caso por caso. Probablemente, veremos que en cada caso, los principios morales siguen un orden jerárquico, y siempre parece existir la posibilidad de escoger entre un bien mayor o un mal menor. Por ejemplo, imagine que un hombre armado toma como rehén a su bebé y amenaza con matarlo si usted no roba dinero del banco y se lo entrega. Robar está mal, pero matar a un bebé es un mal mucho más atroz. Nuestra capacidad de reconocer esta jerarquía nos permite saber qué debemos hacer.

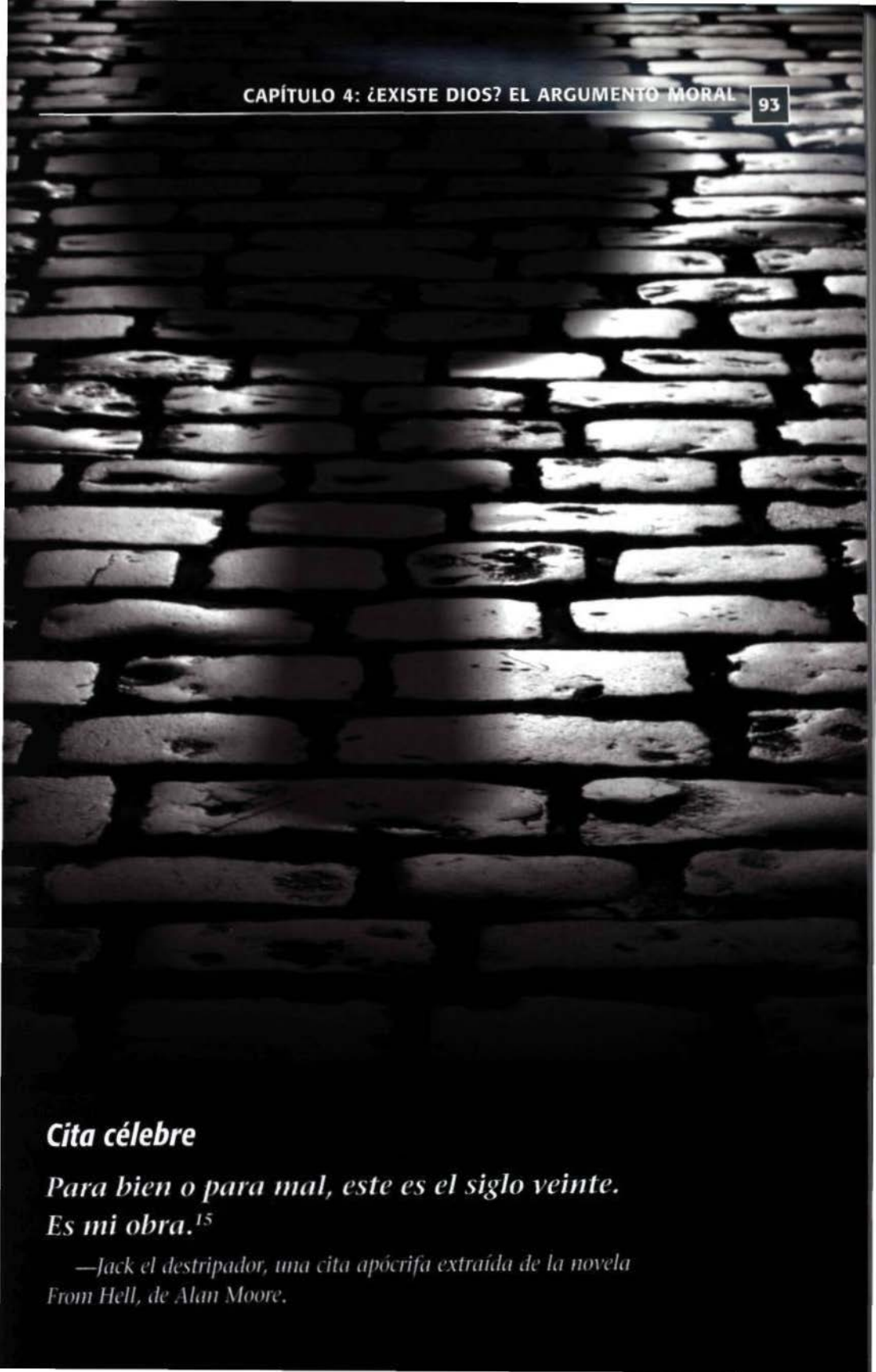
Conclusión

En conclusión, el relativismo moral no puede presentarse como un sistema moral, sino simplemente como un conjunto de opiniones. Estas opiniones no suponen sentido de autoridad ni del deber y pueden cambiar en cualquier momento. Resulta evidente que a pesar de que muchos dicen adherir a esta filosofía, nadie la pone en práctica en su vida. Como señala Paul Copan:

El relativismo... no solo resulta ofensivo desde la perspectiva de lo emocional, sino que carece de lógica interna. No es sustentable como cosmovisión.[14]

***El relativismo** ofrece un sistema moral para situaciones ideales, pero tan pronto una persona es víctima de una injusticia, de inmediato vuelven a creer en los absolutos morales.*

***El objetivismo** es la única concepción de moral coherente. Únicamente en el marco del objetivismo tienen sentido nuestras experiencias, nuestra percepción de las leyes y de la sociedad, nuestra intuición y sentimientos de culpa. Es la única concepción moral que podemos poner en práctica de manera consistente. Y esta concepción apunta claramente hacia la existencia de un Dios personal, trascendente y poderoso.*



Cita célebre

Para bien o para mal, este es el siglo veinte. Es mi obra.[15]

—Jack el destripador, una cita apócrifa extraída de la novela From Hell, de Alan Moore.

Notas

1. Francis J. Beckwith y Gregory Koukl, *Relativism: Feet Firmly Planted in Mid-air*, Baker, Grand Rapids, 1998, p.46.
2. Alister E. McGrath, *Intellectuals Don't Need God*, Zondervan, Grand Rapids, 1993, pp. 175-176.
3. Paul Copan, *True for You, But Not for Me*, Bethany House, Minneapolis, 1998, p. 24.
4. Ibíd., p.24.
5. Francis J. Beckwith y Gregory Koukl, *Relativism: Feet Firmly Planted in Mid-air*, Baker, Grand Rapids, 1998, p.31.
6. Francis A. Schaeffer, *The God Who Is There*, InterVarsity Press, Downers Grove, IL., 1968, p. 101.
7. J.P. Moreland, «Arguments for the Existence of God», conferencia dada en Biola University.
8. Correspondencia con John Silber, 19 de octubre de 2005.
9. Francis J. Beckwith y Gregory Koukl, *Relativism: Feet Firmly Planted in Mid-air*, Baker, Grand Rapids, 1998, p.167.
10. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* – Primera Parte (*Prima*), q.2 –Cuestión 2 «Sobre la existencia de Dios» - La *Suma Teológica* en hipertexto en: http://hjg.com.ar/sumat/a/c2.html
11. Platón, *Diálogos*, «Eutifrón», vol.I, Editorial Gredos, Madrid, 2003.
12. Sin duda este es el dilema en la ética islámica debido a que la norma moral objetiva que se debe obedecer es la voluntad de Dios, cualquiera sea, y es, por tanto, una norma arbitraria o bien, está sujeta a una ley moral externa a Dios. Esto difiere de la ética cristiana según la cual la norma moral objetiva está fundada en el carácter de Dios, no solo en su voluntad. Cf. Norman I.Geisler and Abdul Saleeb, *Answering Islam*, Baker, Grand Rapids, MI, 1993, 2002, p.138.
13. Una investigación de este tipo fue realizada por C.S. Lewis quien luego la incluyó como apéndice en su libro *The Abolition of Man*, Macmillan, New York, 1955, pp.95-121.
14. Paul Copan, *True for You, But Not for Me*, Bethany House, Minneapolis, 1998, p.23.
15. Alan Moore y Eddie Campbell, From Hell, Eddie Campbell Comics, Paddington, Australia, 1999, originalmente publicado en 16 entregas por Kitchen Sink Press, 1998-1999.

Capítulo 5
¿Cuál Dios existe?

El elefante y los seis sabios ciegos

Cada religión representa a Dios de manera diferente. Aunque existen semejanzas entre las diferentes representaciones como, por ejemplo, la necesidad de salvación de los seres humanos, estas similitudes no son más que coincidencias superficiales. Existen, en cambio, diferencias significativas y fundamentales, como la manera en que se alcanza esa salvación. Son estas diferencias fundamentales las que determinan que cada religión tenga un carácter distintivo y no haya conciliación posible entre ellas. Lógicamente, las afirmaciones que son contradictorias no pueden ser todas verdaderas: solo una de las representaciones de Dios es verdadera, o bien, todas son falsas.

Muchos han argumentado que cada una de las religiones conoce una parte de Dios y que la unión de todas las partes permite formar el todo. La historia del elefante y los seis sabios ciegos ilustra esta idea.[1]

Cuenta la historia que alguien llevó un elefante a la corte del rey, que en ese momento estaba atendiendo diversos asuntos en el palacio. Los sabios de la corte comenzaron a estudiar al elefante. La gracia del relato está en que los sabios son ciegos, de modo que examinan al elefante guiándose por el tacto. El primer sabio toca un costado del elefante y dice: «El elefante es como una pared». El segundo sabio toca la trompa y dice: «Es como una serpiente». El siguiente sostiene una de las patas del animal y asegura: «El elefante es como un árbol». El cuarto sabio palpa el colmillo y dice: «Es como una lanza», y el quinto sabio al tocar la oreja, afirma: «El elefante es como un abanico». El sexto y último sabio toca la cola del animal y concluye que el elefante es como una cuerda. Seguidamente los seis ciegos comienzan a discutir sobre quién tiene razón. El griterío llega a oídos del rey quien, molesto por el ruido, decide ir a ver qué sucede. El rey les explica que cada uno de ellos había logrado solo una imagen parcial del elefante; todos tenían algo de razón pero era preciso que considerasen la información en su conjunto; solo así lograrían una visión global y comprenderían, verdaderamente, qué es un elefante.

El problema con esta ilustración es que si Dios es el elefante y nosotros somos los sabios ciegos, no queda nadie a quien asignarle el papel del rey que ve la realidad en su totalidad, no hay nadie que pueda distanciarse lo suficiente como para ver con claridad. Paradójicamente, la historia cuyo propósito es demostrar que nadie tiene una visión correcta de Dios acaba probando exactamente lo contrario, pues solo podría hacer esta afirmación una persona que tuviera la visión correcta de Dios, que es precisamente lo que la primera afirmación niega. Esto nos coloca nuevamente ante la pregunta sobre cuál Dios existe.

Si encontramos a quien le calza el zapatito de cristal, habremos encontrado la religión que responde a una visión acertada de Dios.

El zapatito de cristal

A través de los argumentos expuestos en los tres capítulos anteriores no solo llegamos a conocer algunas buenas razones para creer en la existencia de Dios, sino también, una enumeración parcial de sus atributos. El argumento cosmológico y el argumento del diseño muestran que Dios es necesario, poderoso, trascendente, no contingente, inteligente, y personal. El argumento moral prueba que Dios tiene voluntad moral, que tiene un propósito de vida para el ser humano, que participa y se compromete con el mundo, y que le interesan las acciones y motivaciones del individuo. Por último, debemos agregar que Dios es único, que no hay nada ni nadie igual a Él. Si este Dios, así descrito, verdaderamente existe, entonces no puede haber nada fuera de Él que no haya sido creado por Él; no puede haber otro dios.

Por consiguiente, estos argumentos nos proporcionan una suerte de zapatito de cristal, un conjunto de criterios que cualquier descripción acertada de Dios, necesariamente, deberá cumplir. Si encontramos a quien le calza este zapatito de cristal, habremos encontrado la religión que responde a una visión acertada de Dios. Toda visión que niegue uno o más de estos atributos estará presentando una imagen falsa de Dios o deberá dar razones de su discrepancia. Tomemos, pues, el zapatito de cristal y vayamos en busca de su dueño.

Ateísmo

El ateísmo sostiene que Dios no existe, y si existiera, no podríamos saber nada sobre Él (lo cual en la práctica significa lo mismo). El universo físico es todo lo que existe, y punto. Obviamente, esto no coincide con ninguno de los atributos del zapatito de cristal. El ateísmo rechaza todas las conclusiones de los diferentes argumentos: el cosmológico, el del diseño, y el moral, pero no ofrece alternativas válidas para explicar el origen del universo, la presencia del diseño en él, ni la existencia de la moral. Las ideas sobre los infinitos reales en el mundo real, la macroevolución y el relativismo intentan explicarlo, pero todas ellas son defectuosas y resultan insuficientes.

Ateísmo: Dios no existe; si existiera, no podríamos saber nada sobre Él.

La única religión adecuada para suscribir a alguna forma de ateísmo es el budismo. Para el budismo la existencia de Dios es, en última instancia, irrelevante. Dios no es necesario en el sistema budista, y si existiera, nada cambiaría; es una religión sin Dios.

A pesar de la contundencia de los argumentos a favor de la existencia de Dios, muchas personas importantes, brillantes, incluso personalidades admirables de los más diversos ámbitos los han rechazado. El escritor Isaac Asimov parece no inmutarse ante estos argumentos.

La noción de un universo eterno plantea numerosas dificultades, algunas de ellas aparentemente insuperables (al menos en el presente estado del conocimiento científico), pero los científicos no se inquietan ante las dificultades, sino que las consideran parte esencial del juego. Si desaparecieran todas las dificultades y se respondieran todas las preguntas, el juego de la ciencia habría acabado.[2]

Lo asombroso de afirmar que no hay Dios es que la conclusión lógica a la que se llega, acaba siendo contradictoria. Afirmar que Dios existe es decir, simplemente, que se encuentra entre las cosas que existen; pero afirmar que no existe, implica afirmar que de todas las cosas que existen, Dios no es una de ellas. ¿Alguien puede hacer tal afirmación con sinceridad? Para poder hacerlo, se debe tener un conocimiento absoluto y exhaustivo de todo lo que existe.

ATEÍSMO

- ☐ ES PODEROSO
- ☐ ES TRASCENDENTE
- ☐ ES NO CONTINGENTE
- ☐ ES INTELIGENTE
- ☐ ES PERSONAL
- ☐ ES MORAL
- ☐ SE COMPROMETE
- ☐ ES ÚNICO

El filósofo ateo Bertrand Russell expresó así su rechazo:

A mi entender, la religión se basa, principalmente, en el miedo. En parte, es el miedo a lo desconocido, y en parte, como dije, el deseo de pensar que se tiene un hermano mayor que va a defenderlo a uno en todas sus cuitas y disputas. El miedo es la base de todo: el miedo a lo misterioso, el miedo a la derrota, el miedo a la muerte. [...] La ciencia puede enseñarnos (y creo que nuestro corazón puede enseñarnos) a no buscar ayudas imaginarias, a no inventar aliados celestiales, sino más bien a hacer con nuestros esfuerzos que este mundo sea un lugar habitable, en lugar de ser lo que han hecho de él las iglesias en todos estos siglos.[3]

Y la única persona que verdaderamente puede hacer una afirmación de esa magnitud es Dios; ¡precisamente la persona cuya existencia el ateo intenta negar!

Sin embargo, es justo reconocer que muchos ateos evitan esta debilidad del argumento sosteniendo, en cambio, que no podemos conocer nada sobre Dios. Esta forma de ateísmo, a veces llamada «agnosticismo fuerte», tiene sus propias limitaciones. ¿Cómo llega este agnóstico a saber que Dios no es cognoscible? Como sucede con el ateísmo, una persona debería conocerlo todo para saber con certeza que algo no se puede conocer. Por consiguiente, solo Dios podría saber si Él es incognoscible.

Dado que no es posible relacionar con el ateísmo ninguno de los diez atributos de Dios descritos, podemos rechazar el ateísmo como una manera válida de comprender a Dios. Ni siquiera existe un pie donde podamos probar si calza el zapatito de cristal.

Un listado rápido de otros ateos célebres incluiría figuras tales como:

- Sigmund Freud
- Charles Darwin
- Friedrich Nietzsche
- Karl Marx
- Francis Crick, co-descubridor del ADN
- Helen Keller
- Thomas Edison
- Woody Allen
- Ayn Rand
- Frank Zappa
- Kurt Vonnegut Jr.

Charles Darwin

Karl Marx

Friedrich Nietzsche

Thomas Edison

Helen Keller

AGNOSTICISMO

- ☐ EXISTE
- ☐ ES NECESARIO
- ☐ ES PODEROSO
- ☐ ES TRASCENDENTE
- ☐ ES NO CONTINGENTE
- ☐ ES INTELIGENTE
- ☐ ES PERSONAL
- ☐ ES MORAL
- ☐ SE COMPROMETE
- ☐ ES ÚNICO

Agnosticismo

El término «agnóstico» significa que no posee conocimiento. Por lo tanto, el agnosticismo es una postura filosófica que sostiene que Dios es desconocido o «no conocido», aunque no necesariamente «no cognoscible». Sus partidarios suelen describir su postura como neutral; no están a favor ni en contra de la existencia de Dios. Para los agnósticos, el jurado continúa deliberando; aún no se ha dado a conocer el veredicto.

Por consiguiente, el «agnosticismo débil» no es en absoluto una visión de Dios sino, más bien, una descripción del estado de indecisión y falta de conocimiento del individuo. Es evidente, entonces, que el agnosticismo en cualquiera de sus dos variantes no se corresponde con ninguno de los atributos del zapatito de cristal.

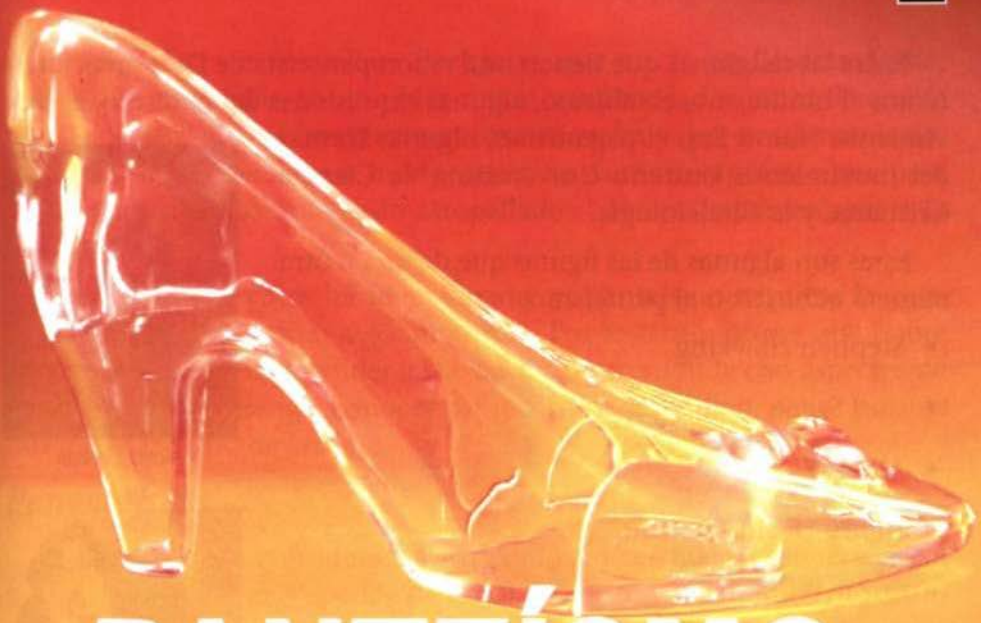
Panteísmo

El panteísmo es una doctrina filosófica según la cual todo lo que existe es Dios. Se conocen diversas expresiones del panteísmo. Una de ellas sostiene que Dios es una fuerza presente en todas las cosas (como en «La guerra de las galaxias»). Otra variante considera que Dios se halla presente en la totalidad de las cosas; todo es el uno y uno es el todo. Existen otros que creen que Dios se manifiesta de muchas maneras, y cada manifestación es una parte de la realidad suprema. (El hinduismo reconoce ¡330.000.000 de dioses!). Muchos panteístas creen que la naturaleza no es más que una parte del todo; otros creen que la realidad material es solo una ilusión. Los panteístas creen que Dios es impersonal, y puesto que todo lo que existe es una parte de Dios, nosotros mismos somos parte de Dios, fragmentos de un todo divino. Como Dios es impersonal, nuestra individualidad como personas no es más que una ilusión. Cuando morimos, somos reabsorbidos por ese todo impersonal.

Panteísmo: todo lo que existe es Dios.

El panteísmo no admite la existencia de dualidades u oposiciones; las cosas son o no son, son reales o ilusorias, existen o no existen. Esto implica, por ejemplo, que no hay aciertos ni errores, no hay bien ni mal, no hay verdadero ni falso. Dado que Dios es impersonal, no tiene voluntad moral. Lo que existe es la realidad, el resto es ilusión. No hay distinción moral. En el panteón del hinduismo, algunos dioses son a la vez benévolos y malévolos. En definitiva, el panteísmo no establece diferencia entre benevolencia y malevolencia. La lógica y la razón también son consideradas ejemplos de ilusión. Como ambas tratan sobre opuestos (algo es verdadero o falso), no existen; carecen de sentido.

El panteísmo no logra explicar aspectos de la realidad expresados en los diferentes argumentos: el cosmológico, el del diseño y el moral. La afirmación del panteísmo que dice que Dios no es una persona, implica que no puede ser inteligente, puesto que solo las personas poseen inteligencia. Tampoco puede tener una participación activa en el mundo dado que intencionalidad y compromiso son rasgos propios de una persona. Además, si todo lo que existe es parte de Dios, entonces nada puede ser trascendente. Por último, según el pensamiento panteísta, el universo es eterno e inmutable; no tiene principio ni fin. Esto implicaría la existencia de infinitos reales, un supuesto completamente falso, como quedó demostrado en el argumento cosmológico *kalam* en el capítulo 2.



PANTEÍSMO

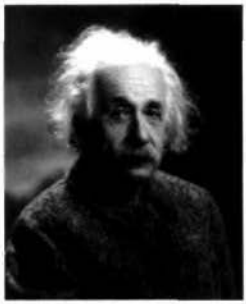
- ■ EXISTE
- ■ ES NECESARIO
- ■ ES PODEROSO
- □ ES TRASCENDENTE
- ■ ES NO CONTINGENTE
- □ ES INTELIGENTE
- □ ES PERSONAL
- □ ES MORAL
- □ SE COMPROMETE
- ■ ES ÚNICO

Una de las corrientes del panteísmo se basa en la comprobación de que estamos hechos de la misma materia y energía que el universo. Somos formados por el universo, sustentados por el universo, destruidos por el universo, y a él regresamos cuando morimos. Éste es todo cuanto existe. Cuando lo comprendemos en su real dimensión, experimentamos sentimientos de sobrecogimiento, reverencia, humildad y respeto.

Esta corriente de pensamiento se denomina panteísmo científico. Una diferencia fundamental del panteísmo científico es que no niega la existencia de opuestos. Por el contrario, se apoya fuertemente en la lógica y la razón.

Al repasar la lista que hemos confeccionado, vemos que el panteísmo reúne solo cinco de las diez realidades ideales del zapatito de cristal.

Entre las religiones que tienen una visión panteísta de Dios mencionaremos el hinduismo, el taoísmo, algunas expresiones del budismo, el movimiento Nueva Era, el paganismo, algunas formas del movimiento Unitario Universalista, la Ciencia Cristiana, y la Cienciología.


Albert Einstein

Estas son algunas de las figuras que de una u otra manera adhirieron al panteísmo:

- Stephen Hawking
- Carl Sagan
- Albert Einstein
- Henry David Thoreau
- Oscar Wilde
- Henri Matisse

Oscar Wilde

A pesar de contar con seguidores de mentes muy brillantes, el panteísmo está plagado de dificultades. Uno de los problemas es la cuestión moral. Si cuando morimos somos reabsorbidos por un todo impersonal, entonces, todos compartimos un mismo destino. La manera en que vivimos no cuenta; no hay fundamento para la moral. La Madre Teresa y Adolf Hitler comparten el mismo destino. Esta visión no solo es ilógica sino que resulta ineficaz como fundamento para la vida.

Henry David Thoreau

Los panteístas también afirman que somos parte de Dios, y que Dios es inmutable; pero si podemos llegar a darnos cuenta de que somos parte de Dios, eso significa que hemos cambiado. Por lo tanto, Dios cambiaría porque nosotros hemos cambiado.

El panteísmo ha encontrado una buena salida para este concepto contradictorio: no hay tal cosa como la lógica o la razón. El problema que plantea esta solución es que se vale de estas últimas para argumentar que ellas mismas no existen; ahora bien, ¿existen o no? La formulación de este enunciado o de cualquier otro presupone el uso de la lógica y la razón.

El apologista cristiano Ravi Zacharias, que creció en Madras, India, señala que en su país, los hindúes miran a ambos lados antes de cruzar la calle. Saben que los ómnibus son objetos reales y que ocasionan lesiones reales si una persona se interpone en su camino; esperan a que pase el ómnibus o acabarán siendo atropellados.[4] No podemos escapar a la lógica.

Además, como ya se ha mencionado, el panteísmo requiere la existencia de infinitos reales; algo imposible. Por lo tanto, ofrece una pobre explicación de cómo entender a Dios. No se corresponde con aspectos de la realidad que podemos conocer sin recurrir a la religión. No es posible calzarle el zapatito de cristal.

Panenteísmo

El panenteísmo considera a Dios como un ser que se diferencia del mundo pero, a la vez, depende de él. Dios procede del mundo, y el mundo procede de Dios; es una relación simbiótica. Ron Brooks y Norman Geisler describen el panenteísmo en estos términos: «Dios es al mundo lo que el alma es al cuerpo».[5] Dios es la realidad suprema (el significado literal de panenteísmo es «todo en Dios»). Como nuestra alma es nuestra esencia que, a su vez, forma parte de esa realidad suprema, todos somos una parte de Dios, aunque no somos Dios. Además, como el mundo está sujeto a una transformación permanente, también Dios se transforma de modo permanente. Conforme nuestra alma aprende y crece, Dios se vuelve más poderoso. Entonces, Él usa ese poder para crear nuevas cosas a fin de que podamos seguir aprendiendo. Dios aprende y crece tal como lo hacemos nosotros.

Una manera de concebir el panenteísmo es imaginar a Dios como semilla y árbol a la vez. El árbol representa todo lo que Dios puede llegar a ser. La semilla representa el estado real y presente de Dios (y, por ende, del mundo). Sin embargo, en el panenteísmo la semilla nunca llega a convertirse en árbol. Aun cuando Dios es un ser en permanente desarrollo y transformación, nunca logrará alcanzar todo su potencial. De allí que al panenteísmo también se lo conozca como la teología del proceso; Dios siempre se encuentra en evolución.

Panenteísmo:
Dios procede del mundo, y el mundo procede de Dios.

En la concepción panenteísta, el universo, o Dios, siempre existieron y siempre existirán. Sin embargo, Dios está en constante proceso de cambio; es finito y temporal, y debido a que es finito siempre le falta algo, y esta es la razón por la que cambia. El cambio es un fenómeno secuencial; las cosas cambian de un estado a otro a lo largo del tiempo. Por lo tanto, según el panenteísmo Dios es finito, está limitado por el tiempo, y sin embargo, también es eterno.

Aunque esta corriente no logró su plena articulación hasta el siglo XX, las ideas en las que se basa se remontan a Platón y Sócrates. El panenteísmo ha sido adoptado por algunas corrientes del judaísmo y del cristianismo. En épocas más recientes, en la década del sesenta, un movimiento insurgente en América Latina creó la teología de la liberación a partir de una combinación de panenteísmo, marxismo y teología católico romana. El panenteísmo reúne siete de los atributos requeridos para calzar el zapatito de cristal.

Según los atributos tomados como parámetro para el zapatito de cristal, la idea de un Dios finito y dependiente es inexacta. Además, la idea de un universo que existe desde la eternidad tropieza con el problema de la existencia de los infinitos reales. El panenteísmo no reúne las condiciones para calzar el zapatito de cristal, porque no ofrece fundamento válido para la moral. Si Dios es el fundamento de la moral y cambia constantemente, significa que los principios morales también cambian, o al menos, pueden cambiar; se diluyen y pierden fuerza, pierden su «obligatoriedad». ¿Por qué habríamos de modificar una conducta inmoral si la propia moral podría cambiar en poco tiempo convirtiendo lo inmoral en moral? Por lo tanto, la moral panenteísta carece de autoridad para imponer un sistema moral, razón por la cual, no puede considerársela como moral.

Finalmente, el panenteísmo no logra explicar aspectos de la realidad descritos por el argumento cosmológico, el argumento del diseño ni el argumento moral.

PANENTEÍSMO

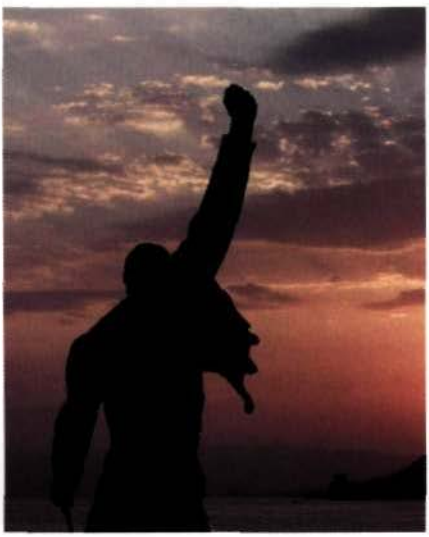
- ■ EXISTE
- ■ ES NECESARIO
- ■ ES PODEROSO
- □ ES TRASCENDENTE
- □ ES NO CONTINGENTE
- ■ ES INTELIGENTE
- ■ ES PERSONAL
- □ ES MORAL
- ■ SE COMPROMETE
- ■ ES ÚNICO

Teísmo limitado

El teísmo limitado describe a Dios como la causa primera, un Dios personal, bueno y amoroso; pero según esta concepción, la comprobación de que el mal existe induce a pensar que Dios no tiene poder para dominarlo ni erradicarlo. Por lo tanto, Dios no es todopoderoso sino que es de naturaleza limitada. Dios desaprueba el mal, pero no puede evitarlo. El teísmo limitado reconoce que el universo es imperfecto y concluye que el origen de su imperfección se encuentra en un Dios imperfecto. Puesto que el universo es finito, el origen del universo es un Dios finito. La mayoría de los adherentes al teísmo limitado no creen que Dios obre milagros.

Dado que Dios es finito, no tenemos ninguna certeza de que la moral pertenezca a su ámbito de influencia ni que pueda darle fundamento. En definitiva, en el teísmo limitado, se desconoce la fuente de la conducta moral, pero entre sus seguidores hay algunas personas que consideran que Dios es la fuente de toda moral.

Aunque el teísmo limitado está presente en algunas corrientes del judaísmo reformado, ninguna religión enseña expresamente esta doctrina. Sin embargo, el zoroastrismo, una doctrina dualista que afirma la existencia de dos dioses que representan el bien y el mal, en definitiva, es una especie de teísmo limitado. Según el zoroastrismo, el Señor de la Sabiduría (Dios) está en guerra con el Espíritu de Destrucción (Diablo). Dado que cada uno tiene existencia propia y cada uno creó cosas diferentes —unas buenas, otras malas— cada uno de ellos es finito. Cada uno es algo que el otro no es, y cada uno tiene poderes que el otro no posee.



Estatua de Freddie Mercury erigida en Montreaux, Suiza, uno de los lugares donde el artista residió.

El libro *When Bad Things Happen to Good People* escrito por el rabino Harold Kushner[6] [*Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*] es una elaboración reciente y bien conocida del teísmo limitado. Otro famoso adherente al zoroastrismo fue el ya fallecido Freddie Mercury, cantante de la banda de rock Queen.

TEÍSMO LIMITADO

- ■ EXISTE
- □ ES NECESARIO
- □ ES PODEROSO
- ■ ES TRASCENDENTE
- □ ES NO CONTINGENTE
- ■ ES INTELIGENTE
- □ ES PERSONAL
- ◒ ES MORAL
- ■ SE COMPROMETE
- □ ES ÚNICO

Al no alcanzar más que cuatro puntos y medio, el teísmo limitado se ve confrontado con preguntas difíciles de responder. Si Dios es finito, ¿cuál es el origen de Dios? Y si Dios no obra milagros, ¿cuál es el origen del universo? Si Dios no es la fuente de todo principio moral, ¿qué importa la manera en que nos comportemos? Si Dios es la fuente de todo principio moral, entonces la moral tiene un poder limitado, puesto que Dios mismo es limitado y tal vez pueda o no responder a las injusticias con justicia. Además, si el zoroastrismo está en lo cierto y a Dios lo puede derrotar el Espíritu de Destrucción, entonces Dios no es un ser necesario porque, todo podría existir sin él. Sin embargo, un Dios que no es necesario, no es Dios en absoluto. En síntesis, el teísmo finito contiene numerosas incoherencias internas y está bastante lejos de poder llegar a calzar el zapatito de cristal.

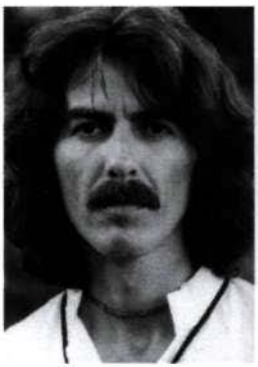
Politeísmo

El politeísmo es la concepción religiosa que reconoce la existencia de una pluralidad de dioses. Estos dioses pueden surgir de la naturaleza o, alguna vez, fueron hombres que llegaron a ser dioses. Como tales, son contingentes y finitos. El universo es eterno o está formado por materia eterna. Aunque no hay consenso total, muchos politeístas adhieren al relativismo moral y no creen que la moral proceda de los dioses.

Politeísmo: existe una pluralidad de dioses.

Las siguientes religiones son politeístas: hinduismo, budismo mahayana, confucionismo, taoísmo, sintoísmo, paganismo, y mormonismo. Los mormones suelen objetar su inclusión en este grupo y afirman que adoran a un solo Dios; pero el mormonismo tiene millones de dioses, aunque adoren solo a uno. Esta forma de politeísmo se conoce como henoteísmo.

Entre los politeístas conocidos nombraremos a George Harrison, Joseph Smith Jr. (fundador del mormonismo), y los escritores Aldous Huxley y J.D.Sallinger.



George Harrison

El zapatito de cristal no es el calzado adecuado para esta concepción religiosa que solo reúne cuatro de los diez atributos requeridos. El argumento cosmológico explica que todo tuvo un comienzo, nada existió eternamente. Sin embargo, el politeísmo enseña que el universo, o la materia, siempre existieron, lo cual es imposible debido a la inexistencia de los infinitos reales. El mormonismo necesita adicionar más infinitos reales para dar sentido a la idea de dioses provenientes de otros dioses, los cuales, a su vez, surgieron de otros, y así sucesivamente. Como ya se dijo, esta idea cae derrotada ante la inexistencia de infinitos reales. Sin un primer dios que dé origen a la sucesión, no podemos explicar la existencia de los dioses del presente.

Joseph Smith Jr.

POLITEÍSMO

- [-] EXISTE
- [ ] ES NECESARIO
- [ ] ES PODEROSO
- [ ] ES TRASCENDENTE
- [ ] ES NO CONTINGENTE
- [ ] ES INTELIGENTE
- [ ] ES PERSONAL
- [-] ES MORAL
- [ ] SE COMPROMETE
- [ ] ES ÚNICO

Aun dejando de lado el problema de los infinitos reales, el politeísmo no puede explicar la existencia del universo, porque es una religión en la que no hay seres trascendentes. Todas las cosas, incluidos los dioses, surgen del universo; no tienen existencia aparte de él, y los seres que existen tienen un poder limitado. El politeísmo es, pues, una religión atravesada por incoherencias internas y, por lo tanto, no logra reunir los atributos requeridos para calzar el zapatito de cristal.

Deísmo

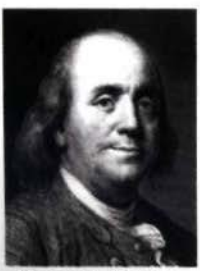
El deísmo sostiene que no se puede conocer a Dios a través de la religión, sino únicamente a través de la razón y la naturaleza. Dios es un ser necesario, personal, poderoso y trascendente, y el mundo es la única revelación que tenemos de Él. Por consiguiente, no hay milagros. Nos dio la razón para que podamos comprenderlo a través de la creación. Básicamente, el deísmo entiende que Dios, después de haber puesto el mundo en marcha, se limita a observar su funcionamiento, con actitud pasiva y sin interactuar con él.

Deísmo: solo se puede conocer a Dios a través de la razón y la naturaleza.

Ninguna religión enseña esta doctrina; es un sistema de creencias que sostienen los individuos. Algunos de ellos han sido Voltaire, Benjamín Franklin, y Thomas Jefferson. Este último llegó hasta el extremo de editar su Nuevo Testamento recortando todos los textos que hacían referencia a hechos milagrosos y conservando únicamente las enseñanzas éticas de Jesús.[7]

Voltaire

Thomas Jefferson


Benjamin Franklin

Al analizar esta concepción de Dios, por primera vez encontramos una doctrina que está muy próxima a calzar el zapatito de cristal; solo le falta cubrir un atributo. El principal problema del deísmo es que necesita, precisamente, aquello que niega: los milagros; o al menos uno de ellos. La creación del mundo no fue un acto natural; fue necesario un milagro, la intervención de un ser trascendente, todopoderoso y personal. Sin este milagro, no habría mundo. Si el mundo pudiera existir sin Dios, entonces, Él no sería todopoderoso puesto que no podría detenerlo, tampoco sería necesario, y no tendría autoridad moral porque no podría tener un propósito para algo que no creó.

La conclusión es que el deísmo, aunque está muy cerca de reunir los requisitos para calzar el zapatito de cristal, no logra explicar la existencia del universo tal como lo conocemos.

DEÍSMO

- ■ EXISTE
- ■ ES NECESARIO
- ■ ES PODEROSO
- ■ ES TRASCENDENTE
- ■ ES NO CONTINGENTE
- ■ ES INTELIGENTE
- ■ ES PERSONAL
- ■ ES MORAL
- □ SE COMPROMETE
- ■ ES ÚNICO

Monoteísmo

Monoteísmo: Dios es el creador y sustentador de todas las cosas.

El monoteísmo ve a Dios como el creador y sustentador de todas las cosas, pero diferente de ellas. Dios interactúa con la creación de diversas maneras y puede revelarse a los seres humanos a través de la moral, la naturaleza, la razón, o incluso mediante la revelación directa. Tres religiones en el mundo tienen una concepción monoteísta: el judaísmo, el islamismo, y el cristianismo.

El monoteísmo reúne todas las condiciones para calzar el zapatito de cristal; es la talla perfecta.

Cita célebre

La persona que afirma que todas las religiones son iguales, no solo pone al descubierto su ignorancia con respecto a ellas, sino que presenta una visión caricaturesca aun de aquellas más conocidas.[8]

–Ravi Zacharias

MONOTEÍSMO

- EXISTE
- ES NECESARIO
- ES PODEROSO
- ES TRASCENDENTE
- ES NO CONTINGENTE
- ES INTELIGENTE
- ES PERSONAL
- ES MORAL
- SE COMPROMETE
- ES ÚNICO

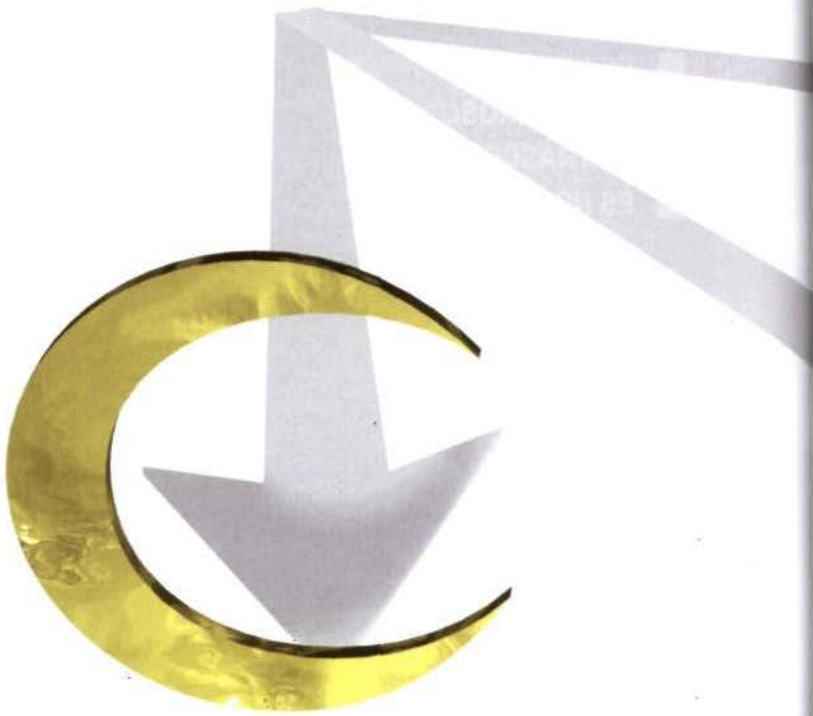
Conclusión

La concepción de Dios que mejor se ajusta a las características que podemos llegar a conocer mediante la razón y la observación del universo es el monoteísmo. Surge entonces la pregunta: «¿Cuál de las religiones monoteístas es verdadera, o son todas falsas»?

Curiosamente, las religiones monoteístas no solo comparten, en esencia, la misma descripción de Dios sino que, además, sostienen que hablan del mismo Dios.

Judíos, musulmanes y cristianos, todos afirman que su Dios es el que se reveló en el Antiguo Testamento. El Islam, sin embargo, sostiene que el Antiguo Testamento fue adulterado. Los cristianos afirman que Jesús dio cumplimiento a las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento. El judaísmo, por su parte, niega ambas afirmaciones.

Las tres religiones monoteístas tienen posición tomada con relación a Jesús. El Islam considera que Jesús fue un gran profeta, pero los relatos del Nuevo Testamento fueron adulterados y no enseñan quién fue en verdad. El judaísmo lo considera un impostor que pretendió ser el Mesías prometido por los profetas. Para los cristianos, Jesús fue el Mesías largamente esperado.



Para proseguir nuestro camino, pues, analizaremos la autenticidad y fiabilidad del Nuevo Testamento. Si resulta que no es un relato confiable sobre la persona y las acciones de Jesús, podremos reducir nuestras opciones al judaísmo y al islamismo; pero si el Nuevo Testamento es confiable y verdadero, entonces podremos rechazar el Islam por su falta de corrección o exactitud ya que confronta el contenido del Nuevo Testamento. Seguidamente podemos detenernos en el Tanaj, denominado Antiguo Testamento por los cristianos, a fin de comprobar si fue modificado o si es confiable. Si lo es, ¿qué dice sobre el Mesías? ¿Se parece éste a Jesús? Si las respuestas no coinciden con lo que sabemos sobre Jesús, podemos descartar el cristianismo y abrazar el judaísmo. En cambio, si lo que sabemos sobre Jesús coincide con las enseñanzas del Tanaj, podemos desechar la posición del judaísmo respecto de Jesús. El próximo paso será, pues, investigar el Nuevo Testamento.

Notas

1. Esta antigua fábula india fue reconstruida por Lillian Fox Quigley en su libro para niños *The Blind Men and the Elephant,* Charles Scribner's Sons, New York, 1959. Francis J. Beckwith y Gregory Koukl incluyeron esa versión a modo de ilustración en su libro *Relativism: Feet Firmly Planted in Mid-Air,* Baker, Grand Rapids, 1998, p.47.

2. Isaac Asimov, In the Beginning, Crown, New York, 1981, p.12.

3. Bertrand Russell, *Por qué no soy cristiano,* trad. del inglés J.Martínez Alinari, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1974, pp.32-33.

4. Este ejemplo es un clásico en las charlas de Ravi Zacharias.

5. Don Brooks y Norman Geisler, *When Skeptics Ask,* Baker, Grand Rapids, 1996, p.47.

6. Harold Kushner; *When Bad Things Happen to Good People,* Schocken, New York, 1981.

7. La así llamada Biblia Jefferson se sigue publicando en los EE.UU., y su distribución está cargo de American Book Distributors.

8. Ravi Zacharias, *Jesus Among Other Gods,* Word, Nashville, 2000, p.7.

9. La metodología que seguí, la cual consiste en comparar las diversas concepciones humanas de Dios y lo que podemos conocer de Él a través de la naturaleza, le debe mucho al enfoque propuesto por Norman Geisle y Ron Brook en su libro *When Skeptics Ask,* Baker, Grand Rapids, 1996.

Capítulo 6
¿Cuál fue el origen del Nuevo Testamento?

El desafío

En los 27 libros que componen el Nuevo Testamento están documentadas las enseñanzas y los acontecimientos que constituyen el fundamento del cristianismo. Superan, ampliamente, a cualquier otra fuente de la antigüedad en cantidad de información sobre Jesús y las personas a quienes Él les encomendó difundir su mensaje. Esta colección de documentos llamada el Nuevo Testamento contiene presupuestos y también afirmaciones categóricas acerca del mundo y por qué es así como lo vemos. Ofrece una perspectiva única en cuanto a qué es el ser humano y por qué es como es; también habla de los dos destinos posibles: vida eterna o muerte eterna. Los escritos del Nuevo Testamento describen un mundo caído cuyos habitantes se rebelaron contra el propósito para el cual fueron creados. También señalan cuál es la solución del problema: la persona y obra de Jesús, el Mesías. Las afirmaciones del Nuevo Testamento son contundentes y exigen colocar cada área de nuestra vida bajo su autoridad. Si queremos seguir sus enseñanzas al pie de la letra, el Nuevo Testamento exige un cambio radical en nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos.

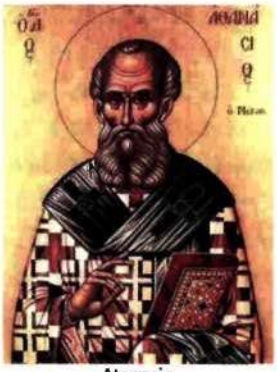
El Nuevo Testamento hace afirmaciones de gran alcance y profundidad, ¿pero son verdaderas? ¿Cómo podemos saber si allí está la verdad? ¿Quién escribió esos libros? ¿Es posible confiar en los autores? ¿Podemos corroborar la veracidad histórica de los relatos? ¿Cuándo fueron escritos? ¿Cómo fueron seleccionados los libros del Nuevo Testamento y quién tomó esa decisión? ¿Qué ocurrió con los libros que no fueron aceptados ni incluidos en el Nuevo Testamento? Si podemos responder estas preguntas a favor del Nuevo Testamento de manera satisfactoria, significa que su contenido tiene profundas implicancias en nuestra vida y, por consiguiente, debemos tomarlo con total seriedad. De lo contrario, podemos eliminar al cristianismo de la lista de religiones que alegan tener una visión correcta de Dios.

¿Quién seleccionó los libros y cómo fue el proceso de selección?

El concilio de Cartago en el año 393 y el de Hipona en 397 fijaron la lista de libros que componen el Nuevo Testamento tal como lo conocemos hoy. La selección no fue arbitraria; cada uno de los libros debía cumplir determinados criterios. Debían ser de origen apostólico, es decir, haber sido escrito por un apóstol o por un colaborador que hubiera preservado las enseñanzas del apóstol. Las únicas excepciones otorgadas correspondieron a Santiago y a Judas, hermanos de Jesús que fueron sus discípulos después de su muerte. Esta exigencia también implicaba que los libros debían haber sido redactados durante la época apostólica, es decir, en vida de los apóstoles (período

que finalizó cuando murió Juan, probablemente hacia fines de la década del noventa). Debían contar con la aprobación de la mayoría de las iglesias y ser usados regularmente durante los servicios religiosos. Las enseñanzas de los libros tenían que coincidir y ser coherentes con los textos de la Escritura, cuya autoridad era indiscutida. Por último, los libros debían ser inspirados por Dios: por consiguiente, su calidad y su poder para transformar vidas debía ser una característica evidente y manifiesta. Este criterio era algo más difícil de cumplir en la práctica. Algunos opinaban que los libros eran inspirados en virtud de que eran apostólicos, mientras que otros prestaban más atención a la inspiración que a la apostolicidad. Sea cual fuere la razón para creer en la inspiración, los libros que componen el Nuevo Testamento fueron separados del resto, porque se los consideró inspirados. Los libros que cumplieron todos los criterios conformaron lo que llamamos el canon del Nuevo Testamento («canon» deriva del término griego *kanon* que significa «medida» o «norma»), ya que toda enseñanza debía someterse a su autoridad.

El Códice Sinaítico es un manuscrito griego de la Biblia que data del año 350 d.C., aproximadamente. Actualmente se encuentra en la Biblioteca Británica, en Londres.


Atanasio

Eusebio

Tertuliano

El tema había sido motivo de intenso debate previo a la realización de los concilios en Cartago e Hipona. Atanasio, obispo de Alejandría, fue el primero que elaboró una lista con los veintisiete libros tal como los conocemos en la actualidad, y la dio a conocer en una carta enviada en 367 d.C. Fue también el primero que usó la palabra *kanon* en la iglesia con el sentido que ahora conocemos, alrededor del año 353 d.C. En *De decretis* 81.3, Atanasio declara que «"El pastor de Hermas" no pertenece al canon». Unos diez años más tarde, el Sínodo de Laodicea estableció la diferencia entre libros canónicos y no canónicos. La expresión «canon del Nuevo Testamento» aparece por primera vez alrededor del año 400 d.C. en la obra *Apocriticus* de Macario Magno. Sin duda, Atanasio conocía la obra de Eusebio, el padre de la historia de la iglesia. En 325 d.C., Eusebio, impulsado por el interés de Constantino de lograr la unidad y la uniformidad del cristianismo, comenzó a investigar la historia de los libros que se usaban como Escritura o cuyos defensores argumentaban que debían ser usados como tal. Eusebio tuvo acceso a importantes bibliotecas de literatura cristiana tanto en su ciudad, Cesarea Marítima, como en Jerusalén. Estas bibliotecas atesoraban obras de los padres de la iglesia que se remontaban al siglo I. Los escritos de los padres de la iglesia son importantes, porque abundan en citas de textos que consideraban absolutamente fidedignos en virtud de su origen apostólico. Por ejemplo, Tertuliano (aprox. 150–229)

Los escritos de los padres de la iglesia son importantes porque abundan en citas de textos que consideraban absolutamente fidedignos en virtud de su origen apostólico.

cita 23 libros del Nuevo Testamento de un total de 27. De hecho, la mayor parte de los textos del Nuevo Testamento pueden reconstruirse a partir de las citas de los padres de la iglesia sin recurrir a otras fuentes. Guiado por la importancia atribuida a esos escritos y los criterios del canon, Eusebio clasificó los libros en cuatro categorías:

- ***canónicos***
- ***aceptados por la mayoría***
- ***rechazados (también llamados «espurios»)***
- ***heréticos***[1]

La clasificación de los libros según Eusebio.

Los libros canónicos eran los libros cuya autoría y autenticidad rara vez habían sido cuestionadas. Eusebio incluyó 22 libros en esta categoría, entre ellos:

- ***los cuatro Evangelios***
- ***Hechos***
- ***las catorce cartas de Pablo*** (Hebreos fue incluida entre los escritos de Pablo)
- ***1 Juan***
- ***1 Pedro***
- ***Apocalipsis*** (Eusebio hizo constar que algunos dudaban de que Juan fuera el autor)

El Evangelio de Juan (izquierda) y fragmentos de Gálatas y Filipenses (derecha) fechados alrededor de 180 a 200 d.C., fecha muy cercana a la compilación del Canon Muratorio. Forman parte de un Nuevo Testamento casi completo conocido como el Papiro Chester Beatty que se conserva en la Biblioteca Chester Beatty, en Dublín, Irlanda.

Estos son los libros que eran conocidos y aceptados por la gran mayoría, pero continuaban siendo objeto de discusión:

- ***Santiago***
- ***Judas***
- ***2 Pedro***
- ***2 Juan***
- ***3 Juan***

Estos cinco, sumados a los veintidós libros canónicos de Eusebio, conforman el Nuevo Testamento.

Hubo un grupo de libros que, a pesar de su semejanza con textos de la Escritura y de ser usados para la instrucción y el servicio religioso en las iglesias, finalmente no fueron incluidos en el Nuevo Testamento. Por una u otra razón, no reunían todos los criterios establecidos por el canon. Eusebio da una lista de cinco nombres:

- ***Los Hechos de Pablo***
- ***La Carta de Bernabé***
- ***El Pastor de Hermas***
- ***La Didajé (o Enseñanzas de los Doce Apóstoles)***
- ***El Apocalipsis de Pedro***

Si bien Eusebio no se propuso hacer un listado exhaustivo de los libros que los herejes citaban como si fueran Escrituras, menciona a los Evangelios de Tomás, Pedro, Matías, y todo otro Evangelio, excepto los cuatro aceptados, los Hechos de Andrés, Juan, o cualquier otra obra que pretendiera documentar la vida de un apóstol.

En algún momento en el período comprendido entre los años 180 y 200 d.C., se compiló la lista más antigua que se conoce de libros canónicos del Nuevo Testamento. Fue hallada a comienzos del siglo XVIII por un erudito italiano llamado Antonio Muratori y allí se incluían veintidós libros considerados Escritura. El Canon de Muratori, como se lo conoce hasta el día de hoy, incluye:

- ***los Evangelios***
- ***Hechos***
- ***13 cartas de Pablo (sin contar Hebreos)***
- ***Judas***
- ***1, 2, y 3 Juan***
- ***Apocalipsis*** [2]

Sin embargo, el debate sobre cuáles textos debían considerarse Escritura y cuáles no, no se planteó seriamente hasta alrededor del año 140 d.C. El problema se agudizó y cobró urgencia a raíz de un hecho ocurrido en la iglesia de Roma.

En 135 d.C., Marción, un hombre rico dedicado a la construcción de barcos, hijo de un obispo cristiano de Sinope en la provincia del Ponto, llegó a Roma y donó a la iglesia una inmensa suma de dinero: 200.000 sestercios. Casi de inmediato, Marción ocupó una posición influyente en la iglesia de Roma, pero quedó en claro la enorme diferencia entre la postura teológica de Marción y la de la gran mayoría de los cristianos, no solo en Roma sino en toda la región del Mediterráneo.

Marción

Marción sostenía que el Dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento no eran el mismo.

Marción sostenía que el Dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento no eran el mismo. Mientras que la mayoría de los cristianos veía una continuidad entre la Escritura hebrea y las enseñanzas de Jesús y los apóstoles, Marción veía una falta de unidad que juzgaba irreconciliable. Durante casi un siglo, los cristianos habían aceptado la Escritura hebrea como Escritura.

Para desafiar esta creencia tan arraigada, según la cual Jesús daba cumplimiento a la Escritura hebrea, Marción elaboró su propio canon, que excluía la totalidad del Antiguo Testamento así como cualquier referencia a Dios tal como se lo presentaba en este. El canon de Marción incluía diez cartas de Pablo y

el Evangelio de Lucas, pero incluso estos fueron editados a fin de eliminar cualquier elemento del judaísmo o las referencias a un Dios que manifiesta su ira y aplica una justicia retributiva.[3]

El valor que tuvo la herejía de Marción y otras surgidas en las iglesias en los siglos II y III fue que obligaron a los cristianos a estudiar detenidamente las tradiciones que habían recibido y a reconsiderar qué fundamento tenían para reconocerlas como verdaderas.

Ignacio de Antioquía fue arrojado a los leones en el Coliseo de Roma.

Ya en el año 115 d.C., veinte años antes de que Marción se presentara en Roma, Ignacio, obispo de Antioquía, se había referido a « El Evangelio» como un documento aprobado. Los textos de «El Evangelio» circulaban entre las comunidades como un solo códice, encuadernado al estilo de nuestros libros, en lugar de rollos separados. Se titulaba «El Evangelio», y cada sección tenía un subtítulo diferente: «Según Mateo», «Según Marcos», y así hasta completar los cuatro. También las cartas de Pablo fueron compiladas en un solo códice a comienzos del siglo II.

Marción creía que el Dios supremo era el Padre de Jesús y no, el Dios que presentaba la religión judía. Sin embargo, la predicación de la iglesia primitiva mostraba que Jesús aceptaba la Escritura hebrea como Palabra de Dios que estaba en perfecta consonancia con la revelación de Dios manifestada en Él. Por lo tanto, a fin de sostener su postura, Marción tuvo que declarar que la predicación apostólica distorsionaba la figura de Jesús. Luego se dedicó a depurar el Evangelio de Lucas y las Epístolas Paulinas, eliminando aquellos elementos que apoyaban la creencia según la cual el Dios creador de Abraham, Isaac y Jacob era el mismo Dios que era Padre de Jesús.

Una vez más, Marción cumplió una función importante en la elaboración del canon del Nuevo Testamento. Si no hubiese actuado como lo hizo, desafiando el pensamiento de sus contemporáneos, el proceso de fijación del canon hubiera sido mucho más lento y no se hubiera alcanzado el mismo grado de precisión en la definición de algunos temas.

El canon de Marción se dio a conocer en el contexto de una tradición bien desarrollada, aunque no definitiva, con respecto a cuáles eran los libros reconocidos y aprobados. Según el autor Bruce Metzger:

Durante el transcurso del siglo II, la mayoría de las iglesias llegaron a tener y reconocer un canon que incluía los cuatros Evangelios actuales, los Hechos, trece cartas de Pablo, 1 Pedro, y 1 Juan. Otros siete libros aun no habían alcanzado el reconocimiento de la gran mayoría: Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas, y Apocalipsis. Es difícil determinar si esto era causa o consecuencia de las opiniones divergentes respecto de su canonicidad.[4]

Cuando surgían dudas o era preciso defender las enseñanzas del cristianismo, las iglesias recurrían a estos libros como única fuente de autoridad y recto juicio. Estos libros tenían tanto peso porque preservaban la enseñanza de los apóstoles, aquellos que habían recibido personalmente el mandato de Jesús de difundir sus enseñanzas.

En los años cincuenta (s. xx) fue hallado en Egipto un conjunto de rollos y códices de papiro, además de códices de papel pergamino. Los manuscritos databan de alrededor del año 200 d.C., aproximadamente, y se los conoce como los Papiros Bodmer. Los papiros que vemos aquí contienen las copias completas más antiguas de 1 Pedro y Judas.

(Colección Schøyen, MS 193, Oslo y Londres)

¿Quién escribió los libros?

Llegados a este punto, corresponde investigar el origen de los libros. Si hemos de someternos a su autoridad y adoptarlos como la regla para dirimir cuestiones teológicas, según se desprende de los propios textos y conforme a la práctica de la iglesia primitiva, ¿qué credenciales poseen estos libros? ¿Existe alguna razón para afirmar que los apóstoles realmente participaron en el proceso de redacción?

Juan

Policarpo

Ireneo

Juan le contó la historia de los Evangelios a Policarpo quien, a su vez, se la transmitió a Ireneo.

Uno de los testimonios más impactantes sobre el origen y autenticidad de los Evangelios lo encontramos en un escrito de Ireneo, obispo de Lyon, que fue recogido por Eusebio. Ireneo era alumno de Policarpo, el obispo de Esmirna, que había sido discípulo personal del apóstol Juan. Alrededor del año 180 d.C., Ireneo transmitió la historia de los Evangelios que había recibido de Policarpo, quien a su vez la había oído de Juan. Dice Ireneo:

> Mateo publicó el Evangelio entre los hebreos en su propia lengua, mientras que Pedro y Pablo anunciaban el evangelio en Roma y fundaban la iglesia allí. Tras la partida de Pedro, Marcos, su discípulo e intérprete, nos transmitió también por escrito lo que Pedro había predicado. Y Lucas, compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio que este había predicado. Luego, Juan, el discípulo del Señor, el mismo que había descansado sobre su pecho, publicó también el Evangelio mientras residía en Éfeso, Asia.[5]

Los cuatro evangelistas según ilustración del Libro de Kells, 800 d.C.

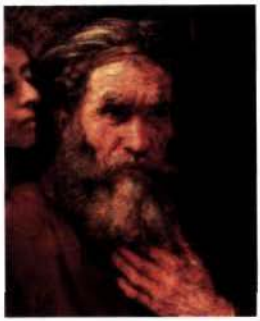
Esta historia fue corroborada por Papías, compañero de Policarpo. Papías pudo haber sido «oyente» de Juan, o incluso discípulo, y afirmaba haber conocido a muchos amigos cercanos de Juan. Escribió que Juan enseñaba lo siguiente:

> Marcos fue intérprete de Pedro, y escribió con fidelidad, aunque desordenadamente, todo lo que recordaba de los dichos y los hechos del Señor. Él mismo no había oído al Señor ni había sido su discípulo, sino que más adelante, como dije, fue discípulo de Pedro, quien adaptaba sus enseñanzas según las necesidades de sus oyentes, pero sin pretensión de componer un conjunto ordenado de lo dicho por el Señor. Así pues, no puede atribuírsele a Marcos error alguno por haber puesto las cosas por escrito de este modo, tal como las recordaba, porque fue muy cuidadoso respecto de una cosa: no omitir nada de lo que había oído y no escribir falsedad alguna acerca de ello. [...] En cuanto a Mateo, escribió en lengua hebrea las sentencias del Señor, y cada uno las interpretó según su capacidad.[6]

Clemente, que asumió un papel de liderazgo en Roma hacia fines del siglo I, les escribió una carta a los Corintios alrededor del año 95 d.C. que incluía citas de diez libros diferentes del Nuevo Testamento. Según Eusebio, Clemente también había puesto por escrito cómo se había escrito el Evangelio de Marcos y que había contado con la bendición de Pedro:

> Pero la luz de las devotas declaraciones de Pedro resplandecía de tal modo en la mente de sus oyentes que no se contentaban con escucharle una sola vez ni con la enseñanza hablada del mensaje divino, sino que suplicaban de todas maneras posibles a Marcos, discípulo de Pedro y autor del Evangelio que hasta hoy existe, e insistían para que les dejara por escrito un recuerdo de la enseñanza que habían recibido de palabra. Y no le dejaron tranquilo hasta que lograron su cometido; por ello, vinieron a ser los responsables de la composición del Evangelio que lleva el nombre de Marcos. Se dice que también Pedro, cuando por revelación del Espíritu tuvo conciencia de lo que se había llevado a cabo, se sintió complacido por el celo de ellos y dio su aprobación para que el texto fuera usado en las iglesias.[7]

Es importante señalar que la mayoría de los estudiosos modernos no creen que estos relatos se ajusten a la historia de la composición del Evangelio de Mateo. La opinión mayoritaria, aunque no unánime, sostiene que Marcos fue el primer Evangelio que se escribió, y que Mateo basó su obra en los relatos de Marcos. Esto se debe a que ambos Evangelios comparten relatos de idéntica o muy similar redacción. Allí donde se registran diferencias, los relatos de Mateo suelen ser más extensos y detallados. Muchos eruditos creen que Mateo enriqueció el texto de Marcos, en lugar de pensar que Marcos editó la obra de Mateo. Curiosamente, esta dependencia de Mateo respecto de Marcos habla de la autoridad de los escritos de este último, habida cuenta de que no era apóstol como Mateo. ¿Por qué Mateo habría de confiar en Marcos a menos que este hubiera preservado fielmente las enseñanzas de otro apóstol? Además, los fragmentos más antiguos de Mateo que poseemos no están en lengua hebrea ni en arameo, como escribieron Papías y Policarpo, sino en griego. Por su parte, los estudiosos que creen que Mateo fue el primer Evangelio escrito sugieren que hubo una versión anterior, abreviada o más rudimentaria, escrita en hebreo o arameo.



Mateo

Marcos

Mateo, Marcos, Lucas y Juan según la mirada de diferentes artistas.

Marcos pudo haber usado parte de este material para escribir su Evangelio, y luego, Mateo corrigió y amplió su relato basándose en el Evangelio de Marcos.[8] Según Craig Blomberg, estudioso especializado en Nuevo Testamento, los testimonios de Papías y Policarpo dan cuenta de una tradición tan «persistente en la iglesia primitiva que posiblemente tenga elementos dignos de tener en cuenta».[9] Sin embargo, la manera en que se desarrolló el proceso sigue siendo materia de conjeturas.

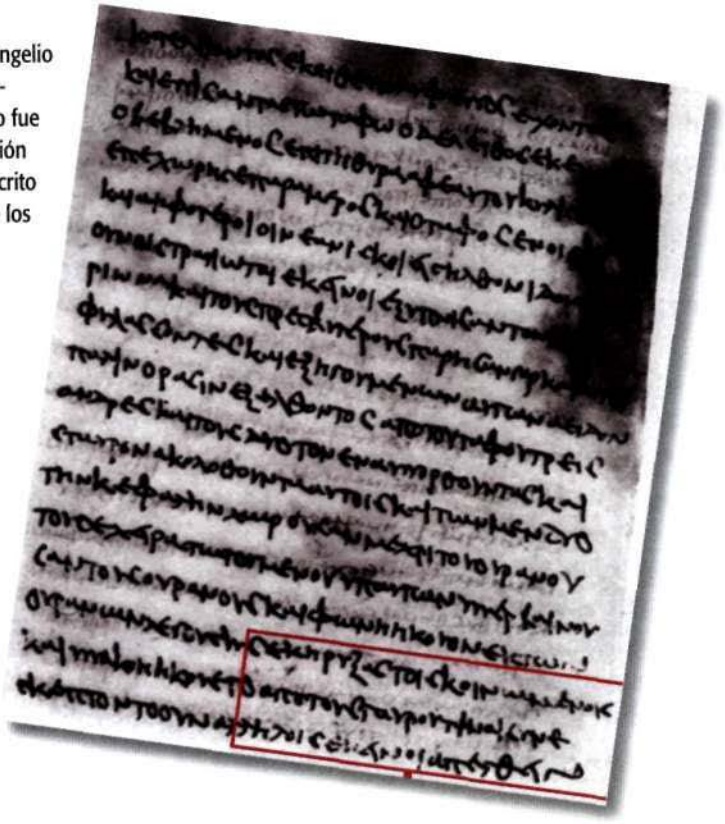
Uno de los argumentos más interesantes con relación a la autoría de los Evangelios es ver a quién se le atribuye la composición. Juan, amigo cercano de Jesús, fue una figura destacada y parece lógico encontrar su nombre como autor de un relato sobre la vida de Jesús. ¿Pero quién fue Mateo? Si bien tuvo el privilegio de ser uno de los apóstoles, sinceramente, debemos decir que su figura pasa inadvertida en los relatos. ¿Acaso el libro no tendría mucho más peso si se le hubiera atribuido a Pedro o a Santiago? Que su composición se atribuya a uno de los apóstoles «menores» es de por sí un buen motivo para aceptar esta tradición. Este argumento tiene más fuerza aun en el caso de Marcos y Lucas, dado que ni siquiera eran apóstoles y no tenían autoridad propia. Sin embargo, la autoridad de sus escritos se aprobó de inmediato. Según la tradición, como leímos en párrafos anteriores, Pedro tuvo noticias de los escritos de Marcos y dio su bendición. Algo similar ocurrió con Pablo de quien se dice que hizo referencia al Evangelio de Lucas como «mi Evangelio».[10]

Otro aspecto interesante de los Evangelios es que, a pesar de que los nombres de los autores no se mencionan en la obra, muy pronto los libros fueron aceptados como enseñanzas de los apóstoles. Este dato se contrapone con lo ocurrido con los documentos apócrifos, como el Evangelio de Pedro y el de Tomás. Estos escritos y docenas más afirman de manera explícita haber sido redactados por los apóstoles.

Lucas

Juan

Sin embargo, fueron rechazados como carentes de autoridad y, en muchos casos, se los declaró heréticos a causa de sus enseñanzas. No bastaba con la afirmación o pretensión de haber sido escrito por un apóstol para alcanzar estatus de aprobado. La mejor explicación para los nombres que llevan los Evangelios es que estos fueron los verdaderos autores. La mejor explicación para su temprana y rápida aceptación es que preservaron con absoluta fidelidad las enseñanzas de los apóstoles.



Según Eusebio, el Evangelio de Pedro era un documento falso que luego fue condenado por Serapión (211d.C.). Este manuscrito ha sido fechado entre los siglos VII y IX.

Existen argumentos sólidos para afirmar que la redacción de los cuatro Evangelios es anterior al año 70 d.C.

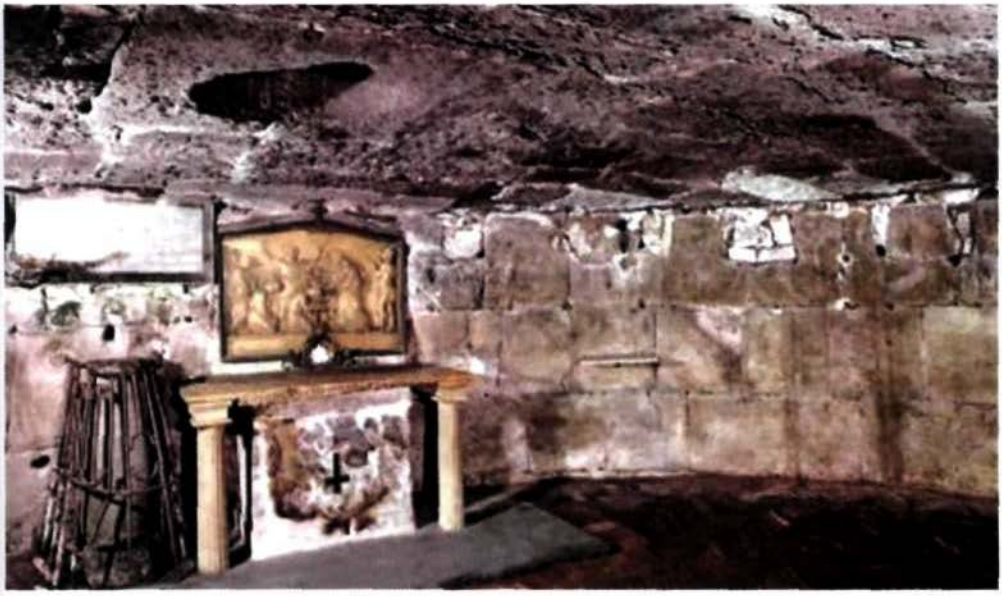
Tintero y estilete hallados en Qumran, en uso entre el siglo I a.C. y el año 68 d.C. (Colección Schøyen, MSS 1655/2 y 5095/3, Oslo y Londres).

Datación de los Evangelios

Una tradición muy temprana y bien fundada afirma no solo que Juan fue el autor del cuarto Evangelio sino que lo escribió con posterioridad a la composición de los otros tres. Según Clemente, obispo de Roma hacia fines del siglo I, Juan escribió su Evangelio, porque hubo personas que lo instaron a ampliar el contenido de los tres primeros.[11] En sus relatos, Juan menciona lugares muy conocidos de Jerusalén como si todavía existieran, por ejemplo, la Puerta de las Ovejas.[12] Como en el año 70 d.C. Jerusalén fue arrasada, y la Puerta de las Ovejas, destruida, existen razones sólidas para afirmar que los cuatro Evangelios fueron escritos antes del 70 d.C. Este argumento está reforzado por una total ausencia de referencias a la destrucción de Jerusalén en el Evangelio; de hecho, tampoco hay referencias en el resto de los libros del Nuevo Testamento. Teniendo en cuenta que la destrucción era el cumplimiento de una profecía del propio Jesús, parece improbable que Juan hubiera omitido mencionarla. Sin embargo, también se ha señalado que a lo largo del Evangelio, Juan usa el tiempo presente para describir hechos del pasado. Esto deja abierta la posibilidad de que haya escrito su obra entre los años inmediatamente anteriores a la destrucción de Jerusalén y el año de su fallecimiento, aproximadamente, 98 d.C. Muchos de los estudiosos que rechazan una fecha de redacción previa al 70 d.C., ubican la composición entre el año 80 y el 85 d.C. Para afirmarlo, se basan en que para ese entonces, había transcurrido

tiempo suficiente como para que la destrucción de Jerusalén fuera un dato conocido y, por lo tanto, no hubiera necesidad de mencionarlo. Señalan, además, que la razón que impulsó a Juan a escribir las Epístolas fue que los gnósticos habían malinterpretado su Evangelio, de modo que debió haber transcurrido bastante tiempo entre la redacción de una obra y las otras. Esto presenta al período entre los años 80 d.C. al 85 d.C. como una buena fecha probable para aquellos que sostienen que el Evangelio se redactó después del 70 d.C.[13]

Es probable que el Evangelio de Lucas haya sido concebido como una obra en dos volúmenes: el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles. En general, existen motivos para creer que, posiblemente, los libros del Nuevo Testamento se escribieron de modo que coincidieran con las medidas de cualquier pergamino que estuviera disponible. Para que el rollo se pudiera usar con relativa facilidad, el tamaño más grande oscilaba entre 9 y 10 metros (30 y 35 pies).[14] Tanto el Evangelio de Lucas como los Hechos ocupan alrededor de 9 o 10 metros de pergamino cada uno; este dato unido a la continuidad narrativa entre el final del Evangelio y el comienzo de los Hechos ha llevado a muchos estudiosos a creer que el propósito de Lucas era que se considerara su obra como un todo.



Prisión Mamertina en Roma donde Pedro y Pablo fueron encarcelados antes de su ejecución. En aquel tiempo, la única entrada era la abertura en el techo de la cámara.

El libro de los Hechos finaliza con el relato de Pablo prisionero en Roma. En páginas anteriores, Lucas relata otras prisiones, juicios, persecuciones y situaciones de mal trato sufridos por Pablo. Sin embargo, no registra la muerte de Pablo que fue decapitado durante el reinado de Nerón, al cabo de su encarcelamiento mencionado al final del libro de Hechos. Tampoco menciona ningún otro suceso posterior al año 62 d.C.[15] Esto sugiere que Hechos fue escrito con anterioridad a la ejecución de Pablo, puesto que sería ilógico que Lucas mencionara toda clase de persecuciones y que guardara silencio sobre el martirio. Por consiguiente, es razonable ubicar la redacción de Hechos antes de la muerte de Pablo, ocurrida entre los años 62 y 65 d.C. Y el Evangelio de Lucas fue escrito poco tiempo antes, probablemente a comienzos de los años sesenta.

7Q5, este pequeñísimo fragmento de un papiro, parte del hallazgo de los Rollos del Mar Muerto, está fechado entre los años 50 a.C. y 50 d.C., y algunos creen que es un fragmento de Marcos.

Igual que en el caso de Mateo, todo parece indicar que Lucas tuvo acceso al Evangelio de Marcos y que luego incorporó en su obra elementos tomados de este. Si son correctos los indicios que sitúan la composición del Evangelio de Lucas a comienzos de los años sesenta, y si verdaderamente se basó en Marcos, este no puede ser posterior al año 60 d.C. Esto se opone a una tradición anterior, según la cual, Marcos habría escrito su Evangelio después de la muerte de Pedro, alrededor del año 64 o 65 d.C. Sin embargo, como ya hemos visto, existe otra tradición que dice que Pedro bendijo la obra de Marcos. Algunos eruditos ubican su Evangelio en la década del 40 d.C., y sostienen que algunos fragmentos hallados entre los Rollos del Mar Muerto corresponden a Marcos.[16] Tal vez, en el futuro, esto se pueda probar, pero antes es preciso salvar dos obstáculos. El primero es que no hay acuerdo sobre los fragmentos; de hecho, podrían pertenecer a Marcos o ser de una tradición anterior consultada por él. Los fragmentos son demasiado pequeños para llegar a una respuesta contundente. Además, muchas de las Epístolas de Pablo precedieron a los Evangelios. Es lógico suponer que si el Evangelio de Marcos hubiera existido en los años cuarenta, en sus escritos, Pablo hubiera apelado a su contenido como fuente autorizada. Aunque estos argumentos no son en modo alguno definitivos, a partir de la información que poseemos, la fecha más probable para el Evangelio de Marcos parece ubicarse a fines de los años cincuenta del siglo I.

Numerosos eruditos modernos fechan el Evangelio de Mateo entre los años 70 y 100 d.C. Sin embargo, existen buenas razones para argumentar a favor de una fecha previa.

Las tradiciones que se remontan al siglo I le atribuyen a Mateo la composición del Evangelio, afirmación que rechazan quienes sostienen que la obra fue escrita en fecha posterior. Al igual que Juan, también Mateo menciona costumbres y lugares que dejaron de ser puntos de referencia después de la destrucción de Jerusalén. Esto torna razonable una fecha anterior al año 70 d.C. La tradición más antigua, según hemos visto, considera que Mateo fue escrito antes que Marcos y no, que se haya basado en él; pero esto crea nuevas dificultades a la hora de explicar los relatos repetidos en Mateo, Marcos y Lucas. Dado que Mateo y Lucas tienen mucho más en común con Marcos que entre sí, todo parece indicar que ambos usaron Marcos y no, que Lucas y Marcos se basaron en el trabajo de Mateo. Una solución bastante difundida consiste en establecer una diferencia entre el Mateo canónico de la Biblia y el Mateo al que hacen referencia los padres de la iglesia. Por lo tanto, si Mateo se basó en parte en el trabajo de Marcos, su Evangelio no puede ser anterior al año 60 d.C. Aunque no hay pruebas definitivas, el peso de la evidencia sugiere ubicar la composición de la versión canónica de Mateo entre los años 61 y 69 d.C.

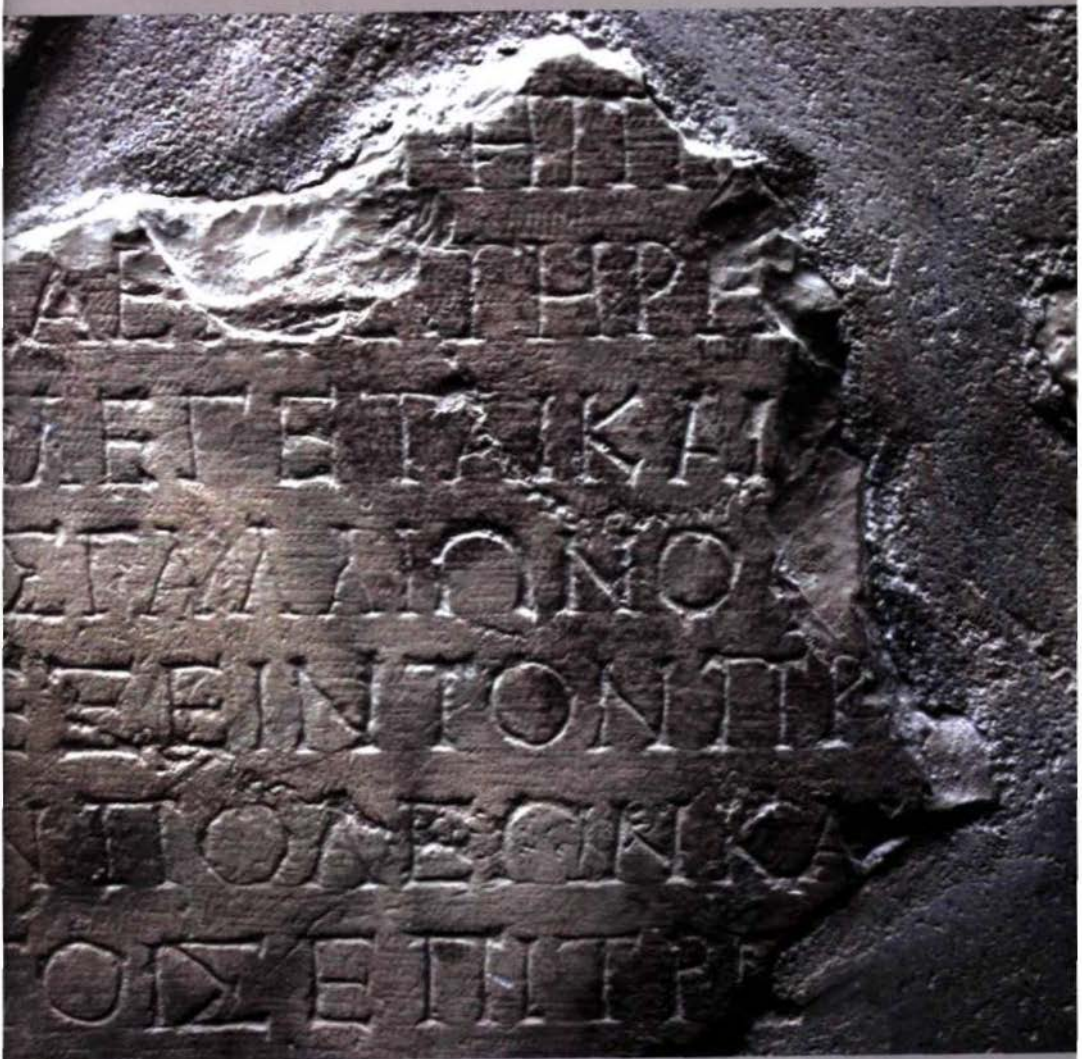
Lista de libros de la Biblia, llamada Tabla Canónica, perteneciente al s.VI, que se conserva en la Biblioteca Británica, Londres.

Datación de los escritos paulinos

Los textos más antiguos del Nuevo Testamento fueron obra del apóstol Pablo. Aunque no todos sus escritos fueron anteriores a los Evangelios, algunos de ellos sí lo son. Para datar los escritos paulinos podemos recoger información de sus cartas y del libro de los Hechos, y tratar de conciliarlos con lo que ahora sabemos gracias a la arqueología y otros indicadores históricos. Se sabe que Pablo murió entre los años 64 y 67 d.C., durante la persecución ordenada por Nerón, de modo que los escritos no pueden ser posteriores a esa fecha. Muchos estudiosos creen que, posiblemente, Gálatas y 1 y 2 Tesalonicenses se encuentren entre los primeros textos, y los sitúan a comienzos de los años cincuenta del siglo I, y hasta es posible que Gálatas haya sido escrito a fines de los años cuarenta.

El principal argumento que sustenta la cronología de Pablo se encuentra en Hechos 18:12: «Pero siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se levantaron de común acuerdo contra Pablo y lo llevaron al tribunal». En 1905, un estudiante que preparaba su tesis doctoral en París descubrió, mientras clasificaba una colección de inscripciones, una carta del emperador Claudio dirigida a Galión. Posteriormente, esta carta, también conocida como la Inscripción de Galión o Inscripción de Delfos, fue fechada alrededor del año 52 d.C., y se estableció que Galión se había desempeñado como procónsul entre los años 51 y 52 d.C.[17] Por consiguiente, los acontecimientos relatados en Hechos 18:12-17 ocurrieron en algún momento durante ese período. Dentro de ese marco temporal, los estudiosos pueden reconstruir los hechos hacia atrás. Teniendo en cuenta que el encuentro entre Pablo y Galión tuvo lugar aproximadamente un año después de su segundo viaje misionero, podemos deducir que el concilio de Jerusalén, mencionado en Hechos 15:6-30 y celebrado antes del segundo viaje misionero, probablemente tuvo lugar alrededor del año 48 d.C. Antes de que se reuniera el concilio, Pablo había viajado a Jerusalén para llevar socorro durante la

hambruna (Hechos 11:27-30). El historiador Flavio Josefo, siglo I, señala los años 45 y 46 d.C. como fecha de la hambruna, lo cual permite ubicar la visita de Pablo entre los años 45 y 47d.C.[18] En Gálatas 2:1 Pablo dice que, al cabo de catorce años, subió nuevamente a Jerusalén. ¿Pero catorce años a partir de qué momento? ¿Catorce años desde su conversión o catorce años desde su primera visita, tres años después de convertirse? Aunque este punto sigue en discusión, muchos estudiosos se inclinan a pensar que los catorce años deben contarse a partir de la conversión, porque es la principal referencia

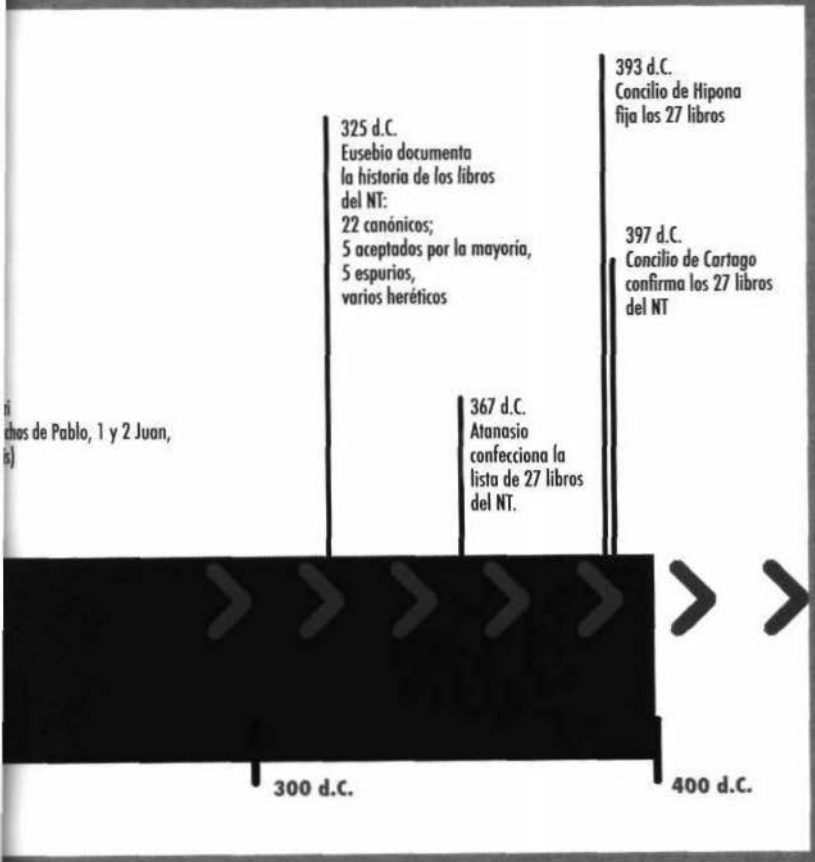


Inscripción de Galión, también llamada «inscripción de Delfos», es una pieza clave para datar los escritos de Pablo.

de tiempo en ese pasaje y es la que tiene más sentido de todos los hechos que puedan dar una explicación en una cronología de la vida de Pablo. Si partimos de la visita solidaria durante la hambruna entre los años 45 y 47 d.C., podemos llegar a establecer la conversión de Pablo entre los años 32 y 35 d.C. En la antigüedad era común medir el tiempo transcurrido entre dos acontecimientos de manera inclusiva. Por ejemplo, si Jesús murió un día viernes y resucitó un domingo, este lapso puede contarse como tres días o un día y medio. Las dos fechas más probables de la crucifixión de Jesús son 30 d.C. y 33 d.C. (por motivos que analizaremos en el capítulo 10 relacionados con la profecía). Así pues, el período de tiempo desde 32 d.C. hasta 35 d.C. se ajusta a cualquiera de esas dos fechas propuestas y pone de manifiesto que la conversión de Pablo ocurrió en época muy temprana.

Este ejercicio de establecer una cronología de Pablo es importante si tenemos en cuenta pasajes como este en 1 Corintios 15:3-8:

Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún y otros ya han muerto. Después apareció a Jacobo y después a todos los apóstoles. Por último, como a un abortivo, se me apareció a mí.



Nótese que Pablo dice que él transmite algo que recibió. Observemos, además, la reiteración (gramaticalmente innecesaria) de la palabra «que». La expresión de Pablo al decir que «recibió» esta tradición, unido a la particular construcción de las oraciones, le da a este texto toda la apariencia de un credo, una síntesis del núcleo de fe de los primeros cristianos redactado de modo que fuera fácil de memorizar. Dado que la conversión de Pablo tuvo lugar entre uno y cuatro años después de la crucifixión, es muy probable que este credo sea uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento, redactado durante el período de los tres años siguientes a la muerte de Jesús.

Esto reviste enorme importancia a causa del contenido del credo. Este afirma que Jesús fue una persona real que murió, fue sepultada, resucitó de los muertos, y luego, ya resucitado y glorificado, se les apareció a sus discípulos, reunidos en grupo o de manera individual. De igual importancia es el llamado a reconocer la Escritura como el camino correcto para comprender a Jesús. ¿A qué Escritura se refiere? Recordemos que el Nuevo Testamento no existía en aquel momento. El credo afirma que debemos ver a Jesús a través de la lente del Antiguo Testamento. Los críticos del Nuevo Testamento según los cuales la leyenda que le atribuye a Jesús origen divino surgió muchos años después, se ven en serias dificultades frente a una tradición tan temprana.

Fragmento de la carta a los Romanos, siglo II, hallado en Egipto.
(Colección Schøyen, MS 113, Oslo y Londres)

¿Qué ocurrió con los libros que no fueron aceptados?

Eusebio da el nombre de cinco libros que califica de espurios: los Hechos de Pablo, la Epístola de Bernabé, el Pastor de Hermas, la Didajé, y el Apocalipsis de Pedro. Había quienes los consideraban fidedignos, pero finalmente no fueron incluidos en el canon del Nuevo Testamento.[19]

La Didajé, también llamada la Enseñanza de los Doce, era un texto bastante antiguo, probablemente del año 70 d.C.[20] El libro afirma contener «Las enseñanzas del Señor impartidas a través de los doce apóstoles a todas las naciones»[21] y se usaba, fundamentalmente, como un manual para la instrucción de los nuevos creyentes. Conforme la iglesia logró una mayor organización, el libro cayó en desuso; esto, unido al desconocimiento del autor, fue tal vez lo que determinó que se lo excluyera del canon.

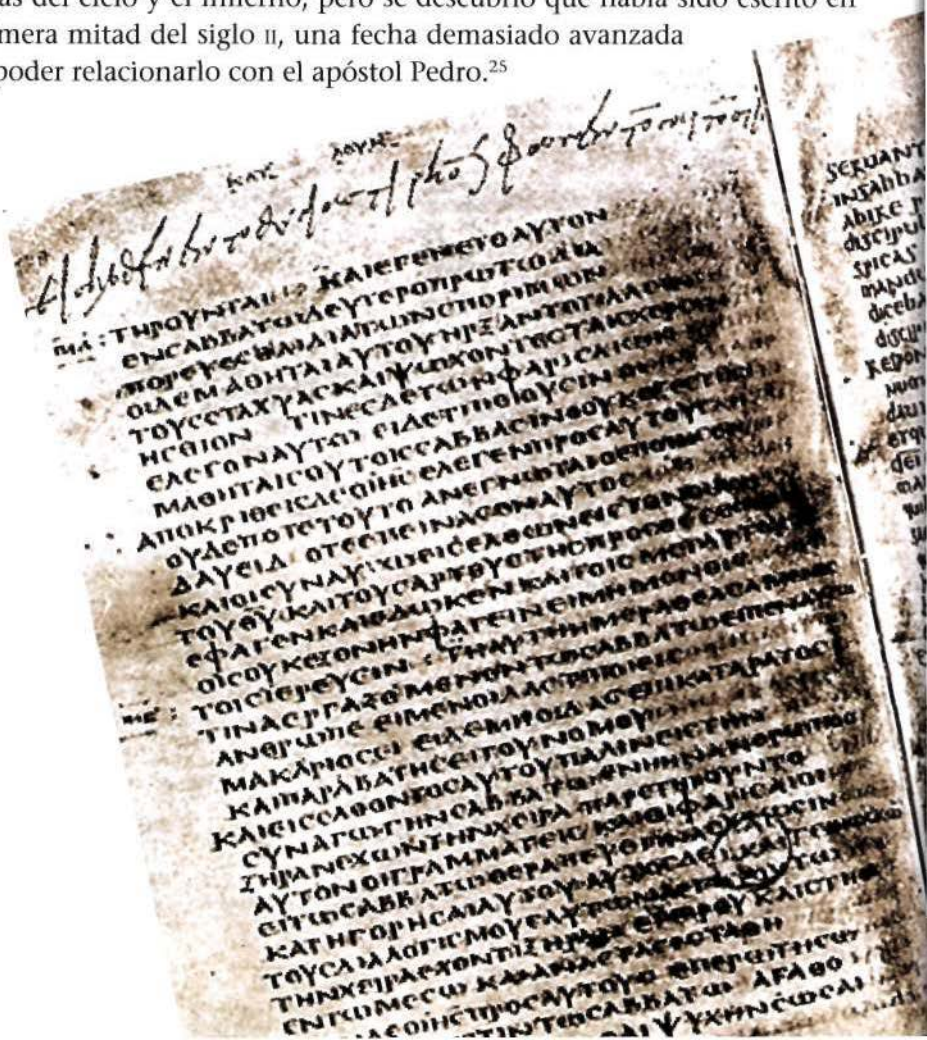
Manuscrito de la Didajé de fines del siglo IV que se encuentra en la biblioteca Sackler, en la ciudad de Oxford, Reino Unido.

Los Hechos de Pablo es una obra a la que los primeros autores cristianos aluden con frecuencia, y se considera que contiene mucha información fidedigna sobre la vida de este hombre. Sin embargo, Tertuliano, un sacerdote de Cartago de fines del siglo II, dice en sus obras que un anciano de Cartago había escrito el libro motivado por la gran admiración que sentía por Pablo, y porque deseaba incrementar la fama del apóstol, aunque de una manera incorrecta. Puesto que se trata de una obra pseudoepígrafa, una falsificación, el anciano que lo escribió fue obligado a dejar su cargo y el libro fue excluido del canon.[22]

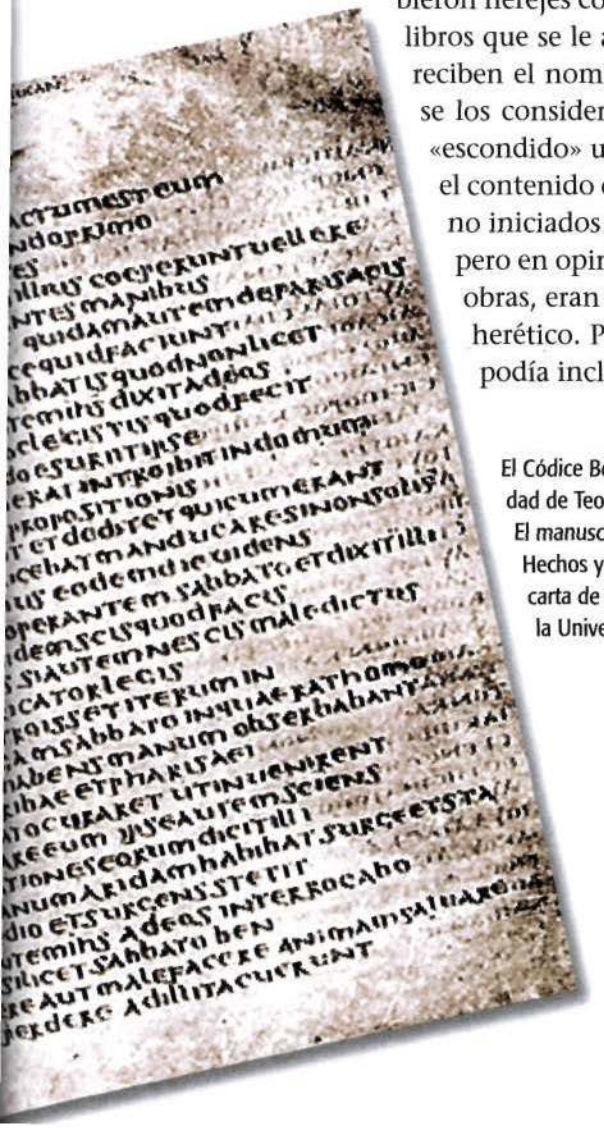
La Epístola de Bernabé data de fines del siglo I o comienzos del siglo II. No contiene ningún elemento contrario a la ortodoxia, y hasta fue citado por Clemente de Alejandría y por Orígenes. Sin embargo, se entendió que el autor del libro (no es una carta, en verdad) no era Bernabé, el compañero de Pablo en sus viajes misioneros, sino uno de los primeros padres de la iglesia.[23] Por lo tanto, no cumplía con los criterios estipulados para ser incluido en el canon.

El Pastor de Hermas es una obra de comienzos del siglo II. Describe una serie de visiones que tuvo un pastor llamado Hermas. Igual que la Epístola de Bernabé, este libro no contiene ningún elemento sospechoso, pero seguramente no fue escrito por un apóstol sino por un padre de la iglesia.[24]

El Apocalipsis de Pedro es un libro bien conocido por sus descripciones gráficas del cielo y el infierno; pero se descubrió que había sido escrito en la primera mitad del siglo II, una fecha demasiado avanzada para poder relacionarlo con el apóstol Pedro.[25]



Aparte de estos libros espurios y de aquellos que finalmente fueron incluidos en el canon, ninguna otra obra fue considerada seriamente con vista a su inclusión. Si bien existen docenas de libros que ostentan títulos como el «Evangelio de Tomás», el «Evangelio de Pedro», o los «Hechos de Pilato», ninguno de ellos cumple con los criterios requeridos para formar parte del Nuevo Testamento. Todos se escribieron en fecha muy posterior a la época apostólica (algunos llegaron a redactarse en la Edad Media), y la gran mayoría pertenece, sin duda, al género de las leyendas, o bien son heréticos. De hecho, no se conocen textos antiguos que argumenten a favor de la aceptación de estos libros de los siglos II y III como Escritura, excepto los que escribieron herejes como Marción o los gnósticos. Los libros que se le atribuyen falsamente a un autor reciben el nombre de pseudoepígrafes. Al resto se los considera libros apócrifos, que significa «escondido» u «oculto». Según sus defensores, el contenido de estos libros era oculto para los no iniciados o las personas de mente simple, pero en opinión de quienes rechazaron estas obras, eran ocultos a causa de su contenido herético. Por uno u otro motivo, no se los podía incluir en el canon.



El Códice Bezae data del siglo VI y fue propiedad de Teodoro de Beza, sucesor de Calvino. El manuscrito contiene los Evangelios, los Hechos y algunos versículos de la tercera carta de Juan. Actualmente se encuentra en la Universidad de Cambridge.

Conclusión

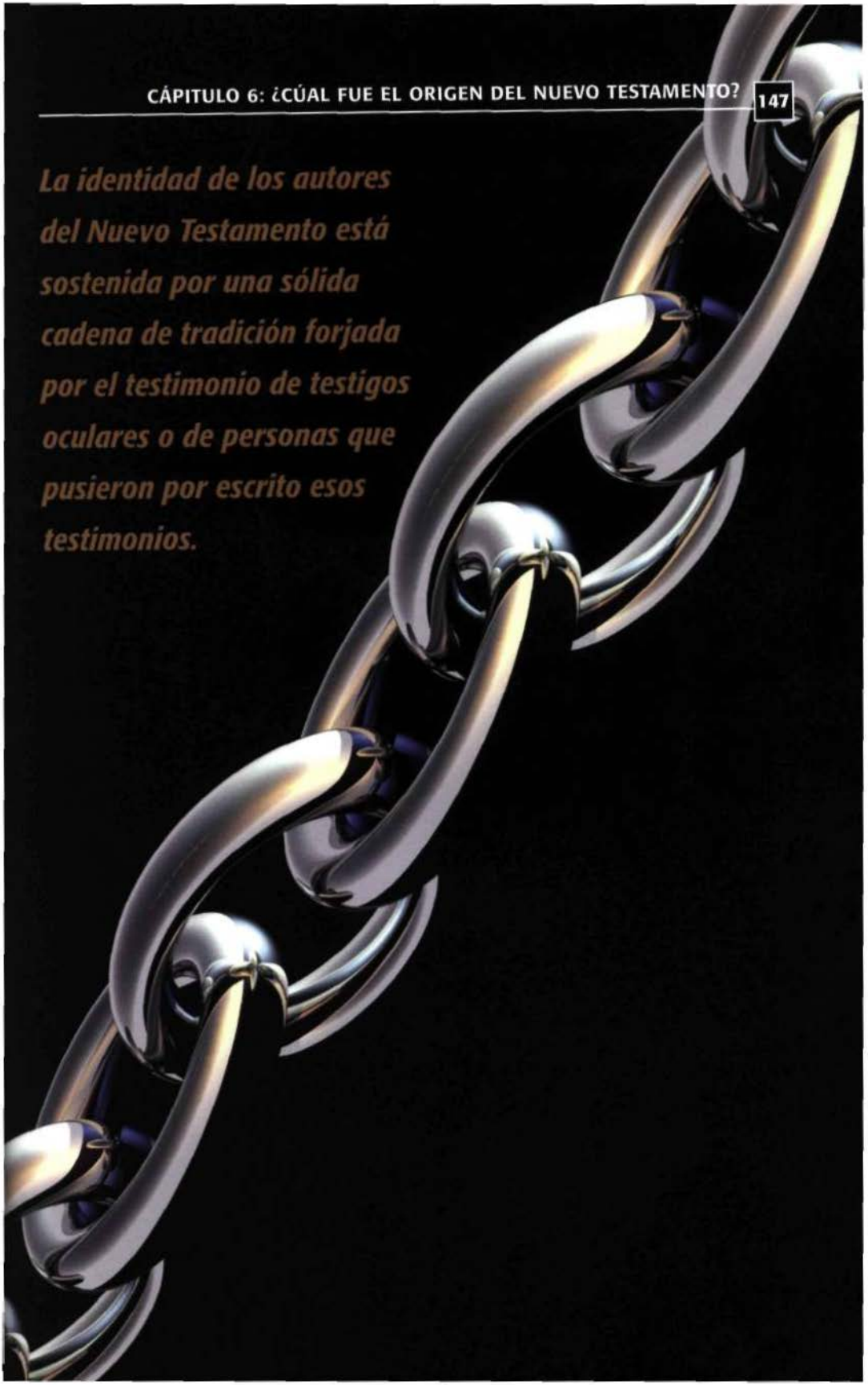
Me parece importante destacar que durante el proceso de formación del Nuevo Testamento fue mayor la probabilidad de excluir textos auténticos que de incluir obras espurias. El largo proceso garantizó un debate saludable desde múltiples y variadas perspectivas. Aun así, la mayoría de los libros del Nuevo Testamento lograron un apoyo sostenido e incontrastable a favor de su inclusión. Al respecto, dice Bruce Metzger: «En lo esencial, ni los individuos ni los concilios crearon el canon; lo que hicieron fue llegar a percibir y reconocer la autenticidad propia de estos escritos, que se impusieron a la iglesia como obras canónicas».[26] Merrill C. Tenney concuerda con esta opinión: «La iglesia no definió el canon; lo reconoció».[27]

Vemos, pues, que la identidad de los autores del Nuevo Testamento está sostenida por una sólida cadena de tradición forjada por el testimonio de los testigos oculares o de las personas que pusieron por escrito esos testimonios. Los libros que no fueron incluidos en el Nuevo Testamento, aun cuando puedan ser de alguna utilidad, no fueron incluidos en el canon porque no cumplían los criterios establecidos. Por lo tanto, la Biblia fue escrita por personas que podían documentar fehacientemente los acontecimientos que relataban.

- ***Pero, ¿cómo se copiaron los libros?***
- ***¿Se adulteró el contenido?***
- ***¿Qué diremos sobre las contradicciones que presenta el Nuevo Testamento?***
- ***¿A qué época pertenecen los manuscritos más antiguos que poseemos del Nuevo Testamento?***

Ahora, debemos trasladar nuestra atención a estas preguntas.

La identidad de los autores del Nuevo Testamento está sostenida por una sólida cadena de tradición forjada por el testimonio de testigos oculares o de personas que pusieron por escrito esos testimonios.



Citas célebres

«Jesús fue una figura histórica de inmensa influencia, tal vez el líder más enigmático e inspirador que jamás haya tenido la humanidad [...] Es comprensible que miles de seguidores de su tierra quisieran dejar constancia escrita de su vida [...] Para la elaboración del Nuevo Testamento se tuvieron en cuenta más de ochenta evangelios, pero sólo unos pocos acabaron incluyéndose, entre los que estaban los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan [...] La Biblia, tal como la conocemos en nuestros días, fue supervisada por el emperador romano Constantino el Grande, que era pagano».28

—Dan Brown, *El Código Da Vinci*

Sin embargo, aun un conocimiento meramente superficial de los evangelios apócrifos y su documentación es suficiente para probar que nadie los excluyó de la Biblia, sino que se autoexcluyeron.29

–Bruce Metzger, *The New Testament: Its Background, Growth and Content*

Notas

1. Alexander Roberts y James Donaldson, eds., Nicene and Post-Nicene Fathers, vol.1, second series, *The Church History of Eusebius*, Eusebius, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, pp.155-157.
2. Mark Knoll, *Turning Points*, Baker, Grand Rapids, 1997, 2000, p.36.
3. Ibíd., p.35.
4. Bruce Metzger, *The New Testament: Its Background, Growth, and Content*, Abingdon Press, Nashville, 1965, pp.274-275.
5. Alexander Roberts y James Donaldson, eds., Nicene and Post-Nicene Fathers, vol.1, second series, *The Church History of Eusebius*, Eusebius, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, p.222.
6. Ibíd., p.173.
7. Ibíd., p.116.
8. D. A. Carson, Douglas J. Moo, y Leon Morris ofrecen un excelente enfoque del problema de los sinópticos en, *An Introduction to the New Testament*, Zondervan, Grand Rapids, 1992, pp.19-60.
9. Craig Blomberg, «The Historical Reliability of the New Testament», en William Lane Craig, *Reasonable Faith*, Crossway Books, Wheaton, 1984, pp. 204-205.
10. Alexander Roberts and James Donaldson, eds., Nicene and Post-Nicene Fathers, vol.1, second series, *The Church History of Eusebius*, Eusebius, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, pp.136-137.
11. Ibíd., p.153.
12. Juan 5:2.
13. D.A. Carson, Douglas J. Moo, y Leon Morris, *An Introduction to the New Testament*, Zondervan, Grand Rapids, 1992, pp. 166-168.
14. Bruce Metzger, *The New Testament: Its Background, Growth, and Content*, Abingdon Press, Nashville, 1965, pp.278-279.
15. D.A. Carson, Douglas J. Moo, y Leon Morris, *An Introduction to the New Testament*, Zondervan, Grand Rapids, 1992, p. 116.
16. Randall Price, *Secrets of the Dead Sea Scrolls*, Harvest House, Eugene, OR, 1996, pp.185-189.
17. Charles Ludwig, *Ludwig's Handbook of New Testament Rulers and Cities*, Accent, Denver, 1976, 1983, p.133.
18. Josefo, *Antiquities* 20.2.5.

19. Alexander Roberts y James Donaldson, eds., Nicene and Post-Nicene Fathers, vol.1, second series, *The Church History of Eusebius*, Eusebius, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, pp.156-157.
20. Craig A. Evans, *Noncanonical Writings and New Testament Interpretation*, Hendrickson, Peabody, MA, 1992, p.157.
21. Alexander Roberts y James Donaldson, eds., Ante-Nicene Fathers, vol.7, *The Teaching of the Twelve Apostles*, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, p.377.
22. Alexander Roberts y James Donaldson, eds., Ante-Nicene Fathers, vol.3, *On Baptism*, by Tertullian, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, p.677.
23. Craig A. Evans, *Noncanonical Writings and New Testament Interpretation*, Hendrickson, Peabody, MA, 1992, p.158. Ver también, Alexander Roberts y James Donaldson, eds., Nicene and Post-Nicene Fathers, vol.1, second series, *The Church History of Eusebius*, Eusebius, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, p.156, n.20.
24. Craig A. Evans, *Noncanonical Writings and New Testament Interpretation*, Hendrickson, Peabody, MA, 1992, p.158.
25. Alexander Roberts y James Donaldson, eds., Ante-Nicene Fathers, vol.9, *The Apocalypse of Peter*, Hendrickson, Peabody, MA, 2004, p.142.
26. Bruce M. Metzger, *The New Testament: Its Background, Growth and Content*, Abingdon Press, Nashville, 1965, p.276.
27. Merrill C. Tenney, *New Testament Survey*, Eerdmans, Grand Rapids, 1953, 1985, p.405.
28. Dan Brown, *El Código da Vinci*, Ediciones Urano, Barcelona, 2003, p.288.
29. Bruce M. Metzger, *The New Testament: Its Background, Growth and Content*, Abingdon Press, Nashville, 1965, p.101.

Capítulo 7
¿Es confiable el Nuevo Testamento ?

La dificultad que plantea el Nuevo Testamento

Cuando Johannes Gutenberg introdujo el uso de la imprenta de tipos móviles en Europa alrededor del año 1450, no solo ideó un método que permitió aumentar considerablemente la producción de libros, sino que su innovación volvió obsoleta la copia manual de libros, método que casi podría decirse que garantizaba la aparición de errores en los textos. Esto significa que durante unos 1400 años, los textos del Nuevo Testamento estuvieron muy expuestos a sufrir alteraciones, tanto intencionales como involuntarias. Si el Nuevo Testamento es un documento escrito por testigos oculares de la vida y las enseñanzas de Jesús, la transmisión fiel de estos documentos a través del tiempo se presenta como un problema real. ¿Cómo podemos estar seguros de que los textos que ahora conocemos como el Nuevo Testamento son copia fiel de los originales? Recordemos que ningún texto original ha llegado hasta nosotros.

Una página de la Biblia de Gutenberg.

La crítica textual

Frente a las dificultades que plantea el intento de recuperar el texto original de los escritos antiguos, surgió una nueva disciplina académica llamada crítica textual. El proceso crítico textual consiste en reunir todas las copias existentes de un manuscrito y compararlas entre sí; luego, se emplean ciertas técnicas para realizar el análisis morfológico y sintáctico del texto a fin de identificar qué copias son más antiguas. Por ejemplo, cuando se encuentra una variante en uno de los textos, las copias más antiguas tienen preferencia sobre las más recientes, porque es lógico suponer que la modificación fue un agregado o una corrección posterior. Asimismo, se les atribuye más importancia a las versiones breves que a las más extensas. Esto se debe a que los escribas encargados de hacer las copias eran más proclives a agregar texto para hacer aclaraciones o comentarios, que a eliminarlo. Cuando los escribas encontraban variantes, solían copiar la versión que creían auténtica en el cuerpo del texto y, a continuación, anotaban las variantes en los márgenes. Un tercer principio es otorgar preferencia a aquello que se encuentra en la mayoría de los textos. Cada uno de estos principios es una regla de carácter general, no un criterio rígido.

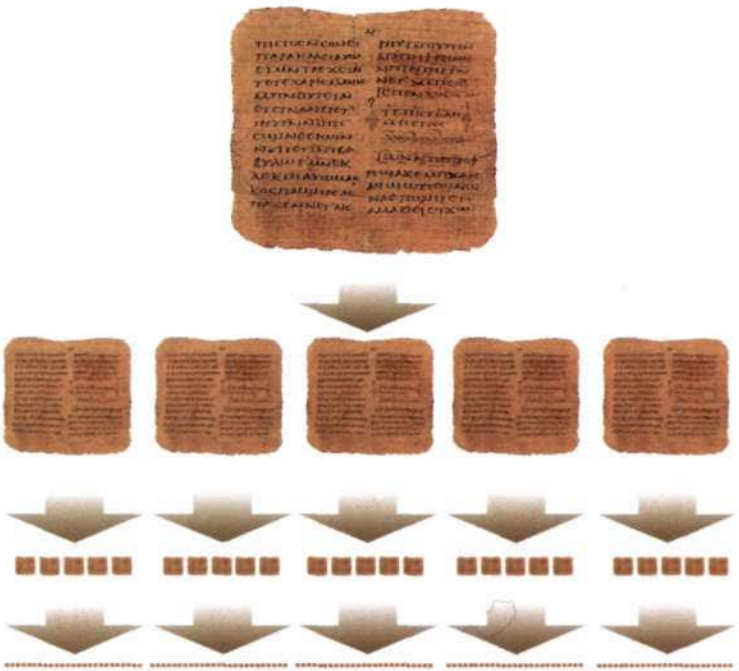
Los escribas copiaban los libros de dos maneras. Un método consistía en tener frente a ellos una copia —llamada «el ejemplar»— del libro que deseaban reproducir, y a partir de allí emprendían la tediosa tarea de copiar el texto palabra por palabra. El otro método requería un lector que leía el ejemplar en alta voz mientras los copistas escribían al dictado. Este segundo método era mucho más rápido, pero tenía una desventaja respecto del primero: hay palabras que tienen igual o similar pronunciación pero diferente grafía y significado. Por ejemplo, en español, no hay distinción de sonidos entre «basto» y «vasto», o «herrar» y «errar».[1]

Como a los libros del Nuevo Testamento no se los reconoció oficialmente como Escritura hasta fines del siglo IV, quizá los escribas no trataban los textos que debían copiar con la misma reverencia que le dedicaban a los del Antiguo Testamento que sí, eran considerados Escritura. Las precauciones que los copistas del Antiguo Testamento habían ideado para garantizar que la copia fuera fiel al ejemplar (ampliaremos este tema en el próximo capítulo), no se tuvieron en cuenta cuando comenzaron a copiarse los textos que luego formarían el Nuevo Testamento. Hasta que se fijó el canon, los libros del Nuevo Testamento recibieron el mismo trato que otras cartas o crónicas valiosas. Por lo tanto, las variantes que encontramos en los manuscritos, en su gran mayoría, fueron introducidas con anterioridad al siglo V.

El proceso de transmisión

Un error común con respecto al Nuevo Testamento es creer que fue transmitido como si se tratase de eslabones de una cadena: se hacía una copia de un libro, luego alguien hacía otra copia, y esta, a su vez, llegaba a manos de otra persona que hacía una nueva copia, y así sucesivamente. A menudo se lo asocia con el juego del «teléfono descompuesto», en el que una persona le susurra un mensaje a otra, que luego se lo susurra a una tercera, y así continúa hasta completar la ronda. El último jugador casi siempre recibe una versión adulterada del mensaje.

Sin embargo, la cadena de transmisión de los documentos del Nuevo Testamento no fue así. Como vimos en el capítulo anterior, los libros de origen apostólico obtuvieron aprobación en fecha muy temprana. En consecuencia, se les atribuyó enorme valor; pero no todas las iglesias tenían copia de cada uno de los libros, de modo que cuando una iglesia recibía un documento de un apóstol, hacía partícipes a otras iglesias mediante la elaboración y el envío de copias a otras iglesias. Los destinatarios, a su vez, también hacían varias copias y las enviaban a otras iglesias, y así sucesivamente. En Colosenses 4:16 vemos cómo Pablo da instrucciones de hacer partícipes a otros mediante la elaboración de copias. Esto produjo un crecimiento exponencial de copias puesto que cada una generaba otras muchas.



Cuando una iglesia recibía un documento de un apóstol, hacía partícipes a otras iglesias mediante la elaboración y el envío de copias. Los destinatarios, a su vez, también hacían varias copias y las enviaban a otras iglesias, y así sucesivamente.

La autoridad de los manuscritos

Dado que la labor de la crítica textual depende enteramente de los manuscritos existentes, cuanto mayor sea el número de manuscritos disponibles, tanto más precisa será la recuperación del texto original. En el caso del Nuevo Testamento, si nos limitamos exclusivamente a los manuscritos en las lenguas originales, disponemos de más de 5300 copias, incluidos los fragmentos.[2]

La mayoría de los manuscritos fueron hallados en bibliotecas de los monasterios en la región del Mediterráneo, y los hallazgos continúan sucediéndose. La copia más antigua completa del Nuevo Testamento, que incluye cerca de la mitad del Antiguo Testamento, fue descubierta en un monasterio en el Monte Sinaí. El códice Sinaítico, como se lo llamó, data del año 350 d.C. Observen que este manuscrito es anterior a la fecha en que oficialmente se fijó el canon. El códice Vaticanus fue fechado entre los años 325 y 350 d.C. y contiene el Nuevo Testamento casi completo. El papiro Chester Beatty data del 180 d.C. y contiene toda la obra de Pablo. El papiro Bodmer es una copia de la mayor parte del Evangelio de Juan, fechado entre los años 150 y 200 d.C.[3]

El fragmento del Nuevo Testamento universalmente aceptado como el más antiguo fue hallado en Egipto en 1920. Corresponde al Evangelio de Juan y fue fechado entre los años 125 y 130 d.C. Si Juan escribió su Evangelio poco antes del año 70 d.C., el lapso entre su escrito y la copia es de alrededor de 60 años. Si la fecha de redacción fue entre el 80 y el 85 d.C., entonces el lapso entre el original y la copia es de 50 años o tal vez menos.[4]

Fragmento del Evangelio de Juan fechado entre el año 125 y 130 d.C.

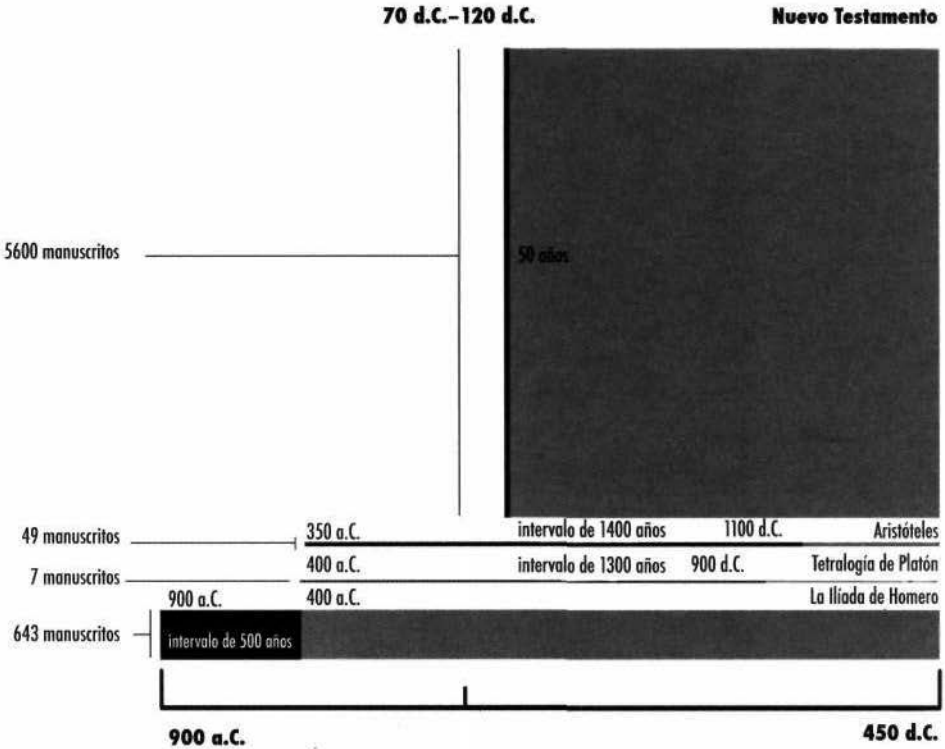
Existen dos manuscritos célebres cuya datación es motivo de controversia. El papiro Magdalena, también llamado papiro Jesús, consiste de cinco fragmentos con partes del Evangelio de Mateo. Originalmente se había establecido que pertenecía al siglo III o IV d.C., pero en época reciente se estableció que es anterior al año 70 d.C.

Papiro Magdalena

El otro papiro, al que hice referencia en el capítulo anterior, es el llamado 7Q5, nomenclatura que indica que se trata del quinto fragmento hallado en la séptima cueva de Qumrán, próxima al Mar Muerto. Se lo ha fechado entre los años 50 a.C. y 50 d.C. y ha sido motivo de gran controversia, porque el texto preservado en este pequeñísimo fragmento contiene principalmente palabras de uso general, a pesar de lo cual, algunos especialistas han presentado argumentos convincentes que permitirían identificarlo como un fragmento de Marcos.[5]

Aun cuando dejáramos de lado estos dos últimos manuscritos controvertidos, en comparación con otras obras de la antigüedad, el Nuevo Testamento cuenta a su favor con una enorme cantidad de manuscritos y un breve intervalo de tiempo entre el original y la copia más antigua.

La *Ilíada* de Homero ocupa, tal vez, el segundo lugar después del Nuevo Testamento en cuanto a número de manuscritos. Homero escribió la *Ilíada* alrededor del 900 a.C., y la copia más antigua que se conoce data del 400 a.C., es decir, una diferencia de 500 años con el original. Existe un total de 643 manuscritos, y los textos presentan un 95% de coincidencia.[6]



Aristóteles escribió sus obras entre los años 348 y 322 a.C., y la copia más antigua que se conoce data del 1100 d.C., es decir, 1400. El total de manuscritos en lengua original de cualquiera de sus libros es 49.[7]

Platón escribió su *Tetralogía* entre los años 427 y 347 a.C., y la copia más antigua que se conoce data del 900 d.C.; 1300 más tarde. Solo se conocen 7 manuscritos.[8]

Con respecto al Nuevo Testamento, además de los manuscritos en lengua original, se conservan alrededor de 8000 copias de la Vulgata, versión en latín traducida por Jerónimo en el siglo IV, y 9300 copias de versiones anteriores que habían sido traducidas a diferentes lenguas, como el copto, el siríaco, el armenio y la lengua nubia.[9]

La tercera pieza del rompecabezas necesaria para recuperar los textos originales se encuentra en las citas de la Escritura incluidas en los escritos de los padres de la iglesia. Como vimos en el capítulo 6, la casi totalidad del Nuevo Testamento puede reconstruirse a partir de las citas presentes en las cartas de los primeros padres de la iglesia.

Cuanto mayor sea el número de manuscritos disponibles, tanto más precisa será la recuperación del texto original.

Fragmento del siglo IV de un texto de Melito, obispo de Sardis en el siglo II. (Colección Schøyen MS 2337, Oslo y Londres)

¿Miles de errores?

La comparación entre los diferentes manuscritos en lengua original arroja como resultado un total de 200.000 variantes o errores distribuidos en 10.000 lugares diferentes. Las variantes son, sencillamente, diferencias entre un texto y otro, y se las clasifica en intencionales e involuntarias.

La gran mayoría de las variantes son del tipo involuntario y consisten en la transcripción errónea de una palabra, la interpolación de palabras o líneas, o errores ortográficos.[10] Cada vez que se escribe mal una palabra en algún lugar del texto, se lo cuenta como un error. Por ejemplo, si en una palabra dada, en un determinado versículo, se observa siempre el mismo error en 537 manuscritos, esto se computa como 537 errores o variantes. Las variantes ortográficas son las que determinan que una misma palabra puede escribirse de manera diferente en diferentes regiones. La diferencia entre «costo» y «coste» es ortográfica; ambas formas son correctas, pero existen preferencias según las diferentes regiones geográficas.

Como las copias más antiguas del Nuevo Testamento preservaron los errores de los ejemplares, podemos recurrir a ellas para determinar en qué lugar cierta variante textual era más conocida y, por lo tanto, más probable su aparición. Asimismo, son de gran ayuda los escritos de los padres de la iglesia primitiva, porque al preservar los errores de los ejemplares en sus citas del Nuevo Testamento nos permiten asociar esos errores con un tiempo y un lugar determinados. Por ejemplo, si se comprueba que la aparición más antigua de una determinada variante se encuentra en el texto de Agustín, se

Manuscrito siríaco de Romanos, siglo v. (Colección Schøyen MS 2530, Oslo y Londres)

sabe que el error se originó, a más tardar, a fines del siglo IV o comienzos del siglo V, y que debía estar presente en los manuscritos del norte de África. Si en ese mismo período se encuentra otro error preservado por Crisóstomo, sabremos que se encontraba en los manuscritos de la región de Bizancio. Y si se encuentra determinada variante en los escritos de Justino Mártir, sabemos que esa variante no es posterior a la segunda mitad del siglo II y que era conocida por los romanos.

Estas observaciones llevaron a los especialistas a clasificar los manuscritos según tres categorías principales de textos, cada uno con particularidades propias. Se conocen como textos del tipo occidental las versiones halladas en las proximidades de Roma; los textos de tipo bizantino pertenecen a la región comprendida por la actual Turquía, Grecia y Medio Oriente, y los textos del tipo alejandrino corresponden a los manuscritos hallados en el norte de África.[11]

Los manuscritos más antiguos pertenecen al tipo alejandrino. Los textos de este tipo que se conservan son cerca de 90 manuscritos que se remontan al siglo II (y posiblemente al siglo I). Las traducciones del Nuevo Testamento al inglés, en su gran mayoría, están basadas en los textos del tipo alejandrino, en virtud de que los especialistas consideran que representan las formas más antiguas del Nuevo Testamento.

Sin ninguna duda, la enorme mayoría de los manuscritos pertenecen al tipo bizantino. Se trata de copias realizadas en pergamino, un material cuya duración supera ampliamente a la del papiro. Los textos bizantinos datan del siglo IX en adelante. Fueron los que usó Erasmo para compilar la primera

publicación del Nuevo Testamento en griego. La versión King James en inglés se basó en la obra de Erasmo. Esto explica las diferencias entre esa versión y casi todas las demás principales traducciones al inglés.

En el ámbito académico sigue abierto el debate para determinar si el tipo bizantino corresponde a los textos más recientes y el alejandrino a los más antiguos. La opinión mayoritaria sostiene que el tipo bizantino es una combinación de los tipos alejandrino y occidental. Sin embargo, existen argumentos sólidos a favor de que al menos ciertas partes de los textos del tipo bizantino son tan antiguos como los otros dos.

Otra clase de error que encontramos en la Escritura es el error intencional. Se trata de cambios que los escribas introdujeron en el texto en forma deliberada. Debemos recordar, sin embargo, que muy posiblemente, no era intención del escriba adulterar el texto, sino corregir lo que le parecía un error o mejorarlo en algún sentido.

Veamos, por ejemplo, qué ocurriría con Marcos 1:1-2a si comparáramos traducciones de la Biblia basadas en manuscritos pertenecientes a diferentes categorías:

«Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.
Como está escrito en el profeta Isaías:
"Yo envío mi mensajero delante de tu faz [...],"»

Esta traducción, común a la inmensa mayoría de las versiones en español, está basada en textos del tipo alejandrino (también llamado «egipcio»). Si, en cambio, usáramos como fuente textos del tipo bizantino —como ocurre con la versión King James en inglés— leeríamos lo siguiente:

«Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.
Como está escrito en los profetas:
"Yo envío mi mensajero delante de tu faz [...]"»

Vemos que unos manuscritos le atribuyen la cita al profeta Isaías mientras que otros hablan de «los profetas». Aparentemente, en algún momento un escriba se dio cuenta de que la cita no pertenecía solo a Isaías 40:3 sino también a Malaquías 3:1, y procuró corregir el error. Si fue o no fue Marcos quien decidió, por el motivo que fuere, mencionar solo a Isaías, eso nadie lo sabe.

En cualquier caso, este dilema es útil para ilustrar otro de los principios que debe aplicarse a la recuperación de textos originales: optar por la lectura más difícil. Al comparar las dos versiones de Marcos 1:1-2, es más lógico explicar la diferencia a partir de la voluntad de corregir el error de mencionar solo a «Isaías» que tratar de explicarlo como un intento deliberado de alterar la frase «los profetas», para incluir el nombre de «Isaías». La lectura más difícil es «Isaías» y tiene, por lo tanto, mayor probabilidad de ser la versión original.

Más allá del valor de las técnicas que acabamos de describir, es preciso reconocer que hay partes del Nuevo Testamento en las que no es posible determinar con certeza qué decía el texto original. Alrededor de 400 palabras comprendidas en unos 40 versículos pertenecen a esta categoría, pero ninguno de estos versículos trata sobre aspectos esenciales de la doctrina de la fe cristiana. Eso significa que los expertos logran recuperar entre un 97% y un 99% del contenido original del Nuevo Testamento con total certeza.[12]

Entonces, resulta que la falta de documentos originales nos ha colocado en una posición favorable, en lugar de presentar una desventaja. Si tuviéramos los originales, los estudiosos analizarían un único documento. En cambio, los expertos deben consultar más de 5300 documentos, que el 99,5% de las veces, concuerdan en lo esencial. En última instancia, esto tiene tanto o más peso que un estudio basado solo en los originales.

La arqueología y los textos no cristianos

Puesto que el Nuevo Testamento se propone documentar acontecimientos históricos, es decir, hechos ocurridos a personas reales en lugares reales en un determinado tiempo histórico, una de las vías para probar su veracidad es mediante la comparación del contenido de los escritos con los hallazgos de la arqueología. ¿Estos descubrimientos confirman o contradicen el Nuevo Testamento? Esta comprobación cobró particular importancia con el surgimiento de la teología liberal y la «alta crítica» a comienzos del siglo XIX. Los biblistas y teólogos pertenecientes a esta escuela de pensamiento desconocieron la tradición y el testimonio preservado por los padres de la iglesia, y establecieron que los libros del Nuevo Testamento pertenecían en su mayoría al siglo II, o época posterior. Gracias al desarrollo de la arqueología como disciplina científica (también ocurrido en el siglo XIX) la veracidad histórica del Nuevo Testamento pudo someterse a prueba.

¿Los descubrimientos arqueológicos confirman o contradicen el Nuevo Testamento?

Osario de Caifás hallado en las afueras de Jerusalén en 1990.

A partir de aquel momento, la arqueología ha corroborado, reiterada y consistentemente, la información contenida en el Nuevo Testamento. Muchísimos datos sobre la vida en la región del Mediterráneo de aquella época, que solo aparecían en el Nuevo Testamento, han sido confirmados por los descubrimientos arqueológicos. Títulos y nombres de gobernantes, épocas y lugares de referencia que habían sido catalogados como errores o incluso, como datos ficticios, ahora se sabe que son ciertos.

Inscripción de Sergio Paulo que corrobora el texto de Hechos 13:6-12.

Se han escrito numerosos libros sobre el tema, que ofrecen una descripción detallada de los hallazgos. El número de los descubrimientos continúa aumentando, de modo que una breve reseña sería penosamente insuficiente. En capítulos anteriores ya hemos mencionado dos de los hallazgos más significativos: la Piedra de Pilato (cap.1) y la inscripción de Galión o inscripción de Delfos (cap.6). Otros hallazgos destacados incluyen el osario de Caifás (una urna con los huesos de Caifás) hallado en las afueras de Jerusalén en 1990, la inscripción de Sergio Paulo que confirma la existencia del primer convertido durante el viaje de Pablo a Chipre,[13] el estanque de Siloé,[14] el estanque de Betesda,[15] y las inscripciones que confirman que Lisanias era tetrarca de Abilinia cuando Juan el Bautista comenzó su ministerio, de acuerdo con el relato de Lucas.[16]

Además de los hallazgos arqueológicos, han llegado hasta nosotros varias obras de autores no cristianos que corroboran los datos incluidos en el Nuevo Testamento. También en este caso, el material es demasiado abundante para detallarlo en el presente trabajo.

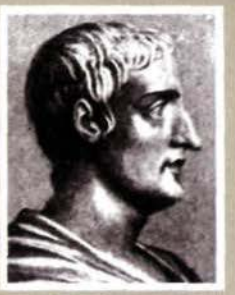
Flavio Josefo

Entre las fuentes no cristianas, sin duda la más famosa es la obra de Flavio Josefo (37–100 d.C.), un historiador judío que escribió su obra cuando estaba al servicio de Roma. En su obra *Antigüedades*, Libro 18, capítulo 3, escribió lo siguiente:

Aproximadamente [en] este tiempo vivió Jesús, un hombre lleno de sabiduría, si de hecho uno puede llamarle hombre. Porque realizaba hechos increíbles, y era maestro de los que se alegraban con la verdad. Atrajo hacia sí a muchos, judíos y gentiles. Él era el Cristo. Por la acusación de las autoridades de nuestro pueblo, Pilato lo condenó a muerte en la cruz; no obstante aquéllos que lo habían amado antes le permanecieron fieles. Al tercer día se les apareció de nuevo vivo, entre otras mil maravillas, tal y como lo habían predicho los profetas enviados por Dios. Y al día [de] hoy el pueblo de los que se llaman cristianos después de Él permanece.

Dado que Josefo era judío, es muy probable que este texto no haya sido preservado tal como él lo escribió. Está bastante difundida la opinión de que se trata de un agregado posterior, probablemente por obra de copistas cristianos. Sin embargo, la mayoría de los expertos consideran que el resto del texto es auténtico. La obra de Josefo también menciona a Santiago (el hermano de Jesús), a Juan el Bautista, Herodes el Grande, y muchos otros personajes y acontecimientos registrados en el Nuevo Testamento.[17]

El historiador romano Tácito (55–117 d.C.) hace referencia a Jesús y al cristianismo en un pasaje que relata el incendio de Roma provocado por Nerón.



Cornelio Tácito

«Así pues, con el fin de extirpar el rumor, Nerón se inventó unos culpables, y ejecutó con refinadísimos tormentos a los que, aborrecidos por sus infamias, llamaba el vulgo cristianos. El autor de este nombre, Cristo, fue mandado ejecutar con el último suplicio por el procurador Poncio Pilatos durante el Imperio de Tiberio y reprimida, por de pronto, la perniciosa superstición, irrumpió de nuevo no solo por Judea, origen de este mal, sino por la urbe misma [Roma], adonde confluye y se celebra cuanto de atroz y vergonzoso hay por dondequiera en el mundo».[18]

Plinio el Joven

Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, en Asia Menor, desde 109 hasta 111 d.C., le escribió una carta al emperador Trajano explicándole, entre otras cosas, qué medidas había tomado con relación a los cristianos.

Les pregunté a ellos mismos si eran cristianos. Cuando lo confesaban por segunda y tercera vez les amenacé con la pena capital; cuando perseveraban les mandé ejecutar. Pues no tenía duda de que, fuese cual fuese lo que confesaban, se debía castigar ciertamente su pertinacia y su inflexible obstinación. [...]Afirmaban, por su parte, que todo su delito y todo su error consistía en que acostumbraban a reunirse en un día determinado antes del amanecer, recitar alternativamente

un poema a Cristo como a un Dios y comprometerse con juramentos a no cometer ningún delito, ni hurto, ni adulterios. [...] Por lo cual consideré muy necesario indagar qué había de verdad por medio de dos esclavas que eran denominadas ministras sometiéndolas a tortura. No he encontrado otra cosa que no sea una superstición malvada y desmesurada.[19]

Luciano, escritor griego del género satírico del siglo II, escribió:

Luciano de Samosata

Después, por cierto, de aquel a quien el hombre sigue adorando, que fue crucificado en Palestina por haber introducido esta nueva religión en la vida de los hombres. [...] Ocurre que los infelices están convencidos de que serán totalmente inmortales, y que vivirán eternamente, por lo que desprecian la muerte e incluso muchos de ellos se entregan a ella voluntariamente. Además, su primer legislador les convenció de que todos eran hermanos y así tan pronto como incurren en este delito reniegan de los dioses griegos y en cambio adoran a aquel sofista crucificado y viven de acuerdo con sus preceptos. Desprecian, por tanto, todas las cosas materiales sin distinción y las consideran propiedad común, y reciben esas doctrinas por vía de la tradición sin ninguna evidencia cierta. [20]

Estas cuatro citas de autores no cristianos, de por sí muestran que Jesús fue una persona real que vivió en Palestina durante el gobierno de Tiberio y Poncio Pilato, y que logró cierta fama por algunos hechos maravillosos y por la radicalidad de la doctrina que enseñaba. Se lo adoraba como Dios; sus seguidores se reunían un determinado día de la semana y eran piadosos en extremo, hasta el punto de soportar la tortura y aceptar de buen grado la muerte. Tenían un estilo de vida comunitario que se ocupaba del bienestar de todos los creyentes. Sus seguidores hacían votos comprometiéndose a cumplir un estricto código de ética.

Todos estos datos, escritos por personas que eran, en el mejor de los casos, neutrales respecto del cristianismo, corroboran el contenido del Nuevo Testamento. A estos textos se suman, además, muchos otros escritos no cristianos de la antigüedad que respaldan los datos históricos registrados en el Nuevo Testamento.[21]

¿El Nuevo Testamento es la Palabra de Dios escrita por inspiración divina?

Dios se valió de la personalidad, experiencia y dones de cada autor para revelarse a los seres humanos.

La palabra *inspiración* significa «con el aliento de Dios». No significa que hubo un dictado divino por el cual los autores se volvían autómatas y anotaban mecánicamente lo que Dios les decía; más bien, significa que Dios se valió de la personalidad, experiencia y dones de cada autor para revelarse a los seres humanos. Puesto que el ser humano es pecador y proclive al error, Dios supervisó el proceso de composición de la Escritura. Precisamente, esto es lo que diferencia la Escritura auténtica de cualquier otro corpus literario.

Sin embargo, no es el Nuevo Testamento el único corpus que alega haber sido escrito por inspiración divina.[22] El Corán, por ejemplo, es otro de los textos sagrados que se arroga este atributo. Sin embargo, el contenido de los diferentes libros que alegan inspiración divina es irreconciliable; no hay compatibilidad entre uno y otro. Uno de ellos es la Palabra de Dios escrita por inspiración divina, o ninguno lo es.

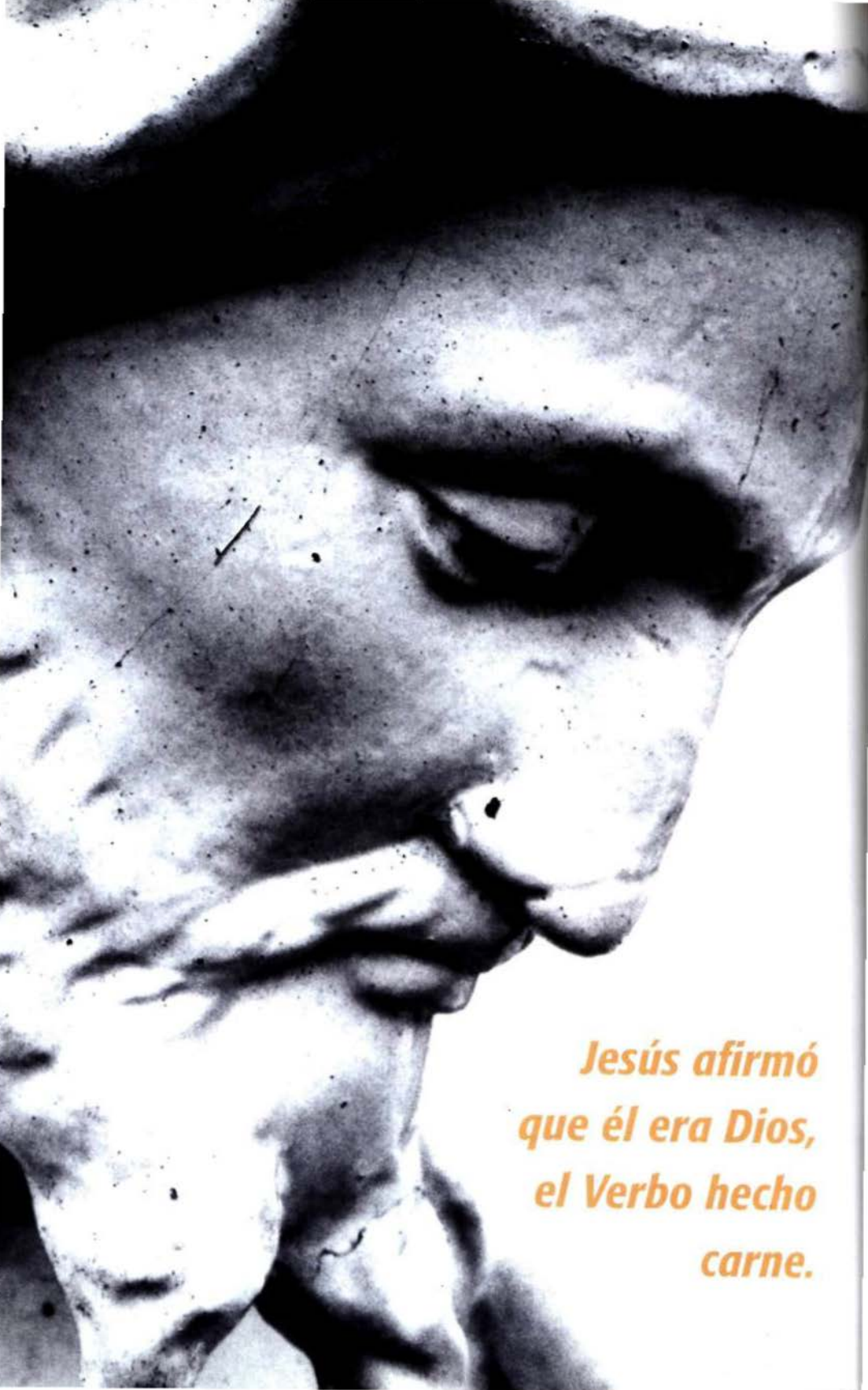
Suele ocurrir que para alegar que una determinada obra es inspirada por Dios, fácilmente podemos caer en una falacia o razonamiento circular en

el que la conclusión de la argumentación está implícita en las premisas. El razonamiento sigue esta secuencia: «La Biblia es la Palabra de Dios escrita por inspiración divina. Lo sabemos porque la Biblia lo dice. Debemos creer en ella porque es la Palabra de Dios escrita por inspiración divina». Este tipo de razonamiento circular no conduce a ninguna parte; se puede argumentar a favor de la autoridad divina de cualquier conjunto de documentos a partir de esta forma falaz de razonar.

Si hemos de probar que es una obra inspirada, antes debemos decidir si el Nuevo Testamento es un documento histórico fiable, puesto que eso es lo que aduce. Hay otros documentos religiosos que no hacen esta clase de afirmaciones. La arqueología y algunas fuentes literarias no cristianas avalan datos históricos del Nuevo Testamento y confirman nombres, títulos y época en que vivieron muchos personajes cuya existencia o descripción había sido catalogada de ficticia o errónea por los críticos. La Piedra de Pilato, la inscripción de Galión, los escritos de Flavio Josefo, de Luciano y otros autores, son apenas una muestra de las evidencias de aquella época que corroboran el testimonio del Nuevo Testamento.

Además, la enorme fiabilidad que se les reconoce a los manuscritos, como vimos en párrafos anteriores, es motivo más que suficiente para creer que estamos en presencia de textos de notable similitud con los originales. Asimismo, vemos que es posible rastrear la historia del Nuevo Testamento hasta los relatos de los testigos oculares gracias a una larga cadena de evidencias y tradición. Es un fenómeno sin paralelo en la literatura antigua.

Escena que representa al apóstol Pablo, siglo XII.



Jesús afirmó que él era Dios, el Verbo hecho carne.

El próximo paso en nuestra investigación es analizar lo que Jesús afirmó sobre sí mismo.

Jesús afirmó que él era Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne. Analizaremos detenidamente esta afirmación en el capítulo 12. Si puede probarse que Jesús hizo una afirmación tan osada, seguramente, también debe haber ofrecido algún modo de comprobar lo que afirmaba. La resurrección que él mismo anunció, y que nosotros estudiaremos en el capítulo 11, fue el modo de comprobarlo. Si los argumentos a favor de la resurrección son concluyentes, entonces debemos considerar, con seriedad, lo que Jesús dijo sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Si los argumentos a favor de la resurrección son concluyentes, entonces debemos considerar, con seriedad, lo que Jesús dijo sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Según el testimonio del Nuevo Testamento, Jesús reconocía la autoridad del Antiguo Testamento como Palabra de Dios transmitida a través de los profetas. Al hablar de Abraham, Moisés, David, Noé, Jonás, los profetas, y otros, se refirió a ellos como personas reales en un tiempo histórico real, y estas son las mismas personas cuya existencia los críticos han cuestionado. Jesús habló de los milagros como intervenciones de Dios que ocurrían de verdad, y se refirió a la profecía como un fenómeno auténtico.

Jesús reconocía la autoridad del Antiguo Testamento como Palabra de Dios transmitida a través de los profetas.

Por lo tanto, si es posible demostrar que el Nuevo Testamento contiene datos históricos registrados fielmente por testigos oculares, transmitidos hasta nuestros días de una manera tal que podemos conocer los textos originales con un alto grado de exactitud, y si es posible probar que hay buenas razones para creer que la resurrección ocurrió, entonces debemos tomar con total seriedad las afirmaciones y la fe de Jesús. Dado que Él reconocía la autoridad del Antiguo Testamento como Palabra de Dios, también nosotros tenemos buenos motivos para reconocer esa autoridad. Por esta razón, los apóstoles citaban frecuentemente el Antiguo Testamento, porque así lo hacía Jesús. Para los primeros cristianos, el Antiguo Testamento era la Biblia.

Para los primeros cristianos, el Antiguo Testamento era la Biblia.

Jesús también dijo que después de su muerte, Dios Padre les enviaría el Espíritu Santo a los discípulos. El Espíritu Santo los instruiría y los ayudaría a recordar todas las enseñanzas de Jesús. Después de la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los discípulos recibieron poder y comenzaron a transmitir las enseñanzas que habían recIbído de Jesús. Al cabo de un tiempo, pusieron todas estas cosas por escrito y así surgió el corpus que hoy llamamos Nuevo Testamento.

Representación de Pentecostés en el Salterio de Ingeborg, aprox. 1200 d.C.

Después de la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los discípulos recibieron poder y comenzaron a transmitir las enseñanzas recibidas de Jesús.

Por lo tanto, si podemos demostrar que Jesús afirmó ser Dios y que es razonable creer en la resurrección como hecho histórico, entonces, existen buenas razones para creer que la Biblia es Palabra de Dios escrita por inspiración divina. Si se puede defender la hipótesis de la inspiración divina de la Biblia, luego, es razonable creer que los textos originales de esta son infalibles. El concepto de inspiración se explica como la intervención de Dios para asegurar que lo escrito por los diferentes autores contenga relatos que transmitan fielmente la verdad. La infalibilidad es un atributo derivado de la inspiración.

Conclusión

El Nuevo Testamento exhibe tal grado de autenticidad en sus manuscritos que supera ampliamente a cualquier otra obra de la antigüedad, y nos permite alcanzar un alto grado de certeza con respecto a los textos originales. Asimismo, cuando se alega que el Nuevo Testamento es Palabra inspirada, no es vana presunción; es una afirmación que se puede investigar. Por tanto, el Nuevo Testamento no es mera obra de hombres, sino Palabra de Dios, infalible y siempre fiel, transmitida a través de los instrumentos que Él escogió.

El Nuevo Testamento no es mera obra de hombres, sino Palabra de Dios, infalible y siempre fiel, transmitida a través de los instrumentos que Él escogió.

Cita célebre

Si yo fuera el diablo (sin comentarios, por favor), uno de mis principales objetivos sería impedir que la gente profundice el estudio de la Biblia. Sabiendo que es la Palabra de Dios, y que le enseña a la gente a conocer, amar y servir al Señor de la Palabra, haría todo cuanto estuviera a mi alcance para cercarla con el equivalente espiritual de un foso, un seto de espinas y trampas para humanos, a fin de espantar a la gente.[23]

–J.I. Packer

Notas

1. Bruce Metzger, *The New Testament: Its Background, Growth and Content*, Abingdon Press, Nashville, 1965, p.280.
2. Ibíd., p.283.
3. Norman Geisler, *Christian Apologetics*, Baker, Grand Rapids, 1976, p.306.
4. Craig Blomberg, «The Historical Reliability of the New Testament», en William Lane Craig, *Reasonable Faith*, Crossway Books, Wheaton, 1984, p.194.
5. Randall Price, *Secrets of the Dead Sea Scrolls*, Harvest House, Eugene, OR, 1996, pp.185-189.
6. Josh McDowell, *Evidence That Demands a Verdict*, Here's Life Publishers, San Bernardino, 1972, 1979, p.43.
7. Ibíd., p.42.
8. Ibíd.
9. Bruce Metzger, *The New Testament: Its Background, Growth and Content*, Abingdon Press, Nashville, 1965, p.283.
10. Ibíd., 281.
11. David Allen Black, «Key Issues in New Testament Textual Criticism», conferencia en la universidad Biola, [CD]; Larry W. Hurtado, «How the New Testament Has Come Down to Us», en *Introduction to the History of Christianity*, ed. Tim Dowley, Fortress, Minneapolis, 2002, p.132.
12. David Allen Black, «Key Issues in New Testament Textual Criticism», conferencia en la universidad Biola, [CD].
13. Hechos 13:7.
14. Juan 9:11; ver también Hershel Shanks, «Where Jesus Cured the Blind Man», *Biblical Archaeology Review*, vol.31, n.5, septiembre/octubre 2005, pp.16-23.
15. Juan 5:1-15.

16. Lucas 3:1.

17. Craig Blomberg, «The Historical Reliability of the New Testament», en William Lane Craig, *Reasonable Faith*, Crossway Books, Wheaton, 1984, p.215.

18. Tácito, *Anales*, XV.44.

19. Plinio el joven, *Cartas*, X.96.

20. Luciano de Samosata, *Sobre la muerte de Peregrino*, 11 y 13.

21. Véase una excelente compilación y estudio de estos escritos en Gary R. Habermas, *The Historical Jesus*, College Press, Joplin, MO, 1996, pp.143-255.

22. Ver 2 Timoteo 3:16; 1 Tesalonicenses 2:13.

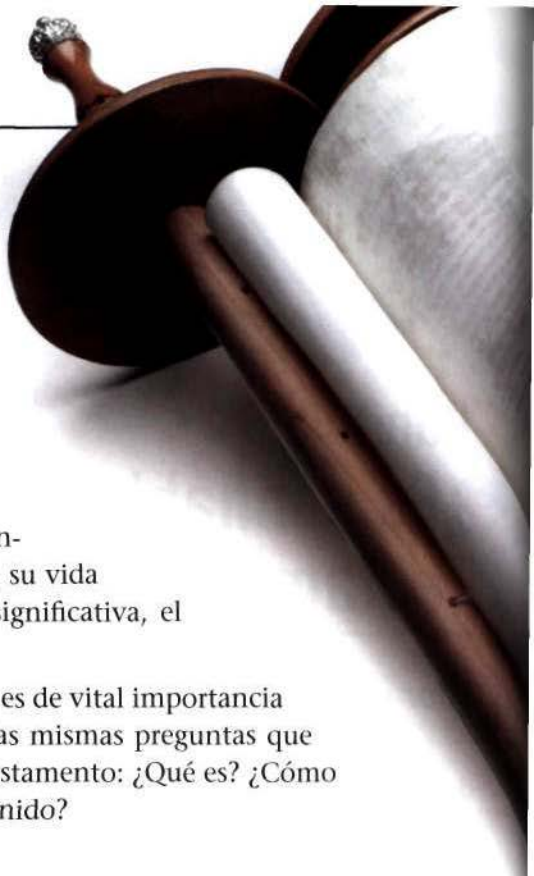
23. R.C.Sproul, *Knowing Scripture*, con prólogo de J.I. Packer, InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1977, p.9.

Capítulo 8
¿Es confiable el Antiguo Testamento ?

¿Por qué prestarle atención al Antiguo Testamento?

La muerte de Jesús no sumergió a los primeros cristianos en una crisis de autoridad; Él los había preparado para ese momento al encomendarle a los apóstoles la misión de guardar y divulgar sus enseñanzas y supervisar su iglesia. Poco tiempo después, esas enseñanzas fueron puestas por escrito y así surgieron los textos que luego llegarían a conocerse como el Nuevo Testamento. Sin embargo, los apóstoles y el pueblo judío del siglo I tenían otro cuerpo de documentos que consideraban canónicos, y Jesús confirmó y sostuvo esta posición afirmando que la Biblia hebrea era Escritura,[1] Palabra de Dios escrita, a cuya autoridad debían someter sus vidas.

Targum del siglo XI, traducción aramea del Antiguo Testamento.

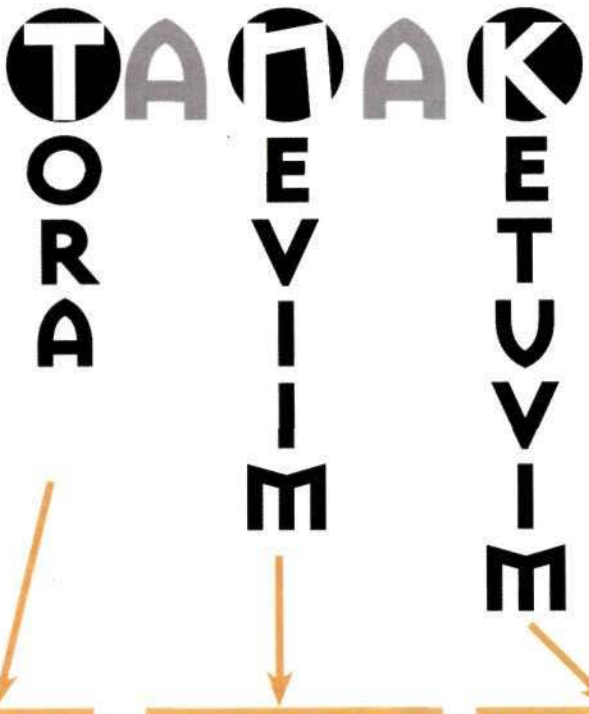


Según Jesús, Dios se había revelado de manera específica a través del Antiguo Testamento; por lo tanto, solo a través de este era posible conocer, de manera correcta, a Dios, al mundo en el que vivían y, fundamentalmente, al propio Jesús. El Antiguo Testamento era el marco indispensable para comprender a Jesús y sus enseñanzas. A la vez, las enseñanzas de Jesús, su vida y su muerte iluminaron, en forma significativa, el contenido del Antiguo Testamento.

Puesto que el Antiguo Testamento es de vital importancia para el cristianismo, cabe hacernos las mismas preguntas que formulamos con relación al Nuevo Testamento: ¿Qué es? ¿Cómo surgió? ¿Podemos confiar en su contenido?

¿Qué es el Antiguo Testamento?

Como es de esperar, los judíos no usan la expresión «Antiguo Testamento» para referirse a las Escrituras hebreas. Si bien los textos tienen entre 2400 y 3400 años de antigüedad, los judíos no los consideran antiguos en el sentido de haber sido completados con un conjunto de textos más recientes, como ocurrió con los documentos que los apóstoles escribieron sobre Jesús. Por lo tanto, para los judíos el nombre «Antiguo Testamento» es, en el mejor de los casos, un término equivocado. La Biblia hebrea recibe el nombre de *Tanaj*, palabra que es un acróstico formado con la primera letra de las tres partes o secciones que la componen. La primera parte es la Torá, que significa «Ley», y está compuesta por los cinco primeros libros de la Biblia, todos ellos atribuidos a Moisés. Neviim es el nombre de la segunda parte; significa «Profetas» y contiene los libros que describen la vida y el mensaje de cada uno de los profetas. La tercera parte recibe el nombre de Ketuvim, «Escritos», y comprende la literatura sapiencial, cánticos y una miscelánea de textos.



LA LEY

- Génesis
- Éxodo
- Levítico
- Números
- Deuteronomio

LOS PROFETAS

- Josué
- Jueces
- Samuel
- Reyes
- Isaías
- Jeremías
- Ezequiel
- Los doce profetas menores

LOS ESCRITOS

- Salmos
- Proverbios
- Job
- Los cinco rollos
- Daniel
- Esdras / Nehemías
- Crónicas

¿Cómo se escribió el Antiguo Testamento?

La opinión predominante en el siglo XIX consideraba que no habían existido obras literarias significativas en tiempos de Moisés. A partir de entonces, los arqueólogos han descubierto obras literarias valiosas que datan de varios siglos antes de Moisés, por ejemplo, el poema épico de Gilgamesh. Además de la Biblia, no existen otros textos hebreos de la época de Moisés, salvo algunas breves inscripciones halladas en el Sinaí que podrían ser de origen hebreo. Es muy probable que Moisés supiera leer y escribir debido a la educación de privilegio que recibió, y hasta es posible que haya estudiado tres idiomas.[2]

Esta tablilla es uno de los seis registros históricos conocidos que incluyen una lista de reyes y ciudades anteriores al diluvio. Fue fechada entre los años 2000 y 1800 a.C. y es de origen babilónico.

(Colección Schøyen, MS 1630, Oslo y Londres)

Así como Lucas consultó diversas fuentes mientras escribía el Evangelio que lleva su nombre, es probable que también Moisés tuviera a su disposición numerosos documentos que habían sido transmitidos de generación en generación. La conciencia de los hebreos respecto de su papel singular como pueblo de Dios pudo haber sido un factor de motivación para transmitir lo que Dios les había revelado con anterioridad. Ahora sabemos que la gente de aquel tiempo solía conservar extensos registros de acuerdos comerciales y otras comunicaciones, y que los primeros israelitas, probablemente, tenían relatos escritos y otras fuentes textuales sobre la vida de los patriarcas.

La conciencia de los hebreos respecto de su papel singular como pueblo de Dios pudo haber sido un factor de motivación para transmitir lo que Dios anteriormente les había revelado.

El pueblo de Israel tuvo varias razones para aceptar los escritos de Moisés como Palabra inspirada por Dios. Una de ellas fue los muchos milagros que le vieron realizar o aquellos en los que intervino. No fueron milagros en beneficio de Moisés, sino de aquellos que eran testigos; no fueron manifestaciones gratuitas de poder, sino que tenían el propósito de confirmar a Moisés como alguien que hablaba en nombre de Dios. Otra de las razones, fue la manera franca y abierta en que llevó a cabo su misión, sin el más mínimo intento de ocultarle nada a los demás. Nunca dio motivo alguno para que alguien pudiera cuestionar su propósito ni sus métodos. La nación de Israel vio las cosas tal como eran: Moisés era el hombre que Dios había escogido para revelarse a través de él.

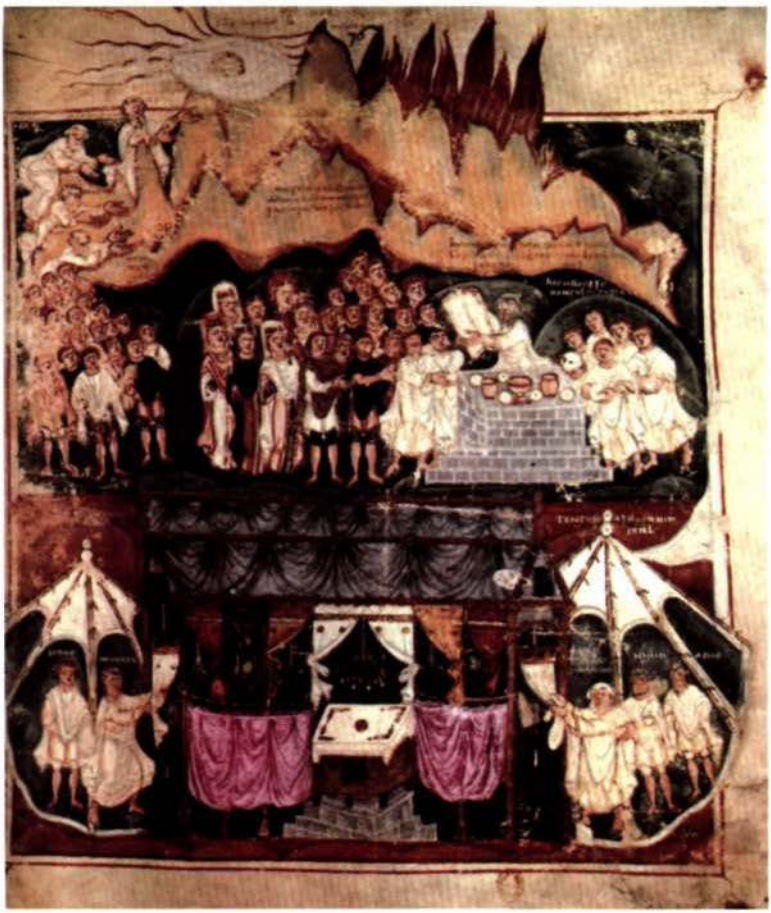


Ilustración de la escena de Moisés recibiendo la Ley, en una página del Pentateuco de Ashburnham, texto español de la Torá, siglo VI.

Había, pues, un criterio que los escritos de los profetas debían cumplir. Debía haber alguna señal, básicamente una profecía que predijera un acontecimiento futuro, que confirmara a aquellos que decían hablar en nombre de Dios. El mensaje y las historias de estas personas fueron aceptados y conservados por las mismas razones que la obra de Moisés. Según la tradición, parece que hubo una sucesión de profetas desde Moisés hasta Nehemías cuyos mensajes fueron puestos por escrito. Después de Nehemías, el canon de los Neviim (los profetas), a todos los efectos, se dio por cerrado. La sucesión de profetas llegó a su fin.

El resto de los libros que componen el Tanaj se consideró Escritura por diversas razones. Un indicador muy importante del enorme respeto que los hebreos sentían por estos libros, tales como Salmos, Job y Proverbios, lo encontramos en los comentarios dedicados a ellos. Numerosos ejemplos de estos comentarios fueron hallados entre los rollos del Mar Muerto. Los libros no canónicos no inspiraron este tipo de literatura complementaria.

Fragmento de un pasaje de Éxodo 20 de un Pentateuco que se encuentra en la Biblioteca Británica, Londres.

El Nuevo Testamento aporta un testimonio importante respecto de la canonicidad de los libros. Como se dijo en el capítulo anterior, Jesús se refirió a muchos personajes y acontecimientos descritos en el Tanaj como personas y hechos históricos. Siguiendo su ejemplo, los autores del Nuevo Testamento también se refirieron y apelaron a figuras y sucesos documentados en el Tanaj por considerarlos históricos y confiables. El profesor Norman Geisler hizo la siguiente observación:

Jesús y los autores del Nuevo Testamento no tuvieron oportunidad de citar cada uno de los libros del Antiguo Testamento, pero en las ocasiones en que citaron un libro en particular, esa cita solía ir precedida de alguna frase que indicaba su confianza en la autoridad divina de ese libro. De los veintidós libros del Antiguo Testamento hebreo, cerca de dieciocho aparecen citados en el Nuevo Testamento. No hay citas explícitas de Jueces, Crónicas, Ester ni Cantares, aunque Hebreos 11:32 hace referencia a hechos relatados en Jueces; Mateo 23:35 tal vez alude a 2 Crónicas 24:20; en Juan 4:15 quizás haya un reflejo de Cantares 4:15, y la fiesta de Purim consagrada en el libro de Ester era aceptada por los judíos del Nuevo Testamento.[3]

A través de los escritos del historiador Flavio Josefo podemos saber qué pensaban los judíos del siglo I sobre el Tanaj. Por la manera en que Josefo se refiere a la Escritura de los judíos es posible deducir que el reconocimiento de los libros no estaba en disputa; había un canon de facto. Esto fue corroborado por los líderes judíos reunidos en Jamnia en los años 90 y 92 d.C. El objetivo primordial no fue fijar un canon, sino pensar cómo debería vivirse un judaísmo sin templo y sin sistema de sacrificios rituales. Sin duda, también los libros fueron objeto de debate, pero al concilio no se le confirió autoridad para fijar el canon, ni pretendió tenerla. Tal vez la autoridad del concilio para decidir sobre el canon fue un punto controversial, porque en definitiva, no propusieron ningún cambio en él.

Como eran el pueblo a través del cual Dios se había revelado, debían asegurarse de que todos sus integrantes llegaran a conocer y recordar la revelación que les había sido dada.

La destrucción del templo de Jerusalén en 70 d.C. significó el fin del poder político-religioso central. Como consecuencia de la dispersión del pueblo judío hacia otras regiones, era de vital importancia preservar un texto unificado si aspiraban a preservar su identidad como pueblo. Como eran el pueblo a través del cual Dios se había revelado, debían asegurarse de que todos sus integrantes llegaran a conocer y recordar la revelación que les había sido dada. Eran el pueblo del Libro y como tal, instituyeron medidas para garantizar la fiel transmisión de su contenido.

La diferencia entre el Tanaj y el Antiguo Testamento

Al comparar el Tanaj y el Antiguo Testamento, surgen diferencias de inmediato: el Antiguo Testamento tiene 39 libros mientras que el Tanaj solo tiene 24 (o 22 si se considera Rut como el final de Jueces y Lamentaciones como el final de Jeremías). Además, los libros del mismo nombre están ordenados de manera diferente. Sin embargo, si observamos con más detenimiento, descubrimos que los textos son idénticos y solo difieren en el formato.

Los libros más extensos del Tanaj, tales como Crónicas, Reyes y Samuel, fueron divididos en dos partes en el Antiguo Testamento. Así también, los profetas menores («menores» alude al hecho de que sus escritos fueron breves y no, a que fueran menos importantes) están reunidos en un solo libro en el Tanaj mientras que en el Antiguo Testamento se los considera libros separados. Este reordenamiento no fue una innovación de los primeros cristianos, sino que fue obra de los propios judíos durante la traducción del Tanaj al griego, aproximadamente 250 años antes del nacimiento de Jesús.

La Septuaginta

Fragmento de la Septuaginta fechado entre el 50 a.C. y el 50 d.C.

Como consecuencia de la helenización de Palestina y Egipto en el siglo IV a.C., bajo el imperio de Alejandro Magno, muchos judíos, aunque no todos, adoptaron el griego como lengua común. A mediados del siglo III, según la tradición, Ptolomeo Filadelfo, faraón de Egipto, encargó la traducción de la Torá al griego. Para cumplir su cometido, se puso en contacto con Eleazar, sumo sacerdote de Jerusalén en aquel momento. Eleazar nombró seis traductores de cada una de las doce tribus de Israel.[4] El número de traductores, setenta y dos, acabó convirtiéndose en el nombre de esta traducción: «Septuaginta», que significa setenta (aparentemente se decidió redondear la cifra), también conocida como «LXX», en números romanos, o «Biblia de los Setenta». Entre los años 200 y 150 a.C. los Neviim y Ketuvim también fueron traducidos al griego, y así se completó la obra. Algunas versiones posteriores incluyeron, también, libros apócrifos: libros que los judíos no aceptaban como canónicos, aunque reconocían su importancia. Sea cual fuere la verdadera historia detrás de la traducción de la Septuaginta, no hay duda de que se trata de una traducción del hebreo al griego que se llevó a cabo en Alejandría y comenzó en el siglo III a.C.

Al llegar el siglo I, la Septuaginta era la versión corriente de la Escritura de los judíos en la diáspora. Es probable que los judíos de Palestina, particularmente en las proximidades de Jerusalén, usaran el Antiguo Testamento hebreo y el Targum arameo, mientras que los judíos helenizados seguramente usaban la LXX.

LIBROS DE LA SEPTUAGINTA

Génesis
Éxodo
Levítico
Números
Deuteronomio
Josué
Jueces
Rut
1 Samuel
2 Samuel
1 Reyes
2 Reyes
1 Crónicas
2 Crónicas
Esdras
Nehemías
Ester
Job
Salmos
Proverbios
Eclesiastés
Cantares
Isaías
Jeremías
Lamentaciones
Ezequiel
Daniel
Oseas
Joel
Amós
Abdías
Jonás
Miqueas
Nahum
Habacuc
Sofonías
Hageo
Zacarías
Malaquías

LIBROS DEL TANAJ

Génesis
Éxodo
Levítico
Números
Deuteronomio
Josué
Jueces
Samuel
Reyes
Isaías
Jeremías
Ezequiel
Los doce profetas menores
Salmos
Proverbios
Job
Los cinco rollos
Daniel
Esdras / Nehemías
Crónicas

Cofre metálico para guardar la Torá.

Los talmudistas

Cuando se tiene el propósito de reconocer a un documento como Palabra de Dios, una de las preguntas que surge es cómo podemos saber que los manuscritos que ahora poseemos concuerdan exactamente con los manuscritos originales. ¿Qué sabemos sobre la transmisión del Tanaj?

Un grupo de hombres judíos llamados «talmudistas» asumieron la responsabilidad de copiar el Tanaj en hebreo, en los años posteriores al 70 d.C. Elaboraron una serie de reglas muy estrictas que describían la manera en que debían copiarse los textos. Cada página del códice debía tener igual número de columnas de texto. Las columnas debían tener un mínimo de 48 líneas y no debían exceder las 60 líneas. Cada línea debía tener 30 letras; asimismo, los espacios entre las letras, las líneas, las secciones y los libros debían ajustarse a reglas muy precisas. El final de la Torá debía coincidir exactamente con el final de una línea. Nada podía escribirse de memoria, ni siquiera la parte de una letra. La tinta debía ser de color negro y se la preparaba de una manera especial. El nombre de Dios no podía ser la primera palabra escrita después de mojar la pluma en la tinta. El copista debía vestir ropas especiales y cumplir ciertas normas de higiene personal.[5]

Fragmento de Números y Deuteronomio del siglo II. Este papiro forma parte de la colección Chester Beatty.

Los judíos preferían el manuscrito más nuevo, sin ninguna mancha, antes que el más antiguo. Por lo tanto, si encontraban una copia del Tanaj que contenía algún error, mancha, o signo de deterioro, ese manuscrito se quemaba, se enterraba, o lo llevaban a las escuelas para ser usado durante las lecciones. Esto explica, en parte, la falta de manuscritos antiguos del Tanaj, en manifiesto contraste con el imponente número de manuscritos del Nuevo Testamento.

Los masoretas

A partir del año 500 d.C., y hasta el 900 d.C., los masoretas asumieron la tarea de conservar y transmitir el Tanaj. En el tiempo en que comenzaron su trabajo, existía la preocupación de que la correcta pronunciación del hebreo podría perderse. La dificultad radicaba en que el alfabeto hebreo no incluía vocales, entonces, para asegurar la correcta transmisión de las tradiciones (*mesorá* significa «tradición» en hebreo), los masoretas idearon un sistema de signos que acompañaban a las consonantes y tenían valor vocálico.[6]

Los masoretas, igual que los talmudistas, crearon un sistema para garantizar la fidelidad de las copias que realizaban. Contaban cuántas palabras y letras había en cada libro y también calculaban la palabra central y la letra central. Y hasta sabían cuántas veces se repetía en un libro cada una de las letras del alfabeto.[7] Toda copia que no coincidía exactamente con el original era destruida.

El resultado final fue la producción del llamado Texto Masorético que hoy usamos tanto judíos como cristianos. Debido al trabajo esforzado y sacrificado de los escribas en su afán por garantizar la fidelidad de las copias, siempre se suponía que el texto copiado era muy preciso, pero no había forma de probarlo, es decir, no la hubo hasta el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto.

Copia del Tanaj del siglo XI, perteneciente a la tradición masorética, que contiene fragmentos de Amós, Zacarías, y Malaquías.
(Colección Schøyen, MS 1630, Oslo y Londres)

Los rollos del Mar Muerto

Debido a la fragilidad de los materiales que se usaban para escribir y al clima de Palestina (que favorece la descomposición de estos), la autoridad que se deriva del número de manuscritos del Antiguo Testamento es similar al de otros textos de la antigüedad. Solo se conservaron los rollos que fueron guardados dentro de vasijas, en lugares de clima árido y seco. Esto es, precisamente, lo que ocurrió con los Rollos del Mar Muerto. Circulan diversas versiones sobre el descubrimiento de los rollos, y tal vez nunca sepamos con exactitud qué ocurrió, pero los hechos fundamentales parecen haber sido los siguientes.[8]

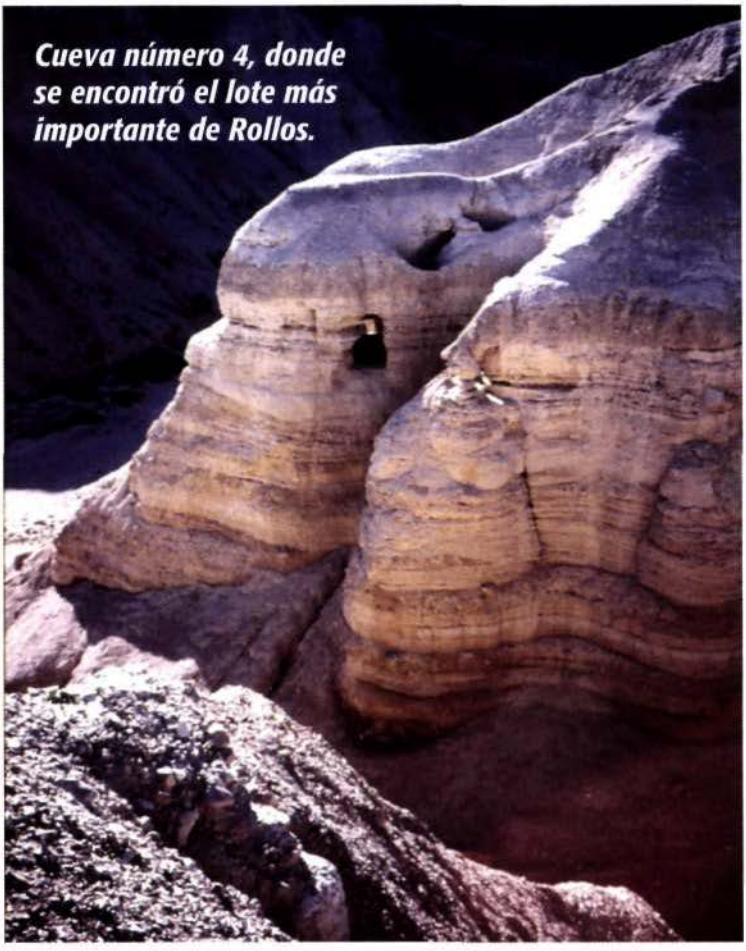
En 1947, un anticuario de Belén puso a la venta siete manuscritos antiguos. Se los había comprado a un pastor beduino que se los había ofrecido en venta después de haberlos hallado en una cueva cerca de Qumrán, en la costa del Mar Muerto.

En muchas de las cuevas había vasijas que se habían conservado intactas lo cual favoreció la conservación de los manuscritos.

(Fotografía por cortesía de www.HolyLandPhotos.org)

El pastor había salido en busca de una cabra perdida y, en lugar de trepar y arrastrarse adentro de cada cueva, decidió arrojar piedras al interior con la esperanza de asustar a la cabra y hacerla salir. Al arrojar una de las piedras, escuchó un ruido como si un objeto de cerámica se hubiera quebrado. Se introdujo en la cueva y encontró varias vasijas de arcilla de gran tamaño que guardaban en su interior antiguos manuscritos escritos sobre pergamino. La primera idea que se le ocurrió fue aprovechar el pergamino para hacer tiras para las sandalias, de modo que llevó los rollos a su tienda y los tuvo colgados durante un tiempo antes de venderlos en Belén. Tiempo después, los rollos fueron revendidos, y finalmente algunos de ellos llegaron al mercado internacional.

El precio de 250.000 dólares que alcanzaron varios rollos en 1954 desató una suerte de «fiebre del oro» entre los beduinos, y el descubrimiento en sí suscitó una serie de expediciones arqueológicas. Se exploraron unas 270 cuevas, pero solo en 10 se hallaron manuscritos. En total, se encontraron más de 40.000 fragmentos pertenecientes a 500 libros y escritos diferentes. Entre los libros, se encontraron textos de todos los libros de la Biblia, excepto Ester. El dato más significativo es que la fecha de los escritos se estableció desde el siglo III a. C. (una parte del libro de Samuel) hasta el siglo I d.C., es decir, mucho más antiguos que las copias más antiguas conocidas hasta ese momento.



Cueva número 4, donde se encontró el lote más importante de Rollos.

Uno de los principales hallazgos fue uno de los primeros rollos procedente de la cueva número 1: un manuscrito de Isaías que data del 150–100 a.C. Este descubrimiento permitió comprobar el grado de fidelidad con que se habían transmitido los textos de la Escritura hebrea. Al compararlo con un segundo manuscrito de Isaías, también hallado en Qumrán, aunque incompleto, se observó una coincidencia superior al 95% entre ambos textos, y las discrepancias, que apenas llegaban al 5%, se limitaban a errores ortográficos o errores al copiar el texto.[9] Lo más extraordinario es que el texto masorético, copiado 1000 años más tarde, presenta un grado de coincidencia asombroso con el rollo de Isaías. Por ejemplo, en Isaías capítulo 53, las diferencias entre los dos textos comprenden diecisiete letras, de las cuales diez son variantes gráficas, cuatro son cambios de estilo, y las tres restantes que sí representan verdaderos cambios, no afectan el texto en lo sustancial.[10]

Los libros apócrifos

Una vez finalizada la traducción del Tanaj al griego, también se tradujeron otros escritos que trataban sobre la historia del pueblo judío desde la época de Malaquías (aprox. 450 a.C.) hasta el nacimiento de Jesús. Si bien los judíos atribuían gran importancia a estos libros, no los consideraban parte de la Escritura. Además de tener errores históricos y fácticos, contenían enseñanzas que no eran coherentes con la Escritura. Sin embargo, se los incluyó en numerosas versiones de la Septuaginta, dando origen a lo que a veces se conoce como «Septuaginta ampliada». Cuando Jerónimo tradujo el Antiguo Testamento al latín, en el siglo IV, incluyó estos libros y les dio el nombre de apócrifos. Coincidía con los religiosos judíos en cuanto a que estos libros tenían algún valor, pero no eran apropiados para hacer formulaciones doctrinales. Lo cierto es que estos libros, acompañados de la advertencia de que no eran canónicos, siguieron formando parte de la Biblia hasta poco tiempo después de la Reforma. Aproximadamente a partir de 1825, los apócrifos fueron, en gran parte, excluidos de la Biblia, excepto en las versiones aprobadas por la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa Oriental.

Una de las críticas dirigidas a Roma durante la Reforma fue que algunas de sus enseñanzas no tenían fundamento en la Escritura. La respuesta de Roma llegó en 1546 a través del Concilio de Trento, que reconoció los libros apócrifos como parte de la Escritura, ampliando su definición del canon. Estos libros se incorporaron ya que de ellos se desprenden ciertas enseñanzas doctrinales de la Iglesia Católica Romana como las oraciones por los difuntos, el purgatorio y la justificación por la fe y las obras.

Confirmación arqueológica

Por supuesto, la fidelidad en la transmisión de los textos resulta irrelevante si se comprueba que las historias que esos textos se proponen conservar son pura invención, o acaban siendo rebatidas por los descubrimientos arqueológicos. Felizmente, contamos con un número nada despreciable de sitios en los que se han producido, y siguen produciéndose, hallazgos relacionados con los antiguos hebreos. Tal como ocurre con el Nuevo Testamento, existen numerosos volúmenes dedicados a catalogar estos hallazgos. A continuación, incluimos algunos de los más destacados.

El prisma de Taylor

Durante las excavaciones en Nínive, ciudad mencionada en la Biblia, los arqueólogos obtuvieron numerosos y valiosos hallazgos. Senaquerib reinó en Asiria desde el 705 hasta el 681 a.C., y Nínive era el centro de su reino y el lugar donde conservaba su enorme biblioteca. Allí se conservaron hasta 100.000 textos,[11] entre los cuales se encontraba esta pieza que ahora conocemos como el Prisma de Taylor. Se trata de un prisma de arcilla de seis caras, con una inscripción que describe el sitio de Jerusalén a manos de Senaquerib. También dice que el rey Ezequías se encontraba «como pájaro enjaulado en la capital del reino».[12] El prisma de Taylor corrobora los textos en 2 Reyes 18–19, 2 Crónicas 32, y en Isaías 36–37. Actualmente la pieza se encuentra en el Museo Británico.

El cilindro de Ciro

Una pieza cilíndrica de arcilla del siglo VI a.C., descubierta en el siglo XIX, contiene una inscripción sobre el rey persa Ciro el Grande. Después de conquistar Babilonia en 539 a.C., promulgó un edicto autorizando a los cautivos de esa ciudad a regresar a sus hogares y adorar a sus dioses.[13] Este edicto aparece mencionado en un texto sobre Ciro en Esdras 1:1-3; 6:3 (ver también 2 Crón. 36:23; Isa. 44:28). El Cilindro se conserva en el Museo Británico.

El obelisco negro de Salmanasar

Este obelisco de alabastro de 2 m (6,5 pies) de altura, fue descubierto en 1846 en Nimrod (antigua Kalkhu), ciudad mencionada en la Biblia. Las escenas representadas en cada uno de los cuatro lados de la pieza conmemoran, además de otros hechos, la entrega de tributos al rey asirio Salmanasar III de parte de Jehú,[14] hijo de Omri, en 841 a.C. Una de las escenas en bajorrelieve muestra un israelita postrado ante Salmanasar, y es la representación gráfica más antigua que se conoce de un israelita de la antigüedad.[15] El obelisco se encuentra en el Museo Británico.

El poema épico de Gilgamesh

También fueron halladas en la biblioteca de Nínive un grupo de doce tablillas que narran un poema épico sobre un rey llamado Gilgamesh. En la tablilla XI se encontró por primera vez una referencia extra bíblica al relato que en el Tanaj se conoce como el diluvio y la construcción del arca por parte de Noé (Gén. 7–8). El poema identifica a Gilgamesh como el quinto rey posterior al diluvio. Si bien no hay coincidencia absoluta en los relatos, la semejanza es innegable. Muchos otros hallazgos posteriores también contienen esta historia o un relato muy similar, lo cual sería un indicador de que realmente hubo un diluvio, aunque los detalles de cómo ocurrió difieran de una cultura a otra.[16]

La piedra moabita

En 1868 se encontró en Palestina una piedra con una inscripción en lengua moabita. Además de mencionar a Mesa, el rey de Moab que se rebeló contra el dominio israelita, según 2 Reyes 3, también se lee el nombre de «Yahvéh».[17] La piedra moabita se encuentra en el Museo del Louvre, París.

La estela de Tel Dan

En 1993/94 fue hallada en Israel esta inscripción en lengua aramea, grabada, aparentemente, por encargo del rey Hazael para conmemorar su victoria en Ramot de Galaad (2 Reyes 8:28 y 29). El hallazgo de esta inscripción fue significativo, porque se hace referencia al reino de Judá como «Casa de David». Esta es la primera evidencia extra bíblica de que la dinastía de David reinó en Jerusalén.

A pesar de que los textos del Antiguo Testamento alcanzan una antigüedad de hasta 3500 años, el contenido se ha conservado extremadamente bien.

El rollo de la Torá en su caja de madera durante una celebración en Jerusalén.

Conclusión

La conclusión final es que el contenido del Antiguo Testamento llegó hasta nosotros extremadamente bien conservado, a pesar de que los textos alcanzan una antigüedad de hasta 3500 años. Los métodos empleados por los escribas encargados de copiar los manuscritos son motivo suficiente para creer que se trata de los mismos textos que escribieron los autores originales. Los descubrimientos arqueológicos confirman muchos de los datos históricos registrados en el Antiguo Testamento, lo cual nos da buenos motivos para creer que los autores informaron, de manera fehaciente, sobre los hechos históricos. También encontramos evidencias de que la historia antigua de Israel fue documentada y transmitida por escrito a través de Moisés y otras figuras. En suma, tenemos sobradas razones para considerar el contenido del Antiguo Testamento con absoluta seriedad.

Esto nos lleva a plantearnos un nuevo problema: ¿cómo debemos abordar el tema de los milagros y la profecía? ¿A qué se refieren con exactitud? ¿Ocurren realmente? Ambos temas juegan un papel fundamental tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y es preciso encararlos en forma debida si hemos de confiar en ellos y, en particular, si hemos de reconocerles autoridad. Por lo tanto, los próximos dos capítulos tratarán sobre los milagros y las profecías, respectivamente.

Cita célebre

Las Escrituras Hebreas [...] poseen un carácter de autolegitimación, y su autoridad no deriva de ningún ser humano ni de pronunciamientos corporativos eclesiásticos [...] Los concilios eclesiásticos no otorgaron autoridad divina a los libros, simplemente se limitaron a reconocer que estos la poseían y la ejercían.[18]

–R.K. Harrison

Notas

1. Los saduceos, sin embargo, solo reconocían la Torá como Escritura.

2. R. Laird Harris, *Inspiration and Canonicity of the Scriptures*, A Press, Greenville, SC, 1995, p.128.

3. Norman Geisler, *Christian Apologetics*, Baker, Grand Rapids, 1976, pp.355-356.

4. Merrill C. Tenney, ed., *Pictorial Encyclopedia of the Bible*, vol.5, Zondervan, Grand Rapids, 1975-1976, pp.343-344.

5. Josh McDowell, *Evidence That Demands a Verdict*, Here's Life Publishers, San Bernardino, 1972, 1979, p.53.

6. Don Brooks y Norman Geisler, *When Skeptics Ask*, Baker, Grand Rapids, 1996, p.158.

7. Josh McDowell, *Evidence That Demands a Verdict*, Here's Life Publishers, San Bernardino, 1972, 1979, p.55.

8. Este breve relato sigue fielmente al escrito por Randall Price, *Secrets of the Dead Sea Scrolls*, Harvest House, Eugene, OR, 1996, pp.29-50.

9. Don Brooks y Norman Geisler, *When Skeptics Ask*, Baker, Grand Rapids, 1996, p.158-159. En este punto, Brooks y Geisler citan a Gleason Archer, Jr., *A Survey of the Old Testament Introduction*, Moody, Chicago, 1964, p.19.

10. Josh McDowell, *Evidence That Demands a Verdict*, Here's Life Publishers, San Bernardino, 1972, 1979, p.58. McDowell cita a Norman L.Geisler y William E.Nix, *A General Introduction to the Bible*, Moody Press, Chicago, 1968, p.263.

11. Howard F. Vos, *Archaeology in Bible Lands*, Moody Press, Chicago, 1977, 1982, p.120.

12. E.M. Blaiklock y R.K. Harrison, *The New International Dictionary of Biblical Archaeology*, Zondervan, Grand Rapids, 1983, p.436-437.

13. Ibíd., p.146.

14. 2 Reyes 9-10.

15. E.M. Blaiklock y R.K. Harrison, *The New International Dictionary of Biblical Archaeology*, Zondervan, Grand Rapids, 1983, p.409.

16. Ibíd., p.214.

17. Ibíd., p.319.

18. R.K. Harrison, *Introduction to the Old Testament*, Erdmans, Grand Rapids, 1969, pp.262-263.

Capítulo 9
¿Existen los milagros?

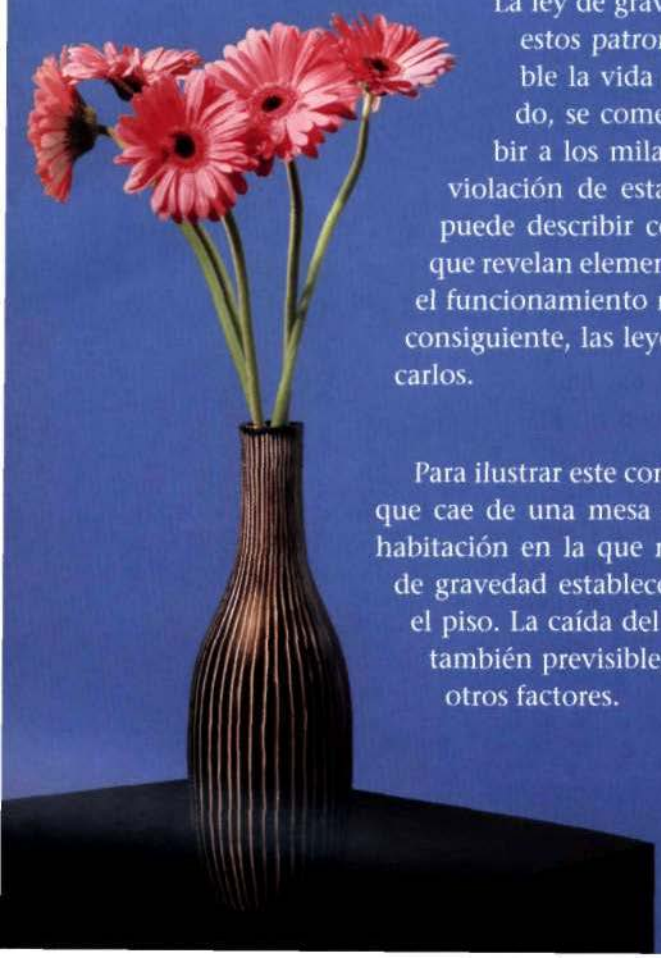
¿Qué es un milagro?

A lo largo de nuestra vida, vemos muchas cosas que nos maravillan, nos inspiran, y nos llenan de asombro. Se descubre la cura para enfermedades que hasta ese momento eran intratables; se forma un bebé dentro del cuerpo de la madre y luego nace, ante la mirada atónita de los padres; en la práctica de deportes vemos jugadas increíbles, o deportistas que experimentan una recuperación que parecía imposible. Es común oír hablar de estos hechos como milagrosos, pero el significado de *milagro* se diferencia claramente del concepto de «hecho muy improbable». El milagro puede incluir esta característica, pero es mucho más que eso. Es un hecho extraordinario, obra de un ser que posee intencionalidad, propósito y bondad. Se trata de un hecho que no pudo haber ocurrido sin la intervención de ese ser.

Wayne Grudem dice que el milagro es «un tipo de intervención de Dios menos frecuente, a través de la cual despierta sentimientos de asombro y sobrecogimiento en las personas, y da testimonio de sí mismo».[1] Me gustaría aclarar que esto no significa que Dios solo está presente en ocasiones y que, de cuando en cuando, decide irrumpir o intervenir. El Dios de la Biblia tiene dominio sobre todas las cosas y tiene poder para crear y sostener lo que llamamos «normalidad y regularidad». Como dice la definición de Grudem, el milagro significa que en ocasiones Dios obra por fuera de los patrones que nos parecen normales, y lo hace para inculcarnos sentimientos de admiración y respeto frente a su naturaleza y para alcanzar el fin que se ha propuesto.

El contexto y la posibilidad de los milagros

El universo que Dios creó y sostiene sigue patrones regulares que pueden expresarse como leyes y que nosotros conocemos como las leyes naturales. La ley de gravedad, por ejemplo, es uno de estos patrones regulares que hacen posible la vida en nuestro planeta. A menudo, se comete la equivocación de describir a los milagros como una suspensión o violación de estas leyes. Sin embargo, se los puede describir con mayor precisión diciendo que revelan elementos que no están presentes en el funcionamiento normal del mundo y que, por consiguiente, las leyes naturales no pueden explicarlos.



Para ilustrar este concepto, imaginemos un jarrón que cae de una mesa ubicada en el centro de una habitación en la que no hay otros muebles. La ley de gravedad establece que caerá hasta chocar con el piso. La caída del jarrón es un hecho natural y también previsible, siempre que no intervengan otros factores.

Sin embargo, si usted está de pie junto a la mesa, atrapa el jarrón y evita que caiga, ¿se viola la ley de gravedad? Claro que no. La ley de gravedad no responde ni puede responder por la conducta de un agente que opera con total libertad y decide impedir la caída del jarrón. Además, seguirá vigente, sin importar si usted decide sostener el jarrón o dejarlo caer.

El milagro es «un tipo de intervención de Dios menos frecuente, a través de la cual despierta sentimientos de asombro y sobrecogimiento en las personas y da testimonio de sí mismo».

—Wayne Grudem

Si Dios no existe, no hay agente trascendente que actúe en la naturaleza, nada que pueda realizar un milagro y, por lo tanto, no habría milagros. En cambio, si en verdad existe Dios, ese ser trascendente, poderoso, personal y comprometido, entonces es posible que existan los milagros. Lo más importante es que la existencia misma de las llamadas «leyes naturales» depende de la existencia de Dios. Dios establece los modelos y las normas que nosotros llamamos «normales», y a partir de los cuales juzgamos si un hecho es ordinario o extraordinario. Sin embargo, esto no significa que los milagros sucederán, sino simplemente que son posibles.

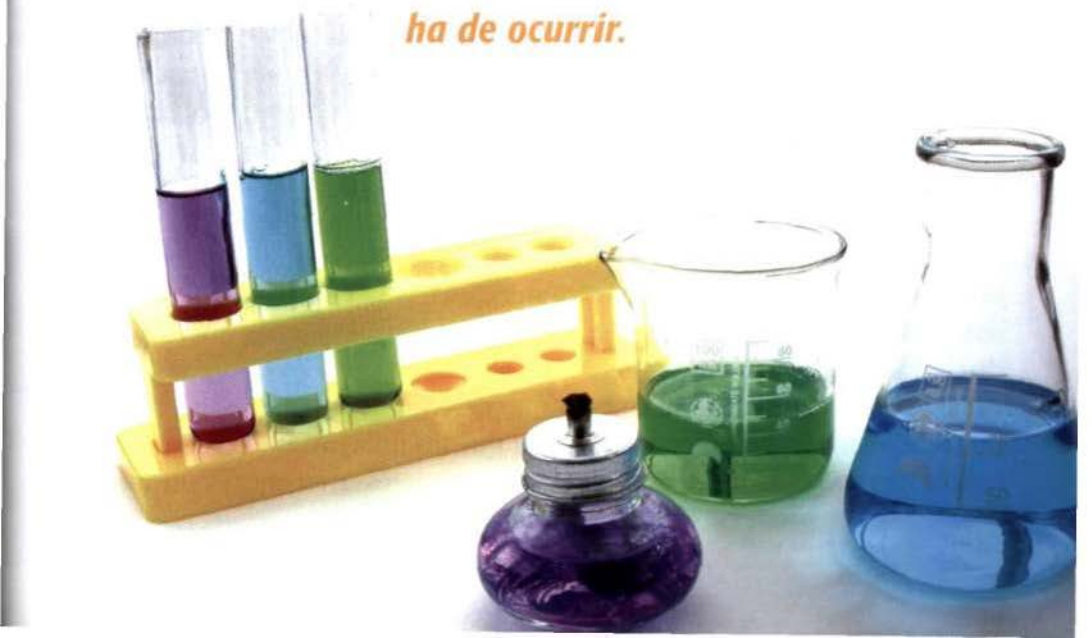
La existencia de Dios como la describe el teísmo es necesaria, pero no suficiente para que los milagros sucedan. La voluntad de Dios es causa suficiente para que ocurra un milagro. Si retomamos el ejemplo del jarrón, Dios siempre está en la habitación, el jarrón siempre está bajo su control (Dios es todopoderoso), y tiene la capacidad de intervenir de manera extraordinaria en cualquier momento. Ser todopoderoso significa que, además de estar siempre en la habitación y poder sostener el jarrón, también puede cambiar las leyes del universo físico que conocemos; el resultado sería una física completamente diferente de la actual. Los argumentos expuestos en los capítulos 2 al 5 brindan buenas razones para creer que ese Dios existe.

¿Las ciencias naturales pueden probar que los milagros no existen?

Las ciencias naturales, por ejemplo, la física, la astronomía y la química, estudian el universo físico. Su objetivo es observar, analizar y medir las características de la materia y la energía, y las relaciones entre ambas. Los métodos utilizados por los científicos se basan en los principios de uniformidad y regularidad, o previsibilidad. El científico observa y registra fenómenos del mundo natural; luego, se formulan teorías que explican cómo y por qué ocurren esos fenómenos, y a continuación, se diseñan pruebas para confirmar o refutar sus teorías. Como consecuencia, las teorías se reformulan y se someten a prueba nuevamente, y por último, se aceptan como explicación suficiente o se descartan.

El inmenso valor de esta metodología de trabajo es que las teorías que ofrecen una descripción exacta y precisa del mundo permiten explicar determinados fenómenos físicos y predecir con un alto grado de precisión lo que ha de ocurrir. Se ha argumentado que si Dios interviniera ocasionalmente en el mundo, alteraría el orden natural volviendo inútil el método científico; pero casi siempre, intervienen factores y agentes desconocidos en el mundo físico, y a pesar del conocimiento científico, muchas de las cosas que suceden no son predecibles. Por ejemplo, todo lo que sabemos sobre sismología no impide que los terremotos sigan tomándonos por sorpresa. Del mismo modo, a pesar de todo nuestro conocimiento sobre ingeniería civil y mecánica, y sobre psicología humana, no podemos prever los accidentes automovilísticos. Si descubro que tengo un tumor cerebral, no quiere decir que la ciencia médica sea inútil porque fue incapaz de anticipar el crecimiento irregular y anormal de las células de mi cerebro. En el caso de hechos que escapan a los patrones conocidos por la ciencia hasta ese momento, la estrategia adoptada por los científicos es buscar patrones en un nivel más profundo. Las anomalías en un determinado nivel pueden acabar siendo fenómenos naturales cuando se profundiza la investigación.

Las teorías que ofrecen una descripción exacta y precisa del mundo permiten explicar determinados fenómenos físicos y predecir con un alto grado de precisión lo que ha de ocurrir.



Los milagros son un medio a través del cual Dios se comunica de manera deliberada y concreta.

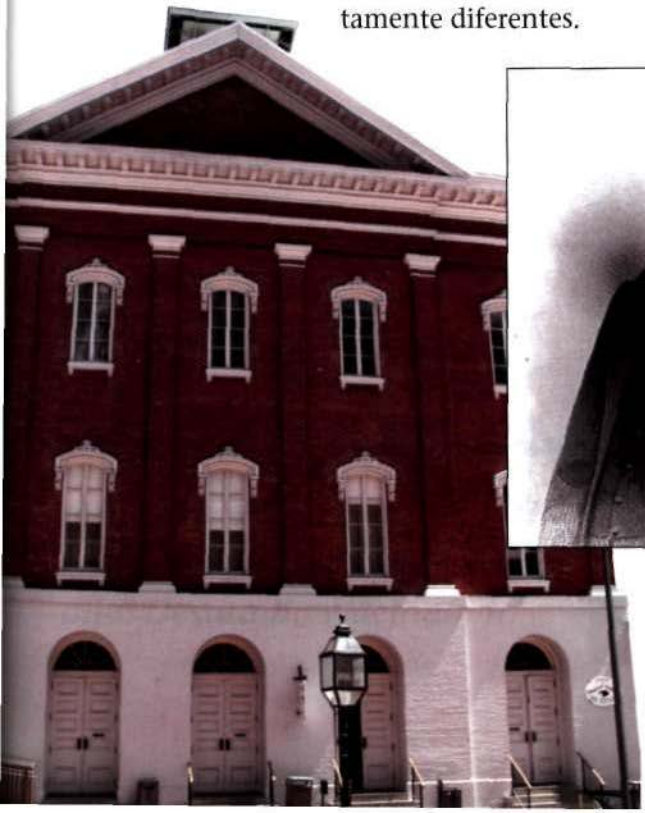
Ahora bien, existe una clara diferencia entre un milagro y un terremoto, un accidente automovilístico o un tumor cerebral. Los milagros son un medio a través del cual Dios se comunica de manera deliberada y concreta. No se trata de hechos caprichosos sin otro propósito que el de alterar el orden natural de las cosas porque sí. Son hechos que denotan una acción inteligente, y recordemos una vez más, que son precisamente los parámetros de normalidad y regularidad los que nos permiten reconocer los hechos extraordinarios. Así, cuando se afirma que se produjo un milagro, como la separación de las aguas del Mar Rojo, se está afirmando el accionar inteligente de un ser poderoso y trascendente que intervino de manera extraordinaria.

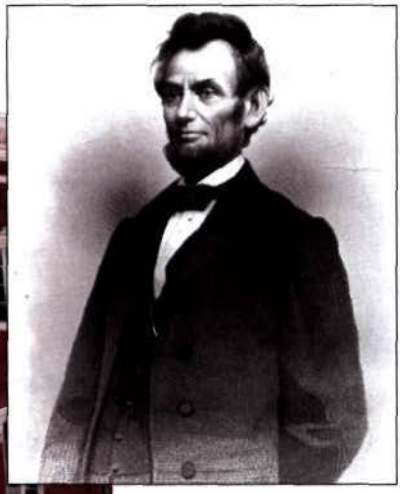
Las ciencias naturales, a pesar de su enorme importancia y utilidad en cuanto a proporcionar información sobre el funcionamiento normal y habitual del mundo físico, no están en condiciones de opinar sobre los milagros. Los milagros escapan a la competencia de la ciencia, están fuera de su ámbito de autoridad. Deben ser analizados como acontecimientos heterogéneos, irregulares, y deliberados. Por tanto, las ciencias naturales no tienen cabida en el debate, excepto para establecer qué se considera normal y habitual. Los milagros no están incluidos en la descripción de tareas de los científicos; no pertenecen a ese campo. Ron Brooks y Norman Geisler opinan que «tratar de explicar los milagros a través de causas naturales es ¡decididamente anticientífico!».[2] Es decir, los milagros y las ciencias naturales son, por fuerza, incompatibles. La ciencia no es la única vía para explicar nuestro mundo, y el método científico no es superior ni tiene más peso que otras formas de conocimiento. Otros métodos de explicación, como el filosófico, escapan al dominio de las ciencias naturales. Tanto la ciencia como la filosofía tienen autoridad para ofrecer explicaciones, pero operan en esferas diferentes. Las disciplinas científicas entran en conflicto cuando una de ellas intenta explicar algo que está fuera de su ámbito y le pertenece a otra disciplina. Así pues, las ciencias naturales no pueden probar que los milagros no existen. Sin embargo, nos brindan las herramientas necesarias para reconocer un milagro cuando este se produce.

¿Se puede probar a través de la experiencia que los milagros no existen?

Podemos decir sin temor a equivocarnos que la mayoría de las personas que conocemos nunca dicen haber presenciado un milagro. Quienes no creen en la existencia de Dios suelen apoyarse en esta evidencia para negar los milagros. Sin embargo, que algo suceda excepcionalmente, aun cuando suceda una única vez en el curso de la historia, no es razón suficiente para dejar de creer que pudo suceder.

Para demostrarlo, pensemos, por ejemplo, en el teatro Ford en Washington D.C. Sabemos, con total certeza, que allí se realizaron representaciones teatrales, con regularidad, desde 1863 hasta 1865. También sabemos con certeza que el 14 de abril de 1865 Abraham Lincoln fue asesinado mientras miraba una obra de teatro en esa sala. El mero hecho de que Lincoln haya sido asesinado una sola vez no pone en duda la historicidad de lo ocurrido, y el simple hecho de que su asesinato haya sido improbable no implica que falten evidencias con relación a los hechos. La frecuencia de determinado hecho y la evidencia respecto de un hecho ocurrido una única vez y descrito con todo detalle son dos cosas completamente diferentes.





Veamos otro ejemplo:

La probabilidad de ganar el premio mayor en la lotería Powerball es de 1 en 146.107.962.[3] Si nos guiamos por el razonamiento escéptico, no hay razón para creer que alguien jamás haya ganado la lotería; pero lo cierto es que varias personas han ganado el premio mayor, a pesar de que era 140 millones de veces más probable que no lo ganaran. La singularidad de su proeza no guarda ninguna relación con la capacidad de saber que el hecho ocurrió.

Otro tanto puede decirse de los milagros. Por cierto, la fuerza de los milagros radica precisamente en su carácter inusual. Después de todo, si la separación de las aguas del Mar Rojo ocurriera a menudo, ya no sería noticia.

¿Cuál es el propósito de los milagros?

Si los milagros resultan de una acción extraordinaria e intencionada de Dios, ¿cuál es su propósito? Si los milagros existen, ¿cuál es la razón de su existencia? Buscaremos la respuesta en la fuente cuya credibilidad histórica hemos comprobado a lo largo de los tres últimos capítulos y que, además, guarda en su interior relatos de milagros: la Biblia. Comencemos viendo qué dice el Nuevo Testamento sobre los milagros.

En Juan 11:38-44 leemos el relato de la resurrección de Lázaro:

Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadlo y dejadlo ir.

Sitio de la tumba de Lázaro, según la tradición.

Jesús señaló que el propósito de la resurrección era la manifestación de la gloria de Dios. Dijo, además, que ese milagro tenía como propósito confirmar el origen divino de su ministerio. La naturaleza propia de este milagro es el bien: Lázaro volvió a la vida y se reunió con su familia que había estado llorando su muerte.

Marcos 2:1-12 relata el milagro de la curación de un paralítico:

Después de algunos días, Jesús entró otra vez en Capernaúm. Cuando se supo que estaba en casa, inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. Entonces vinieron a él unos trayendo a un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, quitaron parte del techo de donde él estaba y, a través de la abertura, bajaron la camilla en

Ruinas en el sitio donde, según la tradición, se levantaba la casa de Pedro en Capernaúm, y probable escenario de este milagro. Se conservan restos de muros octogonales de una iglesia construida por los primeros cristianos para marcar la ubicación de la casa. (www.HolyLandPhotos.org)

que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados.

Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales pensaban para sí: «¿Por qué habla este de ese modo? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?» Y conociendo luego Jesús en su espíritu que pensaban de esta manera dentro de sí mismos, les preguntó: ¿Por qué pensáis así? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o decirle: "Levántate, toma tu camilla y anda"? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados –dijo al paralítico– : A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Entonces él se levantó y, tomando su camilla, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa.

Dios es el único autor del milagro. Los presentes entendieron quién era el autor del milagro pues de inmediato alabaron a Dios. Además, la atribución que se toma Jesús de perdonar los pecados es una declaración indirecta pero convincente de su origen divino.[4]

El propósito del milagro es confirmar lo dicho por Jesús: que él era el «Hijo del hombre»—título mesiánico—, y que procedía de Dios.

La naturaleza del milagro es, nuevamente, hacer el bien; un hombre paralítico recibe la sanidad.

Así pues, los milagros en el Nuevo Testamento poseen estos tres atributos:

- ***Todo el reconocimiento está dirigido a Dios como autor del milagro.***
- ***Convalidan las afirmaciones hechas por la persona que obró el milagro.***
- ***Son manifestaciones de una naturaleza bondadosa.***

En parte, esto también se expresa en Hebreos 2:4:

A la vez, Dios ratificó su testimonio acerca de ella con señales, prodigios, diversos milagros y dones distribuidos por el Espíritu Santo según su voluntad. (NVI)

Si el Nuevo Testamento es, en verdad, la continuación y la culminación de la revelación de Dios dada a conocer en el Antiguo Testamento, sería lógico encontrar idéntico patrón en los milagros en la Escritura hebrea.

Por cierto, la separación de las aguas del Mar Rojo en Éxodo 14:13-18 muestra ese mismo patrón:

Moisés respondió al pueblo: «No temáis; estad firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver nunca más.

Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos».

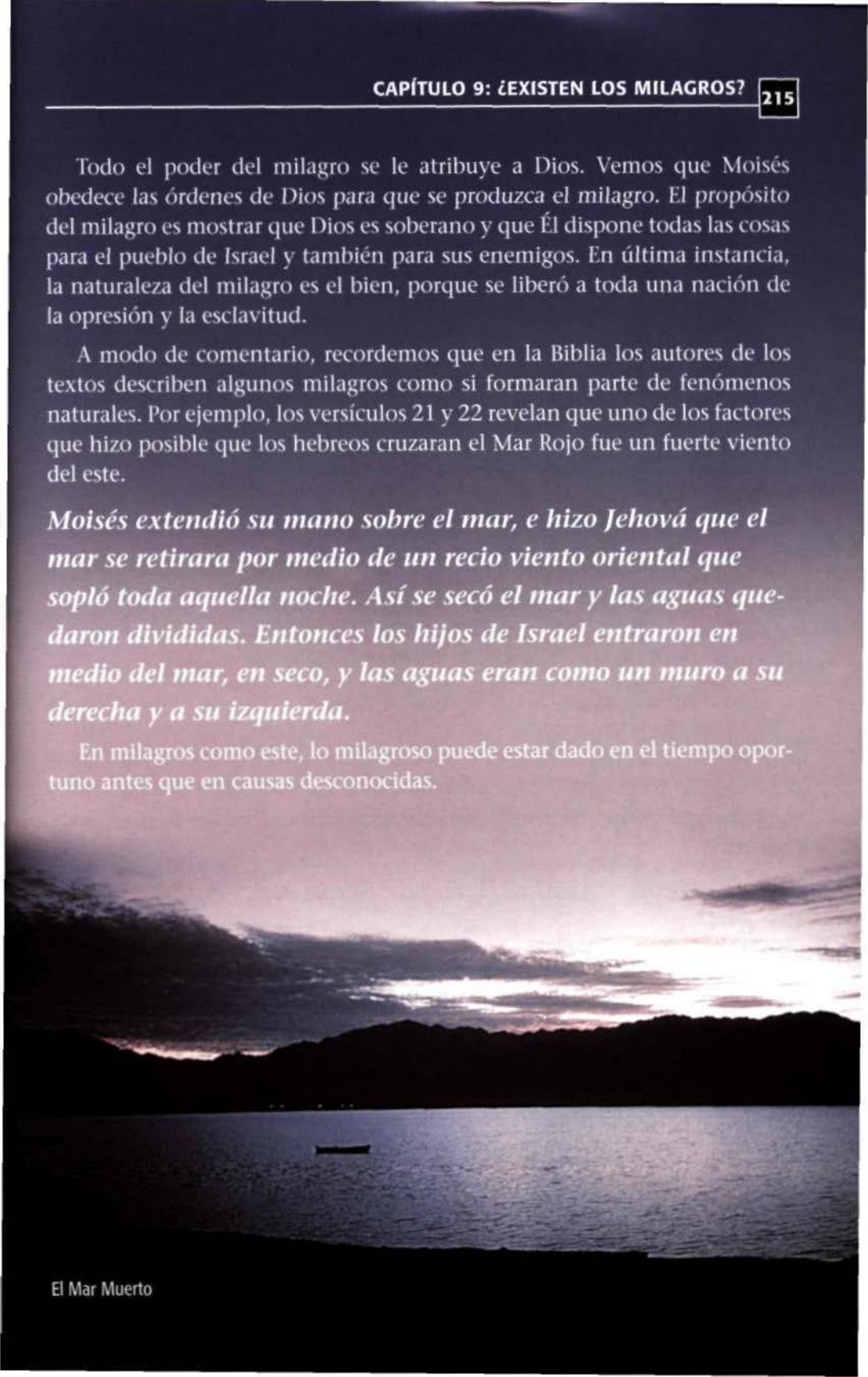
Entonces Jehová dijo a Moisés: «¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú, alza tu vara, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar en seco. Yo endureceré el corazón de los egipcios, para que los sigan; entonces me glorificaré en el faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería. Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando me glorifique en el faraón, en sus carros y en su gente de a caballo».

Todo el poder del milagro se le atribuye a Dios. Vemos que Moisés obedece las órdenes de Dios para que se produzca el milagro. El propósito del milagro es mostrar que Dios es soberano y que Él dispone todas las cosas para el pueblo de Israel y también para sus enemigos. En última instancia, la naturaleza del milagro es el bien, porque se liberó a toda una nación de la opresión y la esclavitud.

A modo de comentario, recordemos que en la Biblia los autores de los textos describen algunos milagros como si formaran parte de fenómenos naturales. Por ejemplo, los versículos 21 y 22 revelan que uno de los factores que hizo posible que los hebreos cruzaran el Mar Rojo fue un fuerte viento del este.

Moisés extendió su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirara por medio de un recio viento oriental que sopló toda aquella noche. Así se secó el mar y las aguas quedaron divididas. Entonces los hijos de Israel entraron en medio del mar, en seco, y las aguas eran como un muro a su derecha y a su izquierda.

En milagros como este, lo milagroso puede estar dado en el tiempo oportuno antes que en causas desconocidas.



El Mar Muerto

La puerta de Istar fue construida en Babilonia por Nabucodonosor, en el siglo VI.

El milagro de Sadrac, Mesac y Abed-nego que, según leemos en Daniel 3:16-30, sobrevivieron dentro de un horno en llamas, presenta el mismo patrón. Frente a la amenaza del rey Nabucodonosor de que serían arrojados dentro de un horno ardiente si no adoraban a su ídolo, los tres amigos, muy decididos, rehusaron obedecerlo; las consecuencias de su decisión son bien conocidas.

Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo:

—No es necesario que te respondamos sobre este asunto. Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos librará.

Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.

Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, cambió el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado.

Y ordenó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército,

que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiente. Así pues, estos hombres fueron atados con sus mantos, sus calzados, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente. Y como la orden del rey era apremiante, y habían calentado mucho el horno, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Estos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiente.

Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo:

—¿No echaron a tres hombres atados dentro del fuego?

Ellos respondieron al rey:

—Es verdad, oh rey.

Y él dijo:

—Sin embargo, yo veo cuatro hombres sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a un hijo de los dioses.

Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiente, y dijo:

—Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios altísimo, salid y venid.

Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey para mirar a estos hombres, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos y ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas, intactas, ni siquiera olor de fuego tenían.

Y Nabucodonosor dijo: «Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que

confiaron en él, los cuales no cumplieron el edicto del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios.

Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que diga blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en estercolero; por cuanto no hay dios que pueda librar como este».

Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia.

El propósito del milagro fue confirmar la declaración de Sadrac, Mesac y Abed-nego respecto de que el Dios de la Biblia era el único Dios verdadero y que ningún otro dios era digno de ser adorado.

Sadrac, Mesac y Abed-nego le atribuyeron a Dios todo el mérito por el milagro que se había producido. El propósito del milagro fue confirmar la declaración de Sadrac, Mesac y Abed-nego respecto de que el Dios de la Biblia era el único verdadero y que ningún otro dios era digno de ser adorado. La naturaleza del milagro era manifestar el bien, dado que logró impedir que tres jóvenes inocentes murieran quemados. Además, Dios se reveló al rey Nabucodonosor, espiritualmente ciego hasta ese momento,[5] y Sadrac, Mesac y Abed-nego pasaron a ocupar cargos de poder y a ser personas influyentes.

Tal como sucede en el Nuevo Testamento, los milagros que relata el Antiguo Testamento reconocen, invariablemente, que todo milagro procede de Dios, cumple un propósito y responde a una naturaleza bondadosa. Este punto reviste extrema importancia, porque la existencia de los milagros y la precisión con que fueron documentados en la Biblia contribuyen a confirmar la validez y autoridad de esta como un libro cuyas enseñanzas merecen ser obedecidas como Palabra de Dios.

¿Qué ocurre con los milagros que nos parecen crueles?

Algunos de los milagros registrados en la Biblia y atribuidos a Dios, en una primera lectura, pueden parecer crueles, o al menos, incompatibles con la idea del Dios benevolente que presenta la Escritura. Por ejemplo, el diluvio en tiempos de Noé no parece corresponderse con la idea de un Dios de amor. Sin embargo, debemos recordar que el amor no es su único atributo; también lo son la justicia y la rectitud, y como es recto, no tolera el mal. Está bien castigar aquello que es malo, y el castigo que corresponde es la muerte: «la paga del pecado». Un castigo menor solo se explica a partir de un acto de misericordia de Dios; pero el hecho de que el mal reciba el castigo merecido también es algo bueno, y se lo llama justicia. Así, el diluvio no es obra de un Dios cruel, sino de un Dios justo y recto que nos ama tanto que nos reveló un plan de salvación, mediante el cual su justicia queda satisfecha y el mal que hayamos hecho recibe su justo castigo. Noé se aferró a las promesas de Dios cuando los demás no estuvieron dispuestos a hacerlo, por lo cual, todos ellos fueron juzgados y destruidos justamente.

Monte Ararat, donde reposó el arca de Noé, visto desde el transbordador espacial.

Pero hay casos aun más difíciles de comprender. Pensemos, por ejemplo, en el relato de 2 Reyes 2:23-24:

Después Eliseo salió de allí hacia Bet-el. Subía por el camino, cuando unos muchachos salieron de la ciudad y se burlaban de él, diciendo: «¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!» Miró él hacia atrás, los vio y los maldijo en nombre de Jehová. Salieron dos osos del monte y despedazaron a cuarenta y dos de esos muchachos.

En aquel período de la historia de Israel, la gente no solo desoía a los profetas de Dios, sino que los despreciaba y ridiculizaba. En 2 Crónicas 36:16 leemos que Dios ya había tolerado esta situación demasiado tiempo. Los muchachos del relato en 2 Reyes, al burlarse del mensajero de Dios, se estaban

burlando de Dios mismo. Y esto lo habían aprendido de sus padres; su castigo fue recto y justo. El propósito del milagro fue exhortar al pueblo de Israel a volverse a Dios, es decir, algo bueno, fruto del amor. No se trató de un acto de crueldad, de capricho o de impulsividad. Fue un milagro de juicio destinado a corregir al pueblo de Dios.

¿Qué ocurre con los milagros que no son obra de Dios?

La Biblia también registra milagros y señales que no fueron realizados ni por Dios ni por sus profetas, sino por personas que lo rechazaban o que se oponían a Él. Esto lo vemos, por ejemplo, en Éxodo 7:11-12 cuando los magos del faraón reprodujeron, paso por paso, los mismos milagros que habían hecho Moisés y Aarón.[6] También en el Nuevo Testamento encontramos varios textos al respecto. En Hechos 16:16-24 leemos sobre una muchacha que podía adivinar el futuro. Además, en Apocalipsis se habla de la segunda bestia que hará grandes señales (Apoc.13:11-14).

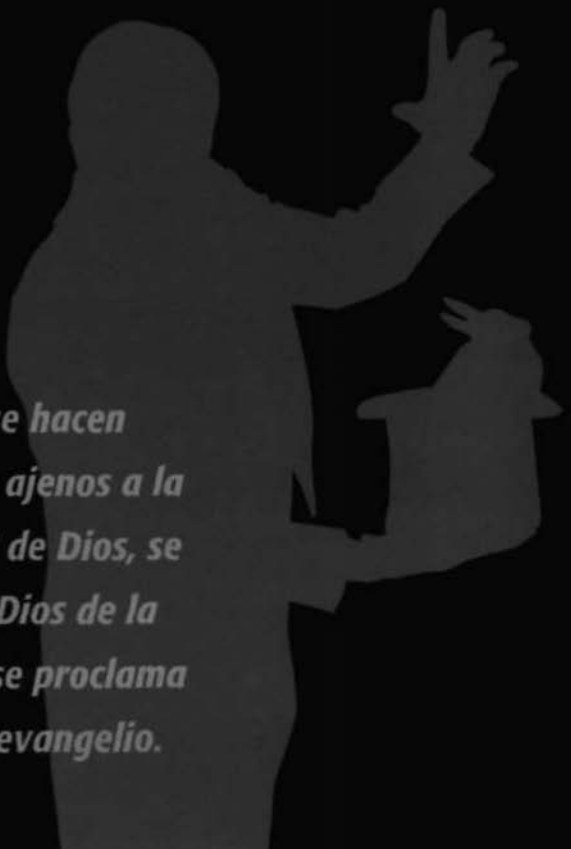
Ramsés II fue probablemente el faraón con el cual tuvieron que tratar Moisés y Aarón.

Al analizar estos milagros, debemos tener en cuenta una serie de elementos:

- Primero, en todos los casos, ***se niega al Dios de la Biblia y se proclama un falso evangelio.***

- Segundo, ***no cumplen un propósito bondadoso sino que sirven a intereses individuales y egoístas.*** En el caso de los magos del faraón, el interés era retener a los esclavos, que eran muy valiosos, y demostrar la negativa del faraón a reconocer un poder más encumbrado que el suyo. La muchacha esclava que adivinaba el futuro, lo hacía para que sus amos ganaran dinero. La bestia del Apocalipsis trata de usurpar el lugar que, por derecho, le corresponde a Dios.

- Tercero, en todos los casos, ***Dios responde ante estos milagros con una demostración de poder que pone de manifiesto que Él es la autoridad suprema sobre estos poderes menores.*** La vara de Aarón convertida en serpiente devoró a las copias de los magos. Además, luego de ese incidente, Dios envió las diez plagas como castigo, muestra innegable de su poder que culminó en la liberación de Israel.



Cuando se hacen milagros ajenos a la voluntad de Dios, se niega al Dios de la Biblia y se proclama un falso evangelio.

La joven adivina del relato de los Hechos tenía el espíritu que le confería el poder que ejercía Pablo. Y la bestia del Apocalipsis de ninguna manera puede enfrentar al Dios del universo. Los milagros que proceden de Dios proclaman su Señorío sobre todas las cosas, incluida la incredulidad.

• Cuarto, ***la Escritura no niega que exista el poder para hacer estas señales y prodigios, pero no le asigna características sobrenaturales.*** La Biblia habla de una clase de seres que son espíritus y no están sujetos a las así llamadas leyes naturales; son los ángeles y los demonios, o ángeles caídos. Estos seres pueden lograr cosas que parecen milagros a los ojos de un ser humano, pero que para ellos son naturales. Sin embargo, cuando un ángel hace algo, esa acción es sobrenatural, porque responde a una directiva de Dios (por ejemplo, presentarse delante de María o de José para darles un mensaje). Un demonio, en cambio, actúa con el propósito de engañar y así lograr desviar nuestra atención de Dios.

La adivina del relato de Hechos es un caso interesante, porque lo que anunciaba acerca de Pablo y sus compañeros era cierto. Sin embargo, proclamaba la verdad de una manera que distraía y molestaba a Pablo, y violaba el mandamiento de Dios contra la adivinación. Dado que los demonios son seres creados, su poder no es sobrenatural sino paranormal. Pueden hacer cosas más allá de lo que es normal para nosotros, pero no pueden superar lo que es normal para ellos. No trascienden el mundo en el que ejercen su influencia y no obran bajo la dirección de otro ser superior.

Así, cuando vemos en la Biblia señales y prodigios hechos por personas que niegan al Dios de la Biblia, podemos calificarlos de falsos milagros. No son falsos en el sentido de que no son milagrosos, sino en el sentido de que implican una blasfemia y fomentan la incredulidad, porque engañan respecto de la naturaleza de su poder.

La Anunciación, El Greco, 1570-75.

Los milagros de otras religiones

La dificultad que se presenta al afirmar que los milagros dan validez a la Biblia y, por ende, al cristianismo, es que casi todas las religiones recurren a los milagros para validar sus textos sagrados y su concepción de Dios. Pero si todas las religiones alegan la realización de milagros como medio para acreditar su validez, ¿acaso los milagros no se anularán unos a otros de tal manera que ya no prueben nada? Para responder esta pregunta, debemos examinar los milagros de otras religiones. Si poseen las mismas características que los milagros bíblicos, tendremos que admitir la ineficacia de los milagros como medio de validación, y que no tienen valor fuera de ofrecer una historia entretenida. En cambio, si los milagros de otras religiones difieren sustancialmente de los milagros bíblicos, luego, no podemos desechar la Biblia con tanta facilidad.

El budismo

Se conocen varias escuelas de pensamiento budista, cada una de ellas con su propia tradición escrituraria. El Dhammapada (conocido en español como «Camino de la rectitud» o «Camino de la doctrina») pertenece a una de las tradiciones más antiguas que recoge los dichos de Siddhartha Gautama, Buda, fundador del Budismo.[7] El Dhammapada está dividido en 26 capítulos que suman un total de 423 versos. Los versos están acompañados de historias que ilustran y explican su contenido. Aparentemente, existe cierta controversia entre los expertos en budismo en cuanto al carácter histórico o mítico de estas historias.

Manuscrito del Sutra Mahayana en idioma sánscrito, siglo v, India. (Colección Schøyen, MS 2378, Oslo y Londres)

El capítulo 4, sección 12, del Dhammapada incluye el relato de un milagro que hizo el propio Buda (el relato ilustra los versos 58 y 59). Un hombre que deseaba que Buda apareciera como un tonto y un falso maestro a los ojos de la gente le tendió una trampa. Hizo que varias ollas vacías aparentaran estar llenas de comida (simuló que invitaba a Buda a un banquete). Además, camufló un pozo que tenía carbones encendidos en su interior, con el propósito de que Buda cayera en él; pero Buda sabía que el hombre trataba de engañarlo y llenó las ollas de comida, e hizo que brotaran flores de loto en el pozo, eliminando todo peligro.

En esta historia, la fuente de poder del milagro es el propio individuo que lo realiza. El propósito del milagro es ensalzarse a sí mismo para lograr un nuevo adepto, y la naturaleza del milagro es, en última instancia, dudosa dado que el resultado fue la autoexaltación.

En el capítulo 25 sección 12 del Dhammapada, leemos otra historia (que ilustra el verso 382) sobre un joven monje budista que, en virtud de su buen karma, consiguió poderes paranormales. En una ocasión en que su maestro estaba enfermo, el monje voló hasta un lago distante en busca de agua. Tiempo después, el monje fue llevado a la presencia de Buda. Este quería que sus discípulos observaran las extraordinarias cualidades del joven monje, de modo que le pidió que trajera agua del lago lejano. Una vez más, el joven monje voló en busca de agua. Los demás monjes, después de presenciar este milagro, fueron a contarle a Buda lo sucedido y recibieron esta respuesta: «Monjes, aquel que practica el Dhamma (meditación profunda) con celo puede alcanzar poderes paranormales aun siendo joven».

En esta historia, el poder para hacer el milagro no se le atribuye a un Dios trascendente y poderoso, sino al individuo que realiza el milagro. El propósito es demostrar que cualquiera que se disciplina para practicar el Dhamma, puede alcanzar poderes paranormales —un propósito un tanto egoísta— y que el Dhamma conduce a un estado de trascendencia y perfección personal, un propósito igualmente egoísta.

En el budismo, el poder para hacer milagros no se le atribuye a un Dios trascendente y poderoso sino al individuo que realiza el milagro.

Si bien en el primer caso, el milagro es de naturaleza buena, en el segundo, no es intrínsecamente bueno, sino más bien frívolo.

Los cinco primeros discípulos de Buda rinden homenaje a la rueda de Dhamma.

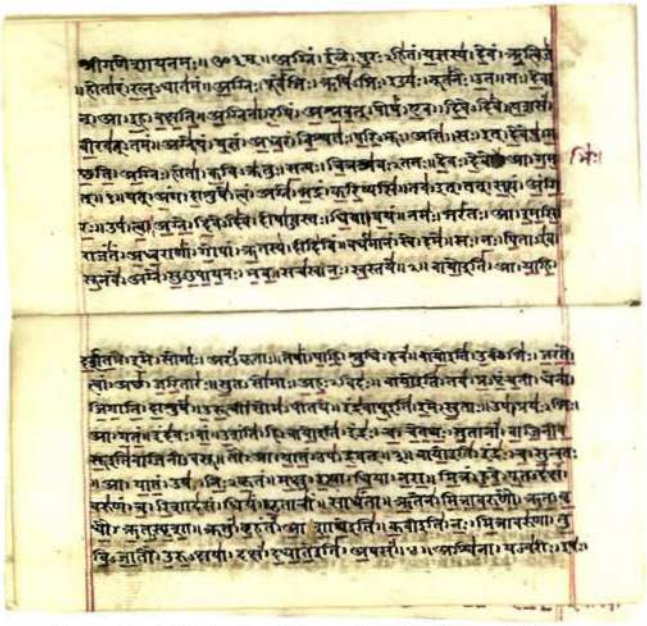
El Vinaya Pitakas, otro antiguo texto sagrado del budismo, establece reglas para los monjes y monjas budistas. De acuerdo con el capítulo 4, sección 4, los monjes pueden manifestarse simultáneamente en más de un lugar, adoptar una apariencia corporal diferente, crear cuerpos astrales, atravesar materia sólida, practicar la clariaudiencia (la capacidad de «oír sonidos tanto humanos como celestiales, lejos y cerca»), leer la mente, ver cómo los seres pasan de la muerte en un nivel a una nueva vida en otro nivel, y recordar vidas anteriores. Más adelante, sin embargo, en el capítulo 8, sección 8, Buda condena la exhibición de tales poderes frente a la gente común, porque los llevaría a tener una motivación equivocada para creer en sus enseñanzas y, en lugar de favorecer su iluminación, acabaría obstaculizándola.

Así pues, los milagros que encontramos en el budismo no tienen semejanza con los milagros bíblicos; difieren en cuanto a origen, propósito y naturaleza. Los milagros del budismo se concentran en la exaltación del individuo, mientras que los milagros bíblicos glorifican a un Dios bondadoso, trascendente y poderoso.

Los milagros del budismo se concentran en la exaltación del individuo, mientras que los milagros bíblicos glorifican a un Dios bondadoso, trascendente y poderoso.

El hinduismo

El hinduismo enseña que todo cuanto existe forma parte de Dios. Como nada de lo que existe está fuera de Dios, Dios no es trascendente. Entonces, como Dios no es trascendente con relación al mundo, no hay nada sobrenatural (fuera de la naturaleza), solo puede existir lo paranormal. Sin embargo, esto no significa que no haya milagros en el hinduismo.



Manuscrito del Rig-Veda en idioma sánscrito, siglo XIX, India.
(Colección Schøyen, MS 2097, Oslo y Londres)

Los Puranas, textos que forman parte de las Escrituras hindúes, registran el siguiente episodio en 2.5.5:

Los sabios le pidieron a Sutji que les hablara sobre la ciudad santísima situada a orillas del río Yamuna. Sutji les contó la historia que alguna vez el Sabio Saubhari le había relatado a Yudhishthir: En cierta ocasión, Narada y Parvata viajaban a través del aire, y mientras sobrevolaban el bosque Khandav, fueron seducidos por la belleza del río Yamuna. Decidieron tomar un descanso, así que ambos descendieron y entraron al río para tomar un baño.

Otros poderes similares se mencionan en los Puranas 17.1.7, entre ellos: conocimiento de hechos pasados, presentes y futuros; audición paranormal; la capacidad de hacer que se cumpla cualquier cosa que se diga, y ver lo invisible. Debemos ser justos y aclarar que esta lista de poderes divinos aparece en el contexto de una advertencia: estos poderes pueden distraer al hombre y apartarlo del sendero del Yoga, pero según la Escritura hindú, tales poderes existen.

La fuente de este poder milagroso es el propio individuo, y el milagro no tiene otro propósito que la autoexaltación o la atención de intereses personales. La naturaleza de estos poderes milagrosos no es intrínsecamente buena.

La fuente de este poder milagroso es el propio individuo, y el milagro no tiene otro propósito que la autoexaltación o la atención de intereses personales. La naturaleza de estos poderes milagrosos no es intrínsecamente buena.

Llama la atención un famoso milagro hindú que ocurrió en nuestra época. El 21 de septiembre de 1995, se produjo un milagro en Nueva Delhi, y rápidamente se extendió a otros lugares del planeta. Según parece, un hombre soñó que el Señor Ganesha, un dios hindú representado con forma de elefante, deseaba beber leche. El hombre se dirigió al templo de inmediato, ni siquiera esperó hasta el amanecer, y convenció al sacerdote que le permitiera ofrecer una cucharada de leche a la estatua de piedra. Ante la mirada atenta de ambos, la estatua consumió la leche, y siguió aceptando ofrendas de leche el resto del día. La noticia del milagro no solo paralizó la ciudad de Nueva Delhi, donde la gente abandonaba sus tareas para ir a ofrecer leche al dios, sino que el país entero se volcó a los templos. Además de Ganesha, también aceptaban ofrendas de leche las estatuas de otros dioses, sin importar el material con el que estaban hechas, piedra o cobre. Luego, 24 horas después de haber comenzado, los milagros en la India cesaron. Durante los días subsiguientes, el milagro se repitió en otras partes del mundo: Nueva York, Los Ángeles, y Canadá.[8]

Vemos que en este caso, el milagro se le atribuye a uno o más dioses del panteón hindú. Se desconoce el propósito del milagro y no se produjo ningún bien como consecuencia (salvo para los vendedores de leche).

Debido a que el hinduismo enseña que Dios es impersonal, los milagros no responden a ningún propósito particular, ni se transmiten mensajes a través de un profeta o por otro medio. Recordemos lo dicho en el capítulo 3: para que haya información debe existir comunicación entre seres inteligentes. Por otra parte, los milagros que encontramos en el hinduismo no manifiestan una naturaleza bondadosa; son milagros que apuntan a la autoexaltación, y engrandecen a quien realiza el milagro, en lugar de engrandecer a un Dios que desea darse a conocer y hacer el bien. En definitiva, los milagros del hinduismo carecen de bondad y parecen no tener sentido.

El nombre de Alá en lengua árabe.

El islamismo

El texto sagrado del Islam es el Corán. Su redacción se atribuye a Mahoma, el profeta de Alá, y se la considera la revelación definitiva de Dios. Curiosamente, el Corán no le atribuye milagros a Mahoma, con excepción de la composición del propio Corán. El siguiente pasaje se encuentra en el Corán, Sura 29:49–52

Tú no leías, antes de recibirla, ninguna Escritura, ni copiabas ninguna con tu diestra. Los falsarios, si no, habrían sospechado...

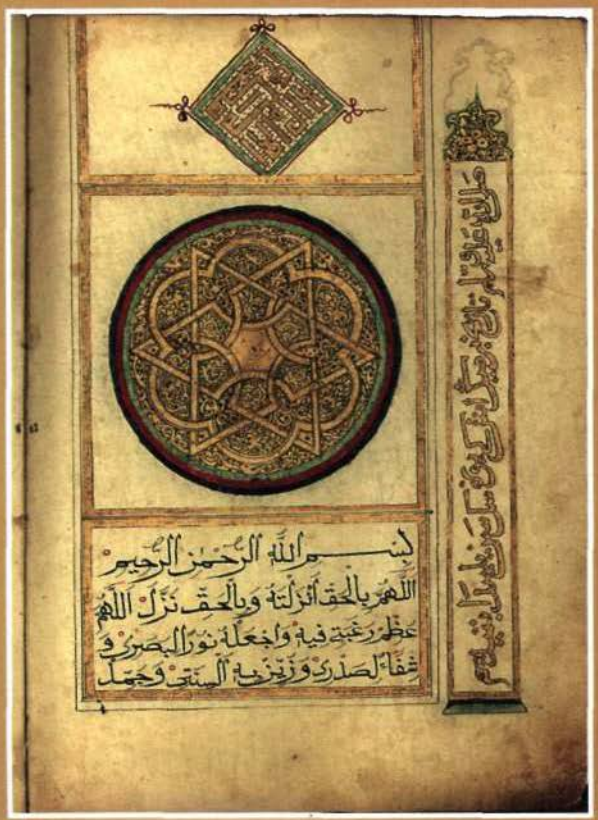
Antes bien, es un conjunto de aleyas claras en los pechos de quienes han recibido la Ciencia. No niegan nuestros signos sino los impíos.

Dicen: «¿Por qué no se le han revelado signos procedentes de su Señor?» Di: «Sólo Alá dispone de los signos. Yo soy solamente un monitor que habla claro».

¿Es que no les basta que te hayamos revelado la Escritura que se les recita? Hay en ello una misericordia y una amonestación para gente que cree.

Di: «¡Alá basta como testigo entre yo y vosotros! Conoce lo que está en los cielos y en la tierra. Quienes crean en lo falso y no crean en Alá, ésos serán los que pierdan».[9]

Mucho se ha insistido en que Mahoma no es más que un «simple mensajero». Esto lo han señalado musulmanes y no musulmanes por igual, puesto que el Corán afirma claramente, que Mahoma no hizo milagros. Sin embargo, muchos musulmanes creen encontrar en el pasaje arriba citado razón para afirmar que el Corán mismo es el milagro. Si la primera interpretación es correcta, y Mahoma no hizo milagros, luego, no puede ser profeta, porque no hay evidencia de confirmación divina. Los versos en Sura 17:90-93 respaldan esta visión. Allí leemos que la gente desafía a Mahoma a hacer milagros para confirmar que es el profeta de Alá, y él les responde lo siguiente: «¡Gloria a mi Señor! ¿Y qué soy yo sino un mortal, un enviado?»



Ejemplar del Corán de fines del siglo XVI o comienzos del siglo XVII, procedente de China. (Colección Schøyen, MS 4475, Oslo y Londres)

Manuscrito del Hadith procedente de Arabia Saudita, año 1329.
(Colección Schøyen, MS 4470, Oslo y Londres)

Si el Corán es el milagro realizado por Mahoma, entonces el Dios que allí se describe no es el Dios de la Biblia (como afirma el islamismo).

Sin embargo, si la segunda interpretación es correcta, nos encontramos frente a una argumentación circular. La razón para creer que Mahoma es un profeta, es que así lo establece el Corán, la revelación definitiva de Dios; a la vez, la razón para creer que el Corán es la Palabra de Dios es que así lo afirma Mahoma, profeta de Alá. Y así podríamos seguir siempre dentro del mismo círculo. Debemos agregar, además, que Mahoma no recibió la revelación delante de todo el pueblo, como Moisés, sino que la recibió en secreto, lo cual da lugar a sospechas. Si el Corán es el milagro realizado por Mahoma, entonces el Dios que allí se describe no es el Dios de la Biblia (como afirma el islamismo). El Dios de la Biblia, a diferencia del Dios del Corán, siempre estableció una clara distinción entre su mensaje, su mensajero, y el milagro que acreditaría al mensajero como su enviado.

Este desafío fue recogido por los escritos que registraron los dichos y la obra de Mahoma. Existen numerosos escritos de este tipo en la literatura islámica, y se los reúne en una colección llamada Hadith. Algunos de estos libros son considerados más fieles y valiosos que otros; los dos libros más antiguos y respetados son el Sahih Bukhari Hadith y el Sahih Muslim Hadith que datan del siglo IX, unos 200 años después de la muerte de Mahoma.

Según el relato en el Sahih Bukhari 4:783 no cabe duda de que Mahoma efectivamente realizó milagros.

El profeta acostumbraba dar sus sermones de pie, recostado sobre el tronco de una palmera. Cuando se construyó un púlpito, comenzó a dar los sermones desde el púlpito. El tronco se lamentaba por esta situación, entonces el profeta fue hasta el tronco y comenzó a acariciarlo hasta que este dejó de llorar.

En Sahih Bukhari 5:208 leemos sobre otro milagro de Mahoma:

La gente de la Meca le pidió al profeta de Alá que les mostrara un milagro. Así que él les mostró la luna partida en dos mitades, y entre ambas, según dicen, está el Monte Hiram.

Pasando por alto el problema de la contradicción entre el Hadith y el Corán, vemos que los milagros que relata el Hadith pueden o no tener su origen en un Dios trascendente (no hay una atribución explícita), no tienen un propósito manifiesto (excepto consolar un árbol triste), y no son de naturaleza bondadosa. Sea que consideremos o no al Hadith como parte del debate, no hay ninguna duda de que los milagros del islamismo son completamente diferentes de los milagros que relata la Biblia.

Peregrinos en la Meca durante el Hajj.

Conclusión

Así pues, llegamos a la conclusión de que los milagros no son contrarios a los principios científicos ni quedan excluidos de la investigación histórica. También vimos que los milagros de la Biblia se diferencian claramente de los de otras religiones. Los milagros bíblicos son los únicos que atribuyen su origen a un Dios personal y trascendente, tienen propósito e intencionalidad, y son de naturaleza bondadosa. Por lo tanto, aunque las demás religiones alegan la existencia de milagros como parte de sus tradiciones, en realidad, hacen referencia a hechos de diversa índole que no pueden equipararse con el poder certificador que poseen los milagros bíblicos.

Cita célebre

Los que establecen que no pueden darse los milagros están simplemente perdiendo el tiempo al investigar en los textos; sabemos de antemano los resultados que obtendrán, ya que han comenzado por prejuzgar la cuestión.

—*C.S. Lewis*[10]

Notas

1. Wayne Grudem, *Systematic Theology*, Zondervan, Grand Rapids, 1994, p.355. Grudem aclara en las notas al pie que esta definición es una adaptación a partir de las conferencias de John Frame.

2. Ron Brooks y Norman Geisler, *When Skeptics Ask*, Baker, Grand Rapids, 1996, p.82.

3. Lotería Powerball en línea. Sitio web: http://www.trillonario.com/static_about_lotteries_POWER.asp, (fecha de consulta 10 de junio de 2008).

4. En el capítulo 12 nos detendremos en el análisis de esta afirmación.

5. En Daniel 4:1-3 leemos que Nabucodonosor rinde honor al Dios bíblico.

6. Ver también Levítico 19:26,31; Deuteronomio 18:10-12.

7. Portal de Filosofía, Nueva Acrópolis, España, www.nueva-acropolis.es

8. Artículo «"It's a Miracle!" Rejoice Millions as Lord Ganesha Receives Milk», en la revista *Hinduism Today*, noviembre 1995. Disponible en: http://www.hinduismtoday.com/archives/1995/11/1995-11-01.shtml [Fecha de consulta: 16 de junio de 2008]

9. *El Sagrado Corán*, versión castellana de Julio Cortés, Biblioteca Islámica «Fátimah Az-Zahra», Musulmanes Shiítas de El Salvador, 2005. Disponible en: www.islamelsalvador.com [Fecha de consulta: 10 de junio de 2008].

10. C. S. Lewis, *Los Milagros* http://search.barnesandnoble.com/Los-Milagros/C-S-Lewis/e/9780061140020

Capítulo 10
¿Qué lugar ocupa la profecía?

¿Quiénes fueron los profetas y qué es profecía?

Los profetas no eran simples videntes o médiums que predecían el futuro, ni adivinos que manipulaban una bola de cristal para anticipar lo que habría de suceder. Sencillamente, un profeta era alguien que transmitía un mensaje de parte de Dios. Los profetas no se limitaban a dar a conocer el pensamiento de Dios, sino que repetían las palabras que Dios mismo les decía. A veces, el mensaje era una bendición, en otras ocasiones, era una advertencia. En cualquier caso, siempre se lo llamaba profecía. Las profecías no siempre predecían acontecimientos futuros.

Monasterio de Santa Catalina, construido a los pies del monte Sinaí, en el lugar donde, según la tradición, Moisés vio la zarza ardiente.

Moisés es el primer profeta cuyos escritos se mencionan en la Biblia, y fue él quien estableció los criterios para reconocer a un profeta.

Moisés es el primer profeta cuyos escritos se mencionan en la Biblia, y fue él quien estableció los criterios para reconocer a un profeta. Durante el episodio de la zarza ardiente, Dios le encomendó a Moisés la misión de actuar y hablar en su nombre.[1] Allí se le reveló el futuro de Israel: cómo la nación sería liberada de la esclavitud en Egipto y conducida hasta Canaán, y cómo el faraón se opondría, pero finalmente se vería obligado a ceder a causa de los milagros que Dios haría. Moisés debía transmitir este mensaje al pueblo de Israel, pero dudaba que ellos le creyeran. Seguramente le pedirían pruebas que avalaran su autoridad para hablar en nombre de Dios. Entonces, Dios le dio poder para hacer dos señales o milagros que avalarían su autoridad. Además de obrar estos y muchos otros milagros a lo largo de su vida, Moisés condujo a Israel a la libertad, dando cumplimiento a lo que él mismo había profetizado y confirmando que había hablado como verdadero mensajero de Dios.

Con Moisés como prototipo, los demás profetas que lo sucedieron también transmitieron el mensaje de Dios y, algunas veces, su labor fue confirmada mediante milagros; con frecuencia, eran anuncios proféticos que se cumplían en vida del profeta. En Deuteronomio 18:17-22, se establecen los criterios que permiten distinguir los verdaderos profetas de los falsos, y la manera en que el pueblo de Dios debe responder frente a unos y otros.[2]

Y Jehová me dijo: «Bien está eso que han dicho. Un profeta como tú les levantaré en medio de sus hermanos; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande. Pero a cualquiera que no oiga las palabras que él pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuenta. El profeta que tenga la presunción de pronunciar en mi nombre una palabra que yo no le haya mandado pronunciar, o que hable en nombre de dioses ajenos, ese profeta morirá. Tal vez digas en tu corazón: "¿Cómo conoceremos que esta no es palabra de Jehová?" Si el profeta habla en nombre de Jehová, y no se cumple ni acontece lo que dijo, esa palabra no es de Jehová. Por presunción habló el tal profeta; no tengas temor de él».

Así, los profetas nunca se equivocaban. El falso testimonio de un profeta se castigaba con la muerte. Además, el pueblo debía obedecer las palabras del profeta como palabras pronunciadas por Dios mismo.

Sin embargo, en muchas ocasiones, las profecías bíblicas son el anuncio anticipado de hechos futuros. Estas profecías se dan a conocer con tanta anticipación que no es posible pensar que el propósito es acreditar al profeta en vida, aun cuando todo lo que fue profetizado debe cumplirse si fue dicho por un verdadero profeta. Dios se vale de este tipo de profecías para revelarse como un Dios fiel que cumple sus promesas y en quien podemos depositar nuestra confianza. También se revela como el Señor de la historia, un Dios soberano que puede dirigirla y alcanzar las metas que se propuso sin coartar la libertad de elegir del ser humano.

En muchas ocasiones, las profecías bíblicas son el anuncio anticipado de hechos futuros.

En última instancia, el estudio de las profecías se asemeja mucho al Argumento del Diseño que examinamos en el capítulo 3. Allí vimos a Dios como diseñador y conductor de la naturaleza y sus procesos. En las profecías vemos cómo Dios diseña y conduce la historia valiéndose de acciones aparentemente inconexas de personas que no comparten ni la misma época ni el mismo propósito. Piense en alguien que, por accidente, derrama café sobre una alfombra blanca. Varios años más tarde, otra persona entra en esa misma habitación y vuelca café sobre la alfombra, agrandando la mancha. Cien años más tarde, alguien vuelve a volcar una taza de café. Ahora, imagine que encuentra la alfombra y descubre que las manchas forman un mapa que puede ser utilizado como una guía de ruta.

O imagine un estanque cuyo lecho está cubierto de arena; no hay piedras en el agua, pero hay piedras planas en la orilla. Ahora, imagine que un muchacho llega hasta el estanque y comienza a jugar tirando piedras para que reboten sobre la superficie del agua. Un siglo más tarde, otro muchacho también juega a arrojar piedras en el estanque. Transcurrido otro siglo, un tercer muchacho arroja más piedras en el mismo estanque. Luego, imagine que alguien trepa un árbol que crece junto al estanque, y descubre un magnífico retrato en el fondo del estanque en un mosaico formado por las piedras arrojadas. Así es como funciona la profecía.

Ejemplos de profecías cumplidas en el Antiguo Testamento

Al tener la ventaja de poder mirar en retrospectiva y de los avances de la arqueología, podremos examinar algunas de las profecías de carácter predictivo para comprobar si las predicciones fueron exactas, o si no se cumplieron en absoluto. Son muchos los autores que asumieron esta tarea desde hace unos 100 años hasta la fecha y la bibliografía disponible es abundante. Las listas de ejemplos concretos de profecías cumplidas muestran bastantes coincidencias entre un libro y otro. Seguidamente, haremos un breve repaso de algunas de las profecías cumplidas más sorprendentes y, a la vez, verificables.

Ruinas del arco triunfal de Tiro.
(Fotografía de David Bjorgen)

La ciudad de Tiro

Ezequiel 26:3-14,21

3 »Por tanto, así ha dicho Jehová, el Señor: »He aquí yo estoy contra ti, Tiro, y haré subir contra ti muchas naciones, como el mar hace subir sus olas.

4 »Demolerán los muros de Tiro y derribarán sus torres; barreré de ella hasta el polvo y la dejaré como una roca desnuda.

5 Tendedero de redes será en medio del mar, porque yo he hablado, dice Jehová, el Señor. Será saqueada por las naciones;

6 sus hijas que están en el campo serán muertas a espada. Y sabrán que yo soy Jehová.

7 »Porque así ha dicho Jehová, el Señor: Del norte traigo yo contra Tiro a Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes, con caballos, carros y jinetes, y con tropas y mucha gente.

8 »Matará a espada a tus hijas que están en el campo, pondrá contra ti torres de sitio, levantará terraplenes contra ti y contra ti afirmará el escudo.

9 Pondrá contra ti arietes, contra tus muros, y tus torres destruirá con hachas.

10 Por la multitud de sus caballos te cubrirá el polvo de ellos; con el estruendo de su caballería, de las ruedas y de los carros, temblarán tus muros cuando entre por tus puertas como por las brechas de una ciudad destruida.

11 Con los cascos de sus caballos pisoteará todas tus calles. A tu pueblo matará a filo de espada, y tus fuertes columnas caerán a tierra.

12 Robarán tus riquezas y saquearán tus mercaderías; arruinarán tus muros, destruirán tus casas preciosas y arrojarán en medio del mar tus piedras, tu madera y tus escombros.

13 Haré cesar el bullicio de tus canciones y no se oirá más el son de tus cítaras.

14 Haré de ti una roca desnuda, un tendedero de redes; nunca más serás edificada, porque yo, Jehová, he hablado, dice Jehová, el Señor.

21 Te convertiré en un espanto, y dejarás de ser; serás buscada, pero nunca más serás hallada, dice Jehová, el Señor».

(Los versículos fueron listados de este modo para facilitar las referencias.)

Ezequiel comenzó su ministerio profético en 593 a.C., y poco tiempo después comenzó el cautiverio en Babilonia, que se extendió al menos hasta el año 571 a.C.[3] No se sabe con exactitud la fecha de esta profecía de Ezequiel. Es evidente que el empleo del tiempo futuro indica que aun no habían ocurrido los hechos descritos por el profeta. Los escépticos acotarán que Ezequiel o algún revisor posterior pudieron haber relatado hechos pasados en tiempo futuro con el propósito de engrandecer la figura del profeta o por algún otro motivo. Sin embargo, si bien algunas profecías se cumplieron en vida de Ezequiel, muchas otras no lo hicieron.

En tiempos de Ezequiel, la ciudad de Tiro estaba compuesta por dos áreas, una costera, en el territorio que hoy pertenece al Líbano, y otra insular, en una isla distante a poco menos de 1 km (cerca de 0,5 millas) de la costa. En 585 a.C., Nabucodonosor, rey de Babilonia, emprendió la conquista de la región. Otras ciudades, como Jerusalén y Sidón, ya habían sido conquistadas, pero Tiro resistió con valentía. Tan firme fue la resistencia de los habitantes de Tiro que Nabucodonosor tuvo que sitiar la ciudad; el sitio se prolongó hasta el año 572, cuando finalmente Tiro cayó derrotada. Luego de trece años, los soldados entraron a la ciudad y descubrieron que la mayor parte de sus tesoros y riquezas habían desaparecido; se cree que habían logrado llevarlas secretamente hasta la isla. ***La caída del área costera de Tiro dio cumplimiento a las profecías en los versículos 7 y 8.***

En 332 a.C., mucho tiempo después de la muerte de Ezequiel, Alejandro Magno se propuso derrotar el área insular de Tiro. Decidió no atacar por mar, sino conectar la isla con la costa; aparentemente, la idea se le ocurrió al ver los escombros que todavía se encontraban en el emplazamiento de la antigua ciudad. Dado que la profundidad del agua que separaba la isla de la costa no superaba los 6 m (20 pies), los griegos usaron los escombros para construir una calzada de unos 60 m (200 pies) que unía la isla con la costa. Este plan dio cumplimiento a las profecías de los versículos 4 y 12. Al quitar los escombros, se formó una explanada que aun hoy los pescadores usan para extender y secar sus redes. ***Esto dio cumplimiento a la primera parte de la profecía del versículo 14.*** Con posterioridad a la conquista de Alejandro, Tiro cayó en manos de Antígono, c.314 a.C.

En 1291 d.C., los musulmanes se apoderaron de la isla. ***Esta sucesión de invasiones dio cumplimiento a la profecía del versículo 3.***

En la actualidad, un pequeño pueblo de pescadores ocupa el lugar de la antigua Tiro, pero aquella gran ciudad nunca fue reconstruida, ***dando cumplimiento a la profecía en la segunda mitad del versículo 14.*** El autor Josh McDowell sugiere que la frase «nunca más serás hallada», significa que aunque los seres humanos intenten reconstruir la ciudad de Tiro, ya nunca será encumbrada ni recuperará «su antigua riqueza y esplendor».[4]

De esta manera, todas las profecías de Ezequiel con relación a Tiro fueron cumplidas. El matemático y astrónomo Peter Stoner calculó que la probabilidad de cumplimiento de estas profecías era 1 en 75.000.000.[5] Para ser sinceros, Ezequiel pudo haber previsto algunos de estos acontecimientos mediante la lógica, por ejemplo, el ataque de Nabucodonosor a la ciudad de Tiro; en otros casos, los datos son tan vagos —«las muchas naciones que subieron contra Tiro»— que resultan históricamente probables. Sin embargo, es importante señalar que el canon del Antiguo Testamento, a efectos prácticos, se fijó unos 100 años antes de la conquista de Alejandro, lo cual hace bastante improbable que el texto haya sido editado con posterioridad a los hechos, para darle mayor precisión a la profecía de Ezequiel.

Fotografía satelital de Medio Oriente. Nótese cómo la calzada de Alejandro favoreció la acumulación de sedimentos en la bahía hasta formar un istmo. (Fotografía de la NASA)

Si este hubiera sido el caso, encontraríamos variantes en los textos; algunos tendrían las profecías tal como se cumplieron y otros no, pero no ha sido así. Y aun cuando las profecías hayan sido añadidas o modificadas con posterioridad a la época de Alejandro, o incluso más tarde, sigue en pie el hecho de que la antigua ciudad de Tiro, próspera y pujante en tiempos de Ezequiel, nunca fue reconstruida, una profecía que se cumplió independientemente de la fecha de composición del texto de Ezequiel.

El reino de Edom

Jeremías 49:17-18

17 »Edom se convertirá en espanto. Todo aquel que pase por ella se asombrará, se burlará de todas sus calamidades.

18 Como sucedió en la destrucción de Sodoma, de Gomorra y de sus ciudades vecinas, dice Jehová, tampoco allí habitará nadie, ningún ser humano habitará en ella.

Cuando Jeremías comenzó su ministerio profético (627–587/586 a.C.),[6] Edom era un reino consolidado desde hacía mucho tiempo, al sur del Mar Muerto. Petra, capital del reino, estaba rodeada de montañas, y por allí pasaba una importante ruta comercial. Para llegar a la ciudad de Petra se debe atravesar un angosto desfiladero de 1,5 km (1 milla) o más de largo flanqueado por paredes de roca de unos 150 m (500 pies) de altura. Petra es bien conocida por sus construcciones labradas en la pared de los acantilados de arenisca.

Cuando los musulmanes obtuvieron el control del territorio en 636 d.C. (dando cumplimiento a la profecía en la primera parte del versículo 18), el declive de Edom ya había comenzado debido al cambio en el trazado de las rutas comerciales durante la ocupación romana y a un terremoto devastador en 363 d.C. En el siglo XIII, cuando los cruzados construyeron un castillo cerca de Petra, hallaron el lugar desolado. Desde aquel momento hasta su redescubrimiento en el siglo XIX, no se sabe nada de la historia del lugar. La zona es mayormente inhóspita y sigue deshabitada hasta hoy, de modo que se cumplió la profecía del versículo 17 y final del versículo 18.

En el siglo XIII, cuando los cruzados construyeron un castillo cerca de Petra (capital de Edom) hallaron el lugar desolado.

Según el autor Urquhart:

El lugar es de una desolación indescriptible. La actividad comercial ha desaparecido por completo. No sabemos qué pasó exactamente, pero el gran mercado de Petra dejó de existir hace muchísimo tiempo. Edom ya no despierta el interés de los que quieren comprar ni de los que quieren vender; nadie sale de allí cargado con las mercaderías que alguna vez lo hicieron famoso entre los reinos de la tierra.[7]

Jeremías no fue el único que profetizó sobre Edom. También Isaías (aprox. segunda mitad del siglo VIII a.C.)[8] profetizó sobre el abandono y la desolación de Edom.[9] Ezequiel anunció que Edom sería conquistada por Israel en determinado momento (y así fue durante un breve período), que se convertiría en un páramo desolado, quedaría aislada y ya no llegarían viajeros a su tierra (esto se cumplió cuando cambió el trazado de la ruta comercial).[10]

Alejandro Magno

Daniel 11:2-4

2 »Aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas, más que todos ellos. Este, al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia.

3 Se levantará luego un rey valiente, que dominará con gran poder y hará su voluntad.

Busto de Alejandro Magno que se conserva en el Museo Británico.

4 Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; pero no será para sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó, porque su reino quedará deshecho y será para otros aparte de ellos.

Mosaico de la ciudad de Pompeya, siglo I, que representa la batalla de Issus. En el extremo izquierdo se ve la figura de Alejandro.

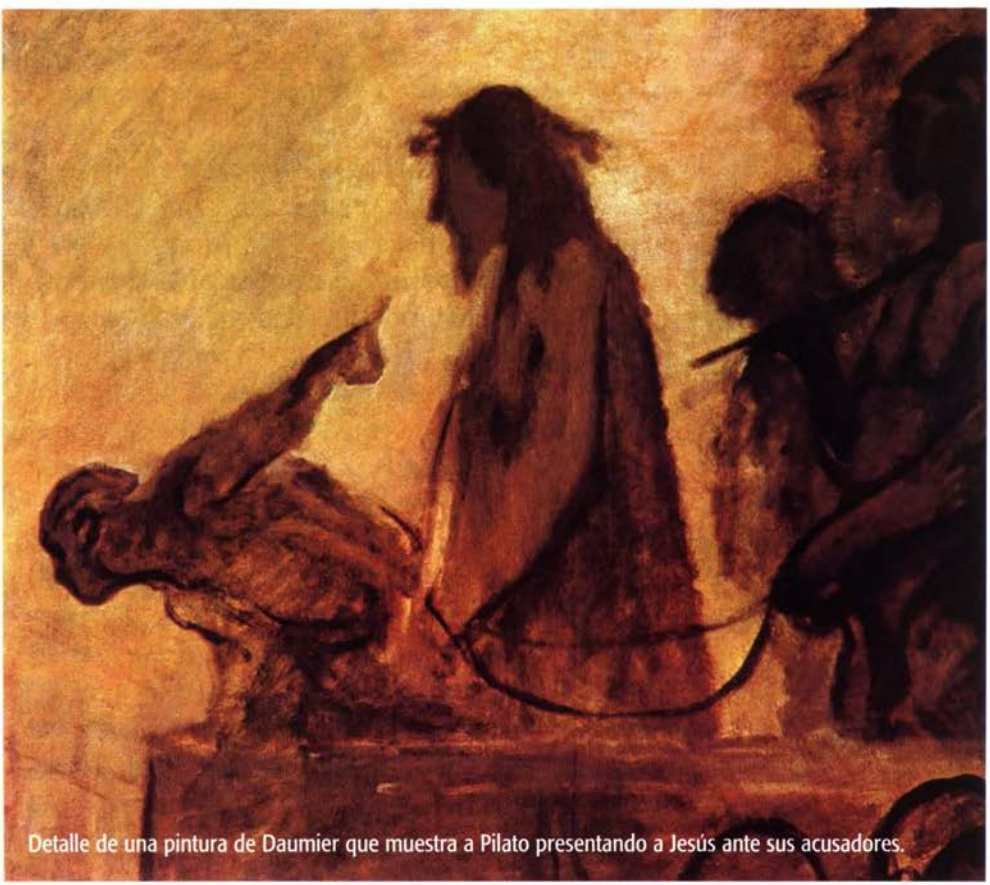
Daniel escribió esta profecía en Persia hacia fines del siglo VI a.C., casi 200 años antes del nacimiento de Alejandro Magno, ocurrido en el año 356 a.C.

Daniel escribió esta profecía en Persia hacia fines del siglo VI a.C., casi 200 años antes del nacimiento de Alejandro Magno, ocurrido en el año 356 a.C. Alejandro subió al trono a la edad de 20 años, y de inmediato se embarcó en una campaña para conquistar Persia, en venganza por el intento de invasión comandado por el rey persa Jerjes un siglo atrás. Después de dominar Persia, Alejandro conquistó la mayor parte de los territorios en la región del Mediterráneo, y así logró crear un vasto imperio.[11] Esto dio cumplimiento al versículo 3 de la profecía. Después de la muerte repentina de Alejandro en 323 a.C., el imperio no se dividió entre sus herederos, sino entre sus generales. Los generales Ptolomeo, Seleuco, Lisímaco, Casandro y Antígono pelearon y conspiraron unos contra otros, hasta que finalmente lograron consolidar cuatro reinos separados (el territorio de Antígono quedó bajo el poder de Seleuco).[12] Así se cumplió la profecía de Daniel que leemos en el versículo 4.

Como sucede con la profecía de Tiro, esta no pudo haber sido añadida al texto de Daniel después de sucedidos los hechos, porque el canon del Tanaj, la Escritura hebrea, quedó cerrado más de 100 años antes de la muerte de Alejandro, y cuando esto sucedió, los textos estaban firmemente establecidos. No existen versiones alternativas de Daniel que presenten diferencias en el capítulo 11.

Una característica interesante de estas y otras profecías bíblicas es que, muy posiblemente, los profetas no podían ver con total claridad las situaciones que predecían o anticipaban. No siempre sabían cómo se cumplían las profecías, ni el tiempo transcurrido entre una etapa y otra, ni siquiera el orden de las diferentes etapas.

A menudo los profetas desconocían la relación exacta entre los diferentes elementos involucrados en sus visiones del futuro. Solo la mirada en retrospectiva permite discernir lo sucedido.



Detalle de una pintura de Daumier que muestra a Pilato presentando a Jesús ante sus acusadores.

Las profecías sobre la venida de Cristo

La naturaleza verificadora de la profecía se manifiesta con más fuerza en el contexto de las profecías mesiánicas.

En el Nuevo Testamento, a menudo vemos que la gente preguntaba si Jesús era el Mesías,[13] pero nadie preguntaba qué era el Mesías. No necesitaban aprender nada al respecto, porque el Tanaj contenía numerosas profecías sobre el Mesías que vendría a rescatar a Israel. Por cierto, tenían algunas ideas equivocadas con relación al papel y la función que el Mesías habría de cumplir, pero de cualquier forma, esperaban su llegada. Esta idea ya estaba presente en la Escritura hebrea; no fue una novedad introducida por los seguidores de Jesús.

En el Nuevo Testamento, a menudo vemos que la gente preguntaba si Jesús era el Mesías, pero nadie preguntaba qué era el Mesías.

La importancia de estas profecías no puede ser subestimada. Si se cumplieron, se ratifica la afirmación según la cual la Biblia es Palabra de Dios. También confirmamos la existencia de un Dios personal, comprometido, bondadoso y todopoderoso que eligió revelarse de una manera particular. Por último, descubrimos a la persona sobre quien se escribieron estas profecías, la persona enviada por Dios para ofrecernos la salvación, la persona que Dios escogió para revelarse ante nosotros de manera inequívoca y con total claridad. Si en esa persona se cumplen las profecías, pues entonces debemos escucharla y considerar seriamente sus enseñanzas.

¿Pero de cuántas profecías mesiánicas hablamos? ¿Tal vez tres, o cuatro, como en los ejemplos anteriores? Sin duda, lo más probable es que haya más de una persona entre las que alguna vez vivieron en esta tierra que pueda cumplir tres o cuatro profecías, y hasta duplicar o triplicar esa cantidad. Felizmente, el Antiguo Testamento impide esgrimir este argumento. Según algunos conteos, existen entre 300 y 400 profecías mesiánicas en el Antiguo Testamento. Otros estudiosos creen que ese número es algo elevado; aceptan esa cantidad para las alusiones al Mesías, pero cuentan algo menos de 100 profecías principales. El *Diccionario Bíblico Ilustrado Holman* enumera 121 profecías mesiánicas cumplidas.[14]

Josh McDowell hizo una excelente investigación sobre las profecías principales, y según él, son 61.[15] Con toda justicia, las describe como la acreditación que debía tener toda persona que alegara ser el Mesías.

En la lista confeccionada por McDowell hay un grupo de profecías relativas a la genealogía del Mesías. Si consideramos solo las profecías referidas a la genealogía, vemos que es bastante reducida la lista de candidatos que podrían ocupar este lugar. El Mesías debía ser de la simiente de Abraham,[16] hijo de Isaac,[17] hijo de Jacob,[18] de la tribu de Judá,[19] del linaje de Isaí,[20] de la casa de David.[21]

El Mesías debía ser de la simiente de Abraham, hijo de Isaac, hijo de Jacob, de la tribu de Judá, del linaje de Isaí, de la casa de David.

Si avanzamos en el análisis de las profecías, observamos el uso del pronombre masculino para referirse al Mesías; esto excluye a la mitad de todas las personas que hayan vivido en la tierra (las mujeres) de la lista de posibles candidatos. Abraham tuvo dos hijos, uno de ellos fue Isaac.[22] Así, la mitad de los hombres descendientes de Abraham quedan fuera de la lista. También Isaac tuvo dos hijos, uno de ellos fue Jacob;[23] esto excluye a la mitad de los descendientes de Isaac. Jacob tuvo doce hijos, uno de ellos fue Judá;[24] y así quedan eliminados los otros once descendientes. Judá tuvo cinco hijos,[25] de modo que fueron excluidos cuatro de sus descendientes varones. Isaí tuvo ocho hijos, uno de los cuales fue David;[26] esto excluye a siete de los ocho descendientes varones. Por último, David tuvo diez hijos varones, de modo que nueve de sus descendientes quedan fuera de la lista. Es evidente que la identidad del Mesías estaba claramente establecida y que la lista de posibles candidatos era muy reducida. No cualquier persona podía arrogarse, así porque sí, esa función y esperar que la tomaran en serio.

TODOS LOS SERES HUMANOS QUE VIVIERON EN LA TIERRA
HOMBRES
MUJERES
LOS HIJOS DE ABRAHAM
ISAAC
ISMAEL
LOS HIJOS DE ISAAC
JACOB
ESAÚ
LOS HIJOS DE JACOB
RUBÉN SIMEÓN LEVÍ ZABULÓN GAD ISACAR DAN ASER
NEFTALÍ JOSÉ JUDÁ BENJAMÍN
LOS HIJOS DE JUDÁ
ER ONÁN SELA FARES ZARA
LOS HIJOS DE ISAÍ
ELIAB ABINADAB SIMEA NATANAEL RADAI OZEM ELIHÚ DAVID
LOS HIJOS DE DAVID
AMNÓN DANIEL ABSALÓN ADONÍAS SEFATÍAS ITREAM SIMEA SOBAB
NATÁN SALOMÓN
MESÍAS

Pero las profecías incluyen otros elementos necesarios para acreditar a alguien como el Mesías. En su libro *Science Speaks* [Dice la ciencia], Peter Stoner analizó ocho profecías y calculó la probabilidad de cumplimiento. Las profecías que estudió fueron las siguientes:

1. El Mesías nacerá en Belén (Miq. 5:2).

2. El Mesías será precedido por un mensajero (Mal. 3:1).

3. El Mesías entrará en Jerusalén montado en un pollino (Zac. 9:9)

4. El Mesías será traicionado por un amigo (Zac. 13:6).

5. El Mesías será entregado por treinta piezas de plata (Zac. 11:2)

6. Quien traicione al Mesías intentará sin éxito devolver las treinta piezas de plata, y luego las arrojará en el piso del templo (Zac. 11:13).

7. El Mesías no hablará en defensa propia (Isa. 53:7).

8. Las manos y los pies del Mesías serán traspasados (Sal. 22:16).[27]

La mayoría de los biblistas no admiten que el texto de Zacarías 13:6 hace referencia al Mesías, de modo que no tendremos en cuenta el cálculo de Stoner con relación a ese punto. Stoner basó su cálculo de probabilidad en números obtenidos por él mismo y más de 600 de sus alumnos a lo largo de unos 10 años. Cuando le parecía que había motivo para revisar algún número, optaba por una cifra más conservadora. Al analizar estas 8 profecías, Stoner y sus alumnos concluyeron que la probabilidad de que se cumplieran en un hombre que hubiera vivido en el período comprendido entre la redacción de las profecías (no más tarde del 400 a.C.) y el presente, es 1 en 100.000.000.000.000.000 (o cien mil millones de billones, expresado como 10^{17}). La probabilidad que le corresponde al cumplimiento de Zacarías 13:6 fue de 1 en 1000.[28] Pero aun si eliminamos este número de la ecuación, tenemos una cifra astronómicamente alta.

Imaginemos el siguiente ejemplo:

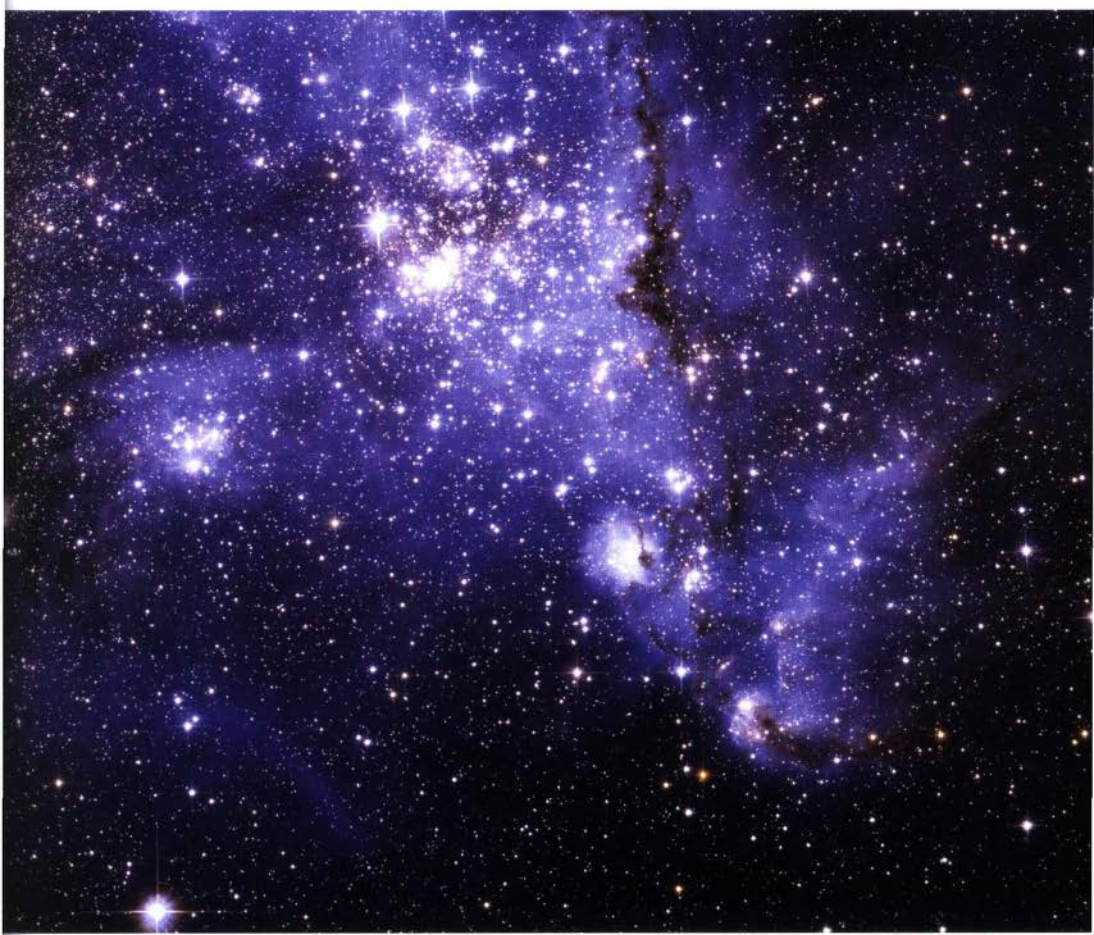
Imagine que disponemos de 1017 monedas de un dólar de plata y las usamos para cubrir la superficie del estado de Texas. Las monedas cubrirán el total de la superficie hasta una altura de unos 60 cm (2 pies). A continuación, marcamos una de estas monedas de plata y mezclamos cuidadosamente toda la masa de monedas distribuida por el estado. Le vendamos los ojos a un hombre y le decimos que puede ir tan lejos como desee, pero que debe recoger una moneda de plata y asegurarse de que sea la correcta. ¿Qué probabilidad tendría de encontrar la moneda marcada? Exactamente la misma que hubieran tenido los profetas de escribir estas ocho profecías y lograr que todas se cumplieran en un solo hombre, desde su época hasta el presente, si hubieran profetizado basándose en su propia sabiduría.[29]

De acuerdo con el Nuevo Testamento, todas y cada una de las profecías arriba mencionadas se cumplieron.

1. *El Mesías nacerá en Belén (Mat. 2:1; Luc. 2:15; Juan 7:24).*
2. *El Mesías será precedido por un mensajero (Mat. 3:1-13; Mar. 1:1-11; Luc. 3:1-22; Juan 1:6-36).*
3. *El Mesías entrará en Jerusalén montado en un pollino (Mat. 21:1-11; Mar. 11:1-10; Luc. 19:28-38; Juan 12:14-16).*
4. *(La mayoría de los biblistas no interpretan este texto como una profecía; ver punto 4, pág. 252).*
5. *El Mesías será entregado por treinta piezas de plata (Mat. 26:15).*
6. *Quien traicione al Mesías intentará sin éxito devolver las treinta piezas de plata, y luego las arrojará en el piso del templo (Mat. 27:3-5).*
7. *El Mesías no hablará en defensa propia (Mat. 26:57-27:22; Mar. 14:55 -15:15; Luc. 22:54-23:24; Juan 18:13-19:16).*
8. *Las manos y los pies del Mesías serán traspasados (Mat. 27:35; Mar. 15:25; Luc. 23:33; Juan 19:18).*

Stoner luego calculó la probabilidad de que se cumplieran 48 profecías. En el supuesto caso de que las 40 profecías adicionales tuvieran un cociente de probabilidad similar al del primer grupo de 8 profecías, la probabilidad de que las 48 se cumplieran en un hombre cualquiera es 1 en 10.000.000 .000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.00 0.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.0 00.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000. 000.000.000.000.000.000 (o 10^{157}). Stoner intentó explicar esta cifra apabullante de la siguiente manera:

Supongamos que podemos formar una bola sólida de electrones, que se expande en todas direcciones desde la Tierra hasta una distancia de 6000 millones años luz.



¿Habremos usado la totalidad de los 10^{157} electrones? No, habremos hecho un agujero tan pequeño en la masa que no podremos verlo. Podemos formar esta bola sólida de electrones que se expande en todas direcciones hasta una distancia de 6000 millones años luz 6 x 10^{28} veces.[30] Por increíble que parezca esta cifra, no debemos olvidar que existen al menos 61 profecías mesiánicas principales. Si la probabilidad estadística del cumplimiento de 48 profecías es próximo a 0, ¿cuánto más se reducirá la probabilidad para 61 profecías? El grado de improbabilidad es apabullante.

Es verdad que el cumplimiento de algunas profecías pudo ser intencional, como entrar a Jerusalén montado en un asno; pero debemos entender que la mayoría de las profecías no pueden descartarse tan fácilmente. El Mesías no podía planear el momento ni el lugar donde iba a nacer, quiénes serían sus antepasados, el comportamiento de otras personas (por ejemplo, la persona que lo iba a traicionar), ni de qué manera iba a morir.[31] Además, el cumplimiento intencional de algunas de las profecías antes mencionadas, equivaldrían a un reconocimiento tácito de que esa persona daba cumplimiento a todas las demás profecías, afirmación que se puede investigar. También debemos comprender que estas profecías no fueron agregadas posteriormente a los textos a fin de hacerlas coincidir con la vida de Jesús. Recordemos que los intérpretes judíos usaban, exactamente, los mismos textos que habían dado origen a estas profecías, y nunca argumentaron en contra del cristianismo diciendo que las profecías hubieran sido agregadas al texto. En cambio, sí rebatieron la interpretación del cumplimiento de estas.

Las setenta semanas de Daniel

Una de las profecías más conocidas y más asombrosas sobre el Mesías se encuentra en el libro de Daniel. El pasaje en Daniel 9:24-27, a menudo identificado como las «Setenta semanas de Daniel», ofrece un lapso de tiempo bastante acotado durante el cual vendría el Mesías.

24 »Setenta semanas están determinadas
sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad,
para terminar la prevaricación,
poner fin al pecado
y expiar la iniquidad,
para traer la justicia perdurable,
sellar la visión y la profecía
y ungir al Santo de los santos.

25 Sabe, pues, y entiende
que desde la salida de la orden
para restaurar y edificar a Jerusalén
hasta el Mesías Príncipe,
habrá siete semanas y sesenta y dos semanas;
se volverán a edificar la plaza y el muro
en tiempos angustiosos.

26 Después de las sesenta y dos semanas
se quitará la vida al Mesías,
y nada ya le quedará.
El pueblo de un príncipe que ha de venir
destruirá la ciudad y el santuario,
su final llegará como una inundación,
y hasta el fin de la guerra
durarán las devastaciones.

27 Por otra semana más confirmará el
pacto con muchos;
a la mitad de la semana
hará cesar el sacrificio y la ofrenda.
Después, con la muchedumbre de
las abominaciones,
vendrá el desolador, hasta que ven
ga la consumación
y lo que está determinado
se derrame sobre el desolador"».

Daniel, pintado por Miguel Ángel.

Para entender la línea de tiempo, es preciso tener en cuenta que la palabra traducida como «semana» corresponde a la palabra hebrea que significa siete, que se refiere a un período de tiempo, un «período de sietes».[32] A través del Tanaj se lo usa para describir un período de siete días o de siete años. Se cree que en este caso, se refiere a semanas de años, o períodos de siete años: 70 semanas = 490 años.

El período de tiempo establecido para la venida del Mesías finalizaba con la destrucción de Jerusalén. («El pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario.») Cuando Daniel escribió este texto, aprox. 530 a.C., Jerusalén ya estaba en ruinas. Su profecía anunciaba que el muro de la ciudad sería reconstruido antes de ser destruido nuevamente. Decía también que el decreto que ordenaba restaurar Jerusalén marcaba el comienzo de las 70 semanas. El Mesías llegaría después de transcurridas 69 semanas de años. El decreto señalaba el comienzo del período, y la destrucción de Jerusalén en 70 d.C. marcaba el final. Cualquiera que irrumpiera en la historia fuera de este lapso no podía ser el Mesías prometido.

Ahora corresponde preguntarnos cuándo comenzó, exactamente, el período. ¿Tenemos información sobre el decreto que ordenó la reconstrucción de Jerusalén? Si es así, ¿cuándo fue promulgado? Si realmente conociéramos ese decreto, podríamos establecer la fecha de comienzo de las 70 semanas, el fin de la semana 69 que marca el comienzo del período del Mesías.

La Escritura menciona varios decretos cuya fecha de promulgación fue señalada como el comienzo de las 70 semanas. Uno de ellos, en Nehemías 2:1-8, no habla únicamente de la restauración del templo, sino también de la ciudad (como lo establece la profecía). Otro de los decretos que suele usarse se encuentra en Esdras 7:11-16. Aunque este decreto no reúne las características mencionadas en la profecía, la oración de gratitud de Esdras en 9:6-15 dice que el decreto autoriza la reconstrucción de Jerusalén y del templo. Examinaremos ambos decretos.

Para quienes proponen usar el decreto de Artajerjes en Esdras 7:11-16, el período comienza en 457 a.C., año de promulgación del decreto: 69 semanas de años = 483 años; 457 a.C. + 483 años = 27 d.C. (no hay año 0). Según Lucas 3:1, Juan el Bautista comenzó su ministerio en el año decimoquinto del gobierno del emperador Tiberio. Aunque Tiberio fue coronado en 14 d.C., comenzó a gobernar mediante el sistema de corregencia en 12 d.C. de modo que en el año 26 d.C. cumplió su decimoquinto año en el poder.[33] Así, el Mesías hizo su aparición en 27 d.C., lo cual se ajusta bien a la vida de Jesús y ubica su crucifixión en 30 d.C.

Otros estudiosos opinan que la referencia correcta para establecer la fecha inicial es el decreto de Artajerjes en Nehemías, porque es el único que habla concretamente de la reconstrucción de la ciudad, de acuerdo con la profecía. La fecha del decreto es el mes de Nisan, en el año vigésimo del reinado de Artajerjes. Este ascendió al trono en 465 a.C., de modo que debemos comenzar a contar los años a partir del año 444 a.C. Según la costumbre de los antiguos hebreos, si no se mencionaba un día particular del mes, se sobreentendía que era el primer día de ese mes. De modo que la cuenta de las setenta semanas comienza el día 1 de Nisan, 444 a.C., que equivale al 4 de marzo de 444 a.C. en nuestro calendario.

Los partidarios de esta fecha inicial señalan, además, que en el tiempo en que surgió la profecía, los años se calculaban de manera diferente. Nosotros tenemos años de 365,25 días (año solar), pero la literatura profética de la antigüedad manejaba años de 360 días.[34] Para entender correctamente las semanas de años, debemos convertir las sesenta y nueve semanas, 483 años, en días: 483 x 360 = 173.880 días. Si partimos del 4 de marzo de 444 a.C. y contamos hacia delante 173.880 días en el calendario corriente, calculando los años bisiestos y la ausencia de año 0, llegamos al domingo 29 de marzo de 33 d.C.[35] Esta fecha correspondería al Domingo de Ramos, el día que Jesús se presentó al pueblo de Israel como el Mesías; luego, la fecha de crucifixión sería 3 de abril de 33 d.C.

Carson, Moo y Morris señalan que muy posiblemente Jesús fue crucificado el 14 o el 15 de Nisan. Estos autores no basan su argumentación en la profecía de Daniel, sino en datos astronómicos y en indicadores hallados en los Evangelios. Con respecto al período de tiempo en discusión, concluyeron que en términos de exactitud, las fechas más probables para la crucifixión son el viernes 14 de Nisan de 30 d.C. y el viernes 15 de Nisan de 33 d.C.[36] Cada una de estas fechas corresponde a uno de los dos métodos para calcular el final de las 69 semanas del texto de Daniel.

Una vez más, debemos señalar que esta sorprendente profecía no pudo ser añadida a la Escritura a fin de hacerla coincidir con la vida de Jesús, porque el Tanaj fue respetuosamente preservado tanto por judíos como por cristianos. El texto en sí nunca presentó problemas; los problemas surgen con la interpretación.

Conclusión

La profecía tiene enorme importancia porque es un milagro verificable. Para confirmar o rechazar un profeta basta comprobar si los hechos anunciados se cumplieron. Como hemos visto, hay profecías que se cumplieron sin dejar dudas y pueden ser corroboradas. La probabilidad de que estas profecías verificables se hayan cumplido por azar es extremadamente pequeña. Además, no son profecías que pudieron insertarse en el texto con posterioridad. Así pues, los profetas han demostrado que, sin duda, sus mensajes eran palabras de Dios, y tenemos, por tanto, buenos motivos para reconocer en ellos toda autoridad.

La profecía tiene enorme importancia porque es un milagro verificable.

A esto se suma que un importante número de profecías se refieren a la identidad de un hombre: el Mesías. Todo indica que, en efecto, el Mesías llegó como había sido anunciado y dio cumplimiento a las profecías que se habían escrito sobre él; este hombre fue Jesús de Nazaret. Él mismo hizo anuncios proféticos, de modo que también su autoridad tendría que poder ser corroborada. Muchos son los milagros atribuidos a Jesús, pero hay uno en particular del cual depende la existencia misma del cristianismo: su resurrección.

Cita célebre

La persona que busca certezas en la religión estará agradecida por la multiplicidad, y también por la minuciosidad y el carácter distintivo de las profecías en la Escritura. Es probable que una o dos lamparillas encendidas en un cuarto no alcancen para disipar completamente la penumbra, pero la solución es sencilla: Basta multiplicar las lamparillas y el lugar se verá más luminoso que con la luz del día.[37]

—John Urquhart

Notas

1. Éxodo 3:1–4:17.

2. Ver también Números 22:38 y Jeremías 1:9.

3. Charles F. Fensham, *The Oxford Companion to the Bible*, ed. Bruce M. Metzger y Michael D. Coogan, Oxford University Press, Oxford, 1993, p.217.

4. Josh McDowell, *Evidence that Demands a Verdict*, Here's Life, San Bernardino, 1972, 1992, p.279.

5. Peter Stoner, *Science Speaks*, Moody Press, Chicago, 1969, pp.72-79.

6. Robert Davidson, *The Oxford Companion to the Bible*, ed. Bruce M. Metzger y Michael D. Coogan, Oxford University Press, Oxford, 1993, p.343.

7. John Urquhart, *The Wonders of Prophecy*, Christian Alliance, Harrisburg, PA, 1925, p.98.

8. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, Wings, New York, 1971, p.163.

9. Isaías 34:10-15.

10. Ezequiel 25:13-14, 35:4-7.

11. Guy MacLean Rogers, *The Oxford Companion to the Bible*, ed. Bruce M. Metzger y Michael D. Coogan, Oxford University Press, Oxford, 1993, pp.19-20.

12. Merrill C.Tenney, *New Testament Survey*, Zondervan, Grand Rapids, 1953, 1961, 1985, p.17.

13. Ver Mateo 16:16; Lucas 2:26; Juan 1:41; 4:25,29; 20:31, et al.

14. *Diccionario Bíblico Ilustrado Holman*, Broadman and Holman, Nashville, 2008, pp.1072-1074.

15. Josh McDowell, *Evidence that Demands a Verdict*, vol.1, Here's Life, San Bernardino, 1972, 1992, p.144-166.

16. Génesis 22:18.

17. Génesis 21:12.

18. Números 24:17.

19. Génesis 49:10; Miqueas 5:2.

20. Isaías 11:1,10.

21. Jeremías 23:5.

22. Génesis 16:16; 21:2-3.

23. Génesis 25:24.

24. Génesis 29:32–30:24.

25. Génesis 38:3-5,27-30.

26. 1 Samuel 17:12.

27. Peter Stoner, *Science Speaks*, Moody Press, Chicago, 1969, pp.101-105.

28. Ibíd., p.101.

29. Ibíd., p.106-107.

30. Ibíd., p.111.

31. De hecho, la crucifixión no era siquiera conocida en la época en que se escribió el Salmo 22. Ver *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*, vol.1, ed. Merrill C. Tenny, Zondervan, Grand Rapids, en el artículo «crucifixión».

32. *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*, vol.5, ed. Merrill C. Tenny, Zondervan, Grand Rapids, en el artículo «seventy weeks».

33. D.A. Carson, Douglas J. Moo, y Leon Morris, *An Introduction to the New Testament*, Zondervan, Grand Rapids, 1992, p.54.

34. Para un ejemplo de meses de treinta días usados en la Biblia, ver Apocalipsis 11:2-3.

35. Este cálculo fue tomado de una conferencia de Bruce K. Waltke y está basado en el trabajo de Harold Hoehner. Otros estudiosos, como Josh McDowell, se valieron del trabajo de Hoehner para llegar a la misma fecha de crucifixión, pero establecen el 5 de marzo de 444 a.C. como fecha inicial para sus cálculos, y por lo tanto, la fecha final es el lunes 30 de marzo de 33 d.C. (Ver McDowell, *Evidence That Demands a Verdict* [Evidencia que exige Veredicto], p.173).

36. D.A. Carson, Douglas J. Moo, y Leon Morris, *An Introduction to the New Testament*, Zondervan, Grand Rapids, 1992, pp.55-56.

37. John Urquhar, *The Wonders of Prophecy*, Christian Alliance, Harrisburg, PA, 1925, p.93.

Capítulo 11
¿Fue real la resurrección?

Lo que está en juego

Dijimos en el primer capítulo de este libro que el apóstol Pablo se refirió a la resurrección de Jesús como la reivindicación fundamental del cristianismo. Según el texto de Pablo en 1 Corintios 15:12-19, si Jesús no resucitó de los muertos, la fe cristiana no tiene ningún valor; es una pérdida de tiempo.

Si Jesús no resucitó de los muertos, la fe cristiana no tiene ningún valor; es una pérdida de tiempo.

Tumba del siglo I, en Jerusalén.

El pasaje de Corintios reviste tal importancia que merece ser leído nuevamente.

Pero si se predica que Cristo resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?, porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios, porque hemos testificado que Dios resucitó a Cristo, al cual no resucitó si en verdad los muertos no resucitan. Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que murieron en

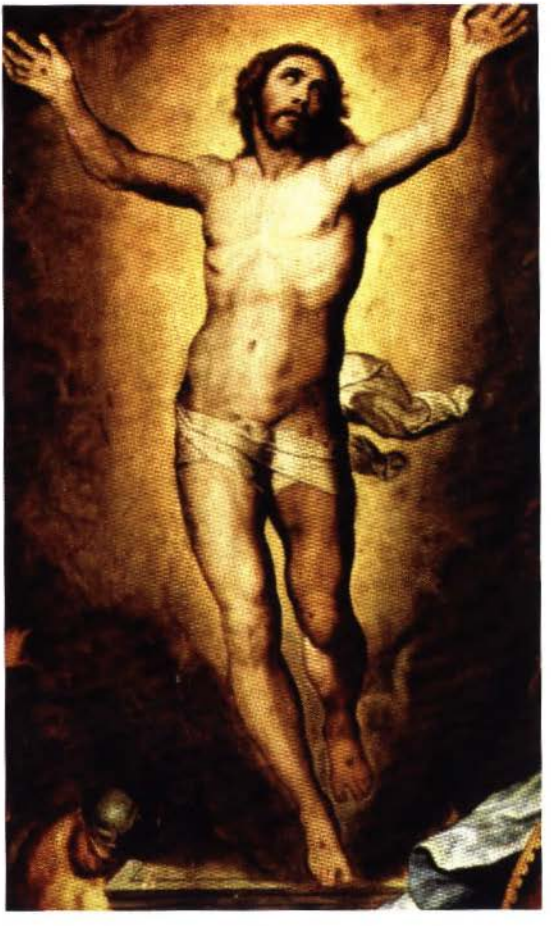
Sepultura y resurrección de Jesús, pintura de Memling, año 1433.

Cristo perecieron. Si solamente para esta vida esperamos en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres.

La resurrección es tan importante a la hora de argumentar a favor del cristianismo porque, si fue real, convalida las enseñanzas de Jesús, ya que queda demostrado que su autoridad procedía de Dios. Las enseñanzas de Jesús no solo trataban sobre cuestiones éticas y morales sino que, a menudo, se referían a su propia identidad. Lo que está en juego es la posibilidad de conocer quién fue Jesús y, a partir de allí, decidir qué actitud adoptar con relación a su persona.

Dedicamos los dos capítulos anteriores a los milagros y la profecía, y vimos que ambos merecen ser tratados con toda seriedad y no pueden ser desechados a la ligera. En el caso de la resurrección, ciertamente estamos frente a un hecho milagroso.

Jesús mismo profetizó sobre su resurrección en más de una oportunidad.[1]



Detalle de la resurrección, Pino, año 1555.

Si fue un hecho real, la resurrección convalida las enseñanzas de Jesús ya que queda demostrado que su autoridad procedía de Dios.

¿Pero la resurrección es la mejor manera de explicar lo que ocurrió tres días después de la ejecución de Jesús? ¿Qué otras posibilidades hay? Seguidamente examinaremos nueve opciones: la teoría del desvanecimiento, la del hermano mellizo, la del robo del cuerpo, la de la alucinación, la de la tumba equivocada, la alienígena, la de la leyenda, el relato del Corán y el relato bíblico de la resurrección. Sin embargo, antes de dedicarnos a cada una de estas teorías, debemos definir qué es la resurrección y cuáles son los hechos que cada teoría debe explicar.

¿Qué es la resurrección?

Para asegurar la correcta comprensión de cada uno de los argumentos, es preciso establecer claramente qué es y qué no es la resurrección. Resurrección no es lo mismo que resucitación. No se trata de que el cuerpo vuelva a la vida, para seguir viviendo como antes, es decir, un cuerpo que necesita alimentarse, que se enferma, envejece y que, finalmente, muere otra vez. Cuando Jesús levantó a Lázaro de la tumba no lo resucitó; lo revivió. La resurrección, en cambio, es un estado en el que existe un cuerpo físico pero incorruptible; no muere ni envejece ni se enferma. Este es el cuerpo que los fariseos anticipaban para el fin de los tiempos.[2] N.T. Wright define la resurrección como aquel momento en que «el estado *presente* de aquellos que murieron será sustituido por un estado *futuro* en el que volverán a estar vivos»[3] (el énfasis pertenece al original).

Solo los hechos

Según los Evangelios, Jesús fue crucificado, murió en la cruz y fue sepultado en una tumba. Tres días más tarde, el sepulcro estaba vacío, y muchos de sus seguidores afirmaron que había resucitado corporalmente y que lo vieron durante los 40 días subsiguientes. Existen algunas fuentes no cristianas que corroboran parte de estas afirmaciones. Flavio Josefo, que escribió en el siglo I, menciona la crucifixión de Jesús.[4] Plinio el Joven escribió que los cristianos se reunían en un día determinado y todos juntos adoraban a Jesús (presumiblemente el día que creían que había resucitado —el domingo—, a juzgar por los escritos de los padres de la iglesia primitiva).[5] El Talmud, un libro que recoge la tradición oral del judaísmo y comentarios del siglo II d.C., menciona la crucifixión de Jesús.[6]

El Toledoth Jesu, un documento judío de contenido anticristiano, relata que los discípulos de Jesús tramaron robar su cuerpo, para luego argumentar que la tumba estaba vacía. Según el autor Gary Habermas:

Es verdad que la composición del Toledoth Jesu data del siglo v d.C., pero indudablemente recoge tradiciones judías de comienzos de nuestra era. A pesar de que los propios eruditos judíos desestiman la seriedad de esta fuente, la idea de que los discípulos habían quitado el cuerpo de Jesús persistió durante los primeros siglos posteriores a su muerte.[7]

Talmud del siglo xv.

Estos son los hechos que debe explicar cualquiera de las teorías que pretenda interpretar la muerte de Jesús y lo sucedido el domingo siguiente. Analizaremos ahora cada una de las teorías y la fuerza de su argumentación.

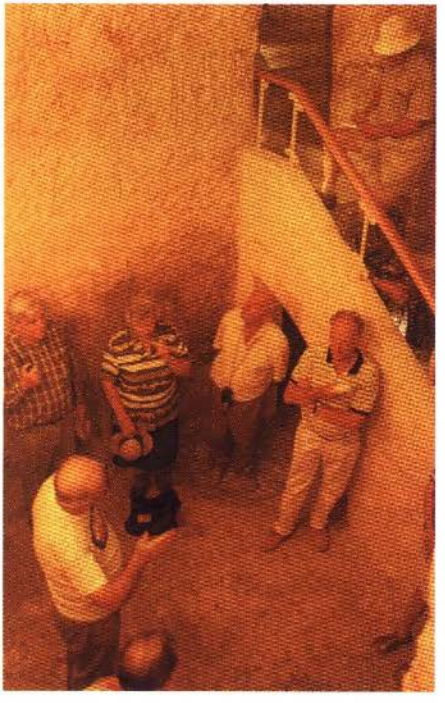
La teoría del desvanecimiento

Según esta teoría, Jesús sufrió un desmayo en la cruz, y solo aparentó estar muerto. Ya en el interior de la tumba, el aire frío y húmedo hizo que volviera en sí, y poco después, se repuso por completo. Antes de poder comprender cabalmente este argumento, debemos saber en qué consistió la tortura y la crucifixión de Jesús.

Poncio Pilato ordenó azotar a Jesús antes de que fuera crucificado.[8] Los romanos azotaban a los condenados con el *flagrum* o *flagellum*, un látigo formado por un mango de unos 20 cm (8 pulgadas) de largo en uno de cuyos extremos se insertaban varias correas de cuero de entre 30 cm y 60 cm (12 y 24 pulgadas) de largo. En la punta de cada correa se ataban pequeñas bolas de plomo (con forma de mancuerna), trozos de metal cortante, esquirlas de hueso, trozos de piedra o vidrio filosos. Cualquiera fuera el elemento, el objetivo era desgarrar la piel de inmediato para que las correas de cuero atravesaran el tejido y laceraran la carne, a menudo dejando al descubierto las vísceras, las costillas o la espina dorsal. En los escritos de Eusebio se conserva esta descripción de una flagelación en el siglo II d.C.

Los que presenciaron la escena fueron presa del estupor, al verlos azotados con el látigo hasta sangrar las arterias, lacerada la carne aun en las partes más recónditas del cuerpo, de suerte que hasta las vísceras quedaban expuestas.[9]

Látigo romano



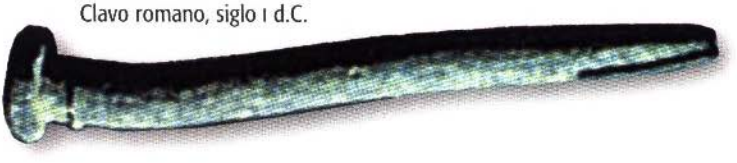
Sitio donde Jesús fue azotado, según la tradición.

La flagelación era un método de tortura tan brutal que a menudo las víctimas no sobrevivían.

La flagelación era un método de tortura tan brutal que a menudo las víctimas no sobrevivían.[10] La gran pérdida de sangre hacía que la persona sufriera choque hipovolémico, un cuadro caracterizado por la aceleración del ritmo cardíaco, para compensar la pérdida de sangre, un descenso de la tensión arterial que provoca desmayo o lipotimia, y una suspensión de la actividad renal ya que los riñones necesitan mantener el mayor volumen de sangre posible. Además, como el cuerpo necesita líquido para reponer la sangre perdida, la persona siente muchísima sed.[11]

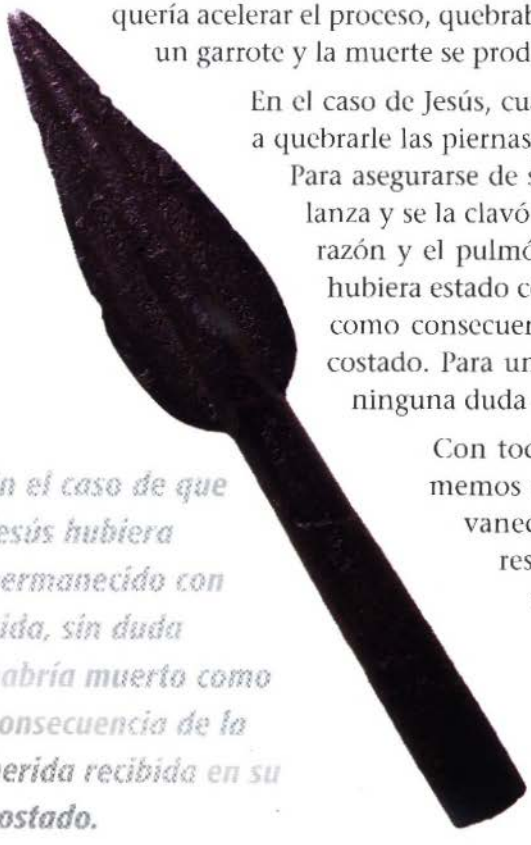
Después de este castigo, sin contar otros golpes y malos tratos, Jesús fue llevado a la cruz. Durante la crucifixión, se acostaba a la víctima con los brazos perpendiculares al torso. Se usaban clavos de entre 12cm y 22cm (5 y 9 pulgadas) de largo, para atravesar las muñecas y clavarlas al madero, lo cual producía el aplastamiento del nervio mediano (el nervio más importante que llega hasta la mano) y causaba enorme dolor. Las rodillas quedaban flexionadas, y se atravesaban clavos a la altura de los tobillos. Cuando finalmente se elevaba a la víctima a la posición vertical, los hombros (y a veces, los codos y muñecas) se dislocaban a causa del peso del cuerpo, de modo que ya no servían para aliviar la presión en el pecho.

Clavo romano, siglo I d.C.



En aquel momento, los clavos en las muñecas mantenían el cuerpo en una posición en la que la opresión en el pecho era tremenda e impedía que la víctima se dejara caer hacia delante. Debido a que la opresión en el pecho dificultaba la exhalación del aire, para aliviar la presión, la víctima debía estirar las piernas afirmándose en el clavo de los tobillos a modo de palanca. Después de expulsar el aire, el condenado volvía a su posición inicial. La cruz se construía con maderos toscos, así que cada vez que el crucificado rozaba la espalda, en especial cuando la carne tenía laceraciones como consecuencia de los azotes, sentía un dolor extremadamente intenso. Poco a poco, se debilitaba, y la frecuencia respiratoria disminuía, lo cual aumentaba la acidez en sangre. Esto, a la vez, alteraba el ritmo cardíaco que ya había sufrido una aceleración debido al choque hipovolémico. Como consecuencia, se producía acumulación de líquido en los tejidos que rodeaban los pulmones y el corazón. Finalmente, la muerte se producía por asfixia o paro cardíaco.

Algunas veces, según el estado físico de la víctima en el momento de ser crucificado, la muerte se producía después de varios días. Si el verdugo quería acelerar el proceso, quebraba las piernas del crucificado con un garrote y la muerte se producía en pocos minutos.



En el caso de Jesús, cuando los soldados se aprestaban a quebrarle las piernas, vieron que ya estaba muerto.[12] Para asegurarse de su muerte, el soldado tomó una lanza y se la clavó en el costado, perforando el corazón y el pulmón. En el caso de que Jesús aún hubiera estado con vida, sin duda habría muerto como consecuencia de la herida recibida en su costado. Para un verdugo profesional, no había ninguna duda de que Jesús estaba muerto.

En el caso de que Jesús hubiera permanecido con vida, sin duda habría muerto como consecuencia de la herida recibida en su costado.

Con todos estos datos en mente, retomemos el análisis de la teoría del desvanecimiento. Para que esta teoría resulte acertada, además de sobrevivir a la herida que le atravesó el corazón y el pulmón, Jesús tendría que haber logrado controlar el sangrado de la herida solo con

fuerza de voluntad, porque si esta sangraba profusamente, era señal de que el corazón aun latía y entonces los soldados le hubieran quebrado las piernas provocando una muerte segura. Así pues, Jesús tendría que haber engañado a sus verdugos para conseguir que lo llevaran hasta la tumba. Al cabo de unas 36 horas, Jesús se habría recuperado lo suficiente como para levantarse. Puesto de pie, apoyándose sobre aquellos pies que habían sido atravesados con clavos, tendría que haberse recolocado los hombros y, posiblemente, también brazos y muñecas. Seguidamente, a pesar de la escasa movilidad de las manos debido a los clavos en ambas muñecas, habría logrado remover la enorme piedra a la entrada del sepulcro. Una vez afuera, tendría que haber vencido, sin armas, a la guardia romana. Luego, este Jesús, fácilmente reconocible, habría logrado atravesar Jerusalén a plena luz del día y emprender el camino hacia Emaús sin ser visto ni reconocido por la gente, a pesar de no contar con la vestimenta adecuada y de las laceraciones en su cuerpo que dejaban vísceras y huesos al descubierto. Después de la cena, habría regresado a Jerusalén, y habría logrado descubrir dónde se ocultaban los discípulos para entrar, luego, a una habitación cerrada sin que nadie supiera cómo lo había hecho. Ya dentro de la habitación, se habría presentado a los discípulos como Jesús resucitado, logrando convencerlos de que todo estaba en orden, a pesar de que tenía todo el aspecto de alguien salido de una trituradora que necesitaba atención médica urgente y cuidados intensivos prolongados. Para rematar la escena, mediante un acto de ilusionismo, desapareció ante la vista de todos ellos.

Para que la teoría del desvanecimiento resulte acertada, además de sobrevivir a la herida que le atravesó el corazón y el pulmón, Jesús tendría que haber logrado controlar el sangrado de la herida solo con fuerza de voluntad.

Aunque esta teoría ofrece una explicación (por inverosímil que sea) de por qué la tumba estaba vacía, no logra explicar el resto de los hechos. De hecho, no hace sino plantear más interrogantes, puesto que el monumental engaño que Jesús tendría que haber montado para que los hechos coincidieran con la teoría del desvanecimiento, sería totalmente contrario a todo lo que sabemos sobre la conducta y las enseñanzas de Jesús. El sinsentido de la teoría del desvanecimiento es evidente.

La teoría del hermano mellizo

Esta teoría plantea que Jesús tenía un hermano gemelo al que nadie conocía, que ocupó su lugar en la cruz.

La teoría del hermano mellizo plantea que Jesús tenía un hermano gemelo al que nadie conocía, que ocupó el lugar de Jesús en la cruz.

Como ocurre con la teoría del desvanecimiento, el principal problema de esta teoría es que Jesús hubiera traicionado por completo sus enseñanzas al acceder a presentar un fraude como una victoria. Para que esta teoría tenga sentido, es preciso aceptar que Jesús convenció o forzó a su hermano mellizo, de algún modo, a ocultarse durante toda su vida y luego a morir en la cruz, para llevar a cabo su plan de ser exaltado, un plan basado en el engaño y la manipulación. En realidad, si se verificara esta teoría, Jesús no solo dejaría de merecer nuestra adoración, sino que merecería ser severamente castigado.

Otro de los problemas con esta teoría es que, sencillamente, no hay ninguna razón para creer algo así; no hay ninguna evidencia que respalde esta presunción. Los datos que tenemos sobre la familia de Jesús hablan de hermanos y hermanas, pero nada dicen de un mellizo.[13] Lucas, que según opinan muchos estudiosos pudo haber escuchado el relato del nacimiento de Jesús de boca de la propia María, no hace ninguna mención de un hermano mellizo. Teniendo en cuenta que era el primer embarazo de María, resulta particularmente extraño que se omitiera un dato de esta naturaleza. Si esta teoría está en lo cierto, más disparatado aun resulta que María no fuera capaz de reconocer a sus hijos en el momento de la crucifixión. Parada a los pies de la cruz, pudo ver de cerca quién colgaba del madero; sin embargo, no hay ningún indicio de que ella creyera que no era Jesús, sino el hermano mellizo.[14]

Otra dificultad es que esta teoría no puede explicar la tumba vacía. Si los romanos ejecutaron y sepultaron al hermano mellizo de Jesús, ¿qué ocurrió con el cuerpo? Si un contemporáneo de Jesús hubiera querido callar a los primeros cristianos y desechar la pretensión de que Jesús había resucitado, tenía dos caminos a seguir: hacer aparecer el cuerpo o probar que lo habían robado. Un punto fuerte en contra de esta argumentación es que el cuerpo no apareció y que, tradicionalmente, la tumba vacía fue parte del testimonio tanto de cristianos como de sus opositores. En síntesis, no hay razón alguna para sostener esta segunda teoría. Con respecto a la posibilidad de que los seguidores de Jesús robaran el cuerpo, este será precisamente nuestro próximo tema de discusión.

Los datos que tenemos sobre la familia de Jesús hablan de hermanos y hermanas, pero nada dicen de un mellizo. Lucas, que según opinan muchos estudiosos pudo haber escuchado el relato del nacimiento de Jesús de boca de la propia María, no hace ninguna mención de un hermano mellizo. Teniendo en cuenta que era el primer embarazo de María, resulta particularmente extraño que se omitiera un dato de esta naturaleza.

El cuerpo robado

Según esta teoría, los seguidores de Jesús robaron el cuerpo del sepulcro. En comparación con el resto de las teorías contrarias a la resurrección de Jesús, cuenta con un importante elemento a su favor: es la única teoría que data del siglo I, época en que sucedieron los hechos. Por cierto, la Biblia misma recoge esta teoría en Mateo 28:11-15, además de la tradición judía, incluido el documento Toledoth Jesu antes mencionado.

El problema de la teoría del cuerpo robado es que no logra dar razón del comportamiento de los discípulos.

El problema de la teoría del cuerpo robado es que no logra dar razón del comportamiento de los discípulos. Aunque Jesús les había hablado de su muerte y resurrección, no tenían ninguna expectativa de que reapareciera tres días después de su muerte; sus apariciones fueron algo sorpresivo e inesperado para ellos. En realidad, el papel de los discípulos desde el arresto de Jesús hasta su primera aparición no es muy halagador. Los Evangelios cuentan que cuando Jesús fue arrestado, todos los discípulos lo abandonaron[15] a pesar de que unas horas antes habían prometido morir con él.[16] La noche que Jesús fue arrestado, Pedro, el líder del grupo de discípulos, negó tres veces haberlo conocido.[17] La mañana del domingo después de la crucifixión, al regresar del sepulcro, María encontró a los discípulos lamentándose y llorando,[18] y ni siquiera le creían lo que ella les contaba.[19] Ese mismo domingo al anochecer, según la descripción de Juan, los discípulos estaban reunidos a puerta cerrada por temor a los judíos.[20] Cuando Jesús se presentó en la habitación, no se mostraron expectantes sino asustados.[21]

Cincuenta días más tarde, vemos a los apóstoles, en la ciudad de Jerusalén, predicando en público y haciendo milagros.[22] Pedro, en lugar de negar a Jesús, ahora predica valientemente sobre la resurrección.[23] Resulta muy extraño creer que si ellos mismos habían robado el cuerpo, poco tiempo después, apenas transcurridas algunas semanas, hubieran experimentado un cambio tan notable que los llevara a proclamar la resurrección de Jesús libres de toda duda o temor, y que alcanzaran tal grado de pasión y compromiso. De hecho, su pasión parecía ir en aumento, y se afirmaban y fortalecían a medida que desarrollaban su ministerio. Hasta tal punto llegó su compromiso con la resurrección de Jesús que es muy probable que todos ellos, excepto Juan, hayan pagado esa entrega con su vida.

Jacobo, hermano de Juan
decapitado en Jerusalén, por orden de Herodes, aprox. 44 d.C.[24]
Felipe
azotado y crucificado en Hierápolis, Grecia, 54 d.C.[25]
Andrés
crucificado en una cruz con forma de X en Grecia, aprox. 60 d.C.[26]
Mateo
sujeto al suelo con estacas y decapitado en Etiopía, aprox. 60 d.C.[27]
Pedro
crucificado con la cabeza hacia abajo en Roma, aprox. 64 d.C.[28]
Tomás
condenado a muerte y atravesado por lanzas en India, aprox. 70 d.C.[29]
Bartolomé (Natanael)
desollado vivo en Armenia.[30]
Matías, discípulo que ocupó el lugar de Judas Iscariote
lapidado y decapitado en Jerusalén.[31]
Judas (Tadeo)
crucificado en Edessa, Grecia, aprox. 72 d.C.[32]
Simón
martirizado en Persia.[33]

Por último, la mayoría de las fuentes bíblicas no brindan información sobre la muerte de ***Jacobo,*** el hijo de Alfeo. Algunas fuentes creen que este Jacobo y Jacobo, el hermano de Jesús, son la misma persona, pero la evidencia existente contradice esta afirmación.[34] Según la tradición, Jacobo, el hermano de Jesús, fue arrojado desde la torre del templo en Jerusalén y luego golpeado hasta morir.[35]

Es preciso aclarar que muchas de estas fuentes de información son tardías y que en algunos casos, las tradiciones se contradicen respecto del método, tiempo y lugar del martirio. Sin embargo, las diferentes tradiciones coinciden con respecto a que ninguno de los apóstoles, excepto Juan y Jacobo, hijo de Alfeo, murió de muerte natural; las diferencias se limitan a la forma de martirio que sufrieron.

Lo importante es que estos hombres se diseminaron por todo el mundo conocido con el único cometido de proclamar la resurrección física, histórica, de Jesús. Si la teoría del robo del cuerpo estuviera en lo cierto, tendríamos que aceptar que estos once hombres, sin entrenamiento militar, vencieron a la guardia romana que vigilaba el sepulcro,[36] se deshicieron del cuerpo, e inventaron una historia a la cual se aferraron con tanto fanatismo que la sostuvieron aun cuando eran crucificados, lapidados, azotados, decapitados, arrojados desde lo alto de edificios, y desollados. Y además de todo esto, no lo hicieron para obtener ningún rédito personal. Así pues, no se encuentra en la vida de los apóstoles motivo alguno que pudiera haberlos impulsado a robar el cuerpo y perpetuar una mentira sobre la resurrección de Jesús.

La teoría de la alucinación

La hipótesis planteada por la teoría de la alucinación es que, en medio de su profundo pesar, los discípulos y otros seguidores de Jesús sufrieron alucinaciones durante las cuales creyeron verlo resucitado. En ocasiones, estas alucinaciones fueron personales y privadas, pero también las hubo comunitarias. Durante estas alucinaciones comunitarias, Jesús transmitió el mismo mensaje a todos los que vivieron esa experiencia.

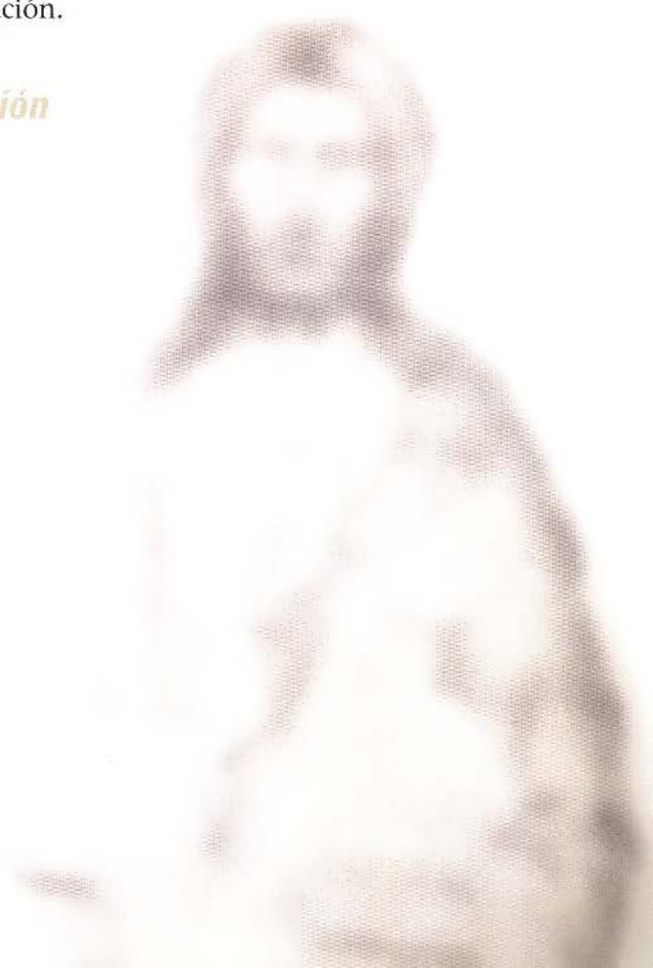
El diccionario *María Moliner* define alucinación en los siguientes términos:

1. Acción y efecto de alucinar[se].
2. Imagen falsa que se produce en la mente sin que exista realmente el objeto que representa. Véase ilusión; visión.[37]

Sin duda, ni el objeto ni el origen de las alucinaciones están fuera de la mente. No es que esta percibe un acontecimiento extraño en el mundo real y se esfuerza por interpretarlo. Por el contrario, las alucinaciones son imágenes internas producidas por la mente. La posibilidad de que diferentes personas sufran exactamente la misma alucinación, de la misma manera y al mismo tiempo es un hecho que debemos considerar, al menos, extremadamente improbable; ni qué decir si se trata de 12 o hasta de 500 personas en forma simultánea.[38]

A semejanza de la teoría del hermano mellizo, la teoría de la alucinación no resuelve el problema de la tumba vacía. Si los seguidores de Jesús solo sufrían alucinaciones, su cuerpo debió permanecer en la tumba. El único requisito para acabar con el cristianismo hubiera sido hacer aparecer el cuerpo; no obstante, todos los primeros relatos afirman que la tumba estaba vacía. Por lo tanto, no hay razón para considerar seriamente la teoría de la alucinación.

La teoría de la alucinación plantea que, en medio de su profundo pesar, los discípulos y otros seguidores de Jesús sufrieron alucinaciones durante las cuales creyeron verlo resucitado.



La tumba equivocada

El argumento más antiguo contra la resurrección es que la tumba estaba vacía, lo cual permite suponer que las mujeres se dirigieron a la tumba correcta.

Esta teoría afirma que los seguidores de Jesús no hallaron el cuerpo, porque se equivocaron de tumba. Aquí se presentan múltiples dificultades. En primer lugar, María Magdalena y «la otra María» estaban allí cuando Jesús fue llevado al sepulcro, de modo que sabían dónde habían colocado el cuerpo.[39] En segundo lugar, en caso de necesitar una referencia, Pilato había enviado una guardia de soldados romanos a custodiar el sepulcro para impedir el robo del cuerpo.[40] En tercer lugar, como dijimos anteriormente, el argumento más antiguo contra la resurrección es que la tumba estaba vacía, lo cual permite suponer que las mujeres se dirigieron a la tumba correcta. Nuevamente, nos encontramos frente a una teoría que no está respaldada por la evidencia y, por lo tanto, no hay razón para aceptarla.

Sepulcro del siglo I. Así se veían las tumbas con la piedra rodante a la entrada. No se trata del sepulcro de Jesús puesto que no está en Jerusalén sino en Midras.

(HolyLandPhotos.org)

La teoría del extraterrestre

Según esta teoría, Jesús era un alienígena, un ser venido de otro planeta, y eso explica por qué sus conocimientos de ciencia y medicina eran tan avanzados. Tenía, además, capacidades psíquicas muy desarrolladas, de modo que muchas cosas que para él eran naturales, resultaban milagrosas para la gente del siglo I de nuestra era. Así se explica que pudiera sanarse mientras estaba en el sepulcro, salir de la tumba sin ser visto por la guardia romana, averiguar telepáticamente dónde estaban reunidos los discípulos, y autotransportarse hasta allí. Hay numerosas interpretaciones de cómo funcionan estas capacidades, pero esta es la idea en líneas generales.

El problema de esta teoría es su afán por querer probar demasiadas cosas.

El problema de esta teoría es su afán por querer probar demasiadas cosas. Cualquier objeción que se le haga a la teoría, de inmediato es desechada invocando la naturaleza alienígena de Jesús. Se supone que su naturaleza incluía habilidades consideradas sobrenaturales para un ser humano, que fueron suficientes para que él llevara adelante toda esa farsa. La consecuencia de este tipo de argumentación es que no existe posibilidad de verificar ni de refutar la teoría; no se la puede someter a ninguna prueba para determinar la veracidad de la hipótesis. En filosofía, este tipo de hipótesis se desechan por considerarlas no falsables.

Otra deficiencia de esta teoría es que en lugar de sopesar toda la evidencia para luego llegar a una conclusión, sus partidarios comienzan afirmando la conclusión y luego intentan que los hechos se ajusten a la hipótesis. Esto también es una falacia que se conoce como «sesgo de confirmación». Lo que nos queda, pues, es una teoría que parece probarlo todo cuando en realidad no prueba nada.

La leyenda

La hipótesis de la resurrección como leyenda es, posiblemente, la más conocida de todas las teorías enumeradas. Supone que el cuerpo de Jesús nunca fue quitado de la cruz y que entró en descomposición o fue comido por aves de rapiña,[41] o quizá fue arrojado a una fosa común y devorado por perros salvajes.[42] Al cabo de varios meses, Pedro y los demás apóstoles se dieron cuenta de que lo ocurrido con el cuerpo de Jesús no tenía importancia; ellos podían continuar el ministerio de Jesús y dar a conocer sus enseñanzas sin importar si su cuerpo había sido debidamente sepultado o si había entrado en descomposición y los animales salvajes lo habían devorado. Así, los apóstoles llegaron a creer que Jesús estaba vivo y presente en el mundo. Aquella epifanía durante la cual sintieron que podían seguir adelante con el ministerio de Jesús, fue lo que se conoció como la resurrección. Dado que todas estas cosas eran muy difíciles de transmitir, particularmente para un grupo de hombres sin educación que le hablaban a un público que estaba en el mismo nivel intelectual, los apóstoles hicieron lo que Jesús hubiera hecho: hablar mediante parábolas y símbolos. Por lo tanto, todos los relatos de los Evangelios sobre la sepultura y resurrección de Jesús fueron pura ficción creada por sus seguidores, con el propósito de transmitir grandes verdades espirituales y reivindicar a su amado líder que había sido asesinado.

El primer problema que surge de esta historia es que no ofrece explicación para el reclamo de los judíos respecto del robo del cuerpo de Jesús. Recordemos que este reclamo del siglo I presupone que Jesús fue sepultado y que el sepulcro fue hallado vacío. La teoría de la leyenda desconoce estas evidencias.

Para los partidarios de la teoría de la leyenda, la historia llega hasta aquí.

La crucifixión, Velázquez.

El segundo problema es que el relato de la crucifixión y resurrección abunda en datos históricos que cualquier persona interesada podía investigar y, además, los discípulos lo hicieron público en la ciudad donde se habían desarrollado los hechos, frente a personas que con toda probabilidad habían presenciado, al menos en parte, lo que había sucedido. Si los apóstoles intentaban darle un giro particular a la historia o agregarle elementos de su propia creación, muchas personas estaban en condiciones de corregir o rebatir su versión de los hechos. El recuerdo de la ejecución de alguien que había causado tanta conmoción y en quien se habían depositado tantas esperanzas difícilmente se hubiera desvanecido tan rápido. Si el verdadero objetivo del plan era difundir una leyenda, ¿por qué habrían de hacerlo justamente en el lugar donde más fácil hubiera sido cuestionar su veracidad? Hubiera sido mucho más sensato comenzar el ministerio en Galilea o en algún otro lugar remoto donde no hubiera tantos testigos.

«La resurrección de Cristo», Meister von Hohenfurth, aprox. 1350.

En tercer lugar, si alguien se propusiera crear una leyenda para hacerla pasar como hecho histórico, buscaría testigos muy confiables que corroboraran lo ocurrido a fin de eliminar cualquier clase de sospecha. Sin embargo, no ocurrió así con el relato de la resurrección de Jesús. Si la resurrección fuera una leyenda, uno de los elementos más desconcertantes y difíciles de entender es que fueran las mujeres quienes hallaron el sepulcro vacío. En la Palestina del siglo I, las mujeres no eran consideradas dignas de confianza, y no se les permitía dar testimonio en un tribunal de justicia. Según explica Flavio Josefo, un historiador judío del siglo I:

> *No se debe confiar en un testigo único. Es preciso reunir tres o al menos dos cuyo testimonio esté refrendado por su conducta pasada. No se debe aceptar el testimonio de las mujeres a causa de la inconstancia y la imprudencia propias de su sexo.*[43]

Si el propósito de los apóstoles era crear una leyenda convincente, ¿por qué habrían de delegar en las mujeres el hallazgo del sepulcro vacío a sabiendas de que su testimonio sería sospechado y posiblemente desechado de inmediato?

Si el propósito de los apóstoles era crear una leyenda convincente, ¿por qué habrían de delegar en las mujeres el hallazgo del sepulcro vacío a sabiendas de que su testimonio sería sospechado y posiblemente desechado de inmediato? ¿Por qué habrían de incluir la escena de las mujeres en la tumba vacía en lugar de confiar ese testimonio a hombres respetables y dignos de toda confianza como Pedro y Juan?

Muchos defensores de esta teoría creen que se ve claramente la construcción de una leyenda en los relatos de los Evangelios. El relato sobre José de Arimatea sería un ejemplo. Este caso reviste particular importancia dado que si no hubo un José de Arimatea, entonces no hubo quien reclamara el cuerpo

de Jesús, ni sepulcro donde enterrarlo, ni sepulcro vacío, y por lo tanto, tampoco resurrección. Los pasajes relevantes que muestran cómo se habría construido la leyenda son los siguientes:

Marcos 15:42-46

Cuando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del sábado, José de Arimatea, miembro noble del Concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús.

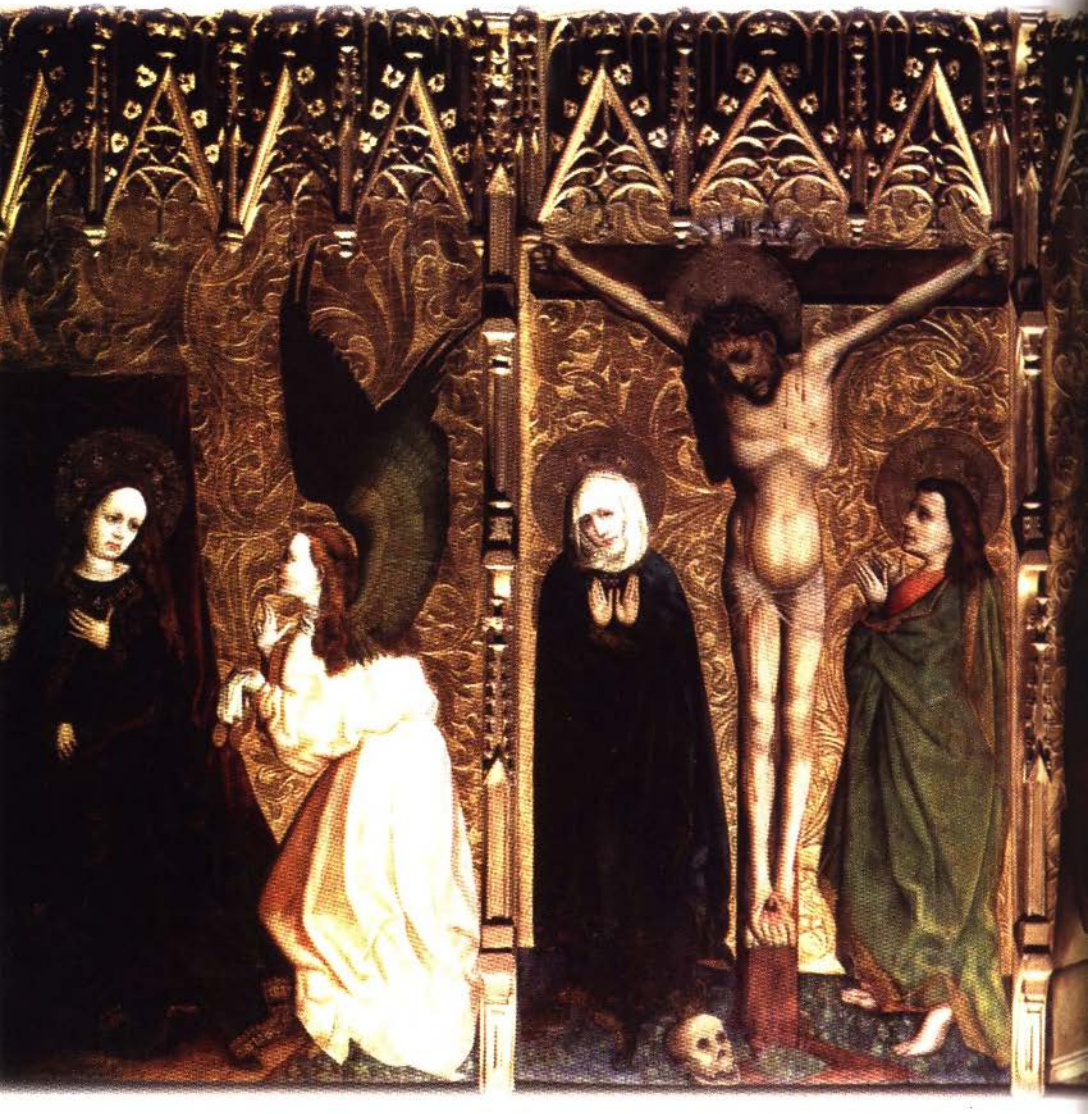
Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto, y llamando al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. E informado por el centurión, dio el cuerpo a José, el cual compró una sábana y, bajándolo, lo envolvió en la sábana, lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.

Mateo 27:57-60

Cuando cayó la noche, llegó un hombre rico, de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diera el cuerpo. Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

Lucas 23:50-53

Había un varón llamado José, de Arimatea, ciudad de Judea, el cual era miembro del Concilio, hombre bueno y justo. Este, que también esperaba el reino de Dios y no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos, fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Bajándolo de la cruz, lo



envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en el cual aún no se había puesto a nadie.

Juan 19:38-42

Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiera llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces fue y se llevó el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no se había puesto a nadie. Allí, pues, por causa de la preparación de la Pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

Detalle de un altar del siglo xv.

Si partimos del supuesto de que el Evangelio de Marcos es anterior al de Mateo, en principio, vemos que José integraba el Sanedrín y, por lo tanto, había estado implicado en la muerte de Jesús. Mateo agrega que José era discípulo de Jesús; Lucas dice que era un buen hombre que integraba el Sanedrín pero no estaba de acuerdo con el veredicto, y Juan dice que era discípulo en secreto por temor a los judíos.

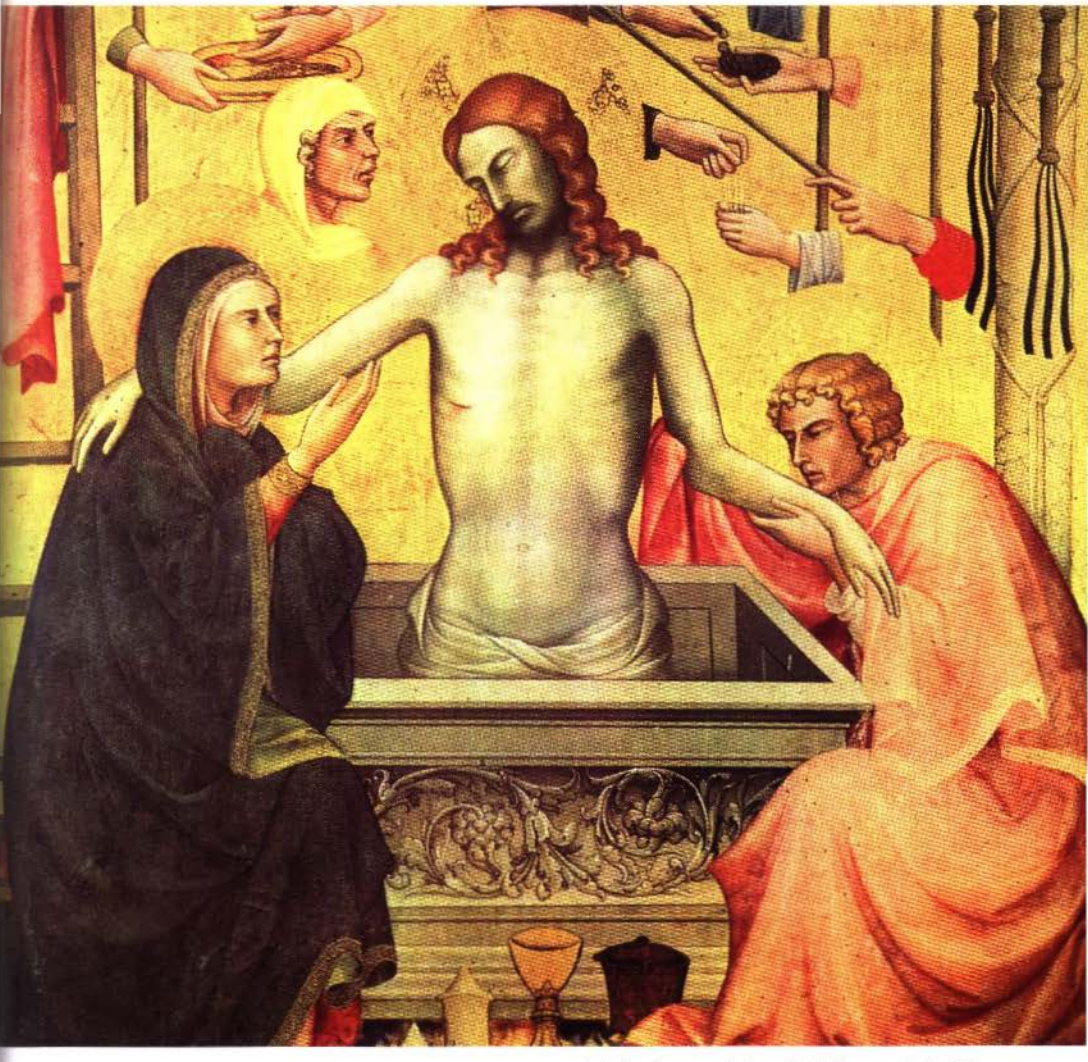
Se dice que la construcción de la leyenda también se hace evidente en las descripciones del sepulcro, el sudario, y la piedra a la entrada del sepulcro.

Se dice que la construcción de la leyenda también se hace evidente en las descripciones del sepulcro, el sudario, y la piedra a la entrada del sepulcro. Marcos se limita a decir que José tenía una tumba; Mateo agrega que la tumba era nueva; Lucas dice que nunca había sido usada, y Juan, que nunca había sido usada y que estaba en un jardín. Según Marcos, se usó una sábana como mortaja; Mateo dice que era una sábana limpia; Lucas repite lo dicho por Marcos, y Juan agrega que lo envolvieron en una sábana con especias aromáticas. Marcos menciona que hicieron rodar una piedra a la entrada del sepulcro, y Mateo agrega que era una «gran piedra».

Para los partidarios de esta teoría, estos pasajes son justificativo suficiente para creer que se había tejido una leyenda y que la resurrección de Jesús no tenía base histórica.[44] Sin embargo, no cabe duda de que su interpretación de los hechos es ilógica. El mero hecho de que Marcos diga que se hizo rodar «una piedra» a la entrada del sepulcro y Mateo hable de «una gran piedra» no es motivo suficiente para desechar el relato calificándolo de leyenda. Otro tanto puede decirse de la descripción del sudario como sábana, sábana limpia o lienzo; que no son términos contradictorios ni indican que se estuviera creando una leyenda. Que los Evangelios sinópticos omitieran el detalle del jardín al describir el sepulcro, no es motivo para sospechar que Juan lo inventó. Además, que José mantuviera en secreto sus convicciones, porque era miembro del consejo y temía posibles represalias si se descubría que era discípulo de Jesús, es la interpretación más evidente que surge de los textos. Los detalles no son señal de contradicción; por el contrario, lo más probable es que provengan de diferentes relatos de un mismo acontecimiento y que tengan, por lo tanto, un carácter complementario y confirmatorio. Por cierto,

pensemos qué ocurriría si todos los relatos fueran idénticos. Es fácil imaginar que entonces el argumento sería que los autores se pusieron de acuerdo para inventar la historia. La afirmación que José de Arimatea es un personaje de leyenda puede, por lo tanto, desestimarse por falta de pruebas.

Otros detalles relativos a la sepultura de Jesús también se descartan por motivos similares. ¿Cuántas mujeres fueron al sepulcro? ¿Una, dos, o tres? ¿Había uno o dos ángeles allí? Cuando Jesús apareció cerca del sepulcro, ¿era posible reconocerlo o no? En la diversidad de relatos, algunos estudiosos ven la fabricación de leyendas.



Detalle de una pintura de Mónaco, 1404 d.C.

La mejor explicación es que los relatos son complementarios y confirmatorios.

Sin embargo, ya se ha demostrado en párrafos anteriores que este tipo de argumentación no se basa en la mejor interpretación de los relatos; la mejor explicación es que los relatos son complementarios y confirmatorios. Además, esta interpretación trae aparejado el problema del sepulcro vacío y el hallazgo de este por parte de las mujeres.

Una variante de la teoría de la leyenda sostiene que no fueron los apóstoles, sino los seguidores entusiastas de Jesús, quienes comenzaron a magnificar los relatos sobre lo que Jesús había hecho, y así se fue tejiendo a través de los años la historia que ahora conocemos. Esta versión de la teoría de la leyenda tiene tres defectos principales:

- El primero, es el problema recurrente de la tumba vacía de la cual dieron testimonio, en época muy temprana, los opositores al cristianismo.
- El segundo, es el comportamiento de los apóstoles, que fue analizado detenidamente al ver la teoría del robo del cuerpo.
- El tercero, es que si se estaban difundiendo falsas enseñanzas sobre Jesús, los apóstoles hubieran corregido los errores. De hecho, esta es, precisamente, la razón por la que se escribieron algunos de los libros del Nuevo Testamento: para combatir las falsas enseñanzas sobre Jesús.

Por último, los partidarios de la teoría de la leyenda rechazan la idea de que los apóstoles hayan afirmado la presencia corporal de Jesús resucitado.[45] Marcus Borg lo expresa en estos términos: «¿Acaso se espera que consideremos estos relatos como si fueran un informe preparado por alguien que presenció los hechos, es decir, como registrados con una videocámara?»[46] Lucas 1:1-4 parece responderle directamente a Borg:

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos las enseñaron los que desde el principio las vieron

con sus ojos y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.

Pablo posiblemente enfrentó cuestionamientos similares y tuvo que presentar su defensa. En su carta a Timoteo escribió: ***«Rechaza las leyendas profanas y otros mitos semejantes»*** (1 Tim. 4:7 NVI), y también ***«que dejen de enseñar doctrinas falsas y de prestar atención a leyendas»*** (1 Tim. 1:3-4 NVI).

Según N.T. Wright:

> Pablo no solo creía que Jesús había resucitado corporalmente, sino que creía saber cómo había sucedido, tanto en el sentido de dónde provenía el poder (el Espíritu del Dios creador) como también, en cuál era la diferencia (corruptibilidad e incorruptibilidad) entre el cuerpo que había muerto en la cruz y el cuerpo resucitado.[47]

La idea de resurrección que tenían los apóstoles correspondía a la tradición farisea. Los fariseos creían en la resurrección del cuerpo, que alcanzaría un estado incorruptible al final de los tiempos. Lo que los apóstoles afirmaban sobre la resurrección de Jesús difería de lo que ellos esperaban solo en un aspecto: el momento en que ocurriría; nunca esperaron que Jesús resucitara tres días después de haber muerto; pero sin duda, supieron reconocer que se trataba de una resurrección física, corporal.

El relato de la resurrección en el Corán.

El relato de la resurrección en el Corán

El Nuevo Testamento no es el único libro sagrado que relata la resurrección. El Corán, el libro sagrado de los musulmanes, relata el arresto, la crucifixión y la resurrección de Jesús, pero tiene grandes diferencias con el relato bíblico. En Sura 4:157-8 el Corán afirma:

Y por haber dicho: «Hemos dado muerte al Ungido, Jesús, hijo de María, el enviado de Alá», siendo así que no le mataron ni le crucificaron, sino que les pareció así. Los que discrepan acerca de él, dudan. No tienen conocimiento de él, no siguen más que conjeturas. Pero, ciertamente no le mataron, sino que Alá lo elevó a Sí. Alá es poderoso, sabio.

—El Sagrado Corán[48]

El islamismo enseña que Jesús no murió, sino que fue llevado al cielo.

El islamismo enseña que Jesús no murió, sino que fue llevado al cielo. Existen algunas variantes en cuanto a la manera en que esto sucedió. Una de las versiones explica que el alma de Jesús se separó del cuerpo antes de que fuera torturado y ejecutado. En la versión autorizada del Corán en inglés, la cita anterior incluye una nota al pie que explica que «sus enemigos torturaron y crucificaron su cuerpo vivo pero vacío».[49]

Así pues, Jesús fue llevado al cielo mientras su cuerpo sin alma quedaba en la tierra para ser torturado.

Otra tradición más conocida explica que Judas, sin el conocimiento de los discípulos, logró introducirse en la celda donde habían encerrado a Jesús y tomó su lugar para que Él pudiera escapar. Dios hizo que la imagen y la voz de Judas fueran iguales a las de Jesús y así, los verdugos creyeron que habían crucificado a Jesús cuando, en realidad, solo estaba escondido. Tres días más tarde, se presentó delante de sus seguidores haciéndoles creer que había resucitado. Esta visión de los hechos está basada en el Evangelio de Bernabé que da una versión similar de lo ocurrido en los versículos 216-219.

Sin embargo, este relato plantea varios problemas. La primera dificultad radica en que el Corán data del siglo VII. Por lo tanto, su versión de lo ocurrido fue redactada casi 600 años después del hecho histórico que pretende documentar correctamente. Podría compararse ese relato con los textos del Nuevo Testamento que contienen declaraciones sobre la crucifixión, la sepultura, la resurrección al tercer día, y encuentros con el resucitado recogidas durante los tres primeros años posteriores a la crucifixión.[50] Ante la alternativa de creer en un relato originado en el transcurso de los tres primeros años posteriores al hecho y confirmado reiteradamente por testigos directos, o creer en un relato que surgió 700 años después del hecho y no puede ser corroborado, el relato más distanciado tiene menor credibilidad. El estudio sobre los milagros en el capítulo 9 demostró que no hay razón para considerar seriamente las afirmaciones de Mahoma ni del Corán. Mahoma no estaba en posición de contradecir con autoridad los relatos del Nuevo Testamento, y aun en caso de haber podido hacerlo, nunca pudo acreditar su ministerio profético de un modo acorde con la manera en que Dios había confirmado a los profetas que vivieron antes que él. De un modo u otro, el relato que presenta el Corán queda descartado.

El Evangelio de Bernabé, un documento apócrifo y tardío, que no fue escrito hasta la Edad Media, es muy limitado como fuente para corroborar lo que dice el Corán.

El Evangelio de Bernabé, un documento apócrifo[51] y tardío, que no fue escrito hasta la Edad Media.[52], es muy limitado como fuente para corroborar lo que dice el Corán. En tal sentido, además de que su aparición fue tan tardía que no fue considerado a la hora de fijar el canon, el lapso de tiempo que lo separa de la crucifixión es casi el doble que el del Corán. Otro punto desfavorable es que, excepto el Corán, esta es la única fuente que hace tal afirmación, en contraste con los 27 libros del Nuevo Testamento, todos ellos del siglo I, y qué decir si contamos la multiplicidad de escritos de los antiguos padres de la iglesia y las fuentes no cristianas del siglo I, como Flavio Josefo.

Además, según el Evangelio de Bernabé, los discípulos de Jesús robaron el cuerpo que estaba en el sepulcro; como quedó demostrado en párrafos anteriores, este argumento no tiene justificación. También ya fue demostrado que esto significaría que Jesús no fue otra cosa más que un fraude; una conclusión irreconciliable con su carácter. Recordemos, además, que el comportamiento de los discípulos hace inviable un escenario semejante.

El relato bíblico de la resurrección

La resurrección es la afirmación de que tres días después de haber sido crucificado y sepultado, Jesús resucitó por el poder de Dios, y así se confirmó que tenía autoridad para decir y hacer todo lo que dijo e hizo. Existen muchos elementos que respaldan esta afirmación, algunos de los cuales ya fueron mencionados, incluidos los testimonios sobre la tumba vacía procedentes de fuentes tempranas y hostiles al cristianismo, la tumba vacía que encontraron testigos cuyo testimonio no tenía validez en un tribunal, el testimonio de los Evangelios (relatos de testigos oculares),[53] y el cambio radical que se operó en los discípulos a partir de aquel domingo.

A todos estos elementos, debemos añadir la conversión de Saulo de Tarso en el Apóstol Pablo.

El apóstol Pablo.

Saulo era un judío que había recibido instrucción religiosa junto a los fariseos[54] más destacados, conocía la lengua y la cultura griegas, y tenía ciudadanía romana; una combinación de atributos que lo colocaba en una posición de privilegio nada común. Según su propio testimonio, sentía intensa devoción hacia la religión judía y las tradiciones de los fariseos.[55] Tanta era su devoción que persiguió con celo a los primeros cristianos, a quienes consideraba herejes que merecían ir a prisión e incluso morir.[56]

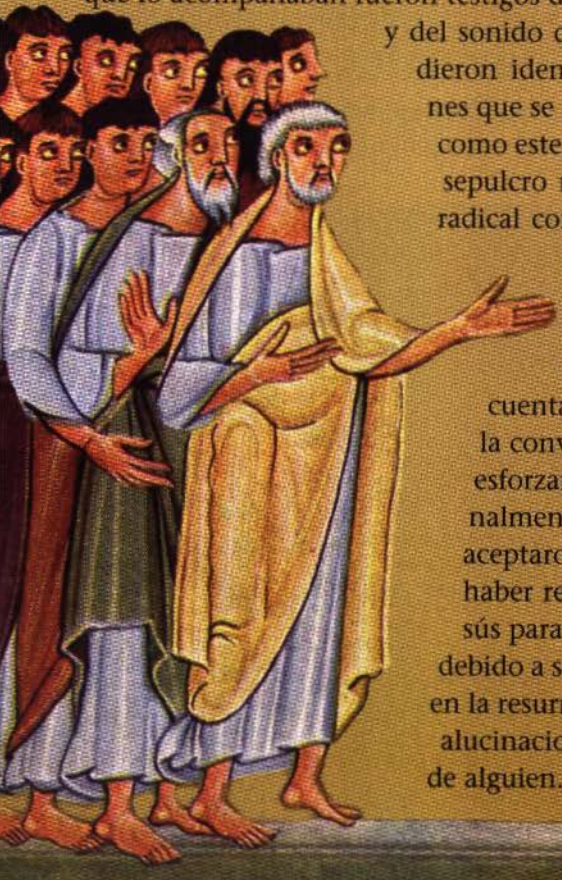
Mientras iba camino a Damasco, en cumplimiento de una misión de persecución contra los cristianos, lo rodeó una luz brillante del cielo y cayó al suelo. Oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Cuando Pablo preguntó quién le hablaba, la voz respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues». Luego, la voz de Jesús le explicó que le encomendaba la misión de predicar el evangelio a los gentiles.

Según la tradición, este es el lugar donde los discípulos bajaron a Pablo por la muralla para que pudiera escapar, como se lee en Hechos 9:23-25.

Los que acompañaban a Pablo oyeron un sonido, pero no percibieron la voz ni vieron nada.[57] A partir de aquel momento, Pablo se convirtió en el evangelista más audaz, esforzado y tenaz del cristianismo. No le preocupaba su bienestar personal; en numerosas ocasiones sufrió golpes, cárcel, azotes, y naufragios. Renunció a una posición de privilegio, y posiblemente a su fortuna, como discípulo de Gamaliel. De hecho, Pablo fue un perseguidor de herejes convertido en hereje perseguido. Finalmente, su predicación sobre la resurrección física de Jesús, que había dado cumplimiento a las profecías mesiánicas contenidas en el Tanaj, le costaron la vida. Pablo fue decapitado en Roma, por orden de Nerón aprox. 64 o 65 d.C.[58]

Varios elementos surgen con toda claridad de este relato: Pablo no era una persona predispuesta a creer en Jesús; por el contrario, estaba predispuesto a no creer en Él.

No se convirtió a una fe que le proponía tan solo creer en las enseñanzas de Jesús y así porque sí, dar por sentado que la resurrección de Jesús era un hecho. La conversión de Pablo no fue una alucinación, porque las personas que lo acompañaban fueron testigos de su cordura, del resplandor de la luz, y del sonido que salió de la luz y que ellos no pudieron identificar. Las alucinaciones son imágenes que se producen en la mente, no son hechos como este, comprobables en el mundo real. Si el sepulcro no hubiera estado vacío, alguien tan radical como Pablo en su lucha por destruir el cristianismo, hubiera ordenado abrir la tumba de inmediato para mostrar el cuerpo y así acabar con el movimiento. Otro dato a tener en cuenta es que los apóstoles no creyeron en la conversión de Pablo, por lo cual tuvo que esforzarse para ganar su confianza. Cuando finalmente se reunió con los apóstoles, ellos lo aceptaron y confirmaron el mensaje que dijo haber recibido personalmente de parte de Jesús para ir a predicar a los gentiles.[59] Además, debido a su formación como fariseo, Pablo creía en la resurrección del cuerpo, no en apariciones, alucinaciones o recuerdos obsesivos de la vida de alguien. Por lo tanto, la mejor explicación de



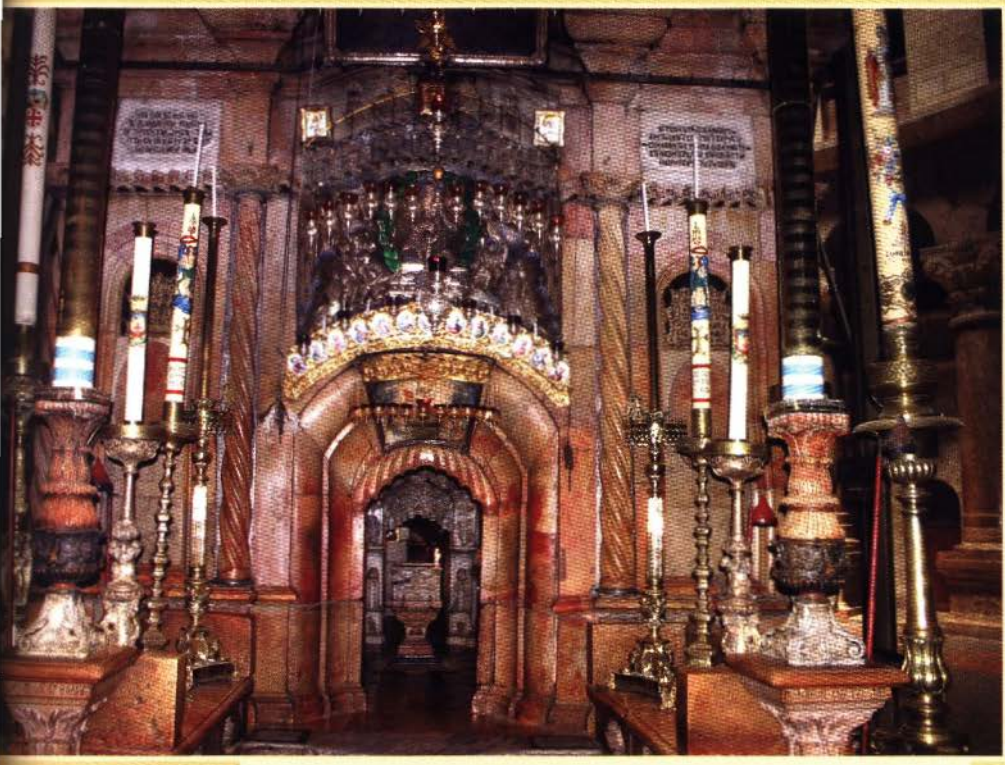
lo sucedido con Pablo, por lo cual abrazó la causa que más odiaba en el mundo, es que tuvo un encuentro real, histórico, con Jesús resucitado. Una conversión tan radical en una persona tan apasionada, solo puede explicarse a partir de un hecho radical.

Por último, veamos el texto escrito por Pablo en 1 Corintios 15:3-8. Como se dijo en el capítulo 6, probablemente este sea el texto más antiguo del Nuevo Testamento, porque es un credo que Pablo dice que recibió después de su conversión. Esto implica, lógicamente, que ya se lo conocía desde antes de su conversión. En el capítulo 6, se expusieron las razones por las cuales hay amplio consenso entre académicos de diversas líneas con relación a que la conversión de Pablo tuvo lugar unos tres años después de la crucifixión, por consiguiente, la creación del credo se ubica dentro de esos tres años. El texto del credo es el siguiente:

Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí:
Que Cristo murió por nuestros pecados,
conforme a las Escrituras;
que fue sepultado y que resucitó al tercer día,
conforme a las Escrituras;
y que apareció a Cefas, y
después a los doce.
Después apareció a más de quinientos
hermanos a la vez,
de los cuales muchos viven
aún y otros ya han muerto.
Después apareció a Jacobo y
después a todos los apóstoles.
Por último, como a un abortivo,
se me apareció a mí.

Este antiguo credo revela que los primeros cristianos creían que Jesús había sido sepultado, al tercer día había resucitado dando cumplimiento a la profecía mesiánica del Tanaj, y luego había aparecido a numerosas personas; la mayoría de ellas —según Pablo— todavía vivían cuando él escribía estos textos. La información sobre las apariciones de Jesús resucitado permite deducir que era posible interrogar a estas personas. No hay ninguna duda de que los primeros cristianos creían que Jesús había muerto y había resucitado corporalmente. Y esta creencia sigue siendo la mejor explicación de los acontecimientos que rodearon la muerte de Jesús. El autor N.T. Wright lo expresa de esta manera:

> ***Lo verdaderamente asombroso es que esta creencia fuese sostenida por un muy pequeño grupo que, al menos durante las dos o tres primeras generaciones, a duras penas, podrían haber organizado una revuelta en una aldea, ni qué hablar de revolucionar un imperio. Sin embargo, persistieron a pesar de tener todo en su contra, atrayendo la indeseada atención de las autoridades debido al poder de su mensaje y la visión y el estilo de vida que ese mensaje generaba y sostenía. Y siempre que regresamos a los textos clave en busca de evidencia que muestre por qué persistieron en una creencia tan improbable como peligrosa, hallamos la misma respuesta: porque Jesús de Nazaret resucitó de los muertos.***[60]



La tumba de Jesús en la Iglesia del Santo Sepulcro. La tumba original probablemente fue cubierta de tierra como parte de la preparación del sitio para construir un templo para Venus en el siglo II. Constantino recuperó la tumba original convirtiéndola en el altar de una iglesia en el siglo IV. Al cabo de un tiempo, los musulmanes dominaron la ciudad. En un principio, dejaron los sitios cristianos tal como estaban, pero en 1009 destruyeron la tumba. De la construcción original se conservan, a lo sumo, dos paredes laterales. Numerosas obras de restauración fueron necesarias a través de los años debido al deterioro por incendios y abandono. La actual rotonda y el exterior de la tumba son de mediados del siglo XIX.

(HolyLandPhotos.org)

Conclusión

Hay que admitir que la resurrección de Jesús, considerada como un hecho aislado, es algo difícil de aceptar de buenas a primeras. Sin embargo, al investigar la resurrección en forma aislada, no solo se está ignorando la enorme cantidad de datos que nos informan sobre el hecho, sino que se desecha por completo el contexto de la resurrección. En los diez capítulos anteriores, se expusieron muy buenas razones para creer que el Dios de la Biblia existe, que se ha comunicado expresamente con la humanidad, y que es un Dios comprometido con nuestro mundo. Como ha quedado demostrado que los milagros son posibles, la aseveración de que Jesús resucitó no puede desecharse en forma precipitada. Además, como la resurrección, el momento en que sucedió y la persona que resucitó habían sido profetizados, es más complicado elaborar explicaciones alternativas que deberían cumplir con más requisitos de los que se le exigen al argumento a favor de la resurrección. Al estudiar los hechos del domingo posterior a la crucifixión en su contexto, vemos que la resurrección es la única explicación posible de lo que sucedió y que no es presa fácil de ninguna de las objeciones presentadas en su contra.

Al estudiar los hechos del domingo posterior a la crucifixión en su contexto, vemos que la resurrección es la única explicación posible de lo que sucedió y que no es presa fácil de ninguna de las objeciones presentadas en su contra.

Como consecuencia, la resurrección tiene un significado real: es el acontecimiento que certificó que Jesús era alguien que transmitía el mensaje que Dios mismo le daba. Sus enseñanzas tenían autoridad divina, pero ¿qué enseñaba exactamente? No solo los cristianos, sino también muchos que profesan otras religiones, e incluso muchos ateos, expresan respeto y admiración por las enseñanzas éticas y morales de Jesús. Sin embargo, Jesús también enseñó quién era y para qué había venido; le habló a la gente sobre sí mismo, sobre su naturaleza e identidad.

La pregunta central es esta: «¿Jesús dijo que Él era Dios?»

Cita célebre

Sin resurrección histórica, Jesús hubiera sido, en el mejor de los casos, un profeta más que tuvo que enfrentar un final desdichado igual que tantos otros antes que él. Entonces, creer en él como el Mesías, el Señor, o el Hijo de Dios hubiera sido una necedad. De nada serviría tratar de salvar la situación interpretando la resurrección como algo simbólico; habría un hecho concreto, ineludible: Jesús murió y allí terminó todo.[61]

—*William Lane Craig*

Notas

1. Ver Marcos 8:31; 9:31; 10:34; Juan 2:19.

2. John Riches, «Pharisees», *The Oxford Companion to the Bible*, ed. Bruce M. Metzger y Michael D. Coogan, Oxford University Press, Oxford, 1993, pp.588-589.

3. N.T. Wright, *The Resurrection of the Son of Man*, Fortress, Minneapolis, 2003, p.201.

4. Josefo, *Antiquities*, XXXIII.iii.

5. Plinio el Joven, *Epistles*, X.96.

6. Babylonian Talmud, Sanhedrin 43a

7. Gary R. Habermas, *The Historical Jesus*, College Press, Joplin, 1996, p.205.

8. Mateo 27:26; Marcos 15:15; Lucas 23:16; Juan 19:1.

9. Eusebio, *Ecclesiastical History*, Baker, Grand Rapids, p.143.

10. *Diccionario Bíblico Ilustrado Holman*, Broadman & Holman, Nashville, 2008, p. 411.

11. En su conferencia «The Agony of Love», el Dr. Mark Eastman ofrece una ilustrativa descripción médica de las reacciones del cuerpo humano ante la flagelación y la crucifixión. La descripción incluida en este libro le debe mucho a su trabajo. El audio de la conferencia en inglés está disponible en http://www.marshill.org/, fecha de consulta: 22 junio 2005

12. Juan 19:31-37.

13. Mateo 12:47 y 48; 13:55 y 56; Marcos 3:31-34.

14. Juan 19:25 y 26.

15. Mateo 26:56; Marcos 14:50.

16. Marcos 14:31.

17. Mateo 26:69-75; Marcos 14:66-72; Lucas 22:54-62; Juan 18:25-27.

18. Marcos 16:10.

19. Marcos 16:11.

20. Juan 20:19.

21. Lucas 24:38.

22. Hechos 2:1-11,43.

23. Hechos 2:14-42.

24. Su muerte se menciona en Hechos 12:2. Eusebio, en su *Historia Eclesiástica*, II, ix, recoge el relato de Clemente de fines del siglo I. La fecha fue tomada del *Diccionario Bíblico Ilustrado Holman*, Broadman & Holman, Nashville, 2003, p.856.

25. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, vol.2, Random House, New York, 1971, 1993, p.346; *Foxe, John, 1563. The New Foxe's Book of Martyrs. Reescrito y actualizado por Harold J. Chadwick. Gainesville, Florida: Bridge-Logos, 2001, p. 6.*

26. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, vol.2, Random House, New York, 1971, 1993, p.27.

27. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, vol.2, Random House, New York, 1971, 1993, p.294; *Foxe, John, 1563. The New Foxe's Book of Martyrs. Reescrito y actualizado por Harold J. Chadwick.* Whitaker House, New Kinsington, PA, 1981, pp.7-9.

28. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, vol.2, Random House, New York, 1971, 1993, p.337: 1 Clement 5; *Eusebius, Ecclesiastical History*, II.i.

29. «The Consumation of Thomas the Apostle», *Ante-Nicene Fathers*, vol.8., ed. Alexander Roberts y James Donaldson, Christian Literature Publishing Company, 1886; Hendrickson, Peabody, MA, 2004, p.551; *Foxe, John, 1563. The New Foxe's Book of Martyrs. Reescrito y actualizado por Harold J. Chadwick. Gainesville, Florida: Bridge-Logos,* 2001, p.8.

30. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, vol.2, Random House, New York, 1971, 1993, p.42.

31. *Foxe, John, 1563. The New Foxe's Book of Martyrs. Reescrito y actualizado por Harold J. Chadwick. Gainesville, Florida: Bridge-Logos, 2001,* p.6.

32. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, vol.2, Random House, New York, 1971, 1993, p.243; *Foxe, John, 1563. The New Foxe's Book of Martyrs. Reescrito y actualizado por Harold J. Chadwick. Gainesville, Florida: Bridge-Logos, 2001,* p.8.

33. Joan Comay y Ronald Brownrigg, *Who's Who in the Bible*, vol.2, Random House, New York, 1971, 1993, p.397; John F *Foxe, John, 1563. The New Foxe's Book of Martyrs. Reescrito y actualizado por Harold J. Chadwick*. Whitaker House, New Kinsington, PA, 1981, pp.6-7.

34. Ver Eusebo, *Ecclesiastical History*, II.i., Thomas Nelson, Nashville, 1897, p.386.

35. *Diccionario Bíblico Ilustrado Holman*, Broadman & Holman, Nashville, 2003, p.856.

36. Mateo 27:63-66.

37. *María Moliner*, Diccionario de uso del español, Segunda Edición, Ed.Gredos, España, 1998.

38. 1 Corintios 15:5-7.

39. Mateo 27:61; Marcos 15:46-47; Lucas 23:55.

40. Mateo 27:63-66.

41. Marcus Borg y N.T. Wright, *The Meaning of Jesus –Two Visions*, Harper San Francisco, New York, 1999, p.89. Borg expone esta postura, y Wright rebate su argumentación.

42. Robert W. Funk, *Honest to Jesus*, Harper San Francisco, San Francisco, 1996, pp. 220-221.

43. Josefo, *Antiquities of the Jews*, IV.xiii

44. John Dominic Crossan, *Who Killed Jesus?*, Harper San Francisco, San Francisco, 1995, p.172.

45. Robert W. Funk, *Honest to Jesus*, Harper San Francisco, San Francisco, 1996, p.259.

46. Marcus Borg y N.T. Wright, *The Meaning of Jesus –Two Visions*, Harper San Francisco, New York, 1999, p.134.

47. N.T. Wright, *The Resurrection of the Son of Man*, Fortress, Minneapolis, 2003, p.360.

48. *El Sagrado Corán*, versión castellana de Julio Cortés, Biblioteca Islámica «Fátimah Az-Zahra», Musulmanes Shiítas de El Salvador, Centroamérica. Disponible en www.islamelsalvador.com

49. *Quran*, Authorized English Version, trad. Rashad Khalifa, Islamic Productions, Tucson, 1989, p.103.

50. Ver el análisis de 1 Corintios 15:3-8 en la pág.297 y en el cap.6.

51. Craig A. Evans, *Noncanonical Writings and New Testament Interpretation*, Hendrickson, Peabody, 1992, p.149.

52. Norman L. Geisler y Abdul Saleeb, *Answering Islam*, Baker, Grand Rapids, 1994, p.304.

53. Ver capítulos 6 y 7.

54. Hechos 22:3.

55. Gálatas 1:14; Filipenses 3:5.

56. Hechos 8:1-3; 9:1-2; 26:9-11; Filipenses 3:6; Gálatas 1:13.

57. Hechos 9:3-19; 22:6-11; 26:13-23.

58. Eusebio, *Ecclesiastical History*, II.xxv.

59. Hechos 9:26-30; Gálatas 1:18-19.

60. N.T. Wright, *The Resurrection of the Son of Man*, Fortress, Minneapolis, 2003, p.570.

61. William Lane Craig, «Did Jesus Rise from the Dead?», *Jesus Under Fire*, Michael J. Wilkins et al., eds., Zondervan, Grand Rapids, 1995, p.165.

Capítulo 12
¿Jesús dijo que era Dios? ¿Él es el único camino?

¿Dios o fraude?

Muchas personas consideran que Jesús fue un gran maestro, un sabio itinerante. Algunos dicen que fue un ejemplo de cómo manifestar el elemento divino que todos llevamos dentro. Otros opinan que fue un hechicero y un hereje. Para el cristianismo, Jesús fue Dios encarnado, el Verbo hecho carne.

Después de haber presentado buenos argumentos a favor de la existencia de Dios, del carácter fidedigno de la Biblia, de la factibilidad de los milagros, de la existencia de las profecías, y del carácter histórico de la resurrección, ahora, la pregunta es: «Y Jesús, ¿quién dijo ser?» Si en verdad hizo milagros, cumplió las profecías y resucitó, seguramente había un propósito detrás de todo esto.

Todo lo que hizo tuvo como finalidad dejar establecido que tenía autoridad para hacer determinadas afirmaciones, afirmaciones relacionadas fundamentalmente con su identidad. Veamos, pues, quién dijo Jesús que era.

La entrada triunfal, Capilla Palatina.

El Mesías

La palabra mesías es de origen hebreo y significa «ungido».

La palabra *mesías* es de origen hebreo y significa «ungido». La palabra *Cristo* viene de la traducción al griego de «mesías».[1] En el Antiguo Testamento, el término «ungido» tenía dos significados; uno general y uno particular. El primero hacía referencia a la designación de una persona para ocupar un cargo, de manera tal que se consideraba que contaba con la aprobación de Yahvéh, el Dios de Israel.[2] En sentido particular, el término designaba específicamente a una persona de quien hablaban las profecías. Este Mesías salvaría a la nación de Israel, derrocaría a los gentiles en el poder y establecería un reino eterno. Sin embargo, las profecías

también anunciaban que el Mesías habría de sufrir. Era difícil conciliar estas dos descripciones en una misma persona, pero Jesús dijo que había venido a cumplir la profecía justamente en sus aspectos restrictivos y específicos.

Cuando apareció en escena, muchos judíos se preguntaron si sería el Mesías prometido en las profecías del Antiguo Testamento, aquél que vendría a construir una casa en el nombre de Yahvéh, y a afirmar para siempre el trono de su reino.[3] Sin embargo, en la época en que Jesús nació, las expectativas respecto de cómo se presentaría el Mesías y qué haría habían cambiado. La mayoría creía únicamente en un Mesías político que liberaría a Israel de la dura dominación romana y no, en alguien que encarnaría a aquel que había de venir como un siervo sufriente. Incluso, en el tiempo transcurrido entre Malaquías y Juan el Bautista, circuló literatura sobre ese Mesías de perfil político. Merrill C. Tenney señala lo siguiente: «En esta literatura no se encuentra ninguna referencia al Mesías como alguien que debía sufrir por los seres humanos ni que los redimiría mediante su sacrificio personal».[4] Y Albert H. Baylis añade: «Era impensable que el Mesías viniera y no restaurara a Israel como nación».[5]

Las profecías también anunciaron que el Mesías habría de sufrir.

La Piedad, Miguel Ángel.

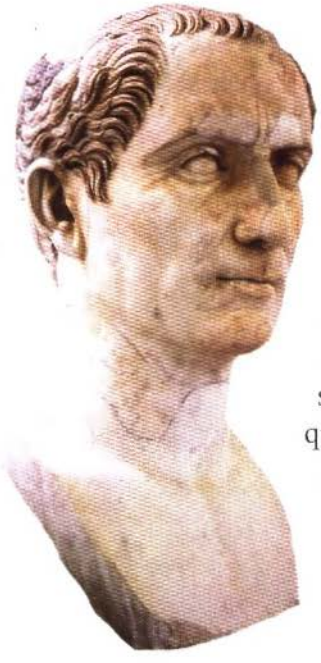
Por lo tanto, la multitud veía a Jesús a través de una lente distorsionada, debido a una interpretación errónea de las profecías y a expectativas injustificadas. De hecho, ya cerca del final, Jesús había quedado totalmente descalificado como posible Mesías. N.T. Wright lo explica de este modo:

> ***Lo que nadie esperaba era que el Mesías muriera a manos de los paganos, en lugar de derrotarlos; que montara un ataque simbólico contra el Templo, advirtiendo que la hora de su juicio era inminente, en lugar de reconstruirlo y purificarlo; y que fuera víctima de violencia e injusticia a manos de los paganos en lugar de traer paz y justicia. La crucifixión de Jesús, desde el punto de vista del espectador común, fuera o no un simpatizante, solo podía percibirse como el derrumbamiento total de toda pretensión o esperanza mesiánica que Jesús o sus seguidores hubieran podido alentar.***[6]

La noción de que el Mesías podría ser Dios encarnado era algo desconocido para los judíos de aquel tiempo. Y aun si lo hubieran sabido, no estaban en absoluto preparados para ese aparente fracaso de Jesús. Por lo tanto, aunque Él se refirió a sí mismo como el Mesías, eso no quiso decir que la gente lo interpretara como una afirmación de su naturaleza divina.

Jesús nunca dijo: «Yo soy Dios»

Es verdad que en ningún pasaje de la Escritura leemos que Jesús haya dicho: «Yo soy Dios», pero eso no significa que Jesús no alegara ser Dios. En el siglo I, tal como ocurriría hoy, decir «Yo soy Dios» no hubiera tenido mucho sentido. Incluso a los emperadores romanos se les atribuía naturaleza divina, o bien, el propio emperador se arrogaba ese derecho.[7] Lo que Jesús hizo fue afirmar que era un Dios muy especial, para un pueblo especial, de una



Julio César (44 d.C.) fue el primer emperador romano al que se le rindió culto como un dios.

manera muy especial, y le transmitió este mensaje a ese pueblo sin ambigüedad y de manera inequívoca.

Al hacer esta afirmación, Jesús usó un lenguaje idiomático, es decir, usaba formas de expresión comunes a los judíos del siglo I. Para comprender esto con mayor claridad, veamos un ejemplo. La expresión «hilar fino» tiene un significado muy diferente según la use una tejedora o un crítico literario. Aunque las palabras son las mismas, es preciso conocer el marco en que se da la expresión idiomática para entenderla correctamente.

Teniendo esto en cuenta, vemos que Jesús decía que era el Dios de los antiguos hebreos tal como lo describían los textos del Antiguo Testamento. Lo afirmó explícitamente y de tal manera que, si no era Dios, con toda justicia tendría que haber sido declarado blasfemo. También lo afirmó de manera implícita, al atribuirse prerrogativas que solo le competen a Dios, tales como perdonar pecados y aceptar que la gente lo adorara. Cada una de estas manifestaciones merece ser analizada detenidamente.

Jesús decía que él era el Dios de los antiguos hebreos, tal como lo describían los textos del Antiguo Testamento.

Blasfemia (?)

Para determinar quién decía Jesús que él era, un buen indicador es ver qué respuestas provocaba en sus oyentes. La manera en que reaccionaban al oír las palabras de Jesús es de gran utilidad para comprender qué significaban esas palabras. En Juan 8:52-59 vemos la siguiente escena:

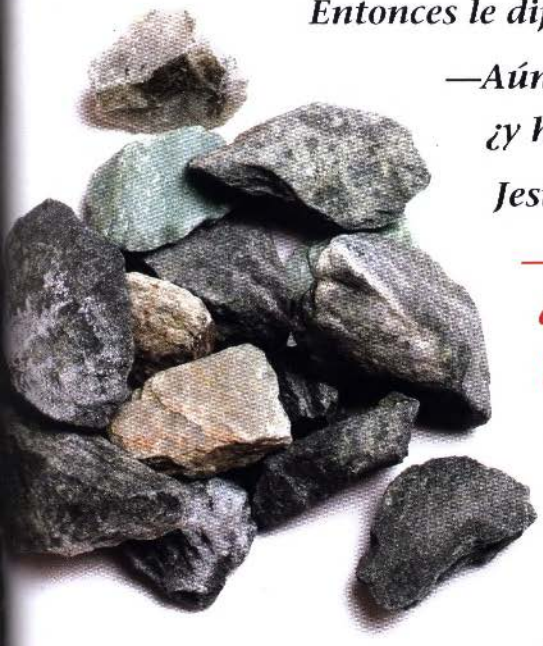
Entonces los judíos le dijeron:

—Ahora nos convencemos de que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: «El que guarda mi palabra nunca sufrirá muerte». ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡También los profetas murieron! ¿Quién crees que eres?

Respondió Jesús:

—Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Vosotros no lo conocéis. Yo sí lo conozco y, si digo que no lo conozco, sería mentiroso como vosotros; pero lo conozco y guardo su palabra. Abraham, vuestro padre, se gozó de que había de ver mi día; y lo vio y se gozó.

Jesús, detalle de una pintura de Caravaggio.



Entonces le dijeron los judíos:

—Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?

Jesús les dijo:

—De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuera, yo soy.

Tomaron entonces piedras para arrojárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo y, atravesando por en medio de ellos, se fue.

¿Por qué los judíos reaccionaron con tanta violencia contra Jesús? Ante todo, debemos prestar atención a la curiosa construcción gramatical de la última afirmación de Jesús: «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuera, yo soy». Jesús no cometió un error gramatical al decir «yo soy», sino que estaba reclamando para sí el nombre que Dios se dio a sí mismo cuando habló con Moisés en medio de la zarza ardiente.[8] La gente que lo escuchaba entendió lo que dijo, pero no le creyó. Más aun, de inmediato trataron de matar a Jesús debido a la prohibición que establecía la ley en Levítico 24:16:

«El que blasfeme contra el nombre de Jehová ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará».

El castigo por violar el cuarto mandamiento: «No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano» [9] era morir apedreado.

Sin embargo, esta no fue la única oportunidad en que Jesús hizo una afirmación tan categórica. Veamos otros ejemplos:

Juan 10:30-33:

(Dijo Jesús) «El Padre y yo uno somos».
Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo.
Jesús les respondió:
—Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?
Le respondieron los judíos, diciendo:
—Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios.

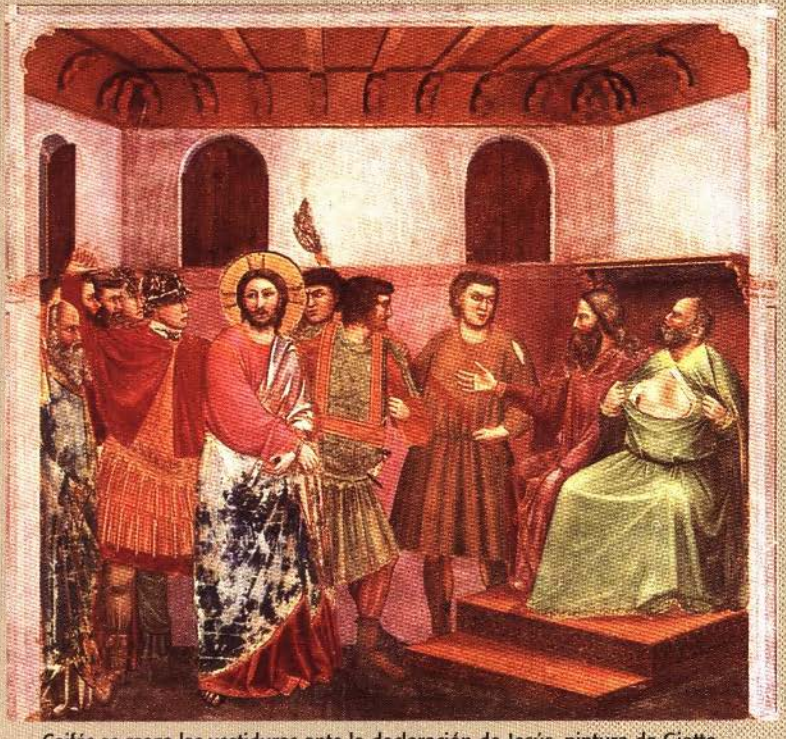
Juan 5:16-18:

Por esta causa los judíos perseguían a Jesús e intentaban matarlo, porque hacía estas cosas en sábado.
Jesús les respondió:
—Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.
Por esto los judíos aun más intentaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.

Mateo 26:63-66:

Pero Jesús callaba. Entonces el Sumo sacerdote le dijo:
—Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.
Jesús le dijo:
—Tú lo has dicho. Y además os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo.

Entonces el Sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo:
—¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?
Y respondiendo ellos, dijeron:
—¡Es reo de muerte![10]



Caifás se rasga las vestiduras ante la declaración de Jesús, pintura de Giotto.

John M. Frame señala:

«Si las afirmaciones de Jesús eran falsas, indudablemente era un blasfemo, y bien podemos entender que los judíos, un pueblo con fuerte fundamento monoteísta, quisieran condenar de inmediato a cualquier hombre que dijera ser Dios. En este sentido, entendieron muy bien lo que Jesús dijo».[11]

Así, las palabras precisas que Jesús usó y la reacción de los oyentes confirman que Él afirmaba ser el Dios de la Biblia. Jesús no los corrigió por haber malinterpretado la ley que establecía que los blasfemos debían morir, trató, en cambio, de corregir una mala interpretación de su identidad.

El perdón de los pecados

Jesús también afirmó ser el Dios de la Biblia de manera implícita. Me refiero a situaciones en las que adujo derechos, privilegios o poderes que pertenecen exclusivamente a Dios. Una de las prerrogativas divinas que Jesús se atribuyó fue la capacidad de perdonar pecados. Encontramos un ejemplo en el relato de Marcos 2:3-12:

Entonces vinieron a él unos trayendo a un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, quitaron parte del techo de donde él estaba y, a través de la abertura, bajaron la camilla en que yacía el paralítico.

Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico:

—Hijo, tus pecados te son perdonados.

Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales pensaban para sí:

«¿Por qué habla este de ese modo? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?».

Y conociendo luego Jesús en su espíritu que pensaban de esta manera dentro de sí mismos, les preguntó:

—¿Por qué pensáis así?

¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o decirle: "Levántate, toma tu camilla y anda"?

Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dijo al paralítico—:

A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

Entonces él se levantó y, tomando su camilla, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo:

—Nunca hemos visto tal cosa.

Ruinas de viviendas del siglo I, en Capernaúm, la ciudad donde los amigos bajaron al paralítico a través de una abertura en el techo. (HolyLandPhotos.com)

El auditorio de Jesús sabía que perdonar pecados es un atributo exclusivo de Dios, y con toda justicia se opusieron a que Jesús se arrogara ese derecho. Después de todo, es fácil decir «Tus pecados te son perdonados», pero ¿quién podría confirmar una afirmación tan escandalosa? Pues eso hizo Jesús: realizó un milagro para confirmar sus palabras y establecer su identidad. El milagro fue la confirmación de que Jesús era Dios y podía, por lo tanto, perdonar pecados.

Otro ejemplo lo hallamos en Lucas 7:36-50. Jesús estaba cenando en la casa de un fariseo, cuando una mujer identificada como una pecadora bañó sus pies con lágrimas y óleo perfumado. El fariseo adoptó una actitud de juicio hacia la mujer, a lo cual Jesús le respondió:

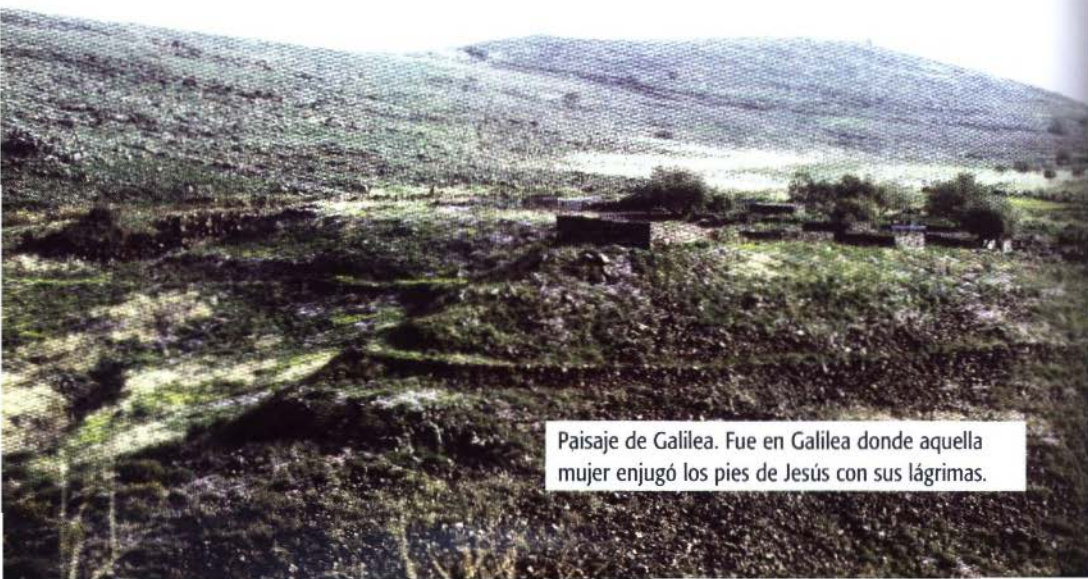
¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; pero ella ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero aquel a quien se le perdona poco, poco ama.

Y a ella le dijo:

—Tus pecados te son perdonados.

Los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí:

—¿Quién es este, que también perdona pecados?[12]



Paisaje de Galilea. Fue en Galilea donde aquella mujer enjugó los pies de Jesús con sus lágrimas.

Nuevamente, los que lo habían escuchado entendieron que Jesús pretendía arrogarse un derecho que solo le pertenece a Dios. Y una vez más, no estaban dispuestos a aceptar lo que esa pretensión implicaba, pero no hay duda de que comprendían que Jesús afirmaba que era la encarnación del Dios de los hebreos. Aunque la pretensión era implícita, las afirmaciones de Jesús eran frontales y sin ambigüedad, de modo que quienes lo oían entendían correctamente su significado.

Jesús acepta que lo adoren

Aceptar que la gente lo adorara fue otra de las maneras en que Jesús afirmó que era Dios. Si Jesús no era más que un maestro bueno cuya vida era un ejemplo de moral, seguramente, hubiera reprendido esa conducta por considerarla equivocada o inapropiada. De lo contrario, sus enseñanzas carecerían de valor puesto que al aceptar algo que no le correspondía, hubiera actuado de manera inmoral. Sin embargo, las enseñanzas y la conducta de Jesús muestran que consideraba recto y justo que la gente lo adorara.

Aceptar que la gente le tributara adoración fue otra de las maneras en que Jesús afirmó que Él era Dios.

La orilla occidental del Mar de Galilea, donde Jesús caminó sobre el agua. (HolyLandPhotos.org)

Recordemos el texto en Mateo 14:22-33, el conocido relato en que Jesús camina sobre el agua. Según el versículo 33, cuando los discípulos se dieron cuenta de que era Jesús y no un fantasma y lo vieron calmar el viento,

> ***«los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo:***
> ***—Verdaderamente eres Hijo de Dios».***

Un momento atrás, Jesús había reprendido a Pedro por su falta de fe (v. 31), pero no reprendió a los discípulos cuando lo adoraron después de oír sus palabras. Para Jesús esta era la respuesta adecuada.

Nuevamente encontramos a Jesús aceptando que lo adoren en Juan 9:35-38 (NVI), después de la curación de un hombre ciego.

Jesús se enteró de que habían expulsado a aquel hombre, y al encontrarlo le preguntó:
—¿Crees en el Hijo del hombre?
—¿Quién es, Señor? Dímelo, para que crea en él.
—Pues ya lo has visto —le contestó Jesús—; es el que está hablando contigo.
—Creo, Señor —declaró el hombre.
Y, postrándose, lo adoró.

Aquí vemos a Jesús haciendo dos afirmaciones. Al aceptar que el hombre lo adore, tácitamente está declarando que es Dios encarnado, a quien es bueno y justo tributar adoración. Al identificarse como el Hijo del hombre, está afirmando que es el Mesías prometido en la profecía de Daniel 7:13.

Estas afirmaciones implícitas no pasaban inadvertidas para los que escuchaban a Jesús. De hecho, los líderes judíos se mostraban indignados cuando aceptaba que lo adoraran.

El texto en Mateo 21:14-16 (NVI) refleja muy bien esta situación:

Detalle de una pintura de Giotto que muestra a Jesús aceptando que lo adoren.

Se le acercaron en el templo ciegos y cojos, y los sanó. Pero cuando los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley vieron que hacía cosas maravillosas, y que los niños gritaban en el templo: «¡Hosanna al Hijo de David!», se indignaron.

—¿Oyes lo que ésos están diciendo? —protestaron.

—Claro que sí —respondió Jesús—; ¿no han leído nunca:

«En los labios de los pequeños
y de los niños de pecho
has puesto la perfecta alabanza»?

Fue Jesús quien suscitó la alabanza de los niños, una alabanza que no reprimió. La cita a la que hace referencia pertenece al Salmo 8, que fue escrito como alabanza a la gloria de Dios. Además, al citar el Salmo para explicar lo que había sucedido, da a entender que se veía como el sujeto de la frase «[Tú] has puesto», es decir, él era Dios mismo. Nuevamente, encontramos a Jesús que afirma que él era un Dios especial para un pueblo especial de una manera especial.

Pero Jesús fue aún más lejos en su pretensión de ser reconocido como Dios; no solo aceptó que las personas lo adoraran, sino que les enseñó a orar en su nombre, algo absolutamente descabellado si, en verdad, no era Dios. Según el testimonio de Juan 16:23-24, Jesús dijo:

> ***De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará.***
>
> ***Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.***

Esto también se ve en los siguientes versículos: Juan 14:12-14; 15:16. Sin duda, esto es mucho más que ofrecer una recomendación del tipo: «Díganle a Dios que van de parte de Jesús»; es la confirmación de su autoridad divina y de su libre acceso al trono de Dios.

Jesús no solo aceptó que las personas lo adoraran, sino que les enseñó a orar en su nombre, algo absolutamente descabellado si, en verdad, no era Dios.

¿Jesús es el único camino que conduce a Dios?

Es eso y más. Al enseñarnos a orar en su nombre, Jesús afirma su lugar como mediador y reconciliador entre Dios y los hombres. Los creyentes solo pueden acceder a Dios al orar en el nombre de Jesús. Esto se ve, claramente, en Juan 14:6 cuando Jesús dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí». Por cierto, esto no significa que la sola invocación del nombre de Jesús actúa como una suerte de encantamiento mágico que obliga a Dios a oír y responder nuestra oración. Por el contrario, la fe en la obra y la persona de Jesús es lo que mueve a los creyentes a presentarse delante de un Dios justo y santo. Jesús lo dice explícitamente en Juan 3:16-18.

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

En Mateo 11:27 encontramos el mismo mensaje:

Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Jesús afirmó ser el Hijo de Dios en sentido absoluto y excluyente.

Como observa William Lane Craig, el segundo versículo «dice que Jesús afirmó ser el Hijo de Dios con un sentido absoluto y excluyente».[13] Y agrega: «[Jesús] también afirma ser el único que puede revelar al Padre ante los seres humanos».[14] Las afirmaciones de Jesús y su visión de sí mismo fueron fielmente registradas por sus seguidores en los textos del Nuevo Testamento. Pedro, por ejemplo, declara: «Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos».[15] Jesús, por ser completamente hombre y completamente Dios, es el único calificado para desempeñar el papel de mediador. Jesús puede ofrecer la reconciliación entre Dios y los seres humanos porque pagó con su muerte por los pecados de aquellos que creen en Él, haciendo posible que se les acredite a los creyentes la perfecta obediencia que caracterizó su vida. En esto consiste el Evangelio; la buena nueva que anuncia la posibilidad y la certidumbre de la salvación a través de Jesucristo.

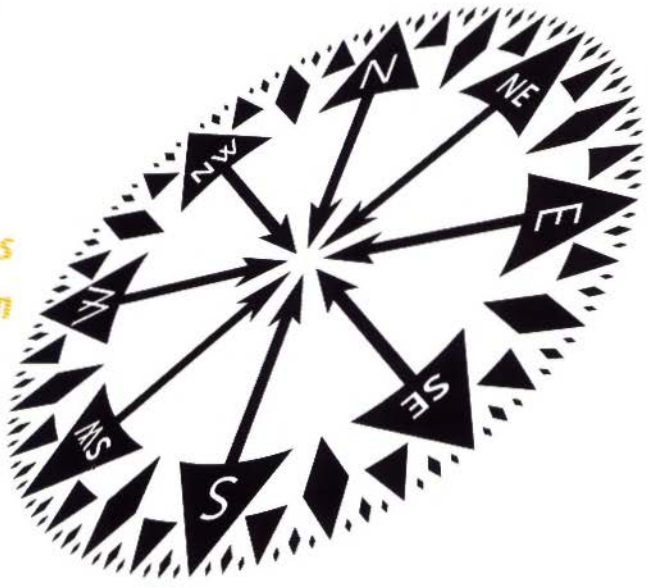
El carácter absoluto y excluyente con que Jesús afirmaba ser la única vía de acceso a Dios y, al mismo tiempo, Dios encarnado, no es simplemente una parte importante de sus enseñanzas, sino el fundamento sobre el cual descansan todas ellas. Esto explica por qué numerosas conversaciones de Jesús con los líderes judíos derivaron, rápidamente, en el tema de su identidad y autoridad. Aquí radica la diferencia esencial entre Jesús y otros líderes religiosos como Buda, Mahoma, y Moisés. El autor Paul Copan apunta lo siguiente:

«Los fundadores de las grandes religiones del mundo no se arrogaron poderes tan inauditos como los que adujo Jesús de Nazaret: perdonar pecados, ser juez de todos, permanecer junto a sus seguidores por todas las edades, escuchar sus oraciones».[16]

A causa de lo que Jesús decía ser, a los primeros creyentes se los conoció como los seguidores del Camino.[17]

Detalle de La Ascensión, Tintoretto.

Algunas personas creen que las diferentes religiones son diferentes caminos que conducen a un mismo lugar.



La afirmación excluyente de Jesús respecto de que Él es el único camino para llegar a Dios y alcanzar la salvación, es extremadamente impopular y está lejos de ser políticamente correcta. Sin embargo, la crítica dirigida al cristianismo en este sentido es bastante injustificada. Toda religión hace afirmaciones excluyentes; precisamente eso es lo que les permite distinguirse del resto. Las respuestas a la pregunta quién es Jesús y qué debemos hacer para alcanzar la salvación varían de una religión a otra.

Es probable que el hinduismo esté abierto a la posibilidad de incorporar a Jesús en su panteón de dioses. También es probable que el budismo esté dispuesto a aceptar que Jesús es alguien que alcanzó la iluminación. Y es verdad que el islamismo admite que Jesús fue un gran profeta. Sin embargo, la aceptación de Jesús de parte de otras religiones no necesariamente implica que el cristianismo sea un emprendimiento chovinista, excepcionalmente excluyente. En realidad, para que el hinduismo, el budismo o el islamismo acepten a Jesús, deben rechazar todo o gran parte de lo que Él enseñó sobre sí mismo y el mundo. En otras palabras, Jesús tiene cabida en el hinduismo con tal que sea hindú; tiene cabida en el budismo con tal que sea budista; y tiene cabida en el islamismo con tal que sea musulmán. Lo mismo se aplica a todas las demás religiones, incluidos el universalismo y la fe Bahai. Y de manera similar, el cristianismo podría aceptar en sus filas a Buda o a Mahoma,

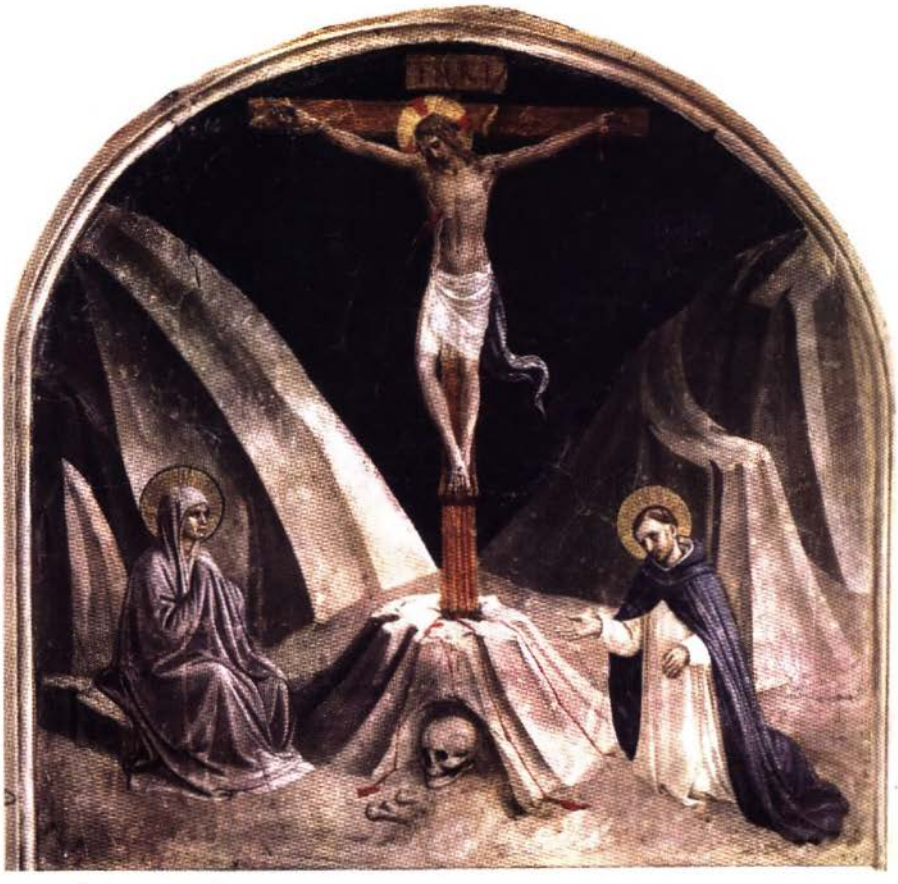
o al fundador de cualquier otra religión si estuvieran dispuestos a renunciar a sus enseñanzas excluyentes y aceptaran recibir la salvación a través de la obra y la persona de Jesús.

Otra manera de entender este punto es pensar en el refrán «Todos los caminos conducen a Roma». Algunas personas creen que las diferentes religiones son diferentes caminos que conducen a un mismo lugar. Este argumento se desmorona rápidamente cuando vemos en qué dirección nos lleva cada uno de los caminos. Una religión dice que Roma está en todas partes; otra dice que Roma está en uno mismo; otra, que Roma es imposible de conocer; y otra, que Roma no existe. Pero hay una religión que dice que Roma está en un determinado lugar y que hay una única manera de llegar hasta allí. A decir verdad, no todos los caminos conducen a Roma, sino que cada camino conduce solo a un destino, y los caminos ni siquiera se cruzan. Hasta es posible que en todos los casos el destino se llame «Roma», pero eso no significa que se trate del mismo lugar. O bien todos los caminos son los equivocados, o solo uno es el correcto; no hay otras opciones.

A decir verdad, no todos los caminos conducen a Roma, sino que cada camino conduce solo a un destino, y los caminos ni siquiera se cruzan.

A este carácter excluyente aludimos cuando decimos que algo es verdadero. La verdad es excluyente por definición. No es posible que afirmaciones contradictorias sean todas verdaderas al mismo tiempo y en iguales condiciones. Por esto, las personas no adhieren simultáneamente a más de una religión. No puede haber musulmanes cristianos; más bien, deben convertirse de una religión a la otra y cambiar su comprensión de Dios, de sí mismos, y del mundo, según cuál elijan.

Un último punto a tener en cuenta es el siguiente: si Jesús no es el único camino a la salvación, sino uno entre tantos otros, ¿por qué murió? En realidad, ¿para qué nació? ¿Qué razón pudo haber tenido Dios para encarnarse en la persona de Jesús de Nazaret, vivir una vida de perfecta obediencia, servicio, y sacrificio, soportar la tortura y luego morir de la manera más horrenda que se pueda imaginar, si había muchos otros caminos posibles para llegar a Dios? Solo un Dios sádico y cruel, un Dios que ninguna religión consideraría digno de ser adorado, cometería un acto tan vil, sin razón de ser. Así es el Dios con el que deben conformarse aquellos que dicen que no existe diferencia sustancial entre las diferentes religiones.



La Crucifixión, Fra Angélico.

Sin embargo, este Dios cruel se contrapone al Dios cuya existencia quedó demostrada en el capítulo 4, a partir de la existencia de la moral. Si nuestra intuición moral está arraigada en la naturaleza de Dios, nuestro Creador, y se nutre de ella, no podríamos reconocer el mal en su conducta. En realidad, lo aceptaríamos, lo aprobaríamos, y diríamos que es bueno; pero esto es algo que obviamente no podemos hacer. Y como quedó demostrado en el capítulo 4, no existen criterios de moral objetiva externos a la naturaleza de Dios, a los cuales Dios y también nosotros debamos sujetarnos. En consecuencia, volvemos al carácter excluyente, que es un concepto presente en todas las religiones y no solo en el cristianismo.

Conclusión

Queda claro, pues, que Jesús se veía a sí mismo no solo como Dios, sino como el Dios de los judíos, el Dios de Abraham, Moisés, Isaías, David y demás líderes de Israel. Explicó todo esto de modo que, en su cultura, fuera fácil de entender, aunque no necesariamente, fácil de aceptar. Jesús también enseñó que la única manera de llegar a Dios era a través de la fe en Él.

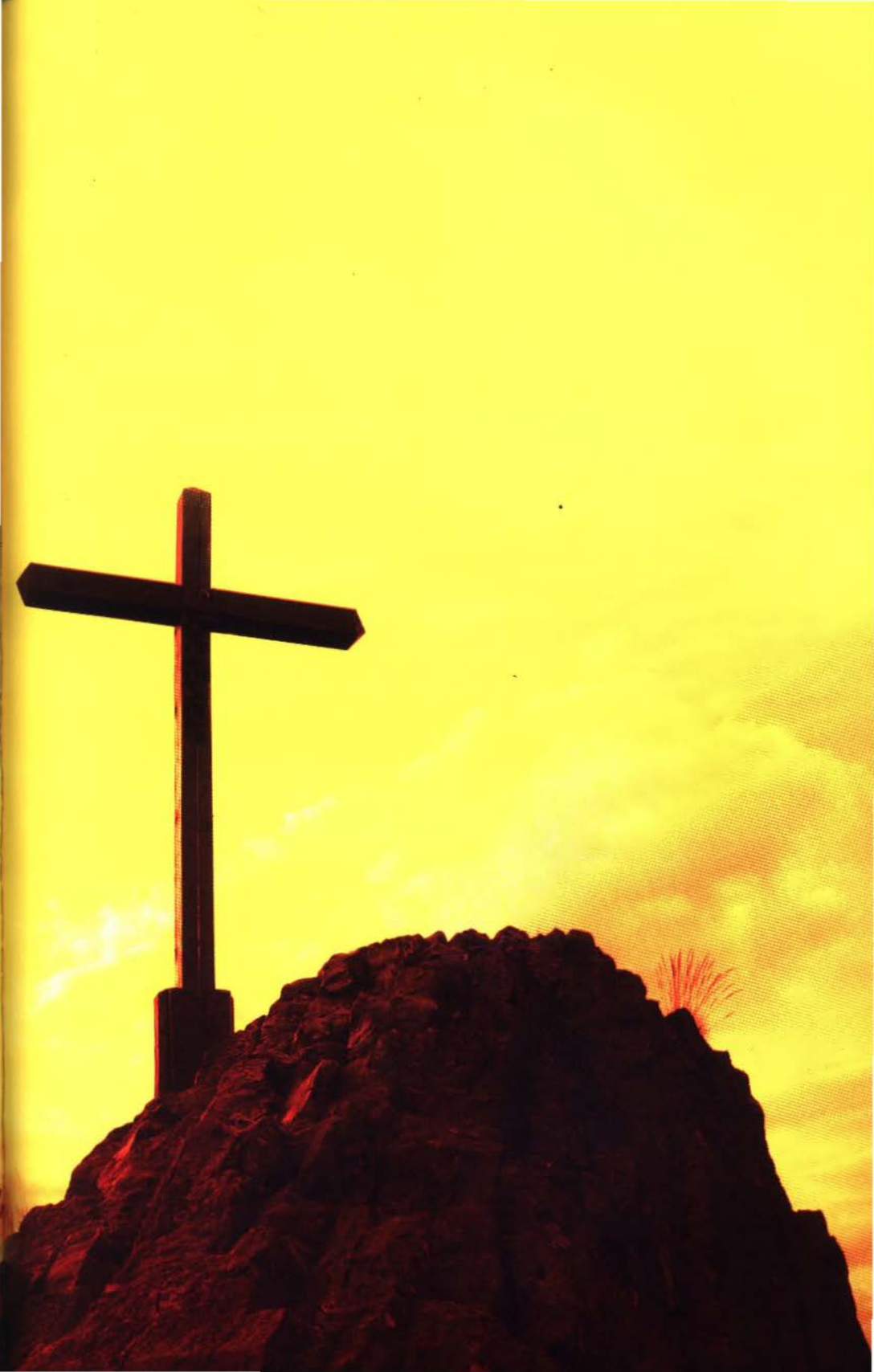
Es imprescindible entender que todo esto tiene que ver con el contenido de la fe y no, con la sinceridad del creyente. Muchas personas creen, sinceramente, cosas falsas, pero esto no le atribuye veracidad a aquello que creen. La verdad o falsedad de una religión está dada por el objeto de su fe y por su contenido, no por la sinceridad de sus adherentes.

Muchas personas creen sinceramente cosas falsas, pero esto no le atribuye veracidad a aquello que creen. La verdad o falsedad de una religión está dada por el objeto de su fe y por su contenido, no por la sinceridad de sus adherentes.

Cita célebre

A través de los siglos vimos levantarse muchos grandes maestros, místicos, mártires y santos en el mundo, y la vida que vivieron y las palabras que dijeron estuvieron llenas de gracia y verdad; por todo ello debemos estar agradecidos. Sin embargo, de ninguno de ellos se dijo, ni se aceptó, que fuera Dios encarnado. Solo en el caso de Jesús persistió la creencia de que cuando él vino al mundo, Dios se dignó adoptar la apariencia de un hombre a fin de que desde aquel momento, los hombres se sintieran animados en su aspiración de parecerse a Dios, que se esforzaran por dejar atrás su naturaleza mortal para alcanzar su inmortalidad, su naturaleza imperfecta para alcanzar su perfección.[18]

—Malcolm Muggeridge



Notas

1. *Diccionario Bíblico Ilustrado Holman*, Broadman and Holman, Nashville, 2008, p.1071.
2. Íbid., p.1071.
3. 2 Samuel 7:13.
4. Merrill C. Tenney, *New Testament Survey*, Eerdmans, Grand Rapids, 1953, 1961, 1985, p.87.
5. Albert H. Baylis, *From Creation to the Cross*, Zondervan, Grand Rapids, 1996, p.372.
6. N.T. Wright, *The Resurrection of the Son of God*, Fortress, Minneapolis, 2003, pp.557-558.
7. Bruce Shelley, *Church History in Plain Language*, Thomas Nelson, Nashville, 1982, 1995, pp.43-45; *Eerdmans Handbook to the World's Religions*, Eerdmans, Grand Rapids, 1982, 1994, pp.108-109.
8. Éxodo 3:13-14.
9. Éxodo 20:7.
10. Este relato del juicio de Jesús también se encuentra en Marcos 14:61-64.
11. John M. Frame, *Apologetics to the Glory of God*, Presbyterian and Reformed, Phillisburg, NJ, 1994, p.141.
12. Lucas 7:47b-49.
13. William Lane Craig, *Reasonable Faith*, Crossway, Wheaton, IL, 1984, p.246.
14. Ibíd.
15. Hechos 4:12. Ver también 1 Corintios 8:5-6.
16. Paul Copan, *True for You, But Not for Me*, Bethany, Minneapolis, 1998, p.108.
17. Hechos 9:2; 19:9, 23.
18. Malcolm Muggeridge, *Jesus*, Harper & Row, New York, 1975, p.16.

Capítulo 13
¿Por qué Dios permitió que existiera el mal?

¿Qué es el mal?

No importa dónde vivamos ni qué circunstancias rodeen nuestra vida, no importa cuánto dinero o éxito tengamos en este mundo; todos alguna vez experimentamos el mal.

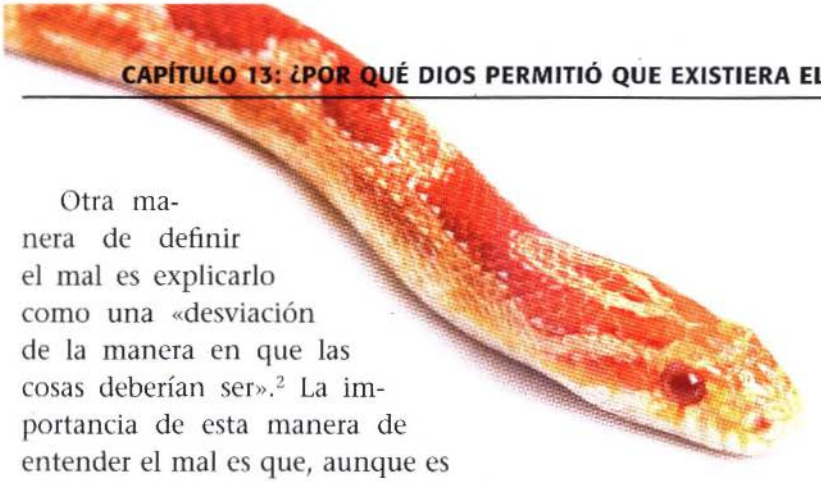
Presidentes y preescolares, criminales y clérigos, famosos y fans, nadie está a salvo. Y a lo largo de la historia, muchas personas han sostenido que la existencia del mal, su magnitud y naturaleza son la perfecta evidencia de que no hay Dios (en especial, no hay un Dios con poder y voluntad de hacer algo al respecto). Ahora bien, aunque es evidente que todos reconocemos el mal cuando lo vemos manifestarse en el Holocausto, los asesinatos, un tsunami, o el cáncer, corresponde preguntarnos ¿qué es el mal exactamente?

No importa dónde vivamos ni qué circunstancias rodeen nuestra vida, no importa cuánto dinero o éxito tengamos en este mundo; todos alguna vez experimentamos el mal.

AGUSTÍN

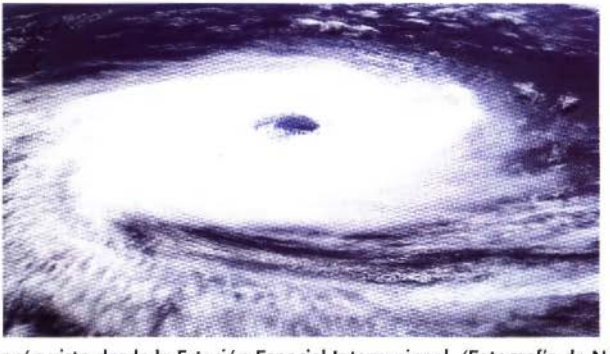
Agustín definió el mal como la «privación del bien, hasta llegar al mayor mal, que es la nada».[1] En otras palabras, el mal se encuentra allí donde debería estar el bien, pero no está. Esta definición también ayuda a definir que el mal no es algo material, no tiene sustancia, pero esto no significa que no exista. Más bien, quiere decir que la existencia del mal se asemeja a la existencia del frío o la oscuridad. El frío y la oscuridad son cosas muy reales que nombramos cuando queremos expresar la ausencia de calor o de luz. En algún sentido, el frío y la oscuridad son parásitos del calor y la luz, ya que estos pueden existir sin el frío y la oscuridad, pero ellos no pueden existir si no existen el calor y la luz. Piense en la oración: «Elvis salió del edificio». No puede haber ausencia de Elvis si no supiéramos que Elvis existe y se encuentra ahora en otro lugar. Esta ausencia equivaldría a «la privación» de Elvis, pero cuando está presente, no hablamos de su ausencia.

Piense en la oración: «Elvis salió del edificio». No puede haber ausencia de Elvis si no supiéramos que Elvis existe y se encuentra ahora en otro lugar.



Otra manera de definir el mal es explicarlo como una «desviación de la manera en que las cosas deberían ser».[2] La importancia de esta manera de entender el mal es que, aunque es algo real, Dios no lo creó, sino que lo hizo posible.

John M. Frame se apresura a señalar, sin embargo, que la Biblia dice que todas las cosas están sujetas a la voluntad de Dios.[3] Según Frame, «El problema es que Dios es soberano sobre todo cuanto ocurre, bueno y malo, y cualquiera sea el análisis metafísico que hagamos del mal, este es parte del plan de Dios».[4] Una vez más, Dios no es directamente responsable de crear el mal, pero tiene dominio sobre él y lo usa para cumplir sus buenos propósitos. Algunas veces, incluso al más fervoroso de los creyentes, le cuesta muchísimo conciliar esta idea de que Dios y el mal coexisten. Y este es, precisamente, el punto controversial que con tanta frecuencia se usa para demostrar que Dios no existe.



Un huracán visto desde la Estación Espacial Internacional. (Fotografía de NASA)

A partir de la existencia del mal, surgen dos clases de argumentos contra la existencia de Dios. Uno de los argumentos sostiene que el mal no puede coexistir con un Dios que todo lo sabe, todo lo puede y cuya moral es perfecta. Esto se conoce como el argumento lógico a partir de la existencia del mal. El otro argumento plantea que los males que existen y su magnitud hacen que la existencia de un Dios que todo lo sabe, todo lo puede y cuya moral es perfecta, sea improbable en extremo. Esta argumentación se conoce como el argumento evidencial o probabilístico.

Teodicea y defensa

El intento de justificar las acciones de Dios, particularmente en términos de explicar la realidad del mal, se conoce como «teodicea». La teodicea procura mostrar las razones reales por las cuales Dios permite la existencia el mal. La tarea no es nada fácil si tenemos en cuenta la escasa información que brinda la Biblia sobre el tema. Es verdad que encontramos en la Biblia gran cantidad de material sobre la naturaleza del mal y cómo remediarlo, pero en ningún momento revela explícitamente por qué Dios tolera el mal (y no tiene por qué hacerlo, como veremos más adelante).

Un enfoque más modesto es justificar a Dios dando razones que son posibles, pero no necesariamente reales. Este tipo de argumentación se conoce como la defensa. Tiene la ventaja de que permite demostrar la inconsistencia de un cuestionamiento, sin tener que asumir la pesada carga de presentar una argumentación sólida sobre las razones reales que Dios tiene para permitir el mal.

El argumento lógico a partir de la existencia del mal

Epicuro (341–270 a.C.) fue uno de los primeros filosófos que articuló una argumentación contra la existencia de Dios a partir del problema del mal. Es bien conocida la siguiente cita:

> ***O Dios quiere evitar el mal y no puede; o Dios puede y no quiere; o Dios no quiere y no puede; o Dios puede y quiere. Si Dios quiere [evitar el mal] y no puede, entonces es impotente, y esto contraría la condición de Dios. Si Dios puede y no quiere, entonces es malo, y esto es igualmente incompatible con Dios. Si Dios no quiere y no puede, entonces es Él tanto malo como impotente, y por lo tanto, no es Dios. Si Dios quiere y puede [...] ¿Entonces de dónde vienen los males? ¿Y por qué no se los lleva Él?*** [5]

«Si Dios existe, y es un Dios bondadoso, debemos admitir que fue todo un logro que creara un mundo tan cruel».

—*Dave Matthews*

Epicuro no fue el único. A través de la historia, la objeción más común a la fe en Dios ha sido la incapacidad de conciliar la idea de un Dios omnisciente, benévolo y todopoderoso con la existencia del mal. Por cierto, han transcurrido más de dos mil años y el cuestionamiento de Epicuro resuena hoy en una entrevista con el conocido músico de rock Dave Matthews: «Si Dios existe, y es un Dios bondadoso, debemos admitir que fue todo un logro que creara un mundo tan cruel».[6]

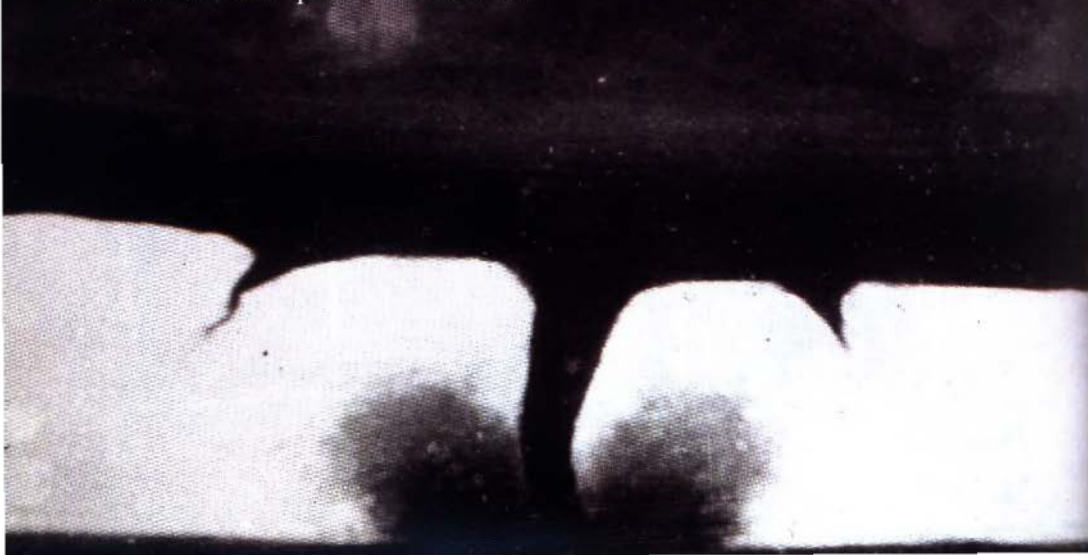
Como lo demuestran las citas arriba mencionadas, el argumento lógico a partir del mal supone que una de estas dos afirmaciones es errónea: o no existe tal Dios, o no existe el mal. Por supuesto, hay quienes han tratado de resolver el problema negando la existencia del mal (por ejemplo, la Ciencia Cristiana),[7] pero es una respuesta, a todas luces, insuficiente. Es casi imposible imaginar que una persona que sabe lo que ocurre y puede prevenir un hecho como el Holocausto, una violación o un asesinato decida no hacer nada al respecto, simplemente, porque no cree en la existencia del mal. Sin duda, podríamos imaginar algún tipo de excusa odiosa, fruto de la insensibilidad, como «No tenía nada que ver conmigo» o «No quería salir lastimado», pero nunca «El mal no existe y, por lo tanto, no tenía razón para intervenir». Para las personas interesadas en la verdad, en las creencias que se correspondan con la realidad, el mal es algo que no se puede negar, y el problema no se resuelve decretando que no existe. Incluso aquellos que niegan su existencia enferman de cáncer, son víctimas de una violación, mueren asesinados o sufren las consecuencias de los desastres naturales. Pueden llamarlo de otra manera o tratar de ignorarlo, pero no escapan de la experiencia del mal.

Fotografías del Holocausto.

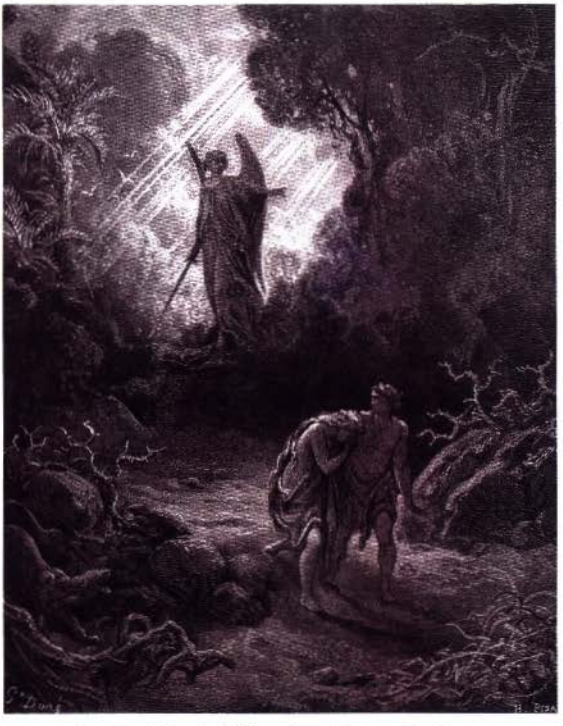
Resta ahora tratar el tema de la existencia de Dios. Entonces, el argumento lógico sigue este razonamiento:

- ***Si en verdad Dios es todopoderoso, podría prevenir el mal.***
- ***Si Dios es omnisciente, debería saber en qué momento el mal se va a manifestar y, por consiguiente, podría detenerlo.***
- ***Si Dios es bondadoso, y su moral es perfecta, querría intervenir para detener el mal.***
- ***El mal existe.***
- ***Por lo tanto, Dios no existe, al menos no un Dios con esas características.***

Esto coloca en una difícil situación el caso que presentamos a lo largo de los doce capítulos precedentes. Recurrimos tanto a la revelación de carácter general manifestada en la naturaleza, como a la revelación particular hallada en la Biblia para mostrar que tenemos muy buenas razones para creer que este Dios, cuestionado por el argumento lógico a partir del mal, realmente existe. Pero, ¿será verdad que Dios y el mal son incompatibles y que es incoherente afirmar que ambos existen?



Alvin Plantinga recoge esta pregunta en su famoso libro *God, Freedom, and Evil* (Dios, la libertad y el mal).[8] El autor plantea lo que él llama una defensa basada en el libre albedrío. Según Plantinga, «el objetivo (de una defensa basada en el libre albedrío) no es decir cuál es la razón que Dios tiene sino, cuando mucho, cuál es la razón que Dios *podría tener*».[9] Su planteo es que basta que haya una *posible* razón por la cual Dios permite el mal, para que la idea de la existencia simultánea de Dios y el mal ya no resulte incompatible ni incoherente, y para que el argumento lógico a partir del mal se derrumbe.



La expulsión de Adán y Eva, Gustave Doré.

Dicho de una manera muy simple, la defensa basada en el libre albedrío sugiere como posibilidad que:

- Un Dios que es omnisciente, todopoderoso, y todo bondad, creó al ser humano como sujeto moral, lo cual implica tener la capacidad de elegir entre el bien y el mal.

- Como Dios es omnisciente, sabía que el mal aparecería; como es todopoderoso, pudo haber creado el mundo de diversas maneras; y como es todo bondad y su moral es perfecta, solo pudo haber tenido buenas razones para crear el mundo tal como lo hizo.

- Como consecuencia, Dios puede haber creado la posibilidad de que exista el mal, pero fue el ser humano quien, al elegir hacer lo malo, lo hizo realidad. Sin embargo, a Dios no lo tomó por sorpresa que el mal se hiciera realidad. Por tanto, en última instancia, el mal existe en el mundo, porque Dios tiene un buen motivo para permitir su existencia.

De acuerdo con la Biblia, ni la humanidad ni el mundo estaban corrompidos por el mal cuando fueron creados; Dios creó todas las cosas y vio que todo «era bueno en gran manera».[10] Dios también proveyó con abundancia todo aquello que Adán y Eva, criaturas hechas a su imagen y semejanza, podían necesitar. Como criaturas creadas a imagen de Dios, fueron dotadas de juicio moral, es decir, de la libertad para elegir entre el bien (aceptar la voluntad de Dios) y el mal (desobedecer la voluntad de Dios). No sabemos cuánto se prolongó ese estado de cosas en el que solo existía el bien, pero en determinado momento, Adán y Eva ejercieron su libertad de desobedecer a Dios y violaron el único mandamiento que les había dado (pensado para preservar y perpetuar el bien en el mundo). Así, el mal entró en el mundo por la libre elección de criaturas moralmente responsables. Dios hizo posible el mal; el ser humano lo hizo real.

La creación de Adán, detalle de la Capilla Sixtina, Miguel Ángel.

Por supuesto, si Dios es omnisciente, siempre supo que las personas algunas veces elegirían el mal; pero si Dios es bondadoso y su moral es perfecta, debe tener una muy buena razón para permitir la existencia del mal, y esto es todo lo que necesitamos saber. No se conocen las razones exactas por las cuales Dios permite el mal, ni es preciso conocerlas para afirmar que el cristianismo tiene coherencia lógica.

La defensa basada en el libre albedrío demuestra que la existencia del Dios de la Biblia no es incompatible con la existencia del mal.

Entonces, la defensa basada en el libre albedrío demuestra que la existencia del Dios de la Biblia no es incompatible con la existencia del mal. La existencia de uno no niega la del otro. Y puesto que hay una explicación posible para la coexistencia de Dios y el mal, se derrumba el argumento lógico a partir del mal, según el cual ambos no pueden coexistir. Es importante reiterar que la defensa basada en el libre albedrío, simplemente, sugiere un posible estado de cosas y no pretende explicar el mundo tal cual es. Sin embargo, el argumento no deja de tener fuerza por el hecho de ser verdadero o no.

El argumento evidencial a partir de la existencia del mal

¿Qué vemos con mayor frecuencia y claridad: manifestaciones del mal o evidencias de la existencia de Dios?

Otra manera de argumentar en contra de la existencia de Dios a partir de la existencia del mal, es considerar las cuantiosas y flagrantes manifestaciones del mal y contrastarlas con la afirmación de que Dios existe. O dicho de manera más sencilla, ¿qué vemos con mayor frecuencia y claridad: manifestaciones del mal o evidencias de la existencia de Dios? A diferencia del argumento lógico a partir del mal, que es un argumento basado en la compatibilidad, este otro se basa en la probabilidad. El argumento probabilístico (o evidencial) a partir del mal no dice rotundamente que Dios no existe, sino que se limita a decir que es muy probable o incluso posible que Dios no exista.

Los que sostienen tal punto de vista, esgrimen esta justificación para no creer en Dios. Este tipo de argumentación se conoce desde hace mucho tiempo y ha sido articulada de diversas maneras por diferentes pensadores. Un ejemplo reciente lo encontramos en una actuación del humorista George Carlin.

> ***Aquí hay algo que no anda bien: Guerras, enfermedades, muerte, destrucción, hambre, basura, pobreza, tortura, crimen, corrupción y los espectáculos del Ice Capades... Esto anda muy mal; este trabajo no está bien hecho. Si esto es lo mejor que Dios sabe hacer, la verdad, no me parece gran cosa. No es la clase de logro que uno espera encontrar en el currículum de un Ser Supremo.***[11]

El filósofo William L. Rowe cita dos ejemplos de manifestación del mal en su versión personal de este argumento. Uno es hipotético: la muerte lenta y dolorosa de un cervatillo durante un incendio al caer un rayo en el bosque. El otro es un caso real: una niña de cinco años que fue golpeada, violada y asesinada en Flint, Michigan.[12] Rowe presenta estas dos situaciones para ilustrar casos en los que ningún bien resulta a partir del mal.[13] Para este autor, esta evidente ausencia de bien es razón suficiente para rechazar al Dios de la Biblia.

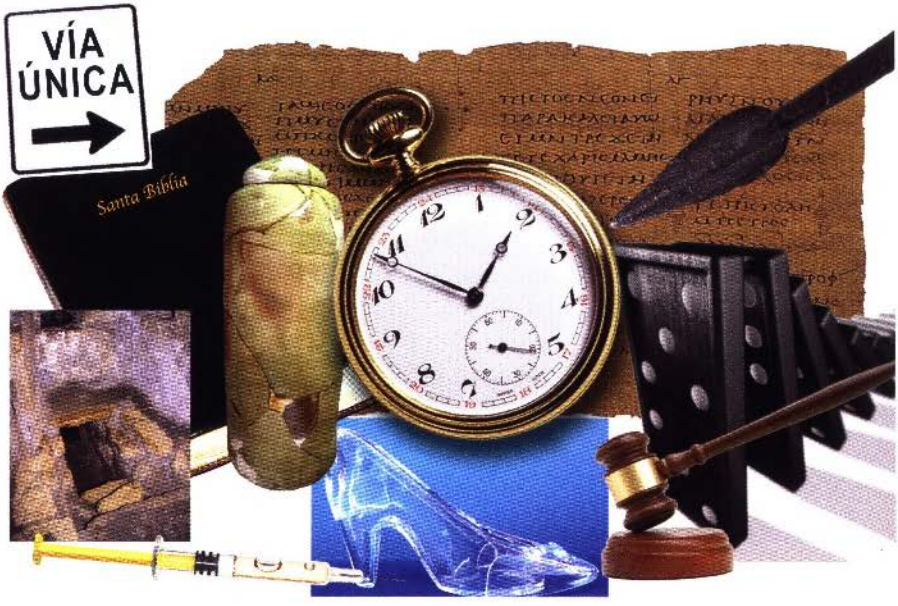
Restos de los edificios del World Trade Center; transporte de esclavos; y una máscara medieval usada como instrumento de tortura.

Algunas de las personas que emplean el argumento evidencial no niegan que cierta presencia del mal podría ser necesaria para que Dios lograra su propósito. Sin embargo, creen que existe más mal que el necesario, para que el plan de Dios tenga éxito. ¿Pero quién puede saberlo con exactitud? Plantinga pone en evidencia el error de este tipo de razonamiento al apuntar: «Por supuesto, no se conoce ningún método para medir el mal moral, es decir, no tenemos unidades como voltios, kilos o kilovatios que nos permitan decir "esta situación contiene exactamente 35 kilos de mal moral"».[14] Ronald N. Nash avanza aun más sobre este aspecto:

> ***Hay un último punto que es digno de mención: ¿qué atributos debe poseer un ser para poder juzgar que algunos males son realmente innecesarios? Todo parece indicar que uno de los atributos debería ser la omnisciencia. En ese caso, habría que deducir que el único ser que podría saber si existen males innecesarios sería Dios; pero si el único ser que puede saber si existe esa clase de mal es Dios, sin duda, será difícil argumentar que la existencia de males innecesarios sea la prueba de que Dios no existe.***[15]

En síntesis, no hay manera de saber cuánto mal se necesita para que podamos percibir algún bien que se desprende de él.

Un problema que afecta a las dos versiones del argumento evidencial es que se basan en una actitud de arrogancia. Ambas versiones colocan a seres humanos imperfectos y finitos en lugar de un Dios perfecto y finito, y luego, afirman que todo carece de sentido. Sin embargo, el mero hecho de que nosotros no veamos ningún bien en una situación dada no significa que el bien no esté presente. Los seres humanos no tenemos un conocimiento acabado y pleno del funcionamiento del universo y, por lo tanto, no estamos en condiciones de determinar cuánto mal se necesita para que se produzca alguna clase de bien. Los seres humanos no tienen un propósito para toda la creación, no tienen un bien supremo como finalidad última de todas las cosas. Los humanos son miopes y egoístas, y el argumento evidencial es producto de esta situación.



Los seres humanos no tenemos un conocimiento acabado del funcionamiento del universo y, por lo tanto, no estamos en condiciones de determinar cuánto mal se necesita para que se produzca alguna clase de bien.

Otro problema que tiene el argumento evidencial es que plantea la pregunta de manera tendenciosa. Cuando alguien argumenta que es probable que Dios no exista, habida cuenta de todo el mal que vemos en el mundo (genocidio, violaciones, tortura, esclavitud, enfermedad, injusticia, terrorismo, etc.), está inclinando la balanza a favor de esa probabilidad. Tomado como una afirmación aislada, este argumento podría tener cierta fuerza, pero acumular toda la evidencia que prueba que el mal existe, sin mencionar la evidencia que prueba que Dios existe es, en el mejor de los casos, una demostración de ingenuidad. Toda probabilidad se calcula sobre la base de datos relevantes. Todos tenemos mucha información sobre el mal y fácilmente podemos compilar nuestro propio catálogo, similar a la lista incluida más arriba. Hablamos sobre el mal basándonos en nuestro conocimiento de la realidad, construido a partir de nuestra experiencia y de la observación del mundo que nos rodea, pero debemos darle igual consideración a todos los argumentos a favor de la existencia de Dios. No podemos poner como contrapeso en el otro platillo la mera «idea de Dios», sin analizar toda la evidencia a su favor. El conjunto de información relevante para el estudio de este tema incluye muchos más datos que la mera evidencia de la existencia del mal. Y entre estos datos relevantes encontramos los argumentos cosmológico, teleológico y axiológico a favor de la existencia de Dios, a los cuales se suma la comprobación de que el Dios que describen es el mismo Dios de la Biblia, que la Biblia es un documento fiable en términos de autenticidad de los manuscritos, autores y contenido, que Dios se revela a los seres humanos a través de profecías verificadas por milagros, y que la resurrección de Jesús fue un hecho histórico, que confirmó lo que Jesús dijo respecto de su origen divino, su mensaje de salvación y su autoridad para dar a conocer la voluntad de Dios. Todo este listado debe colocarse en la balanza como contrapeso del genocidio, las violaciones, la tortura, la esclavitud, la enfermedad, la injusticia, el terrorismo y otros males. Al tener en cuenta todos estos datos, queda demostrado que la evidencia del mal no alcanza para contrarrestar la abrumadora evidencia a favor de la existencia del Dios de la Biblia.

Al tener en cuenta todos estos datos, queda demostrado que la evidencia del mal no alcanza para contrarrestar la abrumadora evidencia a favor de la existencia del Dios de la Biblia.

La necesidad de redefinir el problema del mal

Sin embargo, la manera más contundente de responder al problema del mal no es mediante argumentos. Podemos llegar a resolver mejor la cuestión si tratamos de definir los términos que usamos. Cuando alguien habla del mal, ¿de qué está hablando, en realidad? Ante todo, debemos reconocer que no podemos decir que algo es «bueno» o «malo» por una cuestión de preferencias; aquí no se trata de decidir qué consideramos atractivo o deseable y qué, atroz. Cuando decimos que algo está mal, estamos diciendo que algo debería ser de una determinada manera, pero no lo es; significa que las cosas no funcionan según el orden previsto ni cumplen con el propósito que se les había asignado. Ahora bien, ¿de dónde surgen términos como intencionalidad, orden, propósito y obligatoriedad? Indudablemente, proceden de una persona, y puesto que estamos hablando de una intencionalidad y un propósito de carácter universal, que trascienden a un ser humano, una cultura o un tiempo particular, dicha intencionalidad y propósito deben tener un origen trascendente. Este debe remitirnos a una persona que tiene el poder de imponer su voluntad en el mundo y la capacidad de hacerla cumplir. A esta persona la llamamos Dios. Por ende, el bien y el mal encuentran su punto de referencia en la persona de Dios. Si una acción o acontecimiento son malos, significa que se han desviado del designio o propósito de Dios.

Cuando decimos que algo está mal, estamos diciendo que algo debería ser de una determinada manera, pero no lo es.

Sin embargo, con frecuencia se cuestiona esta afirmación. Desde el dilema de Eutifrón, un personaje de los diálogos de Platón, hasta el presente, los que tienen una postura crítica señalan dos posibilidades: Dios se rige por una medida del bien que se encuentra fuera de Él, o el bien es tal, simplemente, porque Dios lo dice.

Platón, detalle de una pintura de Rafael.

En cualquier caso, estamos frente a un Dios que no merece nuestra obediencia ni adoración, puesto que si algo es bueno solo porque Dios lo dice, estamos afirmando el imperio de «la ley del más fuerte». Y si hay una medida del bien a la cual Dios debe atenerse, entonces, nosotros también debemos atenernos a ella.

Esta lógica del cristianismo, que es en apariencia falaz, le ha servido como excusa a muchas personas en su pretensión de eludir al Dios de la Biblia. ¿Pero acaso son estas dos opciones las únicas maneras de llegar a comprender al Dios de la Biblia? No; existe una tercera posibilidad. Según Gregory Koukl:

> La tercera opción está dada porque existe una norma objetiva (esto elimina la primera alternativa del dilema). Sin embargo, esta norma no está fuera de Dios, sino que es inherente a él (lo cual elimina la segunda alternativa). La moral tiene su fundamento en la inmutabilidad de Dios, que es expresión del perfecto bien. Sus mandatos no son caprichosos, sino que surgen de su santidad.[16]

El bien no se origina en arbitrariedades ni en cambios de humor o de preferencias, ni es posible encontrar los criterios que lo definen en leyes que son externas a Dios. Todo lo bueno procede de la naturaleza de Dios, y la medida de todo lo bueno es Dios mismo. No podemos señalar que algo es bueno, simplemente, porque Él lo dice, sino que es bueno cuando se corresponde con el bien supremo que es Dios. Sus designios y sus propósitos son absolutamente coherentes con su naturaleza, y el grado en que algo se aparta de la naturaleza omnibenevolente de Dios es, precisamente, el grado en que eso se vuelve malo.

Lo cierto es que para poder decir que algo está mal, es preciso reconocer que existe un ser personal, objetivo y trascendente cuya voluntad no fue respetada, o que se alteró el orden que él había establecido. En definitiva, cuando decimos que algo está mal, estamos afirmando que hay un Dios. En realidad, la existencia del mal es una de las pruebas más contundentes de la existencia de Dios. Sin Dios, la idea del mal se torna ininteligible. Por consiguiente, el problema del mal no representa un problema para los cristianos sino, más bien, para los no creyentes.

Si Dios destruyera el mal sería, en última instancia, algo malo en sí mismo puesto que nos quitaría el mayor bien: la capacidad de amar a Dios.

¿Por qué Dios no acaba con el mal?

Hemos visto cómo Dios pudo permitir el mal y que la existencia del mal es compatible con la naturaleza de Dios. Pero si Dios es todopoderoso, omnibenevolente, y omnisciente, ¿por qué no acaba con el mal? La respuesta puede tener relación con nuestro carácter moral. Como somos imagen de Dios, los seres humanos tenemos la capacidad de tomar decisiones morales; podemos decidir hacer o decir cosas que están bien o mal. Esta capacidad, por supuesto, nos permite escoger lo malo y como consecuencia, abrirle la puerta al mal. Para que Dios destruya el mal, debería primeramente privar a sus criaturas de la capacidad de introducir el mal en el mundo, pero al hacerlo, también nos privaría de la mayor expresión de bien moral: la capacidad de amar. Por lo tanto, si Dios acabara con el mal sería, en última instancia, algo malo en sí mismo puesto que nos quitaría el mayor bien: la capacidad de amar a Dios.

«Si hemos de vencer al mal, debemos hablar en términos de derrota, no de destrucción».

—Norman Geisler y Ron Brooks

Norman Geisler y Ron Brooks señalan: «Si hemos de vencer al mal, debemos hablar en términos de derrota, no de destrucción».[17]

Cómo resolver el problema del mal

Quizá la mayor dificultad de la respuesta al problema del mal que acabamos de leer radica en que no sirve de mucho consuelo a aquellos que están atravesando situaciones de sufrimiento y que nunca antes habían reflexionado seriamente sobre el tema. Aun cuando sea satisfactoria desde el punto de vista intelectual, con frecuencia no logra ofrecer verdadero consuelo pastoral a la persona que atraviesa situaciones de sufrimiento y dolor, y se pregunta por qué le suceden tales cosas. De hecho, dar una respuesta de este tipo a alguien que está atravesando una situación crítica, puede denotar frialdad o insensibilidad; en determinadas circunstancias, puede resultar totalmente inapropiado responder de este modo. El momento de la crisis no es el tiempo adecuado para reflexionar sobre el por qué del mal; es mejor responder esta pregunta antes de que tales situaciones se presenten (y de seguro se presentarán). Si la persona logra comprender la respuesta antes de que sobrevenga la crisis, podrá obtener un marco de referencia que le permita entender, en parte al menos, por qué las cosas suceden de esa manera. Además, le da confianza al creyente y lo mantiene a flote en tiempos de dificultad; fortalece su fe y puede servir para engrandecer a Dios ante los no creyentes que están cerca de los creyentes en tiempos de sufrimiento.

La respuesta fundamental al problema del mal es la persona de Jesús.

No obstante, la respuesta fundamental al problema del mal es la persona de Jesús. Si el problema que lo aflige es un mal moral que cometió, pues Jesús carga con el castigo que usted merece y paga por él mediante su muerte. Si, en cambio, es víctima de un mal moral que cometió otra persona, entonces Jesús paga por ese mal con su muerte, o bien, asume el papel de juez y castiga al responsable. Que Jesús pague o castigue por el mal moral cometido dependerá de la respuesta de la persona. Sea como sea, la solución del mal moral se encuentra en la perfecta obediencia que caracterizó la vida de Jesús y en su muerte por todos aquellos que creen en Él para perdón de sus pecados. Él juzgará o justificará a toda persona que haya vivido en este mundo.

Jesús también resuelve el mal de origen natural. En su resurrección, vemos que Jesús no solo recuperó su cuerpo físico sino que, además, alcanzó un estado glorificado. Su cuerpo resucitado ya no se encuentra sometido a muerte, enfermedad ni a corrupción de ninguna clase. Esto es señal del cumplimiento del designio original: que todas las cosas se muevan en dirección a la meta que Dios estableció según su buen propósito. Esta comprobación da respuesta a aquellos que están sufriendo a causa de males físicos o naturales. Los ciegos recuperarán la vista, los sordos oirán, los inválidos caminarán, y los que tienen discapacidad intelectual razonarán con claridad. Más aun, no habrá tsunamis que acaben con la vida de miles de personas, ya no habrá huracanes ni tornados ni inundaciones, ni enfermedad. Todas las cosas no solo volverán a su estado original anterior a la caída, sino que también cumplirán el buen propósito para el cual fueron creadas. Jesús venció tanto al mal moral como al mal físico y natural. Él es la única respuesta; el mal es un problema solo para aquellos que no lo aceptan.

Todas las cosas no solo volverán a su estado original anterior a la caída, sino que también cumplirán el buen propósito para el cual fueron creadas.

Solo cuando dejamos de ver el mundo como si nosotros fuéramos el centro y comenzamos a verlo tal cual es, es decir, centrado en Dios, podemos entender el problema del mal. Y no solo el mal, sino nuestra vida toda encuentra sentido y respuesta en un universo centrado en Dios. Glorifiquemos a Dios y disfrutemos de su compañía por la eternidad.

La solución del mal moral se encuentra en la perfecta obediencia que caracterizó la vida de Jesús y en su muerte por aquellos que creen en Él para perdón de sus pecados.

Cita célebre

Job respondió entonces al Señor. Le dijo:

Yo sé bien que tú lo puedes todo,
que no es posible frustrar ninguno de tus planes.
"¿Quién es éste —has preguntado—,
que sin conocimiento oscurece mi consejo?"
Reconozco que he hablado de cosas
que no alcanzo a comprender,
de cosas demasiado maravillosas
que me son desconocidas.

"Ahora escúchame, que voy a hablar —dijiste—;
yo te cuestionaré, y tú me responderás."
De oídas había oído hablar de ti,
pero ahora te veo con mis propios ojos.
Por tanto, me retracto de lo que he dicho,
y me arrepiento en polvo y ceniza.

—Job 42:1-6 (NVI)

Notas

1. *San Agustín, Confesiones, trad. según la edic.latina de la congregación de San Mauro, por el R. P. Fr. Eugenio Ceballos,* Libro III, cap. VII, Biblioteca Virtual Cervantes. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/

2. Esta definición del mal fue expresada por el filósofo Doug Geivett durante una conferencia sobre teodicea, en la universidad «Biola University», California, EE.UU.

3. Ver Génesis 50:20; Hechos 4:28; Romanos 9:11-22; Efesios 1:11.

4. John M. Frame, *Apologetics to the Glory of God*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1994, pp.156-157.

5. Lactancio, *De Ira Dei* (Tratado sobre la ira de Dios), traducido por Darío Seb Durban de la obra en alemán *Laktanz: Vom Zorne Gottes*. En «Introducción a la teodicea babilonia: El problema del mal», D. Seb Durban, Revista de Estudios Asiáticos, Bs. As., Argentina, Revista N°6, marzo 2007. Lactancio (260-330 d.C.) conservó esta cita de Epicuro, cuyas obras se perdieron.

6. Tracey Pepper, «Dave Matthews Band», Revista *US Weekly*, 245, junio 1998, p.102, 3 págs.

7. Walter Martin, *The Kingdom of the Cults*, Bethany House, Minneapolis, 1965, 1982, pp.122-123.

8. Alvin Plantinga, *God, Freedom, and Evil*, Harper & Row, New York, 1974; Eerdmans, Grand Rapids, 1977.

9. Ibíd., p.28.

10. Génesis 1:31.

11. George Carlin, «There is no God», *You Are All Diseased*, Atlantic Records, 1999, [CD-ROM].

12. William L. Rowe, «Reply to Plantinga», *Noûs*, vol.32, n.4, diciembre 1998, p.545.

13. Ibíd., pp.545-546.

14. Alvin Plantinga, *God, Freedom, and Evil*, Harper & Row, New York, 1974; Eerdmans, Grand Rapids, 1977, p.55.

15. Ronald N. Nash, «The Problem of Evil», en *To Everyone an Answer*, ed. Francis J. Beckwith, William Lane Craig, J.P. Moreland, InterVarsity, Downers Grove, IL, 2004, p.220.

16. Gregory Koukl, *Solid Ground*, julio/agosto 2003, pp. 1-4.

17. Norman Geisler y Ron Brooks, *When Skeptics Ask*, Baker, Grand Rapids, 1996, p.64.

Capítulo 14
Metodología

La caja de herramientas

Como hemos visto en los capítulos precedentes, la apologética es un quehacer multifacético. Abarca diversas disciplinas aplicando una metodología de trabajo que puede ser defensiva, ofensiva, racional, fáctica, intelectual, y pastoral. Debido a su amplio campo de aplicación, surgieron diversos métodos apologéticos a lo largo de la historia del cristianismo. La mayoría de estos métodos usan los argumentos que describimos en los primeros capítulos (además de otros no incluidos en este libro) para presentar su caso. Las diferencias entre los distintos métodos se manifiestan, principalmente, en el énfasis que cada uno de ellos pone en los diferentes argumentos. Para explicar la relación entre método y argumento, podríamos imaginar que los argumentos son los ingredientes, y la metodología, el plato que uno decide cocinar con los ingredientes que tiene a disposición. El producto final puede variar un poco en cuanto a su sabor o apariencia, pero todos comparten un mismo propósito: justificar la fe cristiana.

Las diferencias metodológicas se manifiestan principalmente en el énfasis que cada método pone en los diferentes argumentos.

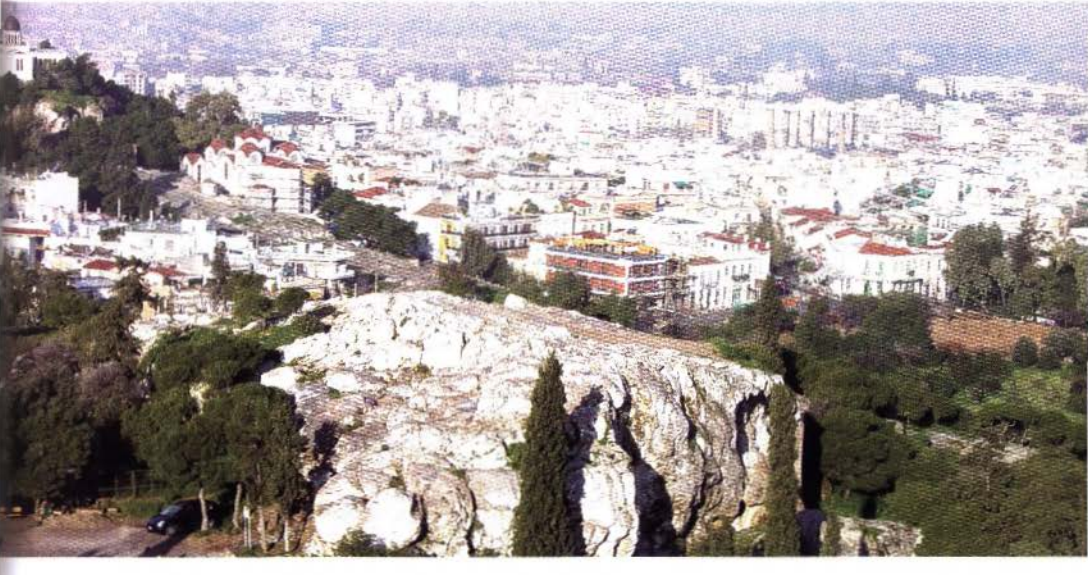
Básicamente, existen cuatro escuelas o corrientes de metodología apologética: apologética clásica, evidencialismo, presuposicionalismo, y fideísmo (aunque la opinión mayoritaria calificaría al fideísmo de no apologético o contrario a la apologética). Una quinta corriente se propone recoger los puntos fuertes de cada uno de estos métodos, o al menos de los tres primeros. Cada uno de ellos surgió en un momento particular, en respuesta a diferentes circunstancias, desafíos y oportunidades. Aunque esta denominación formal traza líneas divisorias bien marcadas entre los diferentes enfoques, es justo decir que la mayoría de los apologistas no quedan encasillados, de manera exclusiva, dentro de una u otra corriente. A menudo, vemos que muestran preferencia por un método, pero también toman elementos de otros.

Apologética clásica

La apologética clásica pone el énfasis en la razón; su metodología se base en la solidez lógica y la coherencia interna del cristianismo. En consecuencia, el apologista clásico elabora pruebas o exámenes y aporta evidencias que permitan demostrar la veracidad del cristianismo y la irracionalidad de las visiones del mundo contrarias a él.

La apologética clásica pone el énfasis en la razón.

Según el apologista clásico Norman L. Geisler, «Si ningún mecanismo de prueba es suficiente para verificar una verdad, entonces esa verdad no puede ser establecida ni probada, y si la verdad no puede ser establecida, no hay campo para que el apologista cristiano desarrolle su tarea».[1] Estos exámenes y pruebas adoptan formas diversas, pero suelen ser de naturaleza filosófica en su mayoría. También los autores Kenneth D. Boa y Robert M. Bowman señalan que «los apologistas clásicos ponen gran énfasis en el ejemplo de los discursos apologéticos del Nuevo Testamento (en particular, el discurso apologético de Pablo en Atenas, en Hechos 17)».[2] Los argumentos cosmológico y teleológico son los componentes principales de la argumentación de un apologista clásico.

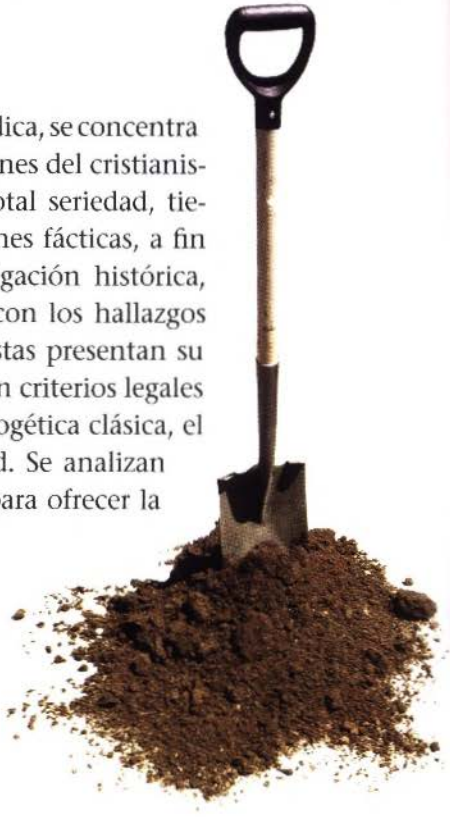


Vista del Areópago, o colina de Ares, desde la Acrópolis. En este lugar Pablo dio su discurso apologético frente a los atenienses.
(HolyLandPhotos.org)

La denominación «clásica» se debe a que es una corriente apologética que se remonta a los primeros apologistas cristianos en el siglo II. En tal sentido, ha sido la metodología más difundida a través del tiempo, aunque su popularidad ha decrecido un tanto en épocas recientes, en especial, entre quienes sostienen una teología Reformada. Entre los apologistas clásicos mencionaremos a Justino Mártir, Tomás de Aquino, B.B.Warfield, y C.S.Lewis. Actualmente, los autores R.C.Sproul, William Lane Craig, Alister McGrath, J.P.Moreland, y Ravi Zacharias adhieren a la escuela clásica.

Evidencialismo

El evidencialismo, como su nombre lo indica, se concentra en la comprobación fáctica de las afirmaciones del cristianismo. Si la Biblia ha de considerarse con total seriedad, tiene que ser posible examinar sus afirmaciones fácticas, a fin de comprobar si coinciden con la investigación histórica, arqueológica, antropológica, geográfica y con los hallazgos de otras disciplinas afines. Los evidencialistas presentan su caso como si fuera un caso jurídico y aplican criterios legales para evaluar la evidencia. Igual que la apologética clásica, el evidencialismo depende de la probabilidad. Se analizan todos los hechos y se formulan hipótesis para ofrecer la mejor explicación posible.



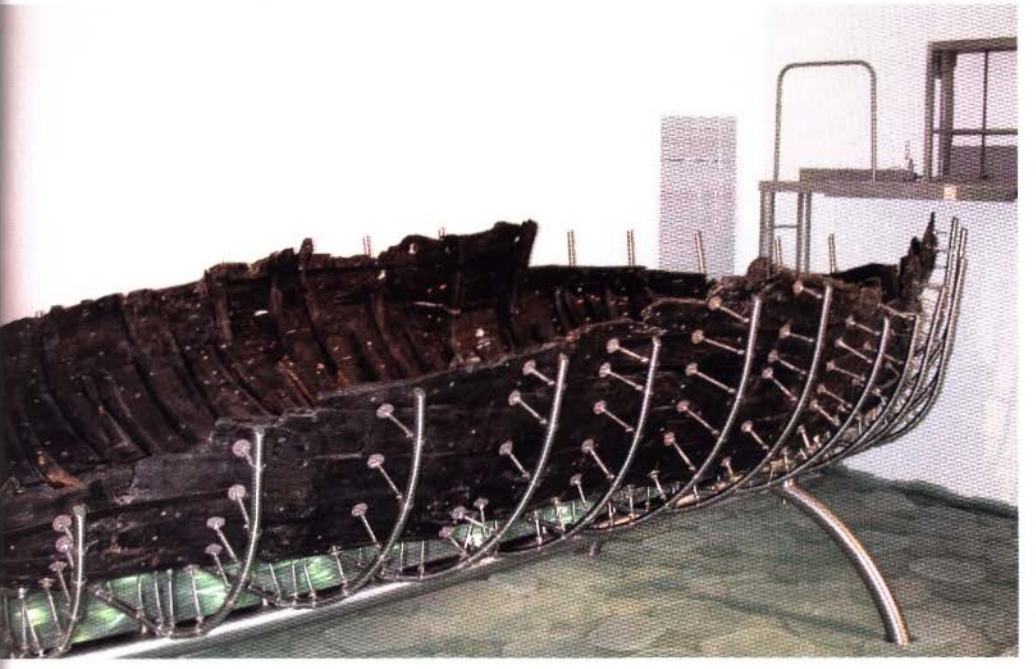
John Warwick Montgomery explica:

«Los historiadores deben tomar decisiones permanentemente —y por cierto, todos nosotros también— y el único camino adecuado es guiarse por la probabilidad, puesto que la certeza absoluta solo existe en el campo de las matemáticas y la lógica pura, donde, por definición, uno no encuentra realidades de hecho. [...] Si resulta que en la probabilidad encontramos sustento para estas afirmaciones [...], entonces debemos actuar a favor de tales afirmaciones».[3]

El evidencialismo se concentra en la comprobación fáctica de las afirmaciones del cristianismo.

Además de Montgomery, otros destacados defensores de este método son Gary Habermas, Clark Pinnock, y Josh McDowell, quien es, quizás, la figura más representativa.

El valor del evidencialismo como instrumento sólido para la defensa de la fe creció en el siglo XIX y comienzos del XX, de manera simultánea, con los avances de la arqueología científica y del interés de esta ciencia por explorar la región del Mediterráneo y el Oriente Medio. Los hallazgos de manuscritos antiguos contribuyeron enormemente a incrementar nuestro conocimiento de los textos bíblicos originales. Las inscripciones descubiertas durante las excavaciones arqueológicas confirmaron datos de carácter histórico que se encuentran en la Escritura, y además, se descubrieron sitios donde habían ocurrido hechos registrados en la Biblia. La investigación de la resurrección despertó particular interés, como es fácil imaginar. Los descubrimientos continúan sucediéndose, lo cual le permite a los evidencialistas aumentar el caudal de datos a su disposición.



Esta embarcación del siglo I fue hallada en la costa noroeste del mar de Galilea, en 1986. Su longitud superaba los 7,5m (25 pies), y podía transportar cerca de 15 personas.

(HolyLandPhotos.org)

Presuposicionalismo

El presuposicionalismo es un método con profundas raíces en la epistemología o teoría del conocimiento, es decir, cómo llegamos a saber lo que sabemos. En lugar de argumentar a partir de las evidencias o de las pruebas filosóficas tradicionales a favor del cristianismo, los presuposicionalistas se basan en argumentos trascendentales. Un argumento trascendental es un razonamiento deductivo que busca explicar la condición necesaria para un determinado hecho o fenómeno. Las premisas de un argumento trascendental afirman la existencia de ese hecho y la conclusión establece qué condiciones deben cumplirse para que ese hecho o fenómeno exista.

Así, pues, el interés principal del presuposicionalismo es analizar qué determina el carácter evidencial de la evidencia y qué determina la razonabilidad de la razón. Como el Dios de la Biblia es el creador de todo lo que existe, sabemos que en Él se encuentra no solo el origen de todo el mundo físico, sino también de todas las leyes que regulan su existencia, ya sean científicas, morales o lógicas. Por lo tanto, ni la razón ni la lógica pueden existir fuera de Dios.

Según el presuposicionalismo, ni la razón ni la lógica pueden existir fuera de Dios.

De hecho, de acuerdo con Cornelius Van Til:

«La mejor y única prueba posible de la existencia de un Dios de estas características, es que su existencia es necesaria para asegurar la uniformidad de la naturaleza y la coherencia de todas las cosas de este mundo. [...] Así tenemos prueba cierta y cabal a favor de la existencia de Dios y de la verdad expresada en el teísmo cristiano».[4]

No hay ningún hecho que, en última instancia, no remita a Dios. Greg Bahnsen lo explica de este modo:

«Toda verdad, cuando la sometemos a análisis, nos conduce a Cristo. De principio a fin, el razonamiento del hombre sobre cualquier asunto, sea cual fuere (incluso el razonamiento sobre la propia razón), resulta ininteligible e incoherente si no se parte de la verdad contenida en la Escritura cristiana como supuesto inicial. Toda postura contraria a la cristiana debe considerarse, por tanto, filosóficamente imposible; no puede justificar sus creencias ni ofrecer una cosmovisión cuyos elementos se correspondan entre sí. [...] En síntesis, la apologética presuposicionalista argumenta a favor de la verdad del cristianismo, a partir de la "imposibilidad del contrario"».[5]

Según Van Til, «la revelación de la Escritura debe ser nuestro punto de partida».[6] El presuposicionalismo no rechaza en modo alguno la argumentación filosófica de los clásicos ni el valor de la evidencia. Más bien, ofrece una base que aporta sentido a los demás enfoques y pone de manifiesto que las cosmovisiones contrarias carecen de base suficiente. Bahnsen afirma:

«El presuposicionalismo de Van Til tiene como finalidad explícita presentar pruebas racionales y objetivas de la verdad cierta e insoslayable del cristianismo».[7]

Van Til fue el precursor de este método apologético en el cual comenzó a trabajar cuando era estudiante en Princeton, en los años veinte, y luego, como profesor en el seminario Westminster Seminary en Filadelfia. Fue una figura muy influyente, particularmente en el ámbito de la teología Reformada, y muchos lo consideran uno de los pensadores más originales en el campo de la apologética, como también uno de los más destacados en el siglo XX. Entre sus estudiantes se cuentan, además de Bahnsen, John Frame y Francis Schaeffer.[8] El filósofo Alvin Plantinga es también partidario del método presuposicionalista, aunque su pensamiento no es estrictamente «VanTilliano».

En las clases, Van Til solía dibujar un diagrama similar a este para mostrar la diferencia abismal entre el pensamiento cristiano y el pensamiento no creyente. Van Til creía que la diferencia radicaba en los presupuestos.

Según el fideísmo, la fe y solo la fe permite entender correctamente las verdades del cristianismo.

Fideísmo

Martín Lutero

El fideísmo, en marcado contraste con los tres métodos anteriores, rechaza la razón, la evidencia y los argumentos trascendentales como método suficiente para justificar la fe cristiana (*fide* significa fe en latín). La fe y solo la fe permite entender correctamente las verdades del cristianismo. Boa y Bowman nos ayudan a ver que «los fideístas responden [...] a los problemas que plantea la apologética explicando por qué no es posible dar una respuesta satisfactoria mediante la razón y, seguidamente, pasan a demostrar que la fe sí, permite resolver el problema».[9] El fideísta sostiene que el razonamiento es una actividad netamente intelectual, que al tratar de entender los asuntos de Dios se enfrenta con su propio límite. El siguiente sermón de Martín Lutero sobre el Evangelio de Juan es un claro ejemplo de esta corriente de pensamiento:

«Todo intento de descifrar y comprender tales afirmaciones mediante la razón y el entendimiento humano será un esfuerzo vano, puesto que nada de esto procede de la razón: que el Verbo era con Dios desde antes de la creación del mundo, y que el Verbo era Dios;

que, como dice Juan más adelante, este mismo Verbo, el Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad, estaba en el seno del Padre y se hizo carne; y que nunca nadie antes había visto ni conocido a Dios, sino que el Verbo, el Hijo Unigénito de Dios, que estaba en el seno del Padre, ahora nos lo ha revelado. Solo por fe podemos comprender esto. Si hay alguien que rehúsa aceptarlo por fe, y negándose a creer antes de comprender, insiste en analizarlo mediante el uso de la razón y los cinco sentidos, pues que persista en su empeño si así lo desea. Pero nuestra mente jamás llegará a dominar esta doctrina; se eleva muy por encima de nuestra razón».[10]

En otro pasaje del sermón Lutero dice:

«Tan imposible es la comprensión [del conocimiento de Dios] por medio de la razón como es imposible llegar a tocarlo con la mano».[11]

Søren Kierkegaard coincidía con Lutero y lo expresó de esta manera: «La razón ha acercado a Dios tanto como era posible, y sin embargo, sigue tan lejos como siempre».[12] En época más reciente, Karl Barth, a quien muchos consideran el teólogo más importante del siglo xx, suscribió al fideísmo.

La razón ha acercado a Dios tanto como era posible, y sin embargo, sigue tan lejos como siempre.

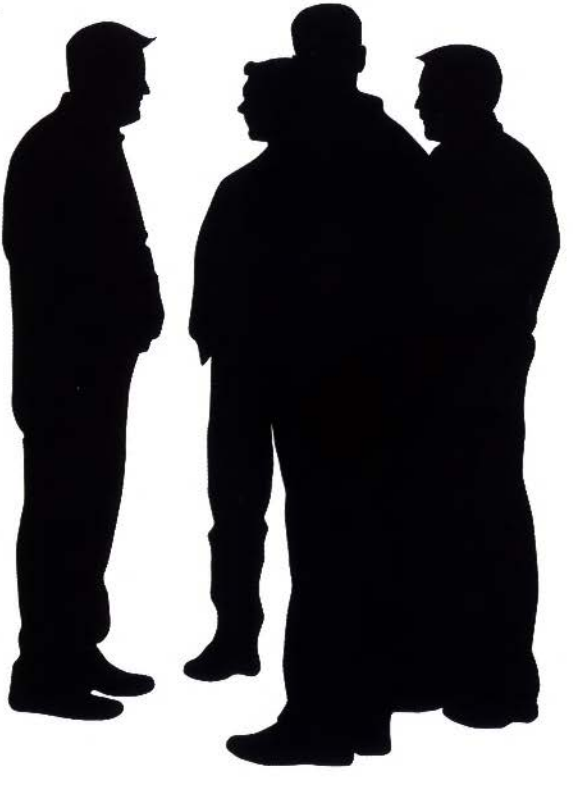
—Søren Kierkegaard

Así como cada uno de los métodos enfatiza diferentes aspectos, cada uno de ellos también critica, en alguna medida, los énfasis de los demás.

Interacción y crítica

La manera en que cada una de las diferentes escuelas de pensamiento ve a las demás es una buena clave para identificar los puntos fuertes y débiles de cada una de ellas. Así como cada uno de los métodos enfatiza diferentes aspectos, cada uno de ellos también critica, en alguna medida, los énfasis de los demás (excepto la apologética clásica y el evidencialismo cuyos vínculos son muy estrechos, y no se critican entre sí). Para lograr una correcta evaluación de cada uno de los enfoques, es necesario observar cómo interactúan. Sin embargo, no debemos olvidar que se trata de una discusión en familia, es decir, puede llegar a ser apasionada pero nunca agresiva.

Los apologistas clásicos, los evidencialistas y los presuposicionalistas rechazan la legitimidad del fideísmo como método apologético, porque consideran irracional afirmar una verdad sin respaldarla con argumentos. Existe un abismo ideológico entre el fideísmo y los demás enfoques, tanto, que el fideísmo queda separado del resto. Un tema importante en el campo de la apologética es la discusión sobre la naturaleza del presuposicionalismo, ¿de qué lado del abismo se ubica? Los apologistas clásicos y los evidencialistas critican el razonamiento circular del presuposicionalismo. Señalan que esta corriente parte del supuesto que Dios existe para probar que Él existe.



De este modo, según ellos, el presuposicionalismo acaba siendo poco más que una afirmación de fe, es decir, una especie de fideísmo. Aun cuando no se trate de un enfoque netamente fideísta, se acerca peligrosamente a una pendiente que puede llevarlo hasta allí. Algunos apologistas clásicos han llegado a argumentar que «los principios presuposicionalistas, aplicados consecuentemente, socavan el fundamento de la religión cristiana».[13]

La respuesta de los presuposicionalistas es absolutamente sorprendente, puesto que admiten recurrir al razonamiento circular. Al respecto, Van Til escribió:

> ***«Que uno admita sus propios presupuestos y señale los presupuestos de los demás implica sostener que todo razonamiento es, considerando la naturaleza del caso, un razonamiento circular. El punto de partida, el método y la conclusión siempre están contenidos el uno en el otro».***[14]

John Frame apunta:

«No se puede cuestionar la lógica sin presuponerla; no se puede argumentar contra la primacía de la lógica sin presuponer dicha primacía».[15]

Dado que, en última instancia, todo argumento es circular, el problema pasa a ser una cuestión de fundamentación. ¿Qué determina que nuestro punto de partida sea el punto de partida? Precisamente, este es uno de los puntos fuertes del presuposicionalismo. El presuposicionalismo comienza presuponiendo la existencia de Dios, porque si Dios es el autor de toda la creación, como enseña la Biblia, entonces todas las cosas, incluida la razón, tienen su fundamento en la persona de Dios. En otras palabras, lo que hace razonable a la razón, es tener su fundamento en el orden que es propio de la naturaleza de Dios, así como la moral tiene su fundamento en el bien que es propio de la naturaleza de Dios. Por lo tanto, el punto de partida de nuestra posibilidad de llegar al conocimiento de algo debe ser Dios, y en nuestro pensamiento, la razón es el primer paso desde este punto de partida. En cambio, para los apologistas clásicos y los evidencialistas, el punto de partida no es Dios sino la razón (un enfoque duramente criticado por los presuposicionalistas). Después de todo, ¿qué razón los asiste para usar la razón? Los presuposicionalistas acusan a los clásicos y a los evidencialistas de considerar la razón como si fuera un criterio objetivo, independiente, externo a Dios; pero si nos interesa contar con una apologética bíblica vigorosa, debemos rechazar los criterios independientes. La meta de Van Til era contar con un método apologético de gran rigor bíblico.

Como en última instancia, todo argumento es circular, el problema pasa a ser una cuestión de fundamentación.

A diferencia de los fideístas, los presuposicionalistas no descartan la razón como herramienta apologética válida; por el contrario, sus argumentos son extremadamente racionales dado que ponen el énfasis en el fundamento de la razón. Este fundamento necesario justifica la postura de Van Til:

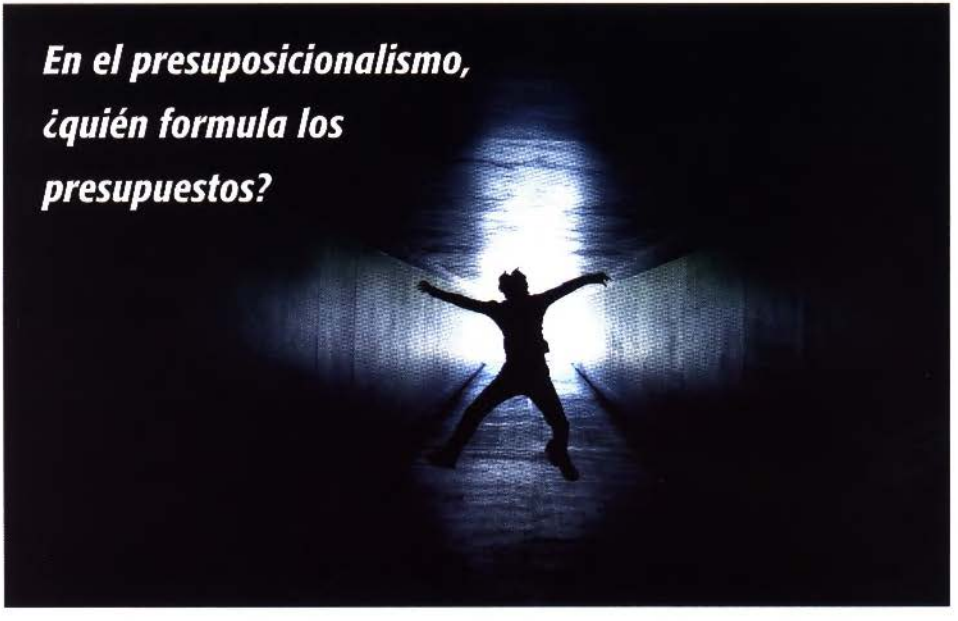
«La única "prueba" a favor de la postura cristiana es que, a menos que se presuponga la verdad del cristianismo, no existe posibilidad de "probar" nada en absoluto».[16]

En caso contrario, estaríamos actuando de manera autónoma, sin Dios. Van Til solía relatar una escena que había visto en un tren para ilustrar esta idea:

> ***«Una pequeña, que viajaba sentada en las piernas de su padre, jugaba dándole golpecitos en el rostro. Solo podía pegarle al padre, porque él le permitía sentarse sobre sus piernas; por sí sola, no hubiera podido hacerlo. Él debía sostenerla para que ella pudiera pegarle. Dios es como ese padre —explicó Van Til— y el pensamiento incrédulo es como aquella pequeña. Usa la razón para atacar a la fuente de toda razón; opera con capital prestado, por decirlo así».***

Los presuposicionalistas sostienen que los apologistas clásicos y los evidencialistas son, en cierta medida, culpables de este enfoque que proclama la autonomía de la razón, y rechazan esta manera de enfocar el problema, porque implica conformidad con el pensamiento no creyente.

Frente a estas acusaciones, los apologistas clásicos y los evidencialistas responden con una simple pregunta: «En el presuposicionalismo, ¿quién formula los presupuestos?» ¿Acaso la acción de presuponer no es, en sí misma, una acción autónoma, ese mismo ejercicio de autonomía que el presuposicionalismo pretende evitar?[17] Los presuposicionalistas dirían que es una acción justificada puesto que permite calibrar y fundamentar correctamente nuestra teoría del conocimiento en el Dios de la Biblia. Los apologistas clásicos y los evidencialistas no aceptan esta excusa y ven fallas notorias en el método.



Otro punto a tener en cuenta es el lenguaje de la probabilidad. Cuando trabajamos con evidencias y pruebas de carácter filosófico, el resultado siempre se expresa en términos de probabilidad. No importa cuán alto sea el grado de probabilidad, el presuposicionalista, en general, se opone. Debido a que el método presuposicionalista emplea el argumento trascendental (argumento basado en la imposibilidad del contrario), su lenguaje es el lenguaje de la certeza. La probabilidad, en opinión del presuposicionalista, siempre le da una excusa a aquellos que no quieren creer puesto que siempre existe la posibilidad de que la evidencia esté equivocada.

Cuando trabajamos con evidencias y pruebas de carácter filosófico, el resultado siempre se expresa en términos de probabilidad.

Algunos presuposicionalistas, por ejemplo Bahnsen, aprovechan la oportunidad para devolverle la pelota a los apologistas clásicos y a los evidencialistas, afirmando que, en realidad, su pensamiento está más cerca del fideísmo que el de los presuposicionalistas.[18] Esta postura se basa en que las pruebas y las evidencias solo ofrecen grados de probabilidad, y en determinado momento llegan al límite de su capacidad explicativa y de persuasión, y no son suficientes para transmitir la certeza de la existencia del Dios de la Biblia. Luego, se impone la pregunta ¿cómo salvar esa distancia? Según parece, dando un salto de fe; precisamente lo que tanto los apologistas clásicos como los evidencialistas se esfuerzan por evitar. Por supuesto, los apologistas y evidencialistas objetan esta caracterización, del mismo modo que reaccionan los presuposicionalistas cuando la crítica se dirige a ellos.

Apologética integral

Como observamos al comienzo del capítulo, la mayoría de los apologistas no adhieren estrictamente a un método en particular. Algunos de ellos hacen un esfuerzo consciente por recoger los puntos fuertes de cada uno de los

diferentes enfoques. La idea es dejar que las necesidades de cada individuo determinen qué método apologético usar, en lugar de aplicar un único método en todas las conversaciones o encuentros con otras personas. Así pues, el enfoque integral no sigue una metodología formal. Francis Shaeffer lo expresa con absoluta claridad:

> ***«No creo que haya un único sistema apologético que contemple las necesidades de todas las personas, así como no creo que haya una única manera de evangelizar que responda a las necesidades de todas las personas. La apologética debe modelarse sobre la base del amor por el otro como persona».***[19]

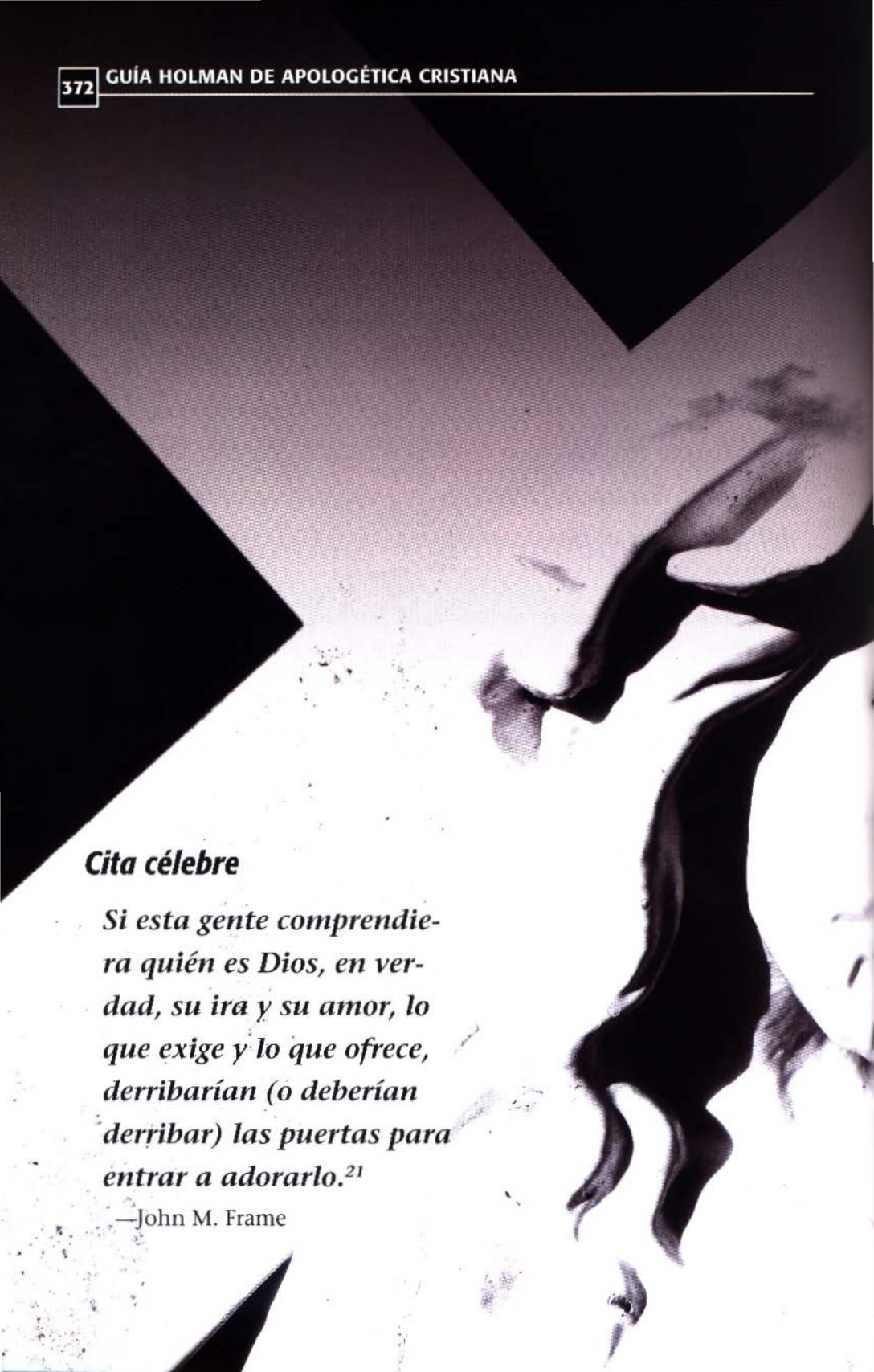
En época más reciente, en su libro *Faith Has Its Reasons* (La fe tiene sus razones), Boa y Bowman proponen un enfoque integrado y analizan diferentes maneras de implementarlo. Su conclusión es la siguiente:

> ***«Así como los cuatro Evangelios se complementan para presentar un retrato de Jesús, estos cuatro enfoques resaltan verdades complementarias sobre Jesús, que pueden ser utilizadas para que otros lleguen a creer».***[20]

Conclusión

En última instancia, cada apologista formula su propio método de acuerdo con sus necesidades y las necesidades que percibe en las personas a su alrededor. La metodología de trabajo, los énfasis en determinados aspectos, y la articulación de todo el sistema será tan diverso como los propios apologistas; pero todos comparten un mismo objetivo final: saber responder a aquellos que preguntan, y ser sal y luz en medio de un mundo decadente cercado por las tinieblas.

Todos comparten un mismo objetivo final: saber responder a aquellos que preguntan, y ser sal y luz en medio de un mundo decadente cercado por las tinieblas.



Cita célebre

Si esta gente comprendiera quién es Dios, en verdad, su ira y su amor, lo que exige y lo que ofrece, derribarían (o deberían derribar) las puertas para entrar a adorarlo.[21]

—John M. Frame

Notas

1. Norman L. Geisler, *Christian Apologetics*, Baker, Grand Rapids, 1976, p.141.

2. Kenneth D. Boa y Robert M. Bowman, Jr., *Faith Has Its Reasons*, NavPress, Colorado Springs, 2001, p.71.

3. John Warwick Montgomery, *History, Law and Christianity*, Canadian Institute for Law, Theology & Public Policy, Edmonton, AB, Canada, 2002, p.64.

4. Greg L. Bahnsen, *Van Til's Apologetics*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1998, p.78. Bahnsen cita de la obra *Defense of the Faith* de Van Til.

5. Ibíd., p.6

6. Cornelius Van Til, *Christian Apologetics*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1976, 2003, p.64.

7. Greg L. Bahnsen, *Van Til's Apologetics*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1998, p.76.

8. Frame discrepó con Van Til en algunos temas y se sabe que introdujo en el presuposicionalismo algunos matices que difieren de las enseñanzas de Van Til. En cuanto a Schaeffer, aunque estudió con Van Til, no adhirió estrictamente al pensamiento de su maestro. Se lo considera un presuposicionalista pero, según sus propias declaraciones, es más exacto definirlo como alguien que busca integrar los diferentes enfoques (excepto el fideísmo).

9. Kenneth D. Boa y Robert M. Bowman, Jr., *Faith Has Its Reasons*, NavPress, Colorado Springs, 2001, p.364.

10. Martin Luther, Luther's Works, vol.22, Sermons on the Gospel of St.John, ed. Jaroslav Pelikan, Concordia House, St. Louis, MO, 1957, p.8.

11. Ibíd.

12. Søren Kierkegaard, *Philosophical Fragments*, trad. al inglés David Swenson y Howard V.Hong, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1936, 1974, p.57.

13. R.C.Sproul, John Gerstner, y Arthur Lindsley, *Classical Apologetics*, Zondervan, Grand Rapids, 1984, p.184.

14. Cornelius Van Til, *Christian Apologetics*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1976, 2003, p.130.

15. John Frame, *Apologetics to the Glory of God*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1994, p.226.

16. Cornelius Van Til, «My Credo», en *Jerusalem and Athens*, ed. E.R. Geehan, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1971, p.21, citado por Greg L. Bahnsen, *Van Til's Apologetics*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1998, p.113.

17. Un diálogo imaginario, de estas características, entre Van Til y un apologista clásico puede leerse en *Classical Apologetics* de Sproul, Gerstner, and Lindsley, Zondervan, Grand Rapids, 1984, pp.234-239.

18. Greg Bahnsen, *Van Til's Apologetics*, Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, NJ, 1998, p.77.

19. Francis A. Schaeffer, The Complete Works of Francis A. Schaeffer, vol.1, *A Christian View of Philosophy and Culture*, Crossway, Wheaton, IL, 1982, p.177.

20. Kenneth D. Boa y Robert M. Bowman, Jr., *Faith Has Its Reasons*, NavPress, Colorado Springs, 2001, p.532.

21. John M. Frame, *Contemporary Worship Music: A Biblical Defense*, Presbyterian and Reformed, Phillispsburg, NJ, 1997, p.95.